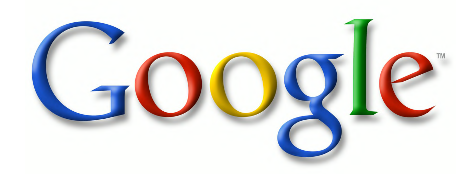




UC-NRLF
$B 144 617



LIBRERIA PANAMERICANA
CASILLA CORREO 98
BUENOS AIRES
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
BANCROFT LIBRARY
Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN

MEMORIAS

DEL CORONEL

JUAN CRISOSTOMO CENTURION

Ó SEA

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE LA

GUERRA DEL PARAGUAY

This above all.—To thine own self be true;
And it must follow, as the night the day.
Thou canst not then be false to any man.

SHAKSPEARE.

—

Je sentais qu'il ne faut parler de soi au public qu'une fois en sa vie, très sérieusement, et n'y plus revenir,

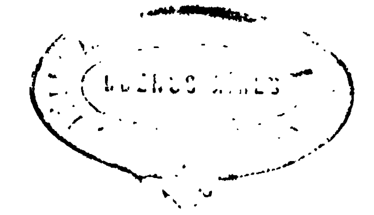
GEORGE SAND,

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1894

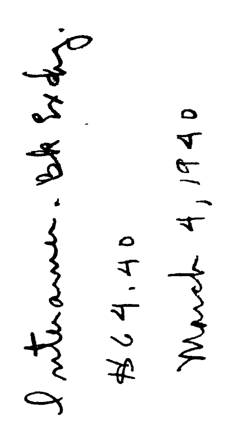


A MIS LECTORES

Muchos de mis antiguos compañeros y amigos me han pedido, hasta con instancia, que escribiera algo sobre la guerra del Paraguay.

La historia exige condiciones especiales de preparacion de que carezco, y sin tiempo, ni recursos para reunir y estudiar los datos necesarios para el efecto, y cediendo al amable deseo de aquellos amigos, he trazado á vuela-pluma estas memorias en los siempre interrumpidos ratos de reposo que me permiten mis atenciones diarias por agenos intereses.

Tal vez estas pobres páginas sirvan como ligeros apuntes para ayudar al futuro historiador; en todo caso, ellas acreditan que no he empleado mis ocios en bacanales ni orgías, y que tengo interés especial en conservar íntegro el precioso tesoro de la dignidad personal.



MEMORIAS DEL CORONEL JUAN CRISOSTOMO CENTURION

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

El por qué de este libro—Mi nacimiento—Mis padres—El Padre Amancio González y Escobar, profesor de mi padre—Reducción del Remanzo—Recuerdo de un cacique—Separación de mi padre del lado del padre Amancio González, y entra á servir de secretario al Dr. Zamalloa, escribano real de Hacienda—Viaje de mi padre á Montevideo en compañía de éste—A su regreso abre un estudio de abogacia—Movimiento revolucionario—La sociedad paraguaya se divide en tres partidos: realista, porteño y nacional—Adhesión de mi padre á este último—Antecedentes históricos de la revolución é independencia del Paraguay—Expedición de Belgrano—Paraguarí y Tacuary—Causas que produjeron la revolución del Paraguay—El gobernador Velazco sustituído por una junta gubernativa—Corrupción, abusos é ignorancia de los miembros de ésta—El Congreso de 1813 acordó la supresión de la junta y la formación de un nuevo gobierno compuesto de dos cónsules—Estado anárquico de la campaña y desórdenes en la Capital—El director Posadas invita al Paraguay se haga representar en el Congreso General de Tucumán—El Paraguay se escusa con razones plausibles, apoyadas en el proyecto secreto de Posadas para establecer una mo[illegible]—Mi padre perseguído por el Dr. Francia y desterrado [illegible]mpaña—Su muerte—Mi educación—El maestro Quintana—D. Miguel Rojas—El profesor Dupuy y la escuela de matemáticas—Llegada de don Ildefonso A. de Bermejo—Fundación de la escuela denominada *normal*—Causa mala impresión—Algunos insubordinados son enviados á la marina—Carta de mi madre al Sr. Bermejo.—El silencio de este me salva—Fundacion del Aula de filosofía—Exámen público en presencia del Presidente D. Cárlos Lopez en el Teatrillo nacional—Ensayo de un cañón viejo—Accidente y peligro de muerte de los examinandos—Bermejo fundador del primer Teatro en la Asuncion—Forma *une troupe* de sus discípulos—Retirada de Bermejo del Paraguay—Crítica de su obra sobre el mismo—Le sustituye en la redacción de «El Semanario», D. Natalicio Talavera—Este sale á campaña y es reemplazado por D. Gumercindo Benitez—Muerte de aquel en Paso-pucú—Mi sueño—Su realización.

La vida de los hombres que han consagrado exclusivamente sus trabajos y afanes á sus propios

beneficios, sin que se hubiese jamás ocupado de la suerte y ventura de sus semejantes, no puede presentar mayor interés ó mayor utilidad. [1] Lo propio no sucede tratándose de hombres públicos; para ellos llega á ser una necesidad escribirla por el provecho que pueda ofrecer su experiencia á las generaciones futuras, para imitar su ejemplo en lo que se ajuste á las reglas del deber, de la moral y de la virtud, y para evitar de incurrir en los defectos de que haya adolecido.

En efecto, el ejemplo es uno de los instructores mas eficaces y poderosos, y puede conceptuársele, según Smiles, como la escuela práctica de la humanidad.

Al emprender á escribir la mía, llevo por delante dos objetos: dejar un recuerdo á mis hijos y ponerme á cubierto de las calumnias y de la maledicencia que se han cebado en mí sin piedad, á medida que volvía á figurar en la era moderna del Paraguay, dirijiendo mis enemigos sus insidiosos tiros directamente contra el porvenir de mi familia y mi reputación de ciudadano honrado.

Soy hijo póstumo. Nací el 27 de Enero de 1840 en el pueblo de Itanguá, á siete leguas de la Asunción, cuatro meses después del fallecimiento del autor de mis días. Fueron mis padres los cónyu-

(1) Belgrano (General).

ges D. Francisco Antonio Pérez de Centurión, y Da. Rosalía Martínez y Rodas.

Mi padre era hijo de Da. Juana Isabel de Aquino, y por adopción legal de D. Juan Pérez de Centurión, quien le mandó dar una esmerada educación en los colegios que había en la Asunción en tiempo de los españoles, y á fin de perfeccionarse ó de concluir sus estudios del derecho romano y canónico, fué colocado al lado del padre D. Amancio González y Escobar.

Cuando éste fundó su famosa Reducción del *Remanzo*, donde actualmente se halla establecida la colonia de Villa-Hayes, le acompañó allí, prestando su cooperación á aquel virtuoso sacerdote en la noble tarea de conquistar á los indios á la civilización. Como recuerdo de aquella época, se conservaba en casa hasta la guerra, una macana de *jacarandá* de algo más de un metro de largo, admirablemente pulimentada, que le regaló uno de los caciques del Chaco.

Poco tiempo después, á pesar de los consejos de su digno profesor, se casó mi padre en primeras nupcias con Da. Angela Q. de Agüero, de cuyo matrimonio tuvo dos hijos: un varón y una niña, que más tarde se casó con D. Sebastián Franco de *Caraguatay*.

El matrimonio de mi padre motivó su separación del lado del padre Amancio González que, por otra parte, parece que estaba empeñado en que

aquel siguiese la carrera eclesiástica, para la que evidentemente no tenía vocación.

Posteriormente fué colocado en calidad de secretario al lado de otro hombre igualmente eminente por su posición y conocimientos jurídicos, el Dr. D. Joaquin de Zamalloa, asesor real de los gobernadores y gobernador interino en ausencia de éstos, desde la época de Alós, Rivera y hasta los primeros tiempos de Velazco. En el estudio de este personage, llegó mi padre á adquirir conocimientos prácticos en los procedimientos judiciales, y cuando el Dr. Zamalloa se marchó para Españà, le acompañó hasta Montevideo, y á su regreso, al cabo de uno ó dos años, se puso á trabajar en la abogacía con licencia de los tribunales del país.

Con el ejercicio de su profesión, adquirió una modesta fortuna que le permitió vivir con independencia y comodidad.

De las correspondencias que llevaba con el Dr. Zamalloa y otras en el exterior, las cuales se han conservado en el archivo de la familia hasta la guerra con la triple alianza, no puede sacarse en claro cuáles hayan sido sus sentimientos respecto á política en general.

Sin embargo, posteriormente, cuando tuvo lugar el movimiento revolucionario que condujo á la Independencia del Paraguay, se había dividido la sociedad paraguaya en tres partidos: el partido

colonial ó *realista*, el partido *porteño* y el partido *nacional*, que era naturalmente el más numeroso y por consiguiente el más fuerte. Cuando la idea de libertad asoma en un pueblo oprimido, hace progreso con extraordinaria rapidez, arrastrando por delante, semejante á una corriente impetuosa, cuantas preocupaciones é intereses añejos puedan oponérsele. Así fué que mi padre, por más ligado que hubiese estado con los peninsulares que dominaban hasta entónces, cuando sobrevino la revolución, y empezaron á perfilarse los partidos, se adhirió al que tenía mayor consistencia cual era el *nacional* que gozaba de más popularidad que los otros.

No estaría demás hablar aquí, aunque sea someramente, de las circunstancias que precedieron y las causas más ó menos que dieron origen á aquel grandioso acontecimiento.

El 25 de Mayo del año 1810, el Cabildo de Buenos Aires, en vista de la crítica situación de la metrópoli española por la invasión y ocupación de la Península por el ejército de Napoleón, y sobre todo la conducta equívoca del virey Cisneros, convocó una asamblea general de todos los ciudadanos, y después de haber deliberado sobre el objeto de la reunión, se resolvió la deposición del virey, cuya resolución fué llevada á cabo, reemplazándole con una junta gubernativa compuesta de

nueve miembros. El Presidente de la nueva Junta prestó juramento de conservar fielmente su cargo y de mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII.

La Junta, pues, empezó á funcionar invocando el nombre y la autoridad del rey de España D. Fernando VII, á quien el pueblo había jurado fidelidad después de la abdicación de Carlos IV. Pero los peninsulares se resistieron á reconocer la legalidad de su procedencia, no habiendo sido constituída directamente por mandato del monarca, y le negaron obediencia, pidiendo la reinstalación del virey.

La oposición abierta de parte de los españoles y la insistencia de la junta en someterlos, produjo una lucha que muy luego degeneró en guerra de independencia.

La Junta, sin pérdida de tiempo, se dirigió al Gobierno del Paraguay, pidiéndole su adhesión y cooperación en la revolución que se había iniciado. El Gobernador D. Bernardo de Velazco, que fué el último representante de España en la Provincia del Paraguay, sometió la invitación á un consejo de notables, y éste resolvió que el Paraguay, antes de obrar, quería aguardar la última decisión de la corte de España, sin perjuicio de continuar intertanto en amistosas relaciones con Buenos Aires.

La Junta bonaerense, en vista de esta resolución que no esperaba, sin duda, y empeñada en hacer

reconocer su autoridad por el Paraguay, acordó enviar una expedición armada contra esta Provincia.

La expedición iba al mando en Gefe de uno de sus vocales, el General D. Manuel Belgrano. Las fuerzas de que se componía eran veteranos y si bien reducidos en número, tenían á su favor la superioridad moral. Constaban más ó menos de 1500 hombres, la mitad de caballería y la otra mitad de infantería, y seis piezas de artillería con sus correspondientes guarniciones, cuatro de á dos y dos de á 4. (1)

Belgrano se había aventurado á invadir al Paraguay con esta pequeña fuerza persuadido de que el pueblo estaba cansado del gobierno español y que el lábaro revolucionario que llevaba por delante adornado de la aureola de la libertad, sería suficiente para ser recibido por los paraguayos á su llegada, con los brazos abiertos; pero sufrió un gran desengaño.

El 18 de Diciembre de 1810, es decir, el mismo día en que el General Belgrano hacía el pasaje del Paraná, el Gobernador D. Bernardo de Velazco, lanzó la siguiente proclama al pueblo paraguayo:

«*El Señor Gobernador del Paraguay á sus habitantes.*

(1) Mitre—Historia de Belgrano.

«Heróicos Provincianos: Nuestros enemigos, ese
« puñado de bandidos enviados por la junta insu-
« rreccional de Buenos Aires contra esta noble Pro-
« vincia, os ha hecho el mayor agravio en creeros
« capaces de la sedición y del miedo. El intrépido
« Gefe de la expedición á la ciudad de Corrientes le
« ha dado una prueba de que no los tememos y los
« valerosos conmandantes de las partidas del Para-
« ná, D. Fulgencio Yegros y D. Pablo Thompson,
« han recibido á los emisarios de los rebeldes de la
« manera más propia para convencerlos, que aquí
« no tienen lugar la intriga y la falsía, únicos medios
« con que han pensado suplir la debilidad de sus
« fuerzas. No hay arbitrio por infame que sea, que
« los insurgentes no hayan puesto en ejecución pa-
« ra separaros del camino de la justicia y del ho-
« nor. Todos saben que entre las tropas de la des-
« graciada ciudad de Buenos Aires, vienen varios
« hijos espúreos de esta Provincia, ¿qué fundamen-
« tos tiene esa junta turbulenta para deducir que
« sus honrados parientes, y paisanos, habían de
« seguir sus detestables ideas? Ellos son los prime-
« ros que vengarán la injuria que se les hace dando
« una prueba al Mundo entero de los fieles senti-
« mientos que les animan. Sabed más, esa cábala de
« facciosos en sus sesiones sanguinarias, ha resuelto
« y maquinado el asesinato de vuestro Gobierno.
« ¿Acaso porque yo dejara de existir se acabaría

« vuestra fidelidad? ¿Faltaría un caudillo, que os
« condujera á la victoria, y exterminara á ese con-
« junto de salteadores, que invoca á nuestro des-
« graciado Rey D. Fernando VII y atacan infama-
« mente sus derechos y los de sus fieles vasallos?
« Almas viles, que seducidas por una política co-
« rrompida, que no han sabido aplicar, prefieren la
« destrucción de un país que les ha dado el ser á su
« desmensurada ambición. Han hecho todo lo po-
« sible para invitar al tirano Napoleón, pero les fal-
« tan luces y ejércitos. No creais á los que preten-
« den persuadiros con estudiosa malicia que viene
« contra nosotros un formidable ejercito; son indig-
« nos del nombre español, los que tales especies
« propalan, y si vuestro justo enojo puede conte-
« nerse de al Gobierno, y vereis pron-
« tamente castigados su infamia. A las armas va-
« lerosos habitantes de esta ejemplar Provincia; la
« Divina Providencia nos proteje visiblemente; ella
« nos ha proporcionado cañones y fusiles; pero
« vuestras lanzas son todavía mas terribles. Soy
« viejo en la guerra, y conozco cuanto vale estas
« clases de armas manejadas oportunamente por ma-
« nos como las vuestras. Moriré con gusto en me-
« dio de vosotros y tendré la gloria de acabar mis
« cansados días al frente de una provincia heróica

« y de unos súbditos amables en cuya defensa me
« parece un corto sacrificio el de mi vida. »

« Asunción del Paraguay, 18 de Diciembre de 1810.

« BERNARDO DE VELAZCO ».

«Es copia fiel del original.

«*Dionisio Huicedo* [1].»

El General Belgrano penetró en el territorio paraguayo sin obstáculos, y prosiguió su marcha sin interrupción hásta Paraguarí, pequeña población situada en un vasto llano á distancia de unas diez y seis á diez y ocho leguas de la Asunción El edificio más importante y único de su clase que contaba entónces dicha aldea, era el Convento de los Jesuitas anexo á una Iglesia, y que aun existe.

El ejército porteño acampó en un montículo llamado *Mbaé*, y que hoy es conocido desde aquella memorable época con el nombre de *Cerro porteño*.

El ejército paraguayo que se había improvisado con la noticia de la invasión, se componía de españoles y criollos, en número más ó menos de seis mil hombres. Los primeros formaban la infantería que era poco numerosa, y los segundos, la caballería bien montada. En general estaba mal

(1) Este documento de que ninguno que ha escrito sobre los sucesos de aquella época hace mención, obra en el archivo nacional del Paraguay y el trasunto es copia fiel mandado sacar por mí.

equipada; tropas bisoñas, sin orden ni disciplina, sin gefes ni oficiales de experiencia capaces de conducirlas, excepto el Gobernador Velazco, que había hecho la guerra de Rosellon contra los franceses, y se había distinguido tambien por su valor, en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses.

El Gobernador Velazco, que mandaba en gefe el ejército paraguayo guarneció la barrera natural que forma el arroyo *Yuquery*, brazo del *Caañabé* con piezas de artillería de campaña que barrían la planicie, las cuales eran sostenidas por fuerzas de infantería y caballería bajo las inmediatas órdenes del mismo Velazco. El resto de la caballería paisana, ó sea compuesta de los naturales del país, ocupaba los pasos y las nacientes del *Caañabé* y otros puntos por donde pudiera el enemigo penetrar dentro del campo.

Belgrano atacó la posición paraguaya en Yuquery, á las cuatro de la mañana, las divisiones de ataque venían al mando inmediato del general Machain.

Después de un vivo fuego de fusilería y de cañón que duró como media hora, las fuerzas paraguayas, bajo la influencia de la sorpresa, se dispersaron; el Gobernador Velazco por delante que, sin esperar ningun resultado, puso piés en polvorosa, dando ya todo por perdido. (1)

(1) Mitre—Historia de Belgrano.

Las huestes porteñas, dueñas del campo, poseídas de un gran entusiasmo, se pusieron á recoger el fruto de su fácil triunfo, entregándose indiscretamente al saqueo del pueblo de Paraguarí. Sin embargo, un resto de la caballería paraguaya, animado por sus jefes, recobró valor, y aprovechándose del desorden que había entre los porteños, cayó de improviso, con la velocidad del rayo, sobre ellos. El triunfo desde luego se declaró á favor de los paraguayos, que hicieron como ciento y tantos prisioneros, tomando como trofeos dos piezas de artillería á *lazos*, que, según la tradición que nos sirve de guía, fué la parte más chusca del fandango bélico de esa ocasión.

Belgrano, deseoso de rescatar á los suyos que quedaron prisioneros en Paraguarí, inició un nuevo ataque; pero sus tropas fatigadas ya de tanto pelear, flaquearon bajo el fuego certero de la artillería paraguaya, y mandó replegar á su campamento.

El General Belgrano, en vista del desaliento general de sus tropas y oficiales, emprendió retirada precipitadamente. Entusiasmados los paraguayos por el éxito que habían obtenido y que solo costó una pérdida de cuarenta y tantos hombres entre muertos y heridos, se pusieron en persecución de los porteños, á quienes dieron alcance sobre el río *Tacuary*, uno de los afluentes del Alto Paraná. Allí ocupó el enemigo una posición ventajosa para

defenderse. Atacados por los paraguayos en número superior, hizo prodigios de valor, pero exhausto de cansancio, y debilitado moralmente, capituló después de algunas correspondencias cambiadas entre Belgrano y Cabañas, y en virtud de la capitulación, debida á la inexperiencia de los paraguayos, que pudieron haber tomado á todos prisioneros, fué concedido al General Belgrano y resto de su ejército salir del país con armas.

He ahí el triste fin que tuvo la expedición lanzada contra el Paraguay por la junta de Buenos Aires. [1]

Después de aquel acontecimiento, el espíritu de patriotismo y de libertad tomó creces en el país. La corta campaña no ha dejado de despertar en el ánimo de los paraguayos un sentimiento de confianza, haciéndoles concebir una idea más perfecta sobre la importancia de sus propias fuerzas, y el porvenir que con ellas, pudieran asegurar.

Por otra parte, el ejemplo de los pueblos vecinos que ya estaban regidos por autoridades propias, y las semillas de libertad que sutilmente había sembrado Belgrano entre los jefes paraguayos, bien que con propósitos insidiosos, los determinó á

(1) El padre Amancio González y Escobar fué el orador sagrado designado para predicar el sermón en acción de gracias en la catedral de la Asunción después de la batalla del Paraguarí. Véase el apéndice. Es curioso notar que en dicho documento no se hace mención de Cabañas, sinó de Gamarra y Yegros.

procurarse las mismas condiciones y gozar del libre ejercicio de aquellos derechos civiles y políticos que por la ley natural les correspondía como á pueblo, y de las que estaban, hasta entonces, privados por una política injusta y egoísta del gobierno peninsular.

Esta circunstancia dió lugar á que los principales criollos, aquellos que eran mas visibles por su posición social é ilustración, mirasen á los españoles con cierta aversión y animosidad, porque veían que éstos, con las ventajas de las vida pública de que disfrutaban exclusivamente, ejercían sobre ellos un predominio injustificable ante la razón y la justicia.

En efecto, todos los funcionarios públicos que, muchas veces eran inferiores á los naturales en experiencia é inteligencia, y casi siempre así, en cuanto á conocimiento de los negocios é intereses locales,—todos salían de España y venían á formar una especie de oligarquía privilegiada con intereses y tendencias también aparte; porque no podían identificarse ó confundirse con los de la sociedad desde el momento mismo que eran unos huéspedes pasageros, cuya estancia ó permanencia era de muy poca duración, generalmente hablando. En el trascurso del tiempo, llegaron á ser odiosos y repugnantes, porque en lugar de dedicarse á mejorar la condición física y moral del pueblo mediante una

administración justa y regular, dando ejemplo de probidad en el cumplimiento de sus deberes, se afanaban con preferencia en hacerse de fortuna lo más pronto posible, es decir, antes que otros viniesen á relevarlos. De esta manera la administración pública llegó á ser para ellos una grangería, introduciéndose en ella los más escandalosos desórdenes de que era víctima el pueblo. Vanos y orgullosos por la supremacía que irrevocablemente mantenían sobre los naturales, guardaban hacia éstos un aire despreciativo é inconveniente, dándoles á comprender, con demasiada claridad, que existía entre unos y otros una desigualdad inconciliable procedente de raza y de condición social.

El antagonismo que esta circunstancia engendró entre las familias criollas y españolas; el recuerdo de algunos vejámenes y violencias de que los naturales, alguna vez, han sido víctimas por la avaricia ó arbitrariedad de sus dominadores; la humillación constante en que vivían; la inferioridad del número de los españoles y la ausencia de toda fuerza militar que pudiese servir á éstos de protección eficaz y apoyo en caso de una tentativa, fueron causas que contribuyeron poderosamente á debilitar la adhesión de los criollos al Gobierno español á quien miraban, ya no como un protector de sus derechos individuales y civiles, sinó como á un enemigo opresor que vive chupando el fruto de sus sudores; y fueron,

más ó menos estas mismas causas las que determinaron á los naturales á sacudir el yugo que les tenía sujetos, el 14 de Mayo de 1811, estableciendo de hecho la Independencia de la Provincia, mediante una revolución pacífica.

¡14 de Mayo de 1811! Día venturoso en que se vió nacer en el horizonte de la Patria la estrella de la libertad, marcando con sus refulgentes rayos el camino que debería seguir para llegar con prontitud á su regeneración y felicidad. Mas, desgraciadamente fué eclipsada casi en su misma cuna por el giro tortuoso é infecundo que dieron á la revolución hombres que no supieron comprender la importancia del triunfo alcanzado por el pueblo. Este quizo emanciparse de la esclavitud en que le hacía vivir la tiranía, y aquellos que servían de mentores para prepararle la senda por donde debía marchar el carro triunfal de su progreso y engrandecimiento, desviando el espíritu de la emancipación, le obligaron á entrar en el antiguo surco trazado por instituciones rancias y anti-progresistas. ¡Deplorable error, cuya consecuencia ha sido fatal!

La verdadera idea que tuvieron los paraguayos para no haberse prestado entonces y aún después, á cooperar con los argentinos en su revolución directamente, eludiendo todo compromiso con la manifestación de *esperar* la decisión de la corte de España, no fué porque dejaran de simpatizar con el

movimiento de sus hermanos, sinó porque querían hacerse real y verdaderamente independientes, tenían el grandioso pensamiento de pertenecerse á sí mismos; en una palabra, no querían romper la cadena de la Metrópoli española para luego someterse á la de Buenos Aires; porque si ominosa era la primera, fatal hubiera sido la segunda; no sería «sino cambiar una cadena por otra y mudar de amo.»

Aquel hecho portentoso y memorable en los anales del Paraguay, fué anunciado al Pueblo en una enérgica y elocuente proclama, dictada por el Dr. Francia en la que demostró con sólidos razonamientos el perfecto derecho que asistía á la Nación paraguaya para asumir su propia soberanía y regirse con absoluta independencia, no solo de Buenos Aires, sinó de todo poder estraño, en virtud de haberse roto para siempre el vínculo político de adhesión que la había tenido unida á la Metrópoli Española.

El Gobernador Velazco fué sustituído por una Junta Gubernativa compuesta de un *presidente*, dos *vocales* y un *secretario* con voto deliberativo. Este último puesto fué ocupado por el Dr. Gaspar Rodríguez de Francia, que era el que dirigía á todos los demás miembros de dicha junta.

Por desgracia, exceptuando al Dr. Francia, los hombres que componían la junta, eran poco preparados para comprender su misión. Ellos ignoraban lo que estaban llamados á hacer; ignoraban cuáles debe-

rían ser las condiciones y bases de la nueva organización que había que constituirse para garantir las libertades públicas y desarraigar los vicios y corrupciones que engendraron las preocupaciones políticas y religiosas del antiguo régimen; ignoraban lo que significaban *soberanía* nacional, libertad civil y libertad política, poder legislativo, ejecutivo y judicial; y con esta ausencia de conocimientos no tenían más remedio que entregarse, dóciles, á la dirección y manejo de Francia, que aunque tampoco muy adelantado en ideas de organización política, poseía una vasta y sólida instrucción, y ayudado de una voz y elocuencia autoritativa y magistral, los envolvía á todos haciéndoles aceptar de buen ó mal grado la idea que quería.

En aquellos tiempos, se hablaba de la *libertad* por los codos, y en medio del entusiasmo y exaltación á que da origen el triunfo del pueblo contra sus opresores, cada uno la definía á su manera y según los principios religiosos que poseía; pues, la teología era una asignatura de preferencia en los colegios de entonces. Ignoramos cómo la habrá comprendido la Junta; pero bajo su administración reinaban en el país todo género de desórdenes y excesos que nos autorizan á creer que la haya confundido con la *licencia!*

En el Departamento de San Pedro, en los días de elecciones para diputados, un capitán retirado, pa-

triota ardoroso, arengó á sus conciudadanos, y entre otras lindezas les dijo, con el aplomo del más profundo convencimiento, que «*la libertad no era otra cosa que fé, esperanza y caridad!*»....

Hombres tan livianos y escasos como eran los de la Junta, no era de esperar que inspiráran respeto y moderación á sus gobernados. Según algunos historiadores, traficaban con todo haciéndose pagar hasta la libertad de los presos de Estado, á fin de poder sufragar los enormes gastos que les imponía su afán por la ostentación. ¿Qué más y qué menos puede esperarse de hombres que más sabían de domar potros y de enlazar toros bravos que de gobernar á un pueblo?

La inmoralidad, dice un autor chileno, [1] en las altas regiones del estado es más perniciosa que los vicios que nacen de la ignorancia, porque siempre hay la esperanza fundada de que éstos desaparezcan con la educación del pueblo; pero aquella arrastra por delante á todos los hombres sin distinción de clase ni capacidad, que dominados por un espíritu de imitación, que parece ser inherente en la naturaleza humana, aceptan á ciegas todo lo que viene de arriba, y aunque lo hallen tildado de vicios ó corrupción, lo excusan en honra de su elevado origen. Así fué que los empleados de la adminis-

(1) Lastarria.—La América.

ción de la Junta, siguiendo el ejemplo de sus gefes, cometían mil actos de iniquidad é injusticia, llevando el desenfreno de sus desordenadas pasiones hasta el extremo de pisotear todos los fueros del ciudadano, con ofensa de su decoro y dignidad.

Los clérigos estaban divididos en *realistas* é *independientes*, y los de cada partido trabajaban en el confesonario para difundir y hacer prevalecer sus respectivas opiniones. El púlpito dejó de ser la cátedra de la verdad evangélica y pasó á ser tribuna popular, desde donde se lanzaban furibundos sermones demagógicos que se conciliaban muy mal con la mansedumbre y caridad cristianas. Los realistas, a su turno, se reían de todo lo que se hacía, porque en el concepto de ellos, la idea de la *independencia* era una ilusión irrealizable que había de desaparecer como humo con la primera noticia que llegara de la aproximación del ejército de Fernando VII.

Estos y otros desórdenes pasaban en la Capital. En la Campaña tenían lugar las mayores violencias, y de consiguiente había una completa inseguridad personal. Allí el más fuerte ó los más hábiles en el manejo del *puñal* y del *rebenque mborebí*, se despachaban á su gusto á vista y paciencia de las autoridades subalternas (sargentos y zeladores) quienes no se atrevían á meterse con aquellos desalmados por temor de ser víctimas de ellos, de modo que ladrones, asesinos, salteadores, bandi-

dos y vagabundos recorrían los partidos de la República con impunidad, debido á la debilidad é ineptitud de los empleados ó insuficiencia de los medios de represión de que disponían; cuyos empleados, por su parte, á nombre del *patriotismo* y del *supremo gobierno*, cometían también las más abusivas y extravagantes arbitrariedades.

Tal era el cuadro que ofrecía el Paraguay bajo el régimen de la Junta.

En semejantes circunstancias, la situación anárquica del país reclamaba la adopción de medidas enérgicas propias á restablecer el orden profundamente alterado, y el Dr. Francia, apercibiéndose de tan urgente necesidad, propuso á sus colegas los medios que á su juicio, podrían calmar las pasiones y reprimir los abusos que causaba su desenfreno; pero como esos medios de que él quería echar mano consistían en el empleo de la *fuerza*, sus colegas se manifestaron rehacios en acceder á sus insinuaciones, y el Dr. Francia con ese motivo fingía un disgusto y se retiraba á su quinta en la Trinidad *(Ibyrahy)*, en la plena convicción de que sin él, aquellos no podían marchar y siempre lo volverían á llamar.

Se valió de esa táctica más de una vez, causando la paralización de todos los negocios cada vez, pero merced á las súplicas de sus colegas que le hacían cuantas concesiones y promesas imaginables, volvía á la Capital á tomar parte en sus delibera

ciones. Cuando ya hubo conseguido su objeto, es decir, héchose el *hombre necesario* de la situación, en quien se fijaban las miradas del pueblo que le proclamaba como el más sabio de todos, insistió con sus colegas en la necesidad de tomar medidas enérgicas y de introducir algunas reformas en el gobierno, fundándose para esto en la desinteligencia que reinaba entre todos ellos, la cual constituía una rémora, casi insuperable, para llegar á un acuerdo con la prontitud y oportunidad que requería la situación del país.

Convencida, por fin, la Junta de estas razones, decretó la convocatoria de un Congreso en 1813, haciendo proceder sin pérdida de tiempo, á la elección de diputados en todo el país.

Desgraciadamente para el Paraguay, los que salieron favorecidos por el sufragio de los ciudadanos, fueron los más ineptos é incapaces para tratar de un asunto de tanta trascendencia, como era el de plantear las bases de un gobierno, cuyo personal reuniese las condiciones necesarias para dirijir con acierto los destinos de la nación.

Aquellos ciudadanos, acostumbrados desde un principio á un régimen en que la voluntad del gobernador era la ley suprema, carecían de toda experiencia administrativa, y de consiguiente inhábiles para organizar un gobierno que, colocándose á la altura de las necesidades del país, pudiese dirijir la

cosa pública con inteligencia y decisión. Esa inhabilidad es característica, según Mr. Guizot, de todo pueblo que ha estado gobernado despóticamente. «Con la desaparición de la autoridad central cuya voluntad se hacía sentir en todas las partes de la sociedad, dando á esta una especie de vida y movimiento, desaparece también toda la máquina administrativa, y queda la nación ó en una completa acefalía, ó sin aquel conjunto establecido para la dirección de sus más altos intereses». ¿Qué resulta? Que «la falta de costumbres», añade el mismo autor, «y de instituciones políticas que existan directamente del y por el pueblo, que le hubiesen enseñado y adiestrado á éste á manejar sus propios intereses, hace sumamente difícil y lenta la improvisación de un nuevo gobierno»; dando lugar á mil contratiempos que producen muchas veces, en el curso de los sucesos, efectos deplorables y calamitosos. Lo propio no sucede á los pueblos acostumbrados desde su infancia á las instituciones libres.

Hé ahí el vicio fatal del absolutismo. Por eso su herencia, según nos enseña la historia, siempre ha sido y será la decadencia; y el pueblo paraguayo fué indudablemente víctima, como lo fueron los demás pueblos hispano-americanos en la época de su emancipación, de una de sus más dolorosas consecuencias,—cual es la ignorancia y la indiferencia política.

Está, pues, demás decir, que aquellos represen-

tantes de la nación paraguaya ignoraban la misión que estaban llamados á desempeñar, ni lejanamente sabían lo que tenían que hacer ó decir cuando se encontrasen reunidos en asamblea. Se les veía antes de la reunión del Congreso, recorrer las calles de la Asunción, mañana y tarde, á pasos lentos y porte grave, con una variedad curiosa de uniformes y trajes de que fácilmente podía deducirse su origen peninsular: unos llevaban pantalones anchos y chaquetas de mangas ajustadas sobre un chaleco ó *armador* que apenas cubría la mitad del pecho; otros calzones cortos y casacas, medias negras y zapatos con hebillas de plata ú oro, sombreros de copas elevadas y alas de dos dedos de ancho; otros fracs ó casacas coloradas; otros de azul oscuro, y otros verdosas con vivos de color, cuyos estrechos faldones les bajaba hasta más allá de las corvas. Solo faltaban los hábitos de los maestrantes y caballeros sanjuanistas para completar la semejanza á una diputación provincial en España.

¿Dónde iban esos señores congresales? Unos iban á las tiendas y pulperías á saludar á sus amistades, y otros iban á visitar á los hombres de más nombradía que había entonces en la capital, á fin de hacerse instruir por ellos acerca de la conducta que deberían observar en el Congreso y de las ideas y opiniones que deberían emitir en una ocasión tan solemne, para evitar de hacer un papel que no guardase

entera consonancia con los sentimientos de patriotismo que deben distinguir á un representante de la nación.

Por fin llegó el día de instalarse el Congreso, y al cabo de algunas sesiones fué acordada la supresión de la Junta gubernativa y la formación de un nuevo gobierno compuesto de dos cónsules por el término de un año.

Salieron designados para dichos cargos el Dr. Francia y Don Fulgencio Yegros; el primero secretario y el segundo vocal que fueron de la fenecida junta gubernativa.

Cuentan que para la toma de posesión de sus puestos, se les prepararon dos sillones forrados de zuela, bautizando al uno con el nombre de César y al otro con el de Pompeyo, y que el Dr. Francia se apoderó del primero, dejando el segundo á Yegros.

¡Horrible presagio de la suerte fatal que le cupo á este último!

La concentración del poder era indudablemente necesaria para vigorizar la acción del gobierno, y puede considerarse como un paso más dado á favor de la independencia del Paraguay. En Buenos Aires, y casi por el mismo tiempo en que el Dr. Francia fué nombrado dictador por tres años (año 1814), tuvo lugar una innovación parecida en el gobierno colegiado que regía hasta entonces, nombrando á Don Gervacio Antonio Posadas para ejercer el Po-

der Ejecutivo con el título de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Nadie ha pensado jamás en atribuir dicha reforma á la ambición personal de Posadas, y todos los historiadores estan contestes en considerarla como necesaria y altamente patriótica en el sentido de asegurar la consecución del éxito de la idea de libertad é independencia que se perseguía.

Los diputados, acostumbrados, como ya hemos dicho antes, al régimen arbitrario de un gobernador, no se tomaron el trabajo, ni creyeron de necesidad, definir las atribuciones de los Cónsules ó determinar los límites de su autoridad. Dejaron, pues, continuar la arbitrariedad de siempre, y de esta manera, si bien la administración consular se señaló por la marcha más regular que tomaron los negocios públicos bajo ella, no estuvo exenta de los puntos negros que dejan los actos arbitrarios de cualquier gobierno.

En aquel año, la junta de Buenos Aires, ó sea el Director Posadas, envió una comisión cerca del Gobierno paraguayo, á objeto de hacerle presente que iba á reunirse próximamente un Congreso general en Tucumán con el fin de sancionar la Constitución que debía regir á todas las Provincias Unidas, invitándole á que nombrara representantes para tomar parte en sus deliberaciones á la par de las demás. Dicha invitación no fué aceptada, fundándose el go-

bierno consular en consideraciones justas y plausibles, sugeridas por las circunstancias especiales en que se encontraban entonces las cosas del Plata. Una de ellas consistía en que el Director Posadas, empeñado en perpetuar sus doctrinas políticas en el gobierno, había tomado secretamente algunas medidas tendentes á establecer una **monarquía!** que, continuando el principio de la centralización, asegurase á Buenos Aires todos los privilegios á que creía tener derecho. Al efecto, envió agentes secretos con instrucciones de proponer á las potencias europeas un protectorado en el Plata ó la designación de un príncipe que viniera á fundar una monarquía en el antiguo vireinato. El Dr. Francia que tenía los ojos fijos en la marcha de los acontecimientos revolucionarios en el Plata y en el giro que tomaban los movimientos políticos, llegó á columbrar el proyecto iluso y liberticida que el Director Posadas y sus satélites intentaban realizar, y denunció en seguida á los demás pueblos la existencia de aquel proyecto anti-americano que conspiraba directamente contra el triunfo de las ideas de libertad y progreso.

El Dr. Francia en esta ocasión dió una espléndida prueba de su americanismo. El tenía las mismas ideas que el Dr. Moreno. Así manifiesta Mitre en su historia de Belgrano. Hablando del Paraguay, el Dr. Alberdi en su obra titulada «*Las Disenciones*

de las Repúblicas del Plata y maquinaciones del Brasil», p. 184 dice: «¿O toman á lo serio esas Re-«públicas el error que excluye al Paraguay de los hi-«jos de la revolución de América? La América no «conoce la historia de ese país sino contada por sus «rivales. El silencio del aislamiento ha dejado á la «calumnia victoriosa. La América debe juzgar á esa «hija de su revolución con su propio juicio, y rehacer «su historia en honor de su gran revolución, á la cual «pertenece el mismo Dr. Francia, que como Robes-«pièrre y Danton, reune á un lúgubre renombre el «honor de haber concurrido al triunfo de la revolu-«ción americana. El Dr. Francia proclamó la inde-«pendencia del Paraguay respecto de España, y la «salvó hasta de sus vecinos por el aislamiento y el «despotismo: dos terribles medios que la necesidad «le impuso en servicio de un buen fin. A ellos debe «hoy la libertad fluvial una de sus más fuertes garan-«tías, en la autonomía soberana de esa República.»

Debo pedir disculpa al lector por esta digresión algo prolongada sobre la historia del Paraguay trazada á vuelo de pluma. El comprenderá que era indispensable desde el momento que se hacía mención de la revolución é independencia del Paraguay. Yo no podía referir la historia de mi vida, sin hacer referencia á la de mis padres, y al hablar de éstos necesariamente, había que hablar también, tan si-

quiera someramente de los sucesos á que más ó menos estaba vinculada su existencia.

Por otra parte, todas las existencias son solidarias las unas de las otras, como bien dice George Sand, y todo ser humano que presente la suya aisladamente sin relacionarla con la de sus semejantes, no ofrecería sinó un enigma á desenredar. Si se habla, pues, de la revolución del Paraguay, nadie la comprendería, á menos que se dijera algo sobre los antecedentes que dieron lugar á ella, así como de la marcha que llevaban los primeros acontecimientos que surjieron de ella.

Esto expuesto, reasumo el hilo de mi narración.

Más tarde, cuando el Dr. Francia que era el alma de la revolución, consiguió en el trascurso de los sucesos adueñarse de la dirección suprema de la Nación, y empezaba á manifestarse su sombría tiranía, mi padre llegó, á la par de muchos otros ilustres ciudadanos, á ser víctima de la zaña de aquel déspota. Por cuestión de un escrito donde aparecía una omisión involuntaria de aquella fórmula pesada y servil á que se hacían sujetar entonces las solicitudes por efecto de una idea exagerada sobre la soberanía nacional á la que se consideraba como encarnada é identificada en la misma persona del Dictador, éste, con esa intolerancia é inflexibilidad de carácter que le era peculiar, lo mandó poner preso. Al cabo de un año de prisión, fué desterra-

do á la campaña, con expresa prohibición de volver á pisar la capital hasta segunda disposición. Posteriormente, le dió el permiso para ejercer su profesión, en Itanguá, donde se había establecido con preferencia por ser también lugar de su nacimiento, y en seis departamentos más que fueron: Capiatá, Itá, Yaguarón, Paraguarí, Pirayú y Altos, con facultad de asesorar á las autoridades respectivas cuando precisasen de su dirección profesional.

De esta manera gozó de grande influencia en la campaña cuyos sencillos moradores lo llamaban *Centurión-arandú*, Centurión el sabio, á quien rendían las mayores consideraciones de respeto y veneración.

Un día, allá por el año 1819, fué llamado á practicar algunas diligencias judiciales en compañía de la autoridad local en casa de un señor Martínez, vecino de posición desahogada del distrito de *Tapytangüá*. Vió á una de sus bellas y candorosas hijas y se enamoró de ella. A los pocos días solicitó la mano de la niña y se casó con ella en segundas nupcias, habiendo perdido la primera mujer algunos años antes. La niña era Rosalía, mi madre, que apenas contaba entonces 18 abriles.

En ese matrimonio, mi padre tuvo ocho hijos vivos, siendo yo el octavo y el último, y el único que todavía, á Dios gracias, me conservo en vida.

El deseo que tenía de visitar la Asunción, era

tal que rayaba en una especie de nostalgía, y cuando le apuraba mucho este mal, como un lenitivo mandaba ensillar uno de sus mejores caballos, y acompañado de su esclavo Simeón, se iba á la Recoleta. Después de unos cuantos días de permanencía con los frailes con quienes tenía amistad, regresaba mejorado de salud y de espíritu.

Por los escritos presentados por él en litigios que ha sostenido, los cuales se registran en algunos expedientes que obran en el Archivo Nacional, se vé que ha tenido sólidos conocimientos en derecho. Sus argumentos, expuestos en un lenguaje sencillo y claro, son oportunos y lógicos. Seguía á su adversario á todos los terrenos, rebatiendo punto por punto los que hubiere aducido en su contra, estrechándolo de manera á no dejarle una salida, semejante á un general que se propone rendir una fortaleza por medio del sitio.

Daba especial importancia á la educación. Cuando sus hijos se encontraron en estado de recibirla, llevó á su propia costa un maestro para enseñarles los primeros rudimentos. Calificaba al hombre sin educación como el peor de los brutos. Desgraciadamente la parca cortó el hilo de su existencia cuando sus hijos recién principiaban á aprender á leer y escribir. Pero mi madre, mujer dotada de un sano criterio y de una rara previsión, y acordándose por otra parte, que una de las recomendaciones que

más le había encarecido en el lecho de su muerte, fué la educación de sus hijos, hizo cuanto pudo para dar cumplimiento á tan importante encargo,—encargo que revelaba la afección y cariño que abrigaba su corazón de padre hacia aquellos tiernos vástagos.

Mi primera infancia la pasé en Itanguá al lado de mi madre. Era pequeño y delicado de salud; ella no sabía qué hacer para curarme de uno y otro mal, y cuando tenía ocho para nueve años, se alimentaba en la familia, con toda formalidad, la opinión de que yo no iba á crecer más! Es que mis hermanos y parientes no se habían apercibido que esa debilidad física estaba sostenida por una gran fuerza:—el espíritu!.... Esta fuerza nunca me ha abandonado, y tal vez hubiera sucumbido, no una, sino muchas veces, si ella no me hubiese acompañado y sostenido en las difíciles y gravísimas circunstancias por que he tenido que pasar en el curso de mi vida, como se verá mas adelante.

Mi vida infantil, mientras permanecí con la familia, se ha señalado por dos sucesos que casí me causaron la muerte, siendo la cabeza la parte del cuerpo que más tuvo que sufrir en las dos ocasiones, y puedo decir, que aún después de hecho hombre, la extremidad superior de mi humanidad ha sido la más perseguida por la fatalidad.

En frente de casa había un gran espacio de te-

rreno poblado de gramillas, bastante nivelado; pero hacia la orilla se percibía una pequeña pendiente casi imperceptible En esa parte se encontraba, una tarde ya al ponerse el sol, paciendo un caballo redomón, que mi hermano mayor había mandado traer de la estancia para su montado como uno de los mejorcitos que había. Aprovechando la buena sombra que se extendía sobre aquel expléndido césped, me puse á jugar con un limón, haciéndolo rodar de una parte á otra. En una de las tiradas, lo arrojé con tanta fuerza, con el interés de hacerlo correr á mayor distancia, que fué rodando por la pendiente hasta ir á parar debajo del vientre del caballo. Sin advertir el peligro y con esa audacia peculiar á los niños, fuí corriendo á cojer el limón de donde estaba; al efecto, me agaché y me metí debajo del redomón como la cosa más natural del mundo! El redomón incomodado levantó la cabeza, y con la rápidez del rayo, me plantó una terrible coz en la parte izquierda de la cabeza, dejándome allí tendido y bañado en sangre. Una de mis hermanas que me vió, dió el grito de alarma; en seguida, acudió mi madre acompañada de todo el mundo de la casa. Me llevaron en peso á la sala, y allí mi madre pidió que trajeran inmediatamente una palangana con agua para lavarme. Una de mis hermanas, turbada por el suceso, pues lo que menos se imaginaba era que yo pudiese escapar de la

muerte, fué y trajo por equivocación un orinal vacio! Esto aumentó la irritación nerviosa de mi madre que echó una réspice á la portadora, la que quedó cortada, mientras que otra más feliz, vino apareciendo con un lebrillo donde me lavaron y curaron la herida, que era bastante profunda, de forma semicircular, impresa por la uña del caballo, cuya cicatriz aún se conserva visible.

Este golpe parece haberme afectado el cerebro, porque siendo estudiante y aún después, cuando hacía cualquier trabajo intelectual algo árduo y seguido, sentía ardérseme esa parte y á veces con un dolorcito, habiendo desaparecido por completo en el trascurso de los años esta afección.

Como un año después, yendo á casa de un vecino á distancia de unas diez cuadras, me encontré en la mitad del camino con dos muchachos mayores que yo, uno de ellos, hijo del único herrero que había en el pueblo de Itauguá, tenía unas *boleadoras* de plomo de cazar pájaros, según es costumbre general en el país. En el momento en que iba llegando á donde estaban, venía pasando por frente un cuervo á distancia conveniente para voltearlo. El hijo del herrero se preparó con ese intento, y al hacer girar las bolas con fuerza en el aire á la altura de la cabeza para largarlas al cuervo, se rompió la cuerda de una de ellas, viniendo ésta como una flecha á clavárseme en la frente á raíz del pelo. El

golpe me dejó sin sentido, dando vueltas por algunos segundos sobre el pié como un trompo, hasta que cayó el plomo que se había hundido en la frente más de dos milímetros, echando entonces á correr para casa bañado en sangre, y dando gritos de dolor y de susto. En el camino me encontré con una carreta que iba con tres yuntas de bueyes; el carretero ó picador al verme, hizo parar la carreta, lanzándose á tierra para sujetarme; pero vano fué su intento, porque yo me hice á un lado y me escapé con la velocidad de un gamo.

Mi llegada causó una consternación general en casa. Lo primero que averiguaron fué quién fué el causante de la herida? Al decírselo, mi hermana mayor se dispuso en el acto á marcharse al pueblo con propósito de entablar una demanda ante el señor Juez comisionado para que éste aplicase el merecido castigo al malhechor. Trabajo costó disuadirla de su intento, explicándosele que el hecho era efecto de una mera casualidad en que no había responsabilidad alguna.

En breve estuve otra vez sano y bueno; pero con una regular cicatriz para perpetuar la memoria de aquel suceso.

Cuando la batalla del 24 de Mayo de 1866, un pedazo del casco de una bomba se me clavó en la cabeza al lado de aquella cicatriz, y en

Cerro Corá en que tuvo lugar el último combate que puso fin al gran drama de la guerra, una bala de fusil me atravesó la cara, cortando la lengua y destrozando la dentadura de la mandíbula superior é inferior, dejándome únicamente la del frente.

No habiendo sucumbido á tantos golpes, estoy justificado para esperar una muerte tranquila, cuando llegue al término de vida que me haya concedido la Providencia.

Al cumplir los diez años, mejoré notablemente de salud. Entonces mi madre, aprovechando tan favorable circunstancia, me envió á la *Cañadita*, á casa del joven estudiante de latinidad, D. Silvestre Yegros, para aprender las primeras letras. Estuve con dicho señor unos dos meses, al cabo de los cuales, me mandó á la Asunción al lado de mi hermano mayor que ejercía á la sazón allí el comercio. Dos días después de mi llegada entré en la escuela del maestro Quintana.

Dicha escuela denominada de *primeras letras* era en la época considerada como una de las mejores en su género. A la verdad, Quintana, aparte de su carácter despótico, era una especialidad para enseñar á escribir. Era un consumado calígrafo, y sacó algunos discípulos muy aventajados en esta arte. En cuanto á otros conocimientos, era lo que se llama *raspado*. Sin embargo, si

hubiese tenido ocasión de estudiar, tal vez hubiese llegado á ser una gran cosa; pues, revelaba mucha disposición natural para aprender arte ó ciencia. Se dedicó á la música, en la que hizo un rápido progreso, llegando hasta componer piezas sencillas para canto y sobretodo para guitarra, que tocaba admirablemente bien. El ha evidenciado practicamente la verdad que enseña la máxima de que *querer es poder*, y que el cielo ayuda á aquel que se ayuda á sí mismo. Se le antojó ser relojero; compró un reloj de bolsillo viejo descompuesto. Se puso á estudiarlo sintética y analíticamente descomponiéndolo pieza por pieza y volviendo á componerlo de la misma manera. Con este procedimiento descubrió la falta que tenía y la arregló. En poco tiempo llegó á ser uno de los más hábilos compositores de relojes de bolsillo en la Asunción. Dicen que el poeta nace y no se hace; pero él con la fuerza de su voluntad demostró lo contrario; pues, se hizo poeta ya en su vejez, y componía coplas y canciones patrióticas con sus correspondiente música.

Los útiles de enseñanza con que contaba la escuela eran no solo escasos sino rústicos. Un largo escritorio de superficie inclinada de uno y otro lado con sus correspondientes bancos ó asientos, ocupaba el medio de la sala casi en toda su longitud. Arrimados á las paredes laterales había

unos bancos largos, con su mesita de escribir delante, colocados en escalones unos encima de otros hasta casi tocar el techo. En el primero de abajo se sentaban los principiantes ó *cartilleros*, en el segundo los *catoneros* hasta llegar á los últimos donde se sentaban los más adelantados en la lectura y escritura.

En un espacio vacío que quedaba en frente de la pieza que ocupaba el maestro Quintana, había dos mesas grandes llenas de pautas, ó sean unas tablitas lisas con líneas señaladas con cuerdas que servían á los alumnos para preparar el papel en que debian escribir. En el fondo del salón, también al lado de la puerta del maestro, había una enorme cruz de madera pintada de negro con un paño limpio, tejido del país, que colgaba de los brazos. La escuela estaba bajo la protección de ese sagrado madero de la Religión cristiana y todos los años se le hacía una ruidosa fiesta.

Los ramos de enseñanza eran tan escasos y deficientes como los muebles ó útiles: cartilla, catón, tabla de multiplicar, catecismo de Astete y un libro de lectura no importa su autor ó la materia de que trataba.

Se prohibía hablar en ella, en las horas de clase, el *guarani*, y á fin de hacer efectiva dicha prohibición, se habían distribuido á los *cuidadores* ó fiscales unos cuantos anillos de bronce que entre-

gaba al primero que pillaba conversando en *guaraní*. Este lo traspasaba á otro que hubiera incurrido en la misma falta y así sucesivamente durante toda la semana hasta el sábado, en que se pedía la presentación de dichos anillos, y cada uno de sus poseedores como incurso en el delito, llevaba el castigo de cuatro ó cinco azotes, alzado al hombro de alguno de sus compañeros!

En aquellos tiempos en que el país continuaba todavía bajo una rigurosa clausura, no había comercio, ó el que se hacía era muy limitado, de modo que todo era carísimo. El papel valía cuatro reales el pliego, así es que solo los *mayoristas*, es decir, los que ya podían escribir de una *regla* ó de *falsa*, según la expresión gráfica de la escuela, hacían uso de él y los otros más atrasados desde *palotes* para arriba, hacían planas sobre *tabla* la que consistía en un pedacito de madera bien cepillado de uno y otro lado cuyas superficies se cubrían de polvo fino de brea, haciendo las líneas con una puntita de madera, y luego se escribía sobre ellas con una pluma de ave mojada en tinta de carbón vegetal.

He ahí la escuela de Quintana, y por ahí ya podrá juzgarse de las demás de su género que existían en el país, y de las dificultades con que tenía que luchar la juventud para poder conseguir aprender á leer y escribir.

Muy rara vez se le veía la cara al maestro Quin-

tana, que pasaba en su cuarto la mayor parte del tiempo, ocupado en componer relojes ó en estudiar la guitarra. Los niños estaban abandonados, casi por completo, al cuidado de los fiscales que los maltrataban á su gusto, cuyas denuncias y delaciones eran oídas y creídas sin ningún recurso ulterior, y tenían los acusados forzasamente que resignarse á recibir el castigo ordenado por el maestro.

De esta manera acababan de corromperse los sentimientos de esos tiernos seres destinados á promover un día el porvenir y la felicidad de la República. Ellos constituían la más legítima esperanza de la Patria; ellos debieron haber sido á esta sazón objeto de especial estudio, de particular cuidado y de escrupuloso esmero para el que estaba encargado de su educación. En lugar de tener por delante ejemplos de buenos modales, de maneras decentes y de conducta ajustada á las reglas de la moral, se les ofrecía el de la tiranía y de la opresión, que pervierte el corazón, llegando á su vez á ser con el tiempo malos gobernantes ó malos padres.

Desde muy niño, aún antes de saber leer, se me había notado una afición extraordinaria por los libros. Había un vecino D. Luis Arrua, estudiante retirado, que devoraba cuantos libros encontraba en la vecindad. Era muy amigo de casa, y todas las veces que venía se ponía, con el previo permiso de mi madre, á revolver los pocos volúmenes que se

conservaban en la pequeña biblioteca de mi difunto padre. En cuanto abría uno de aquellos para leer yo ya me colocaba atrás de él. Mi madre, en vista de esta inclinación natural manifestada con tanta espontaneidad por una criatura que ni aún sabía ni las letras, exclamaba:

¡«Ah, ese vá á ser como su padre! Ven acá hijito, pobrecito, pronto te he de llevar á la Asunción para que aprendas á ser como fué tu papá»... Yo, lleno de susto al oir esto, me ponía á llorar, produciéndome una profunda impresión la idea de la separación del lado de mi madre, con lo que se constata la verdad que expresa Lady Morgan al afirmar que el primer disgusto serio que experimentamos en la vida, es el abandono ó la separación por primera vez del hogar paterno.

Como tenía una exelente memoria, que, sea dicho de paso, era la única facultad que se cultivaba en dicho establecimiento, al cabo de un año estaba al corriente de los pocos ramos que constituían el plan de enseñanza Mi aplicación y comportamiento merecían el elogio de mis *pasantes*.

En efecto, tal era mi formalidad y la puntualidad con que cumplía mis deberes escolares, que el maestro Quintana un día dijo á mi hermano: «que al contrario de los demás, no parecía niño, sino persona grande.» Como carecía de fuerzas físicas, encontraba poco placer ó distracción en los juegos de la

escuela, que á la verdad eran algo bárbaros, y propios más bien para enemistar á los niños que para desarrollar su cuerpo, tales como *luchas, barajadas*, etc., etc.

En 1851, se anunciaba, con satisfacción de los padres de familia, la próxima venida de un competente profesor de matemáticas, con objeto de establecer una escuela especial para la enseñanza de esa ciencia.

La palabra *matemáticas* en aquella época de esterilidad intelectual, por no decir de ignorancia, producía al oído de aquellos un sonido halagador y á la vez alegraba algún tanto sus corazones que aspiraban ver ensancharse el horizonte del porvenir de la juventud paraguaya. Recuerdo que en esa ocasión uno que quería ilustrarse sobre la materia, preguntó á otro á quien miraba como superior á él en inteligencia: ¿qué ciencia era esa de las matemáticas? Una de las más profundas, le contestó el otro, pues ella comprende hasta la astrología!...

El profesor anunciado era M. N. Dupuy. Había establecido como una de las condiciones para venir; que los jóvenes que habían de ser sus alumnos, tuviesen la necesaria preparación, en razón de que él no se comprometía á enseñar otra cosa que matemáticas. Sin duda, en virtud de esto, se estableció en Ceballos-cué una escuela preparatoria de aritmética bajo la dirección de D. Miguel Rojas, á fin de pre-

parar en ese ramo á los jóvenes que fueron *reclutados* para el efecto, de las distintas escuelas de primeras letras de la Asunción, en las que, según ya hemos visto, solo se enseñaba á leer y escribir, con prescindencia de la aritmética, y si se la enseñaba, se concretaba á las cuatro operaciones de sumar, restar, multiplicar y dividir.

Iba incluso en el número de los que fueron elejidos en la de Quintana para ir á formar parte de la expresada escuela preparatoria, debiendo advertirse que dicha elección se hizo recaer sobre los que, á juicio del maestro, eran más recomendables no solo por su disposición natural, sinó por su comportamiento moral.

El mencionado establecimiento duró apenas un año, es decir, hasta principios del año 1853, en que llegó M. Dupuy. Este en seguida instaló su escuela de matemáticas en un edificio especial donde actualmente queda la entrada del teatro Nacional, inconcluso, en un solar fiscal adyacente á la propiedad perteneciente entonces á D. Benito Varela, trasladándose á ella en masa todos los jóvenes de Ceballos-cué, incluso el preceptor D. Miguel Rojas, á quien por consideración se le dió un asiento aparte, pero sin que tuviese otro carácter que el de estudiante lo mismo que el resto. D. Miguel Rojas, era alto, flaco, y de cabeza pequeña, con la frente calva. Padecía de tisis, y por efecto de este mal era de un

carácter irascible, y los muchachos ó jóvenes mayores encontraban encantador contrariarle y porfiarle. Se volvía hecho una fiera, sobre todo cuando alguno le soltaba la carcajada en la cara.

Dupuy era un exelente profesor en su ramo y tenía un carácter suave y persuasivo que atraía, captándose la simpatía de sus educandos. Desgraciadamente la mayor parte de estos, carecían de suficiente preparación para poder hacer grandes progresos. Los que más aprovecharon fueron los jóvenes que habían estado con Escalada, que era conceptuado como uno de los pedagogos más competentes de la época. Su escuela tenía fama y á la verdad, casi todos los hijos de las familias más distinguidas de la Asunción recibieron su educación en ella, con notable aprovechamiento en cálculos, gramática, historia y filosofía moral. Escalada se ha dedicado á la enseñanza hasta su vejez, y falleció en su residencia en la Recoleta por el año 1866 ó 1867. Su conversación era amena é instructiva, dejando siempre en el ánimo una impresión agradable por la manera clara, correcta y elegante con que sabía exponer sus ideas, salpicadas con algunas interesantes anécdotas. Puede que algún día la gratitud pública se acuerde de él y de D. Vicente Estigarribia, el filántropo paraguayo, para perpetuar su memoria con algún monumento público. Los pueblos solo llegan á ser grandes, cuando sobreponiéndose al egoismo, pre-

mian á los ciudadanos que se han distinguido por sus obras, sus virtudes y sus méritos. Un pueblo valiente, generoso y honrado admira, respeta y premia á sus grandes hombres, cuyo ejemplo sirve de escuela práctica á las generaciones futuras. Los espíritus estrechos y sin generosidad, no saben, por desgracia, reconocer, y, mucho menos, venerar á los grandes hombres y á las grandes cosas. Este mismo principio es aplicable á los individuos en sus relaciones de unos con otros. «Ninguna cualidad,» dijo el Dr. Johnson, «nos proporciona más amigos que una sincera admiración de las cualidades de otros. Ella prueba una naturaleza generosa, franqueza, sencillez y un cordial reconocimiento del mérito.»

M. Dupuy talvez haya sido el primero que enseñó y propagó el conocimiento en el Paraguay del sistema decimal. Comenzó por la enseñanza práctica de las operaciones elementales de la aritmética, ascendiendo gradualmente á la enseñanza superior, incluyendo álgebra y geometría.

Adoptó el método de explicar en la pizarra los problemas que constituían cada lección, y los alumnos tomaban notas en cuadernos en blanco que cada uno llevaba con ese objeto. De esta manera los obligaba á fijar su atención y á hacer trabajar su inteligencia. Sin embargo, su explicación dejaba mucho que desear, por el conocimiento imperfecto que tenía de la lengua castellana. Debido á esto nuestros cua-

dernos estaban plagados de galicismos y de faltas ortográficas. El método pudiera ser bueno para adultos que tuviesen ya su inteligencia desarrollada; pero no así, tratándose de niños de diez y doce años que, si bien sabían leer y escribir medianamente, poseían á lo sumo una imperfecta práctica de las primeras operaciones de la aritmética. Por esta razón, los que más adelantaron fueron los de diez y ocho y veinte años de edad, en su mayor parte discípulos de Escalada.

Repecto á mí, debo decirlo con franqueza, que, sea porque mi organización intelectual no se avenía bien con el estudio de las matemáticas, ó porque no poseía suficiente preparación, me ví obligado á redoblar mi aplicación habitual, impulzado también por el temor de quedar rezagado. De esta manera conseguí sacar puntos de sobresaliente en el primer examen público que tuvo lugar en la Iglesia Catedral, presidido por personas de elevada y respetable posición; pero no porque tuviese disposición ó gusto para ello. Mi naturaleza, ó sea mi espíritu, exigía algo más jugoso y atractivo, algo que hablase al alma é inspirase la imaginación. Al decir esto, por supuesto aludo á las matemáticas puras, que constituían nuestro estudio y que comprenden el número y la extensión de la aritmética y la geometría, sin referirme á las mixtas que se aplican á los objetos de la naturaleza y de las artes, en cuyo concepto pueden pre-

sentar motivos de placer y encanto como cualquier otra ciencia, y pueden satisfacer al corazón y á la imaginación del que busca la verdad y la belleza en sus investigaciones.

La escuela de Dupuy duró hasta mediados de 1855, es decir, hasta la llegada del literato español D. Ildefonso Antonio de Bermejo, que vino también contratado lo mismo que aquel, por el gobierno de D. Carlos Antonio López.

El Sr. Bermejo era hombre de distinta catadura, y poseía los conocimientos necesarios para formar con su enseñanza una juventud ilustrada en el país.

Sin pérdida de tiempo procedió á fundar una especie de Escuela Normal en el edificio que hoy ocupa la Policía, con los alumnos de la escuela de matemáticas, que quedó disuelta, y con otros *reclutados* en los demás establecimientos de educación, siguiendo el mismo procedimiento anteriormente indicado.

Bermejo, al fundar su escuela normal, sin duda, no tuvo otra mira que formar conciencia de las fuerzas ó conocimientos preparatorios de sus alumnos, para luego fundar con los que fuesen más aptos un instituto de enseñanza superior, que probablemente constituía el objeto principal de su venida al Paraguay.

Los antiguos discípulos de Dupuy se sintieron al principio lastimados en su orgullo, cuando Bermejo los hizo comenzar de nuevo por la cartilla, y muchos

se manifestaron quejosos, dando lugar á algunos casos de insubordinación.

Enterado el viejo López de esta circunstancia por Bermejo, dió orden para que fuesen llevados á la Marina los principales cabecillas, que eran unos diez ó doce jóvenes adultos, casi todos pertenecientes á las principales familias de la Asunción y de la campaña.

Yo también, llevado de la errónea idea que prevalecía entre mis compañeros en general, de que la escuela normal no servía sinó para desandar lo andado, y que en este sentido lejos de ser benéfica contribuía á retardar nuestro progreso intelectual, me empeñé con mi madre para que me sacara de ella á fin de dedicarme más bien á algo que pudiese producir alguna utilidad inmediata á ella y á mí.

En efecto, mi madre dió oído á mis repetidas instancias, y dirigió al Sr. Bermejo una larga carta, suplicando encarecidamente que me otorgara una licencia indefinida, en mérito de no tener á su lado ningún hijo varón que la ayudase á sostener su vejez.

Yo mismo fuí el portador de esta carta, y á la salida de clase, la entregué al Sr. Bermejo, temblando por el resultado desfavorable que para mí pudiese tener semejante misiva. La leyó y al final, sonriéndose me dijo por toda contestación: «Su madre de Vd.

debe ser una señora muy grande, cuando me escribe una carta tan lárga!»

Bermejo, sin duda, apercibiéndose de que la solicitud de mi madre, no era sinó uno de los efectos de la mala impresión que había producido el sistema de enseñanza que trataba de implantar, la dejó sin resolución.

El silencio del Sr. Bermejo, que importaba una negativa, me salvó!. . .

¡Qué distinto hubiera sido mi destino si la súplica de mi madre hubiese sido atendida.!

Cuántas veces el destino, la suerte ó el porvenir de un hombre depende de un simple accidente ó de una mera casualidad en la vida, del mismo modo que en los acontecimientos humanos una vagatela á veces decide de la suerte de los pueblos ó del mundo. Si la nariz de Cleopatra, como dice Pascal, hubiese tenido una línea más ó una línea menos, otra hubiera sido la historia del mundo; y si Napoleón Bonaparte, digo yo, hubiese sido ñato, de seguro que no hubiera llegado á ser Emperador de los Franceses; y la Europa no hubiera sufrido la transformación que se les impuso como consecuencia de las guerras que hacía aquel. Solo al Paraguay le cupo la singular suerte de tener un presidente ñato; pero tan severo ha sido el escarmiento que recibió el pueblo por su mala elección, que es de esperar que, en lo sucesivo, se fijará también en el físico del que va á elegir,

el cual en algo se relaciona siempre con las prendas morales que deben distinguir el carácter del que está llamado á gobernar.

Con el ejemplo de los que fueron llevados á la Marina, se apaciguaron los ánimos, y la escuela normal siguió una marcha más regular en la práctica del método de enseñanza que se había adoptado.

Pero como dicha escuela era solo preparatoria, no duró sino unos ocho ó diez meses, es decir, hasta principios del año 1856. En diciembre de 1855 rindieron examen los alumnos, recibiendo un premio de aplicación los que salieron sobresalientes. Yo me encontraba, por fortuna, en este número, y el que se me otorgó, y que se conserva entre los papeles de la familia, es impreso y está concebido en estos términos.

«Escuela Normal»

«PREMIO DE APLICACIÓN»

«Autorizado por el Supremo Gobierno de la Re-
« pública del Paraguay, le doy el presente testimonio
« de aplicación, para que, como hasta aquí, conti-
« núe vd. mereciendo las consideraciones á que se
« ha hecho acreedor por su idoneidad y talento.

« Espero que su futura conducta, no desmentirá

« en nada los primeros pasos que con tan buenos « auspicios ha dado V. en la carrera de las letras.

En la Asunción del Paraguay á 3 de Enero de 1856

ILDEFONSO BERMEJO.

« *Sr. Don. Crisóstomo Centurión* ».

En el transcurso del año 1856, el Sr. Bermejo fundó su famosa *Aula* de *filosofía*, en el mismo edificio donde estuvo antes la escuela de M. Dupuy.

Dicho Instituto fué formado con los alumnos más adelantados de la escuela normal que con tal motivo quedó disuelta, y de algunos otros sacados de la escuela de latinidad á cargo del padre Maiz y de D. Bernardo Ortellado, que enseñaban en el edificio denominado *El Seminario*, sito al lado de la Catedral.

En el *Aula de filosofía*, el Sr. Bermejo desarrolló un verdadero plan de estudios, cuyo programa comprendía las siguientes materias: Gramática castellana, particular y general, Lógica, Historia sagrada y profana en toda su extensión, Cosmografía, Geometría, Literatura, Moral y Teodisea, Catecismo político, Derecho Civil, Francés y composiciones literarias.

Se llevaba un cuaderno para cada una de esas materias, de modo que cada alumno tenía tantos

cuadernos cuantas materias había. El Sr. Bermejo dictaba todos los días las lecciones del texto ó de los textos que le servían de guía y que se reservaba para sí, ampliándolas con explicaciones dadas en un lenguaje claro, correcto y elocuente. Las lecciones se aprendían de memoria y eran por el sistema dialógico, el cual con la explicación del profesor tiene la ventaja de cultivar á un tiempo la memoria y el entendimiento.

El primer examen público que rindieron los alumnos del *Aula* de filosofía, tuvo lugar en el antiguo teatro nacional que ha existido hasta ahora tres años, cuyo fundador era el mismo D. Ildefonso Bermejo.

La mesa, colocada en el escenario, estaba presidida, el primer día, por el Presidente D. Carlos Antonio López, acompañado del Obispo diocesano Sr. Urbieta, algunos de sus ministros y varios otros personajes, y los alumnos ocupaban los asientos de la platea.

Cuando me tocó el turno, al pronunciar la palabra *presente!* se me llenó el cuerpo todo de un sudor frío por el gran respeto, ó más bien, temor que me infundía la presencia del viejo López con su gran uniforme de capitán general. Pronto, sin embargo, reaccioné y al llegar al escenario ya iba con el ánimo resuelto á conquistar la palma del triunfo en uno de los actos más serios de la vida del hombre. El estudiante que rinde examen sostiene una verdadera

lucha, y experimenta en su curso, raras y estrañas emociones. Nada menos que se trata de decidir de su aptitud para las luchas del porvenir. Gracias á una aplicación asidua y constante, conseguí tener todas las materias de nuestro programa á la punta de la lengua; de modo que contestaba sin vacilar, con firmeza y con una entonación de voz que admiraba, mereciéndome en clase, del Sr. Bermejo, el apodo de «*hombre de las campanillas.*» La seguridad y aplomo con que respondía á las preguntas, llamó la atención á López, y cuando hube terminado quedó mirándome un rato, y luego me hizo la venia para volver á mi asiento, desde donde observé que entablaba con nuestro profesor una breve conversación evidentemente sobre mi humilde personalidad.

¡Qué satisfacción tan pura siente uno después de haber salvado un paso tan terrible!

En los días subsiguientes ya no iba López, y la mesa examinadora estaba presidida por el Sr. Obispo Urbieta. Un día, á eso de las cuatro de la tarde, en momentos en que se continuaban los exámenes hubo un suceso que merece ser referido por el peligro en que puso las vidas de los que allí se encontraban reunidos.

El Gobierno de la República había comprado en Buenos Aires, unos cañones viejos de hierro de á 24, que según versiones que se hacían correr y que llegaron á acentuarse después del suceso, eran caño-

nes inútiles que habían servido de postes en las boca-calles de aquella ciudad. Sea de ello como fuese, el hecho es que el coronel D. Venancio López, á la sazón mayor de plaza, había dispuesto que se pusieran á prueba las piezas con doble carga.

Con este objeto colocaron una de ellas en un terreno vacío que había cerca del átrio de la Iglesia de la Encarnación. Debe convenirse que, tratándose de hacer un experimento de la resistencia ó calidad de unas armas viejas, la elección del sitio no fué lo más acertada; pués la prudencia y la razón natural aconsejaban que tan peligrosa prueba se hiciera en el bajo de la barranca, ó sea en la playa del Río.

Con el primer disparo reventó la pieza, matando á uno de los que estaban de mirones desde el átrio de la iglesia, y uno de los pedazos de hierro que pesaría algunos quintales, volando á guisa de una gigantesca ave por encima de los edificios del cuartel, vino á posarse, con su enorme peso, sobre el alero del teatro, y abriendo allí un boquete, se cayó en el corredor, y rompiendo el enladrillado, penetró más de una cuarta debajo de tierra. Examinandos y examinadores allí presentes, dieron gritos por el soberano susto que les causó una cosa tan inesperada, que, á más del estrépito que produjo, llenó de polvo todo el interior del edificio, y todos precipitadamente saltaron afuera inquiriendo sobre lo ocurrido.

Por supuesto los exámenes quedaron de hecho suspendidos para continuarlos al día siguiente.

El pedazo de hierro cayó sobre el perfil exterior de la pared del corredor que cae sobre la plaza de armas, pero si en lugar de caer allí, hubiese penetrado adentro, y para ello faltó muy poco, puede figurarse el lector las desgracias personales que hubiera habido; tal vez el que escribe estas líneas, junto con otros, no hubiera quedado para contar el cuento! Después de la dispersión general, fuimos unos cuantos corriendo hacia el lugar del suceso; llegados allí, vimos á unos soldados recogiendo en un cuero los restos del desgraciado que fué víctima de aquel terrible accidente.

A juzgar por el resultado de los exámenes, los alumnos del Aula de filosofía, dieron pruebas de grandes progresos, siendo aún más notable en el siguiente año escolar, constatando á la vez una contracción sin descanso de parte del profesor en el desempeño de su delicado é importante cometido; tanto más cuanto que la dirección del expresado instituto no era la única tarea á que contraía su atención.

Desde su llegada se hizo cargo de la redacción del periódico oficial «*El Semanario*». Esta publicación, por su índole, tenía que sujetarse á severas restricciones, que impedían naturalmente que la pluma del escritor tomase mucho vuelo, sobre todo

por las regiones especulativas de la política ó del libre pensamiento.

La censura del Presidente de la República le molestaba, porque hería su amor propio de escritor. De modo que se encontraba en una esfera estrecha que no le permitía hacerse conocer como periodista.

Poco después fundó un periodiquín titulado «*La Aurora*» á que contribuían algunos de sus discípulos más aventajados. «La Aurora» como «La Epoca» que también había existido antes, ha tenido vida corta, en razón de que el periodismo ó la prensa no se desarrolla ni prospera donde hay completa ausencia de libertad para la emisión del pensamiento. Estaba permitida la introducción de toda clase de obras científicas ó especulativas; así es que se leían en laAsunción á los autores más avanzados en principios, políticos y económicos; pero la difusión de sus doctrinas, eso era trigo de otro costal, y tenían forzosamente que permanecer estancados en la mente del que las hubiera leído.

Ya hemos dicho que el Sr. Bermejo fué el fundador del teatrillo nacional que ha estado sirviendo hasta ahora tres años como la única escuela donde se ejercitaba el arte de Talía y de Melpómene. Para dar principio á las representaciones en dicho teatro, formó una pequeña *troupe* (1) de sus discípulos, es de-

(1) Componían D. Andrés Maciel, D. Gaspar López, D. N. Zárate, D. N. Sanchez y el mismo Bermejo, y dos señoritas de familia mediana, cuyos nombres no tengo presente.

cir, de aquellos que, á su juicio, reunían cualidades y disposiciones favorables para el efecto. Las primeras piezas que se pusieron en escena fueron originales de él, formando parte él mismo en la distribución y y ejecución de los papeles. Los nuevos actores se portaron admirablemente bien, en el concepto del público de aquella época, y con la práctica, llegaron algunos á distinguirse en el desempeño de sus respetivos roles. En cuanto á mí, no se me ha juzgado, sin duda, dotado de las condiciones requeridas para ser cómico; pero en lugar de esto me colocó en el palco presidencial con el especial encargo de que en cuanto llegase el Sr. Presidente con todo su séquito y tomase asiento, tirara el cordón de una campanilla colocada en el escenario, á fin de levantar en seguida el telón y dar comienzo á la función. Después de cumplir mi cometido, que por cierto era bastante sencillo, permanecía en el salón que quedaba atrás del palco presidencial, desde donde presenciaba la representación, y que para mí, sea dicho de paso, era motivo de vanidad y orgullo, porque conceptuaba el cargo como de alta categoría!... Como el ejercicio de aquel oficio era de carácter permanente me encontraba allí sin falta todas las noches de función. Una ocasión, picado el viejo López de curiosidad, por la constante presencia de esta persona de tan insignificante bulto, bien que correctamente

puesta y tiesesita, me preguntó ¿quién era yo y qué hacía allí?

El tono de la interrogación no fué áspero ni imperativo, sinó suave y persuasivo. Mi respuesta que fué breve, le dejó satisfecho y hasta complacido porque vió que mi *oficio* respondía á un deber de atención hacia él como primer magistrado de la República, de parte del Sr. Bermejo. Desde aquel momento en que tuve la *insigne* honra de hablar por primera vez, nada menos que con D. Carlos Antonio López, los gefes y oficiales que acompañaban á éste, me prodigaron sus atenciones. Yo me deshacía en amabilidades con todos ellos, no solo para continuar mereciendo su simpatía, sinó también como un medio de amortiguar cierto temorcillo que sentía por dentro y me molestaba bastante, proveniente del ruido de los sables y de las espadas, de la vista de tantos bordados y galones, del movimiento de tantos y tan encumbrados personajes de un palco á otro, y, finalmente, de la idea de la omnipotencia del poder de aquellos hombres!...

Haciendo justicia al Sr. Bermejo debo decir con franqueza, como ya lo había manifestado en otras publicaciones, que su profesorado en el Paraguay ha sido fecundo en buenos resultados, y creo que no se andaría muy lejos de la verdad, si se afirmara que los jóvenes más instruídos de la época fueron los que salieron de sus clases. Los que estuvieron con

él, siempre habían aprendido algo más sobre los alumnos de los demás colegios ó institutos de la Capital. Pero no cabe duda que el más aprovechado de sus discípulos, fué el D. Natalicio Talavera, natural de Villa Rica. Era laborioso y dado á los estudios, y el deseo entusiasta y persistente de aprender é ilustrar su inteligencia, le llevaba á procurar la amistad de todas las personas con cuyas luces creía él poder aumentar los conocimientos que había adquirido. Impulsado por este mismo deseo vehemente de ilustrar su espíritu, tuvo una gran intimidad con el Sr. Bermejo, asimilándose así cuantos conocimientos literarios poseía este. (1)

Cuando Bermejo salió del país en 1863, le sustituyó en la redaccion de «*El Semanario*» D. Natalicio Talavera, quien, más tarde, cuando sobrevino la guerra con la Triple Alianza, acompañó al Mariscal López en su campaña en calidad de corresponsal del mismo periódico, quedando en su reemplazo como redactor D. Gumercindo Benítez, hombre de talento natural, formado por sí mismo, habiendo servido antes de escribiente á D. Carlos Antonio López.

Talavera era poeta, y como tal, dotado de una

---

1 Esa intimidad dió lugar á suposiciones maliciosas respecto á la fidelidad conyugal de su esposa doña Pura. No puedo afirmar ni negar lo que hubiese habido al respecto, porque yo ya me encontraba entonces ausente en Europa. A mi regreso me refirieron de un escándalo que hubo en la *calle última* cuyos protagonistas eran Talavera, Pura y Bermejo.

imaginación brillante y fecunda. Su estilo, como prosista, era elegante y florido: Ideas generosas, pureza de sentimientos, nobleza de propósitos y maneras cultas y agradables, constituían las condiciones distintivas y salientes del carácter de aquel distinguido é inteligente joven. Murió en Paso-pucú en 1866 de un cáncer en el estómago, á la edad de 28 á 30 años.

Según me han informado, Bermejo al salir del país, llevaba datos sacados de los archivos, para escribir la historia del Paraguay, y que con este propósito el Gobierno le había mandado entregar, como anticipo, algunas cantidades de dinero. En lugar de una historia, dió á luz una obrita insignificante, chavacana y de mal gusto sobre el Paraguay, con marcada tendencia á denigrar y ridiculizar á la sociedad paraguaya, en lugar de estudiar con un criterio serio la condición política, moral y social del país, habiendo sido él testigo presencial del gran paso que había dado en la vía del progreso y de la civilización. Allí como en todas partes, bajo la influencia de la ignorancia y del despotismo, las costumbres se habían relajado, pero no hasta el extremo de que hubiera desaparecido toda noción de pudor y dignidad. Francamente, los *Episodios de la vida privada, política y social en el Paraguay*, es una obra indigna de la pluma de un literato tan distinguido. Sus discípulos todos quedaron estupefactos al ver una producción

que le hacía tan poco honor, tanto más cuanto que han querido suponer que el Paraguay hubiese tenido título para merecer otra cosa más digna de aquel á quién dió una noble hospitalidad, en quien ha prodi. gado todo género de consideraciones, y si bien no le proporcionó gran fortuna, le dió lo suficiente para gozar de una vida cómoda y holgada.

Veo que voy separándome otra vez del asunto principal de mi historia. Estas digresiones tienen que ocurrir á menudo en el curso de mi relación. ¿Ni qué mayor importancia podrá tener para nadie la narración simple y aislada de la existencia de un hombre? Y aún cuando la mía, en la época á que se refiere, es igual más ó menos á la de todo el mundo, sin embargo no se puede ni debe prescindir de la mención y examen de los hechos y accidentes á que está ligada, y deducir las reflexiones á que ellos se prestan.

Esto sentado, prosigo diciendó que entre los sucesos últimos de mi vida, siendo yo estudiante del Aula de filosofía, debe contarse un *sueño*, que merece otro capítulo de digresión por la importancia que ha tenido para mí.

Muchos son los sabios que en diferentes épocas se han ocupado de investigar y determinar las causas que producen un *ensueño*.

Todo el mundo puede darse cuenta del acto de dormir, puesto que no es otro que el estado en que el cuerpo, fatigado de la vida de relación, cae en

un completo reposo, durante el cual quedan paralizados todos los órganos que cesan de recibir las sensaciones que se las proporcionaba aquella.

Sin embargo, parece que durante ese estado de descanso corporal, el alma ó el espíritu, en lugar de descansar, gozan de toda actividad, puesto que *soñamos*; es decir, pensamos, reflexionamos, calculamos y vemos cosas que muchas veces no nos será posible verlas ni concebirlas siquiera en estado de vigilia: ¿No ha habido hombres en el mundo que en sueños han resuelto problemas, han desarrollado doctrinas y planes de vastos poemas que sirvieron después á perpetuar su memoria en la historia?

De esto se sigue que el *espíritu*, aún cuando no se halle durante el sueño, completamente libre de la influencia de la materia, puede obrar con más independencia, es decir, sin las trabas que le pone la imperfección de los órganos, y remontarse á un grado de lucidez tal que le permita penetrar hasta las probabilidades del porvenir, presentir casi de una manera cierta los acontecimientos personales y sociales que, en un período más ó menos lejano, tendrán lugar en este mundo.

Solo así se explican los sueños llamados *proféticos*, que suelen realizarse hasta en sus más insignificantes detalles.

Synesius, filósofo que floreció en el siglo quinto, se explica del modo siguiente sobre los sueños:

«Los sentidos son los intrumentos y los medios
»de las sensaciones; pero el sentimiento y la per-
»cepción de éstas pertenecen solamente á la inteli-
»gencia, porque durante el sueño distinguimos los
»colores, percibimos los sonidos, sentimos los afec-
»tos del tacto, etc, etc., mientras que los sentidos re-
»posan sin coayuvar á ello en nada y hasta creo que
»esta manera de percibir, de sentir, *tiene algo* de mu-
»cho más delicado. Durante el sueño es cuando ha-
»blamos con los dioses, sentimos que nuestra inteli-
»gencia se engrandece, y adivinamos las cosas ocul-
»tas, y por consiguiente, si siguiendo la indicación
»de un sueño, encontramos un tesoro y descubri-
»mos un secreto, no veo que haya en ello nada de
»más imposible que cuando alguien se acuesta en
»estado de ignorancia y se despierta dotado de ins-
»trucción habiendo conversado durante el sueño con
»las musas y recibido sus lecciones. Hemos presen-
»ciado esto mismo en nuestros tiempos y no veo
»en ello nada de increíble».

La historia nos suministra citas relativas á sueños *proféticos ó fatídicos*: tales como el de Calpurnia, mujer de César, la que soñó que corría sangre de la estátua de su esposo, y, después, que se hundía el techo de un palacio, cayendo muerto su marido bajo los puñales de sus asesinos. Al día siguiente Cesar fué asesinado en el Senado. El de Olimpias, madre de Alejandro el Grande, que soñó,

antes de dar á luz á éste, que pariría un hijo armado de piés á cabeza, el cual sería más valiente que Aquiles, y que llegaría á ser conquistador del mundo, y que moriría en la flor de su edad. ¿Quién no conoce la historia de Alejandro, hijo del rey Filipo de Macedónia? Sila soñó que la parca cortaba el hilo de su existencia, y á la mañana siguiente fué atacado de fiebre maligna y murió al tercer día. ¿Y los sueños de Jacob y de José.?

Sin ir más lejos, voy á referir en pocas palabras el que yo tuve en el mes de Mayo de 1858, el cual se ha realizado paulatinamente en todos sus detalles, en el espacio de doce años.

Repito que andaba estudiando con el Sr. Bermejo. El amor propio y el deseo de marchar á la par de mis condiscípulos más adelantados, me sirvieron de eficaz estímulo para seguir mis estudios con aplicación y entusiasmo. En efecto, había logrado nó quedar nunca rezagado, y hasta llegué á ser uno de los primeros en ciertos ramos especiales.

Nuestro profesor, en el curso de sus explicaciones, acostumbraba, por vía de ilustración, á dar algunos detalles acerca de los prodigios que habían obrado en Europa las ciencias y las letras. Me encantaba sobre manera su narración, y la idea de no contar con los medios para ir á ver tantas maravillas, me causaba un verdadero pesar. Sin embargo, esto no pasaba, como se comprende, de una preo-

cupación accidental y subordinada á otro interés de más consistencia relativo á mi porvenir.

La noche de mi sueño estaba hermosísima, no se veía en el espacio ni una película de nube; y la azulada bóveda, tachonada de innumerables estrellas, ostentaba el más grandioso y magnífico espectáculo. Así que hube acabado de dar un repaso general á mis lecciones para el día siguiente, salí al patio á tomar fresco. [1] Al levantar la vista hacia el cielo, mi espíritu quedó como abismado, en presencia de la lujosa grandiosidad de la Creación. En verdad, la contemplación de los cuerpos celestes, de tantas estrellas que son otros tantos mundos y otros tantos soles, según demostraciones indudables de la ciencia astronómica, siendo de los primeros nuestro Globo uno de los más pequeños, y que no obstante de estar al parecer dichas estrellas tan cerca unas de otras, están separadas por distancias inconmensurables, no puede menos que inspirarnos sentimientos religiosos. ¡A cuántas reflexiones no conducen tantas maravillas! ¡Qué bien se comprende, la grandeza, la sabiduría y la Omnipotencia de Dios, cuando remontamos en el universo y le contemplamos en lo infinito!.....

Cuando volví á entrar eran las 10 1/2. En seguida me acosté sobre el lado derecho, según mi cos-

(1) Vivia con mi hermano Fernando, en la Plaza vieja, en la casa de D. Andrés Urdapilleta, al lado de la familia Barboza.

tumbre y cuando se me cerraron los párpados quedé profundamente dormido, sin haber advertido ninguno de aquellos vagos y débiles ensueños que suelen preceder al primer sueño.

Se me apareció una bella mujer con una pompa y una magnificencia deslumbradoras. Estaba ella suspensa en el aire á una distancia que le permitía hacérseme oir sin esfuerzo. Su vestido de color azul, estaba cuajado de estrellitas de diamantes, cuyos resplandores producían al derredor de ella un disco luminoso semejante al de la luna. Su semblante respiraba un frescor y una bondad materna indescriptibles. Sorprendido yo de tan inesperada aparición, de tan singular favor, quedé por un momento estupefacto é indeciso acerca del partido que debía tomar; primero quise huir fuera y avisar á las gentes tan extraordinaria ocurrencia, luego, como quién ya no tiene tiempo, iba á arrodillarme; pero ella con una voz dulce que partía de sus rosados y hermosos labios, calmó mi confusión, diciéndome: «Tranquilízate porque yo vengo á anunciarte la realización próxima de un porvenir que no habías creído posible; tus ruegos han sido escuchados y puedes contar con la protección divina»

Dicho esto desapareció, como quién se oculta repentinamente tras de una cortina.

En seguida, (continúa el sueño) sin saber cómo, me encontré en posesión de una fortuna regular que

me facilitó hacer un viaje á Europa con el objeto de continuar mis estudios. Al principio estaba indeciso respecto á la elección del país de mi futura residencia estudiantil, por fin opté por la Inglaterra.

Permanecí en Londres el tiempo necesario para concluir mis estudios. Terminados estos con entera satisfacción mía y la de mis profesores, pasé á París llevando la idea de marcharme luego á Madrid. Mas encontrando en la primera capital tantísimas cosas que ver y aprender en artes y ciencias, me fué forzoso quedar por algún tiempo á continúar mis estudios. Cuando los hube terminado, los profesores influyeron en mi ánimo para desistir de mi viaje á Madrid, asegurándome que poco ó nada más encontraría allí que ver y aprender después de lo visto y aprendido en París.

En esto, recibo una carta de un amigo, paisano mío, y entre otras cosas, me daba la noticia halagüeña de que causaban admiración los progresos que yo había hecho en Europa en todos los ramos de conocimientos útiles, en un espacio de tiempo relativamente corto, y que, además, sabía de buena fuente que el presidente de la República se interesaba en mí, como uno de los jóvenes, cuya ilustración podía llegar á ser de grande utilidad al país, aconsejándome que sin pérdida de tiempo me pusiese en camino.

Efectivamente, tan buena noticia produjo en mí

agradable impresión, y ya no pensaba en otra cosa más que en regresar lo más pronto posible. Por el primer paquete que salió de Francia, volví á mi país.

A mi llegada me encontré en el puerto con una multitud de amigos y curiosos que me estaban esperando, quienes me acogieron con muestras de simpatía y de alegría. Todos se disputaron por acompañarme, unos me ofrecieron llevarme á su casa, otros se apresuraron á indicarme el mejor hotel. Yo se los agradecía por tanta amabilidad; pero como tan repetidas instancias necesitaban de algún pretexto mas formal, les dije que me permitieran, que antes que fuera á ninguna parte, pasara á saludar al primer Magistrado de la República. Todos convinieron en la oportunidad de la idea, y todos igualmente me acompañaron hasta la Plaza de Armas, de donde, después de los cumplimientos de separacion, me dirigí solo al Palacio Presidencial.

Introducido adentro, hallé al Presidente sentado en un gran sillón; le dirijí un discurso preparado de antemano, expresándole mis sentimientos de adhesión y los deseos que me animaban para servir á la Patria.

S. E. escuchó mi *speech* con marcada aprobación, y por conclusión me manifestó que vería en qué podía ocuparme en su administración, y que mientras tanto fuera á ver á mi familia.

A mi regreso de Itauguá, residencia de esta, me encontré con un puesto bastante elevado, que sobrepujaba de mucho las esperanzas que había abrigado al respecto, porque el concepto que tenía yo de mis méritos personales, no llegaba á tanto como la ignorancia de las gentes para apreciarlos en su justo valor; quiero decir, que los exageraban extraordinariamente, por aquello de que entre los ciegos el tuerto es rey.

Como todo afortunado, llegué á ser en breve objeto de la simpatía de todo el mundo. Esta circunstancia, lejos de serme favorable para afianzar el concepto del presidente, me acarreó su disfavor. Animado de sentimientos egoistas, no podía ver con buen ojo que otro participara de la popularidad de que él mismo gozaba, y de consiguiente principió por tenerme entre ojos, concluyendo por hacerme caer en la celada que me había puesto sin que yo lo hubiese advertido.

Caí en desgracia.

Mis amigos influyeron á mi favor, y merced á sus generosos esfuerzos, me fué otorgado el perdón.

Todo esto, como es fácil de comprender, oprimía el corazon, y abrumado de un profundo pesar, me ví abatido, y sin ánimo de buscar los medios de una rehabilitación. También el amor propio ó el orgullo se interponía con sus rencorosos consejos, y

me inclinaba á preferir un honroso retraimiento á correr el riesgo de verme humillado.

Aquí me desperté.

Parece que las peripecias de mi caida que fueron muchas, las diversas ideas que se cruzaban por la imaginación, todas contradictorias é incoherentes; unas vituperando y otras escusándome, tenían ya fatigado al cuerpo, encontrándome al despertar con un sudor copioso en la cabeza y el cuello.

Oí que daba 1/2 hora en el reloj de la Catedral. Eran las 2 1/2, de lo que deduzco que mi sueño habría comenzado á eso de las 12 de la noche.

Vamos ahora á los hechos.

Pasaron unos quince días, al cabo de los cuales fuí sorprendido una mañana en el colegio con la noticia de que estabamos destinados un tal Gerónimo Pérez y yo á ser enviados á Inglaterra á estudiar allí para seguir la carrera diplomática. Debo advertir que durante el intervalo indicado, ni antes, no había oído yo tan siquiera por casualidad ó remotamente nada respecto á la idea de enviar jóvenes á estudiar en el extrangero.

En nuestra elección para el indicado objeto, hubo una circunstancia digna de notarse: el presidente pidió al Sr. Bermejo unos jóvenes de buena conducta y de buena disposición para mandarlos á instruir en el exterior. Los jóvenes designados por el Sr. Bermejo no merecieron la aprobación de su

excelencia, y en su consecuencia pidió la lista general del colegio, la que le fué presentada incontiti. La recorrió con la vista del principio al fin y después de un rato de reflección, cogió un lápiz y señaló con una cruzesita, primero el nombre de mi compañero Pérez y luego el mío. La elección de los demás con que se completó el número de cinco, la hizo el entonces brigadier, después mariscal, Don Francisco Solano López.

Bien pronto, por lo visto ha empezado la realización de mi sueño. En efecto, permanecí en Londres estudiando derecho durante cinco años, al cabo de los cuales, recibí llamamiento; pasé á París, ví sus monumentos principales, y me embarqué en Burdeos á bordo de uno de los paquetes que hacían carrera al Río de la Plata. A mi llegada á la Asunción, me recibieron mis amigos con regocijos, pasando en seguida á saludar al presidente de la República, á quien dirijí un corto discurso que lo escuchó con benevolencia, ordenándome al fin de dicha audiencia, que fuera á ver á mi familia á Itauguá con cuatro días de licencia. A mi vuelta fuí nombrado oficial del gabinete privado del Presidente. Todo, pues, marchaba á mil maravillas, de repente *tropozé*, y éste que no sabía tener conmiseracion con el empleado que faltaba, resolvió mandarme de soldado. á un batallón; pero un amigo interpuso sus buenos oficios á mi favor y consi-

guió la revocación de la orden, evitándome asi el bochorno de una pena humillante que estaba lejos de merecer, como se verá en su lugar más adelante.

He anticipado estos hechos en el interés de demostrar al lector la exactitud sorprendente con que se ha realizado mi sueño, confirmando esta circunstancia aquello de que uno no debe creer en sueño, pero que debe guardarse de ello. Se vé, pues, que el sueño, es algo más que la simple reproducción de las ideas y sensaciones del día anterior como suponen algunos. Algo de misterioso é incomprensible existe en las operaciones del espíritu humano, que se escapa á la penetración de la ciencia y de la filosofía. El progreso se encarga de hacer luz sobre ello, de correr el velo que impide que llegue nuestra inteligencia á la causa que produce ciertos efectos ó ciertos fenómenos que hasta ahora no tienen una explicación satisfactoria.

CAPÍTULO II

El Congreso de 1844.—La igualdad no es la nivelación material—La democracia definida por el Dr. Lucio V. López—Igualdad según Lastarria—Gerarquías sociales—Familias patricias—La organización es hereditaria—Títulos y tendencias se reproducen en los hijos—Lo que constituye el título de nobleza de cada familia—El Mariscal López explica por qué el Gobierno prescindió de enviar á Europa los hijos de las familias pudientes de la Capital—Audiencia de despedida que nos dió D. Carlos Antonio López—Sus palabras—Su retrato físico—Su administración—Constitución Paraguaya de 1844—Juicio sobre su Gobierno—Distinción dispensada á Pérez y á mí—Cándido Barreiro, Andrés Maciel y Gaspar López—Embarque abordo del «Rio Blanco»—Despedida—El «Ypóra»—Familia de Peña—D. Juan M. Pedro de Peña—Temporal en el mar—Escala en Bahia—El Capitán Morris — Mr. Rockwell—Carácter inglés y español—Otro temporal—Escala en Lisboa—Cuarentena—Llegada á Londres.

El Congreso de 1844 que eligió Presidente de la República á D. Carlos Antonio López, dispuso entre otras cosas que el nuevo gobierno, en cuanto las circunstancias del país permitiesen, estaba encargado de mandar educar é instruir en el extranjero, á algunos jóvenes, sin determinar su número, cosa de poder remediar cuanto antes el atraso general en que yacía el Paraguay á consecuencia de la larga dictadura del Dr. Francia.

En virtud de esta disposición, á los catorce años, el Presidente D. Carlos Antonio López, resolvió enviar á Inglaterra diez y seis jóvenes, de los cuales cinco fueron sacados del Aula de filosofía, y los demás de las diferentes escuelas é institutos que había en aquel entonces en la Asunción.

Los primeros fueron designados para estudiar derecho diplomático y administrativo, y los otros la ingeniería mecánica.

Aquellos se distinguían de los demás, no solo por su preparación intelectual, sinó también por sus maneras, modales y costumbres que guardaban más armonía con los principios de la buena educación. Sin embargo, hay que confesar, en honor á la verdad, que en la elección de estos jóvenes no se ha procedido con toda la circunspección é imparcialidad, que era de esperarse, fijándose poco ó nada en los conocimientos que cada uno poseía, ó sea en sus respectivos adelantos, los cuales, á mi juicio, debieron haber establecido su aptitud para merecer el privilegio de ser enviados fuera á seguir estudios mayores.

Sostengo, por otra parte, que á más de las disposiciones naturales y el progreso intelectual, el Gobierno debió haberse fijado también en la elección de los que iban á ser destinados á carreras distinguidas, en los hijos de familias más acomodadas y decentes de la Capital y de la Campaña, porque

de esta manera hubiera notablemente favorecido las esperanzas que la Patria depositara en aquellos jóvenes.

Esto tal vez no suene bien al oído de los creyentes de la igualdad incondicional ó del liberalismo al estilo de los demagogos ó de los demócratas plebeyos. La igualdad no es el nivelamiento material de los asociados, el cual, aparte de ser imposible, no tiene objeto, ni ofrece ninguna ventaja. Es una utopía, un proyecto ilusorio de que solo se ocupan hoy día imaginaciones extraviadas ó extravagantes. Su realización haría desaparecer las tradiciones, la historia y el pasado que constituyen precisamente la gloria de una nación. «La democracia» dice el «ilustre Dr. Lucio V. López, «no es un ruido de frases ni un conjunto de declaraciones pomposas: la «democracia como todo gobierno bien entendido, es «el respeto á todos los derechos por todos los poderes; el gobierno de las clases intelectuales, de los «varones justos y capaces de la República» ([1])

En todos los países bien ordenados, existen gerarquías sociales, creadas y fomentadas, en los monárquicos, por la legislación, y en las repúblicas, por el desarrollo y acrecentamiento de las riquezas. La distinción social reconoce por base á la moral y este tiene su origen en la ley natural. La igualdad con-

(1) Discurso en la facultad del derecho en la Universidad de Buenos Aires.

sagrada por las leyes fundamentales de todos los países civilizados, como base de la justicia social, no impide, como dice Lastarria, que haya entre ellos distinciones sociales, puesto que la *igualdad* no se refiere á las condiciones y circunstancias en que individualmente cada uno se halla en la sociedad, cuyas condiciones son naturalmente desiguales, toda vez que no todos tienen un mismo vigor de inteligencia, unos mismos gustos, ni las mismas fuerzas físicas. De estas circunstancias nace la desigualdad de riquezas, de talentos y de posición social, y que no constituye de manera alguna una negación de la igualdad de derechos, que solo es contraria á las desigualdades impuestas ó creadas por las leyes como partes constitutivas de un sistema político.

Es indudable, por otra parte, que las familias patricias disponen de mayor facilidad para cooperar al perfeccionamiento moral é intelectual de sus miembros y aunque no exentas de vicios, la influencia que ejercen en el hogar, en el espíritu de sus hijos, es por lo general, saludable y de una importancia trascendental en el porvenir de los mismos. Allí es donde se despierta la inteligencia, se concibe las primeras ideas y se forma el carácter. «La educación de cual-«quier hombre» dice Siniles «aún del más sabio, no «puede dejar de ser fuertemente influenciada por el «círculo moral de sus primeros años.»

Además, la organización que forma el carácter de

una persona, se trasmite por la sangre; es hereditaria. Los mismos instintos y las mismas tendencias de los padres se reproducen en los hijos, con más o menos fuerza, pues ellos sufren modificaciones por la educación que reciben y por la influencia del medio en que viven, el cual no siempre ha de ser igual á aquel en que hayan vivido sus mayores. Merced á estas modificaciones, los hijos no pueden heredar una fatalidad absoluta, ó sea el instinto con todo ímpetu. De generación en generación, y á medida que el progreso de la civilización va penetrando en los pueblos, desaparece gradualmente el impulso áspero y violento de las pasiones; se suavisan las costumbres, se moralizan los sentimientos y se refinan los gustos. La parte agreste de nuestra naturaleza desaparece con la educación. [1]

El lector quizá objete á esta opinión, apoyado en el proberbio español, de que *cada uno es hijo de sus obras*. Esto es muy cierto, y la sentencia encierra, á no dudarlo, una idea grandiosa; pero trunca, porque solo considera una faz de la cuestión social. Hay que completarla añadiendo que á la vez de ser uno hijo de sus obras, de sus esfuerzos, de sus trabajos, de sus talentos, lo es también de sus padres y de sus antepasados, porque la disposición natural de que se halla dotado se la debe á estos, si no toda,

(1) G. Sand. Hist. de una vie.

en gran parte. Esta es una verdad arraigada en la conciencia humana, que basta enunciarla para que todo el mundo la comprenda, la admita y la acate.

Desgraciado de aquel que, volviendo la vista hacia atrás, no encuentre entre los suyos nada que aprender o imitar, y sí mucho que evitar. ¡Una cualidad, una virtud, un rasgo moral del carácter de nuestros antepasados, puede servirnos de estímulo para luchar con perseverancia contra las dificultades de que está sembrado el camino de la vida, y conseguir un triunfo en el porvenir. El trabajo, la virtud, el genio ó la inteligencia, he ahí el título de nobleza que podría ostentar con justo orgullo cada familia, el cual constituye un legado precioso á sus descendientes para emprender su marcha por el mundo con éxito y felicidad. Conviene, pues, no olvidar á nuestros muertos y conservar las tradiciones de nuestras familias, para imitar las virtudes por que se hayan distinguido y evitar el ejemplo en que se hayan separado de éstas.

El Mariscal López, estando acampado en el bajo de la cordillera de Ascurra, durante la guerra, dió una prima noche algunas explicaciones acerca de los motivos que había tenido el gobierno para dicha prescindencia. Decía: que las familias acomodadas de la capital se manifestaban recalcitrantes á la idea y necesidad de dar una sólida educación á sus hijos de manera que pudieran ser útiles á la patria y á su

gobierno, y que se contentaban con proporcionarles los escasos conocimientos que necesitaban aquellos para colocarse tras de los mostradores de las tiendas de ropas y almacenes de víveres, donde vejetaban en las malas ideas y en la corrupción; que él, antes de proceder á la designación de los jóvenes que fueron á Europa, les había propuesto enviar sus hijos allá para educarse é instruirse á costa del Estado, toda vez que ellos estuviesen dispuestos á costear su mantención y ropa, pero que tuvo la desgracia de ver que los buenos deseos del Gobierno fueron respondidos con la más completa indiferencia. Que de pronto aceptaron la idea con entusiasmo aparente; pero que luego no volvieron á resollar más. Que aquellas familias más tarde, habían manifestado la más persistente incredulidad respecto á los rápidos progresos que hacían los estudiantes que ya estaban en Europa, tanto que las composiciones que estos enviaban mensualmente en inglés y en francés, después de haber aprendido estos idiomas, las atribuían á los profesores que, según decían, tenían tanto ó más interés en querer acreditarse desde la distancia con el gobierno, que los discípulos en adelantarse.

No sé el grado de crédito que puedan merecer estas aserciones acusadoras del Mariscal López, siendo difícil exclarecer la verdad cuando solo se oye á una parte y no á la otra.—Es posible que dichas fa-

milias no hayan querido prestarse tan fácilmente á la idea de hacer educar á sus hijos á costa del Estado, porque, sin duda, veían que de esa manera iban á contribuir á la defensa y sostén de un sistema de gobierno que no era de su simpatía.

Vuelvo ahora á tomar el hilo de mi historia que quedó pendiente en la última parte del capítulo anterior.

Dos días después de nuestra elección en la forma en que tuvo lugar, se nos comunicó la orden de presentarnos al Presidente de la República. En cumplimiento de ella, pasamos, Pérez y yo, al día siguiente, á Palacio, á eso de las diez de la mañana. Nos hicimos anunciar, y en seguida fuimos introducidos á la sala, donde encontramos á D. Carlos Antonio López sentado en un gran sillón forrado de terciopelo carmesí, colocado trás de una mesa cubierta de tapete verde, con aperos de escribir.

Después de las ceremonias de estilo, nos paramos delante de él cuadrados como unos reclutas. Como no se dignó ofrecernos asiento, tuvimos que permanecer en esa postura hasta terminar la audiencia que felizmente no fué muy larga. Nos preguntó por nuestros nombres, y cuando estuvo enterado, empezó á hablar del modo siguiente:—« Ustedes
« van á seguir sus estudios en Europa, y para el
« efecto tendrán que aprender el inglés, uno de los
« idiomas más difíciles. Mas, su adquisición llega

« á facilitarse mucho en el país donde se habla,
« de manera que en breve estarán ustedes al co-
« rriente de él para principiar á estudiar otras ma-
« terias. Entre éstas, no hay ninguna que ofrezca
« mucha dificultad; las matemáticas, por ejemplo,
« no son difíciles: la puerta es más grande que la
« ventana, la recta es mas corta que la curba; hé
« ahí su fundamento. Espero que ustedes se com-
« porten bien para merecer el aprecio y la estima-
« ción de sus profesores, y que no darán lugar á
« que estos digan de ustedes con aire despreciativo:
« *¡miren esos paraguayos como se conducen!* .. Tra-
« ten, pues, de honrar al país y á su gobierno con
« su buena conducta. »

Así que hubo terminado de hablar, nos significó con una inclinación de cabeza para retirarnos, dándonos espontáneamente diez días de licencia para ir á despedirnos de nuestras respectivas familias.

Don Carlos Antonio López era extraordinariamente grueso; era más bien bajo que alto de estatura, blanco, ojos grandes y hermosos como unas cuentas, cabeza grande, cabello sedoso negro bastante poblado de canas, frente espaciosa y nariz algo corta y gruesa indicando energía. Los piés y las manos chicos. No usaba barba. El conjunto de su fisonomía no puede decirse que era bello ni simpático; pero prevalecía en él una gravedad imponente, sin ningún signo que indique contracción muscular,

con lo que se manifestaba tranquilidad de espíritu. Hablaba con pausa y bien, pronunciando cada palabra con claridad y corrección. Laborioso en extremo, como que por el sistema de gobierno que regía entonces, todo el peso de la administración pública, hasta en sus más insignificantes detalles, gravitaba sobre sus hombros; era el primero en asistir á su despacho y el último en retirarse.

Bajo su administración, el país llegó á alcanzar una altura considerable de progreso material; pero el templo de la libertad permaneció siempre cerrado. El sistema de gobierno no era otra cosa que una derivación del que había fundado el Dr. Francia. Era una dictadura reglamentada de manera á acomodarla á las necesidades del espíritu de la época. El mismo Congreso de 1844 dictó la ley que «*Establece la administración política de la República del Paraguay y demás que en ella se contiene.*» Si bien esta especie de constitución distribuyó el poder público en sus tres consabidos ramos,—legislativo, ejecutivo y judicial,—los detalles de la misma los hacían converger en una sola persona que era el Presidente. De esta manera quedó erigido el absolutismo en ley, y la arbitrariedad en principio administrativo, puesto que no estaba determinada ni mencionada siquiera la responsabilidad del gobernante y de sus ministros.—Sin embargo, por imperfecta y defectuosa que fuese dicha Constitución, como estaba calcada

sobre la condición actual del Paraguay, es decir, el grado de civilización de que gozaba, no dejó de darle órden y prosperidad relativa, pero carecía por completo de los principios necesarios en órden á preparar al pueblo para el porvenir. Tenía con todo, un gran mérito, y era el de la originalidad, y en este concepto, era el retrato fiel de las condicio-nes políticas de nuestra Sociedad. Hablando sin pasión y con toda imparcialidad, D. Carlos Antonio López ha usado del inmenso poder que tenía, el cual le hacía dueño de vidas y haciendas, con bastante moderación, y con excepción de algunos actos violentos y arbitrarios que constituyen una mancha en su vida pública, ha sido el gobernante que más hizo por su país, y que con mas patriotismo é ilustración ha defendido sus derechos.

Fundó *El Paraguayo Independiente*, primer periódico quevió la luz pública en el Paraguay, con el exclusivo objeto de discutir y sostener los derechos del pueblo paraguayo á la Independencia contra las pretensiones del dictador de Buenos Aires. Su Gobierno *comparado* con el del dictador Francia, puede decirse que fué de progreso, de orden y de libertad. Estaba profundamente penetrado de la importancia de la paz para el Paraguay en la primera época de su regeneración, y así todo su empeño era conservarla con todos los países del mundo, y, sobre todo con los vecinos. Si hubiese vivido dos años más, tal

vez la República se hubiera salvado de la ruinosa guerra con la Triple Alianza.

Es digno de notarse la señalada distinción que D. Carlos nos dispensó, á Pérez y á mí, acordándonos una audiencia de despedida, no habiendo sido dispensado igual honor á ninguno de los otros que fueron designados por su hijo D. Francisco Solano. Esto para mi envuelve un misterio, que no es fácil descifrar; pero hay razón para presumir, á juzgar de la manera como se ha procedido, que D. Carlos no haya tenido la idea sino de mandar dos para la carrera diplomática, y que recién más tarde, su hijo le haya persuadido sobre la conveniencia de aumentarlos con dos más. En efecto, ya después de haber transcurrido diez ó doce días, el General López, dispuso que fuera también su pariente D. Cándido Bareiro y D. Andrés Maciel, con cuya presencia en las tablas, como actor, había simpatizado. D. Gaspar López consiguió ser admitido mediante grandes empeños de su parte y de otras personas influyentes, de quienes se había valido la familia. Al principio el General se sostuvo en la negativa, pero luego al ver tanta insistencia accedió.

A mediados del mes de junio de 1858, nos embarcamos en el vapor nacional «Río Blanco» surto en el puerto de la Asunción, siendo el primero que por segunda vez iba á hacer un viaje de aquí directamente á Europa, lo que no dejaba de ser una

pequeña novedad. ¡El Paraguay en comunicación directa con la Europa!... ¡Era un verdadero triunfo!.

Dicho vapor pertenecía antes á una compañía francesa y se llamaba *El Aquitaine* y vino á la Asunción en 1855 conduciendo á los primeros colonos con que se fundó la Colonia «*Nueva Burdeos*,» después «*Villa Occidental*» y hoy «*Villa Hayes*».

Entre las muchas familias reunidas en aquella ocasión en el puerto, á presenciar la salida del «Río Blanco» se encontraban mi madre y hermanos.

«Nada hay más triste que la despedida de los seres queridos al emprender la peregrinación de un viaje largo y penoso». [1] En efecto, mi anciana y buena madre al darme el último abrazo, me bañaba con sus lágrimas, bajo la triste impresión de que tal vez no volveríamos á vernos más!... Pero la idea de que iba persiguiendo un porvenir lleno de halagüeñas esperanzas, produjo en su alma un eco simpático y consolador que parecía mitigar hasta cierto punto sus penas. Llegó el momento de partir; el vapor levó su ancla, y poco á poco se puso en marcha. Abordo y en la playa comenzaron á ajitarse los pañuelos, como alas de mariposas blancas, comunicando desde la distancia las últimas emociones, gratas y melancólicas á la vez, que sienten los corazones al separarse definitivamente. Aquel *adios*

[1] García Merou «Impresiones»

final que se prolonga hasta desaparecer de la vista el vapor, deja en pos un hondo vacío que entristece y abate el espíritu más fuerte. Reinó un momento de silencio; dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas; traté de ocultarlas; pero ví que mis compañeros eran víctimas de los mismos efectos!..

El Río Paraná estaba algo bajo, y debido á esta circunstancia, el «Río Blanco» tuvo tres varadas antes de llegar á Buenos Aires.

Encontramos el paquete nacional «Ipora» que llevaba el mismo destino, varado, con la mitad del casco en tierra. El «Río Blanco» trató de sacarlo, dándole algunos tirones á toda fuerza de máquina; pero viendo que sus esfuerzos no daban ningún resultado, tomó abordo los pasageros que conducía aquel, y siguió viaje, para evitar demora que pudiese imposibilitar su viaje, atento á que el río continuaba bajando. Los pasajeros se componían de un matrimonio argentino y de tres ó cuatro hijos menores de D. Juan Manuel Pedro de Peña, que por cuestiones políticas se encontraba emigrado en Buenos Aires.

Por los contratiempos habidos, el «Río Blanco» empleó como quince días para llegar á este puerto, de donde zarpó el 14 de Julio 1858, y sin hacer escala en Montevideo, fué derecho, á guisa de un combatiente decidido á vencer ó morir, á luchar con el mar, con aquel mónstruo de entrañas de fiera,

que, sediento de víctimas, lo había estado aguardando, cual otro Encelado ó Titán, para escarmentar al que así osaba desafiar su fuerza y bravura. «Nada «hay más interesante y más valiente, al mismo tiempo», dice García Merou, «que la audacia de ese «pequeño mundo que flota sobre el abismo, expues«to á todas las acechanzas y á todos los peligros. El «luchador formidable que dormita á nuestros piés, «con un solo movimiento de cólera, puede triturar la cáscara que nos lleva»

En efécto, así que hubimos pasado la *barra*, que se encuentra más abajo de Montevideo, consistente en una línea espumosa formada por la caída de las aguas del Plata al Océano Atlántico, cayó un viento sudoeste, que al principio y por espacio de un día, soplaba con suavidad; pero á medida que continuaba, iba arreciando hasta convertirse, por último, en un verdadero temporal.

El viento en su velocidad al cruzar por entre la arboladura del buque, silbaba de una manera horrible, haciendo bailar al «Río Blanco» como un juguete. El balanceo era tan violento que las puntas de las vergas tocaban el agua. En una de sus ráfagas, tronchó por la cofa el palo trinquete, yendo al agua el mastelero con las cuerdas que lo sujetaban antes. Para colmo de desventura, este pedazo de madero con todos sus accesorios de cuerdas y velas, arrastrado por la corriente, se había metido debajo

del buque, y como la máquina estaba en acción, fué y se enredó en el hélice, quedando allí sujeto ó amarrado como una fiera, que al intentar recobrar su libertad, ha sido sorprendida por su amo. Las cuerdas arrolladas en el eje, semejante á un hilo en una desvanadera, formaba una masa blanda que, poco á poco, se había ido embutiendo en el anillo del mismo, hasta producir el efecto de paralizar el movimiento de la máquina, quedando de esta manera el buque casi completamente á merced de las olas; y cada vez que en su movimiento, al pasar por debajo una de estas bajaba la popa, el pedazo de madero le daba unos golpes que parecían martillazos, poniendo en serio cuidado al capitán, apesar de su habitual serenidad. Añádase á todo esto, que el mar barría la cubierta de popa á proa, los camarotes llenos de agua y la noche oscura como boca de lobo, y se tendrá el cuadro de la crítica situación en que se encontraba nuestro *pequeño mundo*. En tales circunstancias, los pasageros, en medio de la más espantosa desesperación, y esperando por momentos una próxima catástrofe que arrebataría la vida á todos, guardaban un profundo silencio—silencio de reconcentración en que cada uno elevaba sus últimas esperanzas á Dios, y sus más tiernos recuerdos á los seres queridos á quienes iba á abandonar para siempre!...

Así, pasamos, sin pegar los ojos, aquella horrible noche, en medio de aquel concierto aterrador que produce el retozo del viento, el bramido de las marejadas y el zumbido del vapor que se escapaba con violencia por la chimenea. Felizmente y para consuelo de todo el mundo, al amanecer comenzó á aflojar el viento. Más los golpes continuaban, y á fin de ver si algo podía hacerse para sacar aquel pedazo de madera, el capitán ordenó que se colgara de la popa una ancla con un marinero (1) caballero en ella y se bajara hasta la superficie del agua. Así se hizo, pero en vista de que nada se pudo conseguir, se abandonó la idea. Al tercer día dejaron de sentirse los golpes, y era que el pedazo de madera, rota la soga que lo sujetaba al hélice, se había desligado é ido por sí mismo! Ocho días después, se probó la máquina á ver si podía funcionar. ¡Oh! qué alegría! se encontró que ya podía andar perfectamente. Entonces poniendo proa para Bahía, nos dirijimos á aquel puerto, donde llegamos á los nueve días, contando desde aquel en que el vapor volvió á marchar á fuerza de máquina.

En cuanto el «Río Blanco» echó anclas en el puerto, el gefe de la escuadrilla imperial en estación allí, tuvo la fina atención de mandar su ayudante á salu-

---

(1) Ese marinero fué el finado D. Miguel Decoud.

dar al capitán Morris, poniéndose á su disposición para todo lo que gustase ordenarle. El capitán Morris, en su mal español, agradeció á nombre del Gobierno del Paraguay, tan cortés ofrecimiento, manifestando que no precisaba de ningún auxilio. Al día siguiente, vino á hacerle una visita, de gran uniforme, el gefe de la escuadra, que decía ser vice-almirante. Fué recibido en el salón principal del vapor, y sostuvo en inglés una larga conversación con el capitán Morris.

Desde el primer día de nuestra arribada, la atención de éste se dirijió en empezar la obra de reparación de la arboladura del vapor que había sufrido serias averías. Al verificar la inspección del hélice, se encontró una inmensa cantidad de sogas arrolladas en el eje, las cuales fueron extraídas con mucha dificultad, calculándose el peso de ellas en varios quintales. No fué poco, pués, la admiración de que la máquina, á pesar de tan serio obstáculo haya podido funcionar. A los ocho días, estaba todo listo para volver á la lucha.

La vista que presenta la ciudad de Bahía desde el puerto, es bastante pintoresco. La bahía puede ser calificada como una de las más hermosas del mundo. La ciudad se divide en dos: la alta y la baja. Durante nuestra corta estadía, aprovechamos la oportunidad para visitarla. En aquel tiempo era pobre y tris-

te el aspecto de las calles; porque ellas eran angostas y mal empedradas. Los edificios que las franqueaban eran más bien bajos, sin que ninguno llamase la atención por su estilo arquitectónico. Me causó desagrado y repugnancia la vista de tantos negros semi-desnudos que trabajaban como changadores por las calles, haciendo un ruido infernal cada vez que alzaban tres ó cuatro juntos alguna carga para llevar de un punto á otro. En lugar de carruajes ó quitrines, había *sedanes* ó sillas de mano para trasportarse las personas pudientes de la ciudad baja á la alta, á hombros de cuatro negros, que, según me informaron, eran esclavos que trabajaban por cuenta de sus amos. ¿Quién diría que treinta años más tarde todos llegarían á ser libres, sirviendo bajo el dulce imperio de la santa igualdad!... La abolición de la trata y de la esclavitud en todos los países civilizados, es uno de los triunfos más gloriosos de la civilización de nuestro siglo, ¡Honor á Clarkson, á Wilberforce y á Brougham!...

El mayordomo hizo aquí un gran acopio de frutas frescas de diferentes clases, y al día siguiente por la mañana, salimos empujados por el hélice y con viento de bolina; que permitía al «Río Blanco» engalanarse con todas sus velas desplegadas. Ahora sí que puede decirse que vamos á combatir con el Océano, pués, recien al abandonar el Continente Americano, comienza el verdadero viaje de mar.

Todo el mundo se puso á contemplar aquel magnífico panorama que se deslizaba delante de los ojos al salir de la Bahía: la ciudad, las alturas, los edificios ó quintas aisladas, los corpulentos árboles, todo presentaba un majestuoso é interesante espectáculo!

El capitán Morris se paseaba con aire de satisfacción sobre el castillete de popa. Y antes de pasar más adelante voy á decir al lector quién era el capitán Morris. Era un antiguo oficial de la marina inglesa, y vino al Paraguay contratado por su Gobierno para formar la marina nacional. Montaba la cañonera de guerra «Tacuary» que era entonces la capitana de la escuadrilla paraguaya. Su fisonomía grave y severa infundía respeto á sus subordinados. Si fuera uno á juzgar por su aspecto físico de sus sentimientos, caería en un gran error, porque bajo una exterioridad más bien repulsiva que simpática, latía un corazón de oro, lleno de bondad y generosidad que le conquistó, no solo la simpatía, sino el aprecio y consideración de todos. Era parco en el hablar; pero cuando en medio del peligro se veía en la necesidad de lanzar su voz de mando, dejaba comprender que era el Gefe el que hablaba. El capitán Morris, al abandonar á los ocho años la marina nacional, dejó un grato recuerdo entre los que sirvieron bajo sus órdenes.

De Bahía para adelante el viaje no ofreció cosa alguna digna de mención. Los días se sucedían monótonos y pesados, sobretodo á medida que nos íbamos aproximando a la línea equatorial. El mar estaba en calma, meciendo suavemente sus enormes ondas, que parecían hinchazones que le quedaban como rastros después de una larga y terrible lucha. Las brisas variaban hora por hora, y cuando alguna de ellas era favorable y se sostenía con suficiente fuerza, el «Río Blanco» reforzaba su marcha con la ayuda de sus velas, cuya maniobra ponía en movimiento á todos los marineros. El náutico M. Rockwell hombre de bastante instrucción, tuvo la complacencia de darnos algunas lecciones del inglés, á fin de que no llegáramos tan *pelados* del conocimiento del idioma. De esta manera, empleamos útilmente el tiempo, y entre col y col lechuga, se discutía sobre gramática, historia y otras materias que avivaban nuestro espíritu y ejercitaban nuestra inteligencia. ¡Qué bien se notaba en esos ejercicios la diferencia de carácter entre el inglés y el español, ó sea, entre la raza sajona y la latina! El uno flemático, sério, frío é inmutable; el otro, alegre, chispeante, movible, artístico. El uno todo cálculo; el otro toda imaginación. El uno tosco, material, utilitario y positivo; el otro, espiritual, comunicativo, generoso y jovial. De aquí nacen modalidades distintas, costumbres opuestas, sentimientos, ideas y tendencias

contrarios que hacen imposible la unión y congeniamiento entre las dos razas, descubriéndose siempre en el fondo cierto antagonismo peculiar á su organismo físico, social y moral.

En este viaje evidentemente Eolo ó Neptuno, no sé cual de ellos, no nos fué propicio; y digo esto, porque encontrándonos al Norte de las Islas Azores, se desencadenó sobre *nuestro pequeño mundo* otro temporal, cuya violencia era muy superior al anterior. El mal nunca viene solo, ó hay males que se repiten para poner á prueba nuestra paciencia ó nuestra resignación. Contábamos esta vez, sin embargo, con una ventaja, y era la experiencia que habíamos adquirido en la primera arremetida de nuestro formidable enemigo.

Lo primero que nos arrebató en su furia la borrasca fué el mastelero de gavia del palo mayor, y en seguida el de sobremesana. Aquel quedó colgado de unas cuerdas, balanceando al son del movimiento del buque. Los marineros armados de hachas y machetes, encaramados como monos en las maniobras, empezaron á cortar los cabos que lo tenían sujeto, cayendo de punta sobre la cubierta, donde abrió un tremendo boquete en que se precipitaba el agua que saltaba á bordo, mojando los fardos de tabaco de que iba cargado el buque. Felizmente pronto consiguieron taparlo con encerado. De repente se oyó una voz: ¡la chimenea se vá á

caer!!.. Efectivamente se observó que á causa de la rotura de una de las cadenillas que la sujetaban, bamboleaba con amago de caerse; con la prontitud que requería el caso, la amarraron con otras cadenas, evitándose así el peligro que la amenazaba. Un golpe de mar hizo pedazos las amarras de un bote nuevo que colgaba de los pescantes, y lo llevó con un *yacaré* ó caimán embalsamado que había en él perteneciente al capitán, que lo había adquirido en la Asunción para ofrecer á uno de los Museos de historia natural de Londres.

Era cosa de ver el movimiento que había á bordo en esos momentos. Los pobres marineros, á las voces roncas y ásperas de los contramaestres, y la del capitán que de vez en cuando se mezclaba á las de aquellos, corrían de un lado á otro, subían y bajaban las jarcias, ejecutando diferentes maniobras, en las que rivalizaban los paraguayos con los ingleses en actividad, sufrimiento y constancia en tan continuados, duros y arriesgados trabajos. Como complemento de aquella batahola infernal, se dejaban oir el llanto lastimero de unas cuantas pasajeras inglesas que tomaron pasaje en la Asunción, el quejido de los que sufrían el mal del mareo que fué esa ocasión algo general, y de los que se encontraban heridos y contusos por caídas y golpes que han recibido mudándose de un punto á otro,

pues tal era el balanceo del buque que no permitía á uno materialmente moverse de su sitio.

El «Río Blanco» era débil por su construcción para la navegación del mar, y había el temor de que se rompiese en medio; pues, se observaba que cada vez que penetraban debajo de él las olas, se arqueaba, abriéndose las ensambladuras de los tirantes del borde. El Capitán, sin duda, participaba de este temor, porque dió orden para que se le pusiera á la capa. El temporal, si bien había perdido mucha de su fuerza del principio, continuaba con vigor por varios días más, llevándonos de ronza poco á poco hasta la boca del Tajo.

Cómo alcanzamos allí ya á la caída del sol, y no podíamos entrar en él sin piloto, el Capitán dispuso que se mantuviera el buque en el mar, no á mucha distancia de la boca del río; bordeando hasta el día siguiente. Para cambiar de bordada, había que ejecutar la operación de mudar de una banda á otra la botavara, que, como se sabe, es un palo redondo bastante grueso y pesado que enganchándose en el mesana se extiende hasta más allá del coronamiento de la popa del buque, y sirve para cazar la cangreja. Ella está sujeta con dos escotas que pasan por dos motones fijos en la misma y en los bordes interiores del castillete de popa, y para verificar el cambio hay que tirar la una y aflojar la otra, necesitándose para el efecto lo menos ocho ó diez hombres. Ya era de

noche, y estando en esa faena los marineros, sea por un descuido ó por una casualidád, zafaron de sus manos los cabos,, y fué huyendo aquel enorme palo al costado del buque hasta dar contra las jarcias. Luego volvió con furia llevando, á su pa so al otro costado, jaulas de aves y otros objetos que había sobre el castillete. Una de aquellas cayó sobre la claraboya, haciendo añicos los cristales y el barómetro que estaba suspendido de uno de los tirantes de la cámara. Allí acudió inmediatamente toda la tripulación á prestar su cooperación para ver de sujetar aquel enorme pedazo de madera que, á guisa de la cola de un mónstruo, batía con inaudito ímpetu de un lado á otro. De este modo, el incidente tomó el carácter de un duelo á muerte, de una lucha terrible sostenida entre una materia inerte movida por los elementos, comunicándole una especie de vida artificial, y un grupo de seres dotados de razón é inteligencia.

¡La fuerza bruta en pugna con la inteligencia, ó sea la torpeza con la astucia! ¡La lucha de siempre en la vida de los hombres y de los pueblos!

La botavara convertida así en un mónstruo, semejante al cañón de Victor Hugo en su novela *El 89*, infundía terror á sus adversarios, contra quienes se lanzaba á cada momento con la rapidez de un rayo, amenazando hacerlos pedazos ó arrojarlos en las profundidades del océano. Pero

aquellos desviaban el golpe con la mayor senci llez; echándose sobre la cubierta. El problema á resolver para cada uno era, ¿cómo capturar aquel dragon endemoniado que, sembrando el espanto y la confusión apenas daba tiempo para cogitar un plan decisivo que diese por resultado la restitución á la obediencia de tan terrible rebelde?...

Felizmente, en esta clase de lucha, la victoria está siempre de parte de la inteligencia y de la astucia.

De repente se le ocurrió á un oficial paraguayo mandar atar un cabo largo allí donde se enganchaba al palo de mesana, haciéndolo correr luego con rapidez hacia el medio, y aprovechándose de uno de aquellos momentos en que el movimiento del buque no era tan activo, consiguieron amarrarla, dando esta circunstancia lugar á los marineros á volver á coger las escotas y colocarlas en los cuadernales respectivos para su funcionamiento normal.

Terminado así este incidente, pasamos el resto de la noche tranquilamente. Al día siguiente, á primera hora, entramos en el río. Como compensación de las fatigas y zozobras de tan penosa navegación, tuvimos la indecible satisfacción de contemplar y gozar de aquel bellísimo panorama que presenta las márgenes del Tajo subiendo de la boca hacia la capital lusitana: una sucesión no interrumpida de grupos de casas situados al pié de colinas esmaltadas, coronadas de molinos de viento, destacándose de

entre ellas algunos edificios de aspecto majestuoso, y sobre todo, el castillo de Belén, que es una verdadera joya de arte arquitectónica, siendo por esta razón objeto de la admiración entusiasta de cuantos viajeros han visitado á Lisboa.

Esta ciudad, construida en forma de anfiteatro sobre la orilla del gran río, ofrece desde el puerto un golpe de vista encantador, que convida á bajar á tierra. Desgraciadamente, el «Río Blanco», como todos los buques que llegan de América. fué puesto en cuarentena, y debido á esa circunstancia no pudimos satisfacer el deseo de visitarla. Para el Sud-americano, el aspecto de la primera ciudad europea, capital de un reino que ha jugado un rol tan importante en la historia de la civilización, es tentador é incitante, y produce una contrariedad muy grande en el ánimo del viajero, el saber que existe una prohibición que le impide atravesar los umbrales de la ciudad; como quien da á uno con la puerta en la cara.

Hoy día está reconocido que la mejor medida, sanitaria, es la extricta observancia de la higiene: — limpieza, buenas aguas y sana alimentación. La cuarentena, hasta ahora, no ha surtido el efecto que se propone; es decir, de impedir el contagio de una epidemia. Esta no se desarrolla sino allí donde encuentra un medio favorable para ello: en los focos de infección, en las inmediaciones de los cementerios donde se depositan masas enormes de carne

humana en el seno de la tierra; en los barrios ocupados por los conventillos, en que vive hacinado considerable número de personas desaseadas y mal alimentadas, y en un sistema imperfecto de cañería que no facilite el desagüe de las aguas servidas de las casas particulares.

Con esto no pretendo negar ni discutir el derecho perfecto que cada Gobierno tiene para tomar las medidas que crea más convenientes para preservar la salud pública, y librar al pueblo del contagio de una epidemia. Lejos de esto, lo que sí creo que las medidas que se adopten deben, en lo posible, despojarse de todas aquellas formalidades y rigorismos inútiles, y que solo sirven para entorpecer y perjudicar al comercio y á las gentes que viajan por asuntos que se relacionan con la ciencia, la industria y las artes.

De Lisboa llegamos á Londres en ocho días. Nos aproximamos á la boca del Támesis por la mañana temprano en medio de una neblina espesa, cuya oscuridad no permitía ver más allá del borde del buque. Este, por vía de precaución, pitaba á cada rato, para evitar una colisión con alguno de la multitud de barcos de vela y de vapor de diferentes tamaños que cruzaban por ahí, con distintos rumbos.

Cuando entramos en el célebre río, el tiempo ya estaba más despejado, los rayos del sol con su calor disipaban poco á poco las nieblas, haciéndonos ver á la claridad de la luz del día aquel movimiento ex-

traordinario que pone de manifiesto la vida, el trabajo, el comercio y la industria de una gran nación. A medida que avanzábamos hacia la Metrópoli de la Gran Bretaña, iba creciendo el número de las embarcaciones. unas en movimiento y otras ancladas, viéndose entre estas últimas, aquí y allá, algunas de esas antiguas fragatas de dos y tres puentes, despojadas de sus arboladuras, haciendo recordar las gloriosas hazañas de Blake y de Nelson. A la vez se desfilaban delante de nuestra vista, en ambas bandas del río las poblaciones; á las chozas aisladas sucedían aldeas, á esas grandes agrupaciones que continuaban sin interrupción hasta formar parte de aquella inmensa y humeante ciudad de Londres.

Así que entramos en el dique de Blackwall, vimos á muchos curiosos agruparse en tierra para contemplar al «Río Blanco»; en cuya forma esbelta y elegante iba impreso el genio artístico de la Francia, formando un notable contraste con la de los buques ingleses que son colosales y fuertes, pero sin ninguna elegancia.

Cuatro días después, nos trasladamos, los que éramos destinados á estudiar derecho. á Richmond, Surrey, distante unas quince ó veinte millas de Londres.

Allí nos instalamos en el establecimiento del Dr. William Kenny, que tenía á pensión á jóvenes de

todos los países del mundo que iban allí á aprender el inglés especialmente, y cualquier ótra materia que quisiesen estudiar á la vez. El establecimiento consistía en dos grandes y cómodas casas: *Talbot House* y *Bridge House*.

Las dos se encontraban situadas sobre el Támesis, la última al pié de un hermoso puente, cuyos jardines se extendían hasta la misma orilla del río.

De todas las poblaciones á las inmediaciones de Londres, ninguna es comparable á Richmond, por su construcción y la posición altamente ventajosa y pintoresca que ocupa. Cuenta con un hermoso y extenso Parque Real, en cuya misma puerta se encuentra el *Star-Garter Hotel*, uno de los más aristocráticos de su clase. Allí ví por primer vez á la Reina Victoria con su consorte el finado Príncipe Alberto, en ocasión que fueron á hacer una visita privada á la familia de Luis Felipe que estaba alojada en aquel expléndido hotel.

Cuenta, además, con un magnífico paseo—*Richmond Terrace*, [1]—que está en una elevación desde donde se goza en verano de un panorama encantandor. El Támesis, semejante á una cinta de plata, va serpenteando por entre parques y jardines situados á uno y otro lado hasta perderse de vista: algunos

---

(1) En esta altura según la tradición, estuvo Enrique VIII esperando la noticia del suplicio de Ana Bolena, y se estremeció de placer cuando oyó la señal que partía de la Torre de Londres de su ejecución.

palacios de la nobleza, cuyas torres ó miradores se asoman como gigantes por encima de las copas de los árboles que los rodean; vaporcitos de forma elegante y rápidos como delfines, suben y bajan, dejando en pos una espiral de humo, conduciendo pasajeros á las diferentes poblaciones de la costa; botecitos sútiles de forma de lanzadera con uno ó dos remadores hercúleos que, á cada empuje de remo, los hacen deslizar sobre la tranquila superficie del agua casi con la rapidez del vuelo de un pájaro, y botes con grupos de bellas jóvenes elegantemente ataviadas en compañía de sus padres, amigos ó enamorados que, provistos de un canasto de comestibles, van á tener un día de campo, ó á hacer un *picnic*, bajo las frondosas ramas de los árboles en algún delicioso lugar.

He ahí los toques lijeros de un cuadro cuya armonía y belleza, atraen y subyugan al espíritu hasta dejarlo extático, embriagado de un encanto y una admiración inexplicables.

El Dr. Kenny era un perfecto caballero; de maneras finas y agradables, de variados y profundos conocimientos en casi todos los ramos del saber humano, y un excelente músico.

Tenía una cuadrilla de profesores para enseñar el inglés y el francés, todos ellos muy competentes, entre los cuales figuraba también su padre, el viejo Mr. Davis Kenny, profundo educacionista y au-

tor de un diccionario, de una gramática y de varias otras obras elementales de mucha aceptación. Aparte del esmero y habilidad con que se enseñaba, proporcionaba todos los medios posibles para aprender el inglés prácticamente. Daba conciertos en Bridge House, en que tomaban parte los aficionados á la música, entre ellos algunos de los jóvenes que tocaban diferentes instrumentos; y, de vez en cuando, una pequeña tertulia danzante, á que asistían las familias de sus relaciones. De esta manera, los estudiantes del inglés y francés tenían la oportunidad para practicarlo. También en los días de fiesta ó los domingos, venían á almorzar ó á comer algunas personas respetables de su amistad, que sostenían amenas y animadas conversaciones sobre diferentes materias, en un lenguaje escogido y en un tono elevado, decente y agradable; las cuales, á la vez de ser instructivas, acostumbraban el oído á la buena pronunciación, y al uso de frases cultas y castizas.

En algo más de un año estábamos ya en posesión del inglés teórica y prácticamente, y bastante adelantados en el francés que habíamos comenzado á estudiar seis meses después de haber principiado el inglés, sirviéndonos para el efecto de textos anglo-franceses, y desde entonces seguimos aprendiendo los dos idiomas juntos; pero con más empeño el inglés.

A los principios, encontré suma dificultad para la pronunciación de la *s* silbante inglesa. La idea de que no pudiese corregir defecto tan capital en el estudio de un idioma calificado por Cárlos V como el de los pájaros, ó para hablar con los pájaros, me hacía desesperar; pero acordándome que Demóstenes, según refiere la historia, corrigió el defecto de pronunciación que tenía, encerrándose á estudiar unas veces en un zótano, y otras, recitando versos en alta voz á la orilla del mar entre el bramido de las olas y con chinitas en la boca, me resolví yo también á corregir el mío, poniendo en práctica un remedio que, aunque algo distinto del que aquel había adoptado, probó ser bastante eficaz.

Cuando todo el mundo salía á paseo después de dar la lección, y resistiendo al deseo de hacer lo mismo, me encerraba en mi cuarto á leer en alta voz. Con la constancia de esta práctica por unos quince días, conseguí vencer la dificultad que tanto me mortificaba. El triunfo me costó sangre; sin que esto sea una mera exageración, sino la pura verdad. La lengua, al acostumbrarse á la pronunciación deseada, asumía una posición especial que la hacía rozar contra el filo de una muela careada, cuyo roce, con la persistencia del esfuerzo, le produjo sangre en los primeros días. Este pequeño triunfo de aplicación, perseverancia y energía de mi parte, fué saludado con aplausos por mi profesor al

notarlo por primera vez leyendo el *Paraíso Perdido* de Milton, que me había dado como libro de lectura.

¡Milton!.... ¿Cómo pasar en silencio á este genio gigante de la literatura inglesa? En homenage de la profunda admiración que me había inspirado su inmortal poema, retengo hasta el presente en la memoria varias páginas. «Milton», dice Hume, «pobre, « viejo, ciego, en la desgracia, rodeado de peligros, « escribió el poema maravilloso que no solamente « sobrepuja á todas las obras de sus contemporá- « neos, sino también á todas las que él mismo es- « cribió en su juventud y en época de su mayor pros- « peridad.» « No ha existido jamás», dice Chateau- « briand, «un genio más serio y al mismo tiempo « más tierno que el de ese hombre.» Y luego añade el mismo: « se siente en este poema al través de la « pasión de ligeros años, la madurez de la edad y « el peso de la desgracia; lo que le dá al *Paraíso* « *Perdido* un encanto extraordinario de vejez y de « juventud, de inquietud y de paz, de tristeza y de « alegría, de razón y de amor.»

Ha sido tal la erudición desplegada en la composición de tan admirable obra, que según Sir E. Brydges, nada menos que el aunado esfuerzo de todo un cuerpo de sabios se ha empleado durante un siglo, para explicar sus inagotables citas y alu-

siones, sin que hasta ahora se haya agotado la materia.

¡Y sin embargo, su obra fué vendida á un librero por diez libras esterlinas, que fueron abonadas en el espacio de dos años!... Este hecho está constatado con recibos dados por la misma viuda de Milton.

Los descendientes de éste pasaron á la India en los primeros años del siglo pasado. Allí han desaparecido; es decir, han ido á extinguirse en el vasto continente que sirvió de cuna al género humano, cuyo más sublime cantor ha sido el autor de la existencia de aquellos.

Milton, siendo aun joven y un genio desconocido, dijo que con el tiempo enviaría *algo* escrito á la posteridad que no la dejaría morir de buena gana.

Su predicción se ha cumplido. La posteridad no ha dejado morir ese *algo* con que la ha regalado el genio inmortal del cantor del Edén.

El decía que poco le importaba que su fama fuese más allá de los límites de la Gran Bretaña. ¡Hoy su gloria es universal, sobrepujando en mucho á sus modestos deseos!

Vuelvo á mi relato.

Una vez desaparecido el obstáculo que embarazaba y casi imposibilitaba el desarrollo de mi estudio del inglés en la práctica, hice rápidos progresos, llegando en breve á perfeccionarme en la pronunciación del idioma y en el uso de aquellas frases

y expresiones peculiares al genio de una lengua, hasta el grado de confundirme con los naturales.

En los primeros tiempos, llevabamos una vida monótona y retraída, como consecuencia natural de la influencia que ejercía en nosotros la diferencia de costumbres, de carácter y de modalidades ingénitas de las gentes con quienes comenzábamos á rozar. El inglés, á parte del extraordinario apego que tiene á sus costumbres nacionales y domésticas, tiene un modo de expresarse brusco, lacónico y franco que no se acomoda fácilmente á la naturaleza sensible y susceptible de la raza latina. El inglés no anda perdiendo su tiempo en busca de palabras acomodaticias para lisonjear y halagar el amor propio de su interlocutor, sino que llama las cosas con toda ingenuidad por sus propios nombres: al vino, vino, y al pan, pan. Si uno no acierta á decir ó á hacer bien una cosa, le dice neta y secamente: *you are wrong!* Si uno no procede en la ejecución de una cosa extrictamente de acuerdo con las reglas establecidas por el uso ó la costumbre inglesa, le hace observar sin rodeos ni cumplimientos, haciéndole salir muchas veces los colores en la cara de vergüenza ó de indignación por la ofensa que cree habérsele inferido con maneras tan originales, y que allí son lo más naturales y corrientes del mundo. Todo le parece á uno al principio, raro, estraño, estúpido. ridículo y absurdo; pero cuando ya está acostumbrado á ello,

lo estudia, examina y lo comprende, lo halla perfectamente en armonia con el sentido común, la razón y la honestidad.

Había además, otra causa de índole distinta que influía á restringuir la espansión de nuestro espíritu y el desarrollo de un modo de ser mas conforme con los principios de la cultura y civilización que habiamos ido á buscar.—Al embarcarnos en la Asuncion, se nos hizo presente que D. Cándido Barreiro, si bien iba en el mismo carácter que todos, es decir á estudiar, llevaba el encargo de comunicar al Gobierno cualquier cosa que se nos ofreciese ó necesitásemos.

Era, pues, nuestro órgano de comunicación con éste. Pero el tono de superioridad y aires de importancia que asumió luego, nos hizo comprender que había llevado algunas instrucciones secretas á nuestro respecto. Poseido de un espíritu despótico por naturaleza, quizo, al principio, ejercer sobre sus compañeros una especie de *dictadura*, á que, sin duda, se creía con derecho á fuer de pariente de López de que se jactaba y que se conciliaba muy mal con el liberalísmo británico que reconoce por base la libertad del espíritu. La explosión de una enérgica *protesta* fundada en que no podia reconocerse una autoridad que no había sido comunicada á los que estaban llamados á obedecerla, le hizo abandonar tan ridícula pretensión que deprimía y

humillaba nuestra dignidad de jóvenes juiciosos y de conducta intachable. Desde entonces cada uno gozaba de libertad para salir á la calle á la hora que quisiese una vez cumplido sus deberes. Dicho señor, apesar de haberse reformado algun tanto después, nunca pudo captarse la simpatía de nadie por su carácter adusto y repulsivo. Mas tarde llegó á ser funesto al Paraguay en su guerra con la Triple Alianza, como se verá en su lugar oportunamente.

El hecho que dejo consignado, despojado de algunos detalles que no tienen ningún interés, demuestra que ni á la distancia nos escapabamos de la oprobiosa tendencia de la tiranía erigida en sistema en el Paraguay; nos seguía como sombra por medio de sus agentes, pretendiendo coartar nuestra libertad, aún para los actos ordinarios de la vida, y ejercer presion sobre el espíritu, á fin de que no pudiese adquirir todo el desarrollo de que era capaz en la civilización de un país libre como la Inglaterra. Nuestra situación moral era muy parecida á la de *Fray José* en los *Magyares*; el fantasma que nos seguía por doquier, ya sabe el lector quien era, cuya mirada escudriñadora parecía querer penetrar y vigilar los movimientos mas íntimos de nuestro corazon y de nuestro pensamiento. El mal era incurable, y la manera de soportar mejor una enfermedad incurable, es someterse á ella con resignación. Todo esfuerzo en sentido contrario, es contraprudecente,

contribuye á procurar mas pronto la muerte. Felizmente, aquel elemento destinado á ejercer una acción corrosiva sobre el espíritu de sus jóvenes compatriotas, alejado del centro que le daba vigor y fuerza, poco á poco fué gastándose hasta quedar completamente impotente, y reducido á contemporizar con todos y adoptar un temperamento que, aplacando la odiosidad que había despertado entre ellos, le permitiese vivir y marchar con ellos en paz y buena inteligencia.

Estando ya suficientemente preparados para empezar el estudio de las materias correspondientes á la carrera á que estabamos destinados, se resolvió que nos mudaramos á otro establecimiento en algún punto mas próximo á Londres, habiéndose elegido para el efecto el de Mr. De la Voye, en Blackheath—Lee. cerca de Lwisham, cuya casa llevaba el nombre de Blessington-Hall.

De allí ibamos todos los días por el primer tren á la ciudad á tomar lecciones de derecho con el Profesor Dr. Leone Levi, abogado y publicista distinguido, que tenia su estudio en Lincoln's Inn, Temple Bar. El Dr. Levi era también, á la sazón, catedrático de la clase de derecho Internacional Público y Privado y Derecho Mercantil en el Colegio del Rey (King's Colege), perteneciente á la Universidad de Londres, y á fin de aprovecharnos mejor de su enseñanza, nos matriculamos para el curso del año

1861. Con este motivo y para evitar el inconveniente del viaje por el tren todos los días, nos determinamos trasladar nuestro domicicilio definitivamente á Londres.

M. de las Voye era francés de nacimiento, pero desde su juventud ha residido en Inglaterra, y hablaba con igual perfección ambos idiomas. Con él comenzamos á estudiar la literatura inglesa y á hacer composiciones en inglés y en francés, enviándolas mensualmente al Gobierno. Por aquel tiempo se encontraban también allí dos hijos del distinguido y notable publicista argentino, D. Carlos Calvo, que representaba entonces al Gobierno del Paraguay cerca de las Cortes de París y Londres con el carácter de Ministro Encargado de Negocios. Uno de aquellos, don Carlos Calvo y Capdevila, ha seguido la misma carrera del padre y hasta ahora poco ha estado representando su país cerca del Gobierno belga en carácter del Ministro Residente.

M. de la Voye era todo un caballero y de una ilustración poco común. Como novelista había conquistado una buena reputación.—Su familia, aunque modesta, se hacía apreciar por su sencillez, amabilidad y cariño, y siempre conservo de ella, como un tributo de gratitud, el más simpático recuerdo.

Blackheath es otro de los lugares más pintorescos y sanos de los suburbios de Londres. A la inmediación existe ó existía un gran espacio vacío de

terreno llamado *The Heath*, que linda con el Parque de Greenwich, donde todoslos años, el Viernes Santo *(Good Friday)*, las gentes del pueblo van á entregarse á todo género de diversiones; las cuales presentan por su variedad un cuadro animadísimo, y forman uno de los espectáculos más curiosos para el extrangero.

Allí todo se anima, todo se mueve á impulso de un entusiasmo que se produce en diferentes formas, mezclándose á menudo lo alegre con lo serio, lo jocoso con lo patético.

Aquí se ven hombres y mujeres montados en burros y jacos recorriendo el campo en caravana en medio de frénetica algazara; allá tiradores al blanco con flechas, jugadores al *cricket* y largas filas de saltadores al sapo; acullá, grupos de hombres y mujeres jugando con gran bullicio al *Kissing in the ring*, que consiste en que un hombre persigue á una mujer á todo correr, y si la alcanza, la lleva del brazo dentro de un círculo, allí se saca el sombrero y le da un beso en la frente, recibiendo por la hazaña el aplauso estruendoso de todos los que forman el círculo; aquí predicadores ambulantes de las diversas sectas reinantes que con una Biblia en la mano y subidos sobre sillas ó taburetes, gesticulan, bracean y fuerzan la voz para dar énfasis á sus exhortaciones religiosas á los que les escuchan; allá oradores ó charlatanes de las boticas que, con una elocuencia

peculiar á ellos, ponderan la virtud curativa de algún nuevo específico; más allá algún miembro fanático de la Sociedad de los abstinentes *(Teetotalers)* que predican la abstinencia absoluta de toda bebida alcohólica, rodeado de un mundo de bebedores de cerveza y whisky, que, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de pana burda, escuchan con semblante compungido y aire contrito, dando muestras de arrepentimiento y mejoramiento futuro de hábitos; y, finalmente los vendedores de buñuelos calientes, pastelitos y otras macitas que van cruzando por entre aquella inmensa y bulliciosa multitud, siguiendo diferentes rumbos y pregonando con calor y entusiasmo los artículos que llevan.

Como se vé, el Viernes Santo en Inglaterra es un día de expansión, de alegría y de júbilo para el pueblo. Se fundan para ello en que la muerte de Cristo, lejos de ser un motivo de dolor, es un motivo de íntima y legítima satisfacción, por cuanto con ella y mediante ella, el género humano se ha salvado. Por eso le llaman aquel día *good friday*, es decir, viernes bueno, feliz, benéfico, glorioso.

A propósito de esto, no estaría demás intercalar aquí una tradición oriental, la cual consiste en que el padre de los hombres (Adam) había recidido y muerto en Jerusalem, y que había sido enterrado en el *Gólgota*, debajo de la roca que había de recibir

en el tiempo señalado por los Profetas, la Cruz del Salvador. Que en el momento en que expiró Jesucristo, cuando se oscureció el día, cuando la tierra se estremeció hasta sus mismos fundamentos, Adam salió de su sepulcro para no volver á entrar en él; y que en memoria de este hecho tradicional, en las representaciones de la muerte de Jesús, se coloca siempre un cráneo al pié de la cruz. La carta de Santa Paula á su hermana Marcela confirma esta tradición, diciendo que Adam murió en Jerusalen, cuya montaña se llama Calvario, que quiere decir *cráneo,* en razón de que ella cubría el cráneo del hombre viejo, á fin de que el segundo Adam, con la sangre que corrió de su cruz, borrase el pecado del primero.

Hay que confesar que esta tradición es digna de la fecunda imaginación de los Orientales, toda vez que ella encierra una poesía, que viene á completar admirablemente los grandes misterios de la Redención.

A fines de 1861, rendimos examen á la par de los demás alumnos de la clase del Dr. Levi. Las preguntas, cuyo número no tengo presente, eran por escrito, versando naturalmente sobre las materias ya mencionadas que formaban el curso. Las respuestas eran igualmente por escrito, dándose para ellas dos horas de tiempo.

Véase «La Revue del Deux Mondes, t, 58,—2. período, año 1865.

En Enero de 1862 tuvo lugar en un espacioso salon del mismo Colegio la distribución de premios, presidida por el ilustre estadista Mr. Gladstone. Este abrió el acto con un breve pero elocuente discurso, que mereció una salva entusiasta de aplausos de los circunstantes. El discurso de Mr. Gladstone fué apoyado, como es costumbre, por uno de los profesores presentes, cuyo *Speech* estaba salpicado desde el principio hasta el fin de frases humorísticas, llenas de chistes y sal ática, que produjo su efecto en la concurrencia, y fué saludado igualmente con calurosos aplausos.

Después de estos preliminares, empezó el Rector á llamar por una lista á los que han sido agraciados. No fué poca mi sorpresa cuando de repente oí pronunciarse mi nombre. En medio de una aclamación general recibí de manos de Mr. Gladstone un premio y un certificado de mérito, acompañados de algunas palabras galantes de felicitación que me dejaron confundido. Tan inesperado acontecimiento vino á convencerme de que no había contestado tan mal á las preguntas del Dr. Levi el día de los exámenes.

De este hecho, honroso siempre para un estudiante que sigue la carrera de las letras, y que estimula lisonjéando el amor propio, no tuvo conocimiento el Gobierno. El informe del Profesor fué encarpetado, y la malevolencia, la envidia ó el egoismo

del que debiera participarlo, y que solo se sacó una *mensión honorífica*, hizo que se guardara completo silencio sobre él. Recién á mi regreso, tuvo el Presidente conocimiento de ello, manifestando estrañeza porque no se le hubiese participado en su oportunidad.

En el curso del año 1862, nuestra pequeña sociedad estudiantil empezó á desgranarse. Dos pasaron á París en calidad de *attachés* á la Legación del Paraguay, y otro fué llamado á la Asunción, quedándome yo solo con D. Cándido Bareiro.

Desde que nos instalamos en Londres comenzó para mí una era de expansión y de verdadero progreso, intelectual y social. Mis relaciones se extendieron considerablemente. Mi Profesor por un lado y mis amigos por otro, entre quienes gozaba de alguna simpatía, me introdujeron paulatinamente en la sociedad inglesa. Visitaba y frecuentaba tertulias y bailes familiares, sociedades científicas y literarias, sesiones del Parlamento inglés. museos de ciencias y artes, y los teatros para asistir á las representaciones de las populares obras de Shakespeare.

Y aquí al correr de la pluma vuelvo á tropezar con otro gigante de la literatura inglesa, que me obliga á otra digresión, á la que, convendrá el lector, tiene un perfecto derecho.

Toda la Inglaterra está llena de Shakespeare; tal

es la influencia que ha ejercido y ejerce en aquella nación sobre las ideas, el pensamiento y el corazón.

«Es el poeta que ha creado más después de Dios» según Alejandro Dumas, y es el único que puede sostener comparación, según Duruy, con los poetas dramáticos de todas las demás naciones.

El Esquiles inglés hizo su aparición en una época en que la lengua inglesa aún no había salido del todo de su estado de formación; y, en cuanto al arte de Talía y Melpómene, puede decirse que se encontraba en su infancia. El hizo por la Inglaterra lo que Dante por la Italia. Del cerebro de este, segun Chateaubriand, brotaron á la vez el *italiano* y la *Divina Comedia*; «de un golpe el ilustre desterrado dotó á la raza humana de una lengua admirable y de un poema inmortal.» Así también aquel, ha dado forma á la lengua inglesa, la ha civilizado, la ha enriquecido con dicciones varoniles, elegante, y pintorescas, con imágenes llenas de valentía y de galanura, y ha formado el teatro de su nación, dotándolo de sus incomparables trajedias que, apesar del trascurso del tiempo, siempre se conservan frescas, porque siempre atraen, entusiasman y encantan á la imaginación y conmueven al corazón todas las veces que se ponen en escena.

El genio de Shakespeare, semejante á una simiente

que se deposita en un terreno virgen, nació robusto, creció rápidamente hasta absorber toda la literatura de su época, sin que hubiese uno solo que pudiese rivalizar con él. ¿Qué es de Ben-Johnson, su rival y detractor? ¿Qué es de Robert Green, de Heywood, de Chayman, de Decker, de Peal etc., etc.? Todos yacen olvidados, y cuando más quedan de algunos de ellos una ó dos comedias que gozan todavía de alguna estimación.

Dos causas contribuyen á inmortalizar una producción intelectual: el estilo y la verdad.

Homero, hasta ahora marcha á la cabeza de los genios, su lira triunfa de los estragos del tiempo. ¿Por qué? Porque es el pintor más fiel de la verdad que ha poseido la humanidad, y su estilo poético es como una llama que arde constantemente sin decaer desde el principio hasta el fin, alimentada por la profundidad inagotable de su rica y poderosa imaginación.

Del mismo modo Shakespeare, apesar de los defectos que sus críticos le achacan, domina la literatura dramática, y su fama, lejos de menguar, va en aumento de año en año, y traspasando los límites de su nación, va á servir de modelo á los ingenios de otras naciones. ¿Por qué? Porque en la fecundidad asombrosa de su genio, en la variedad infinita de su creación, nunca se separa de la verdad. Profun-

do observador del corazón humano, ha hojeado todos sus pliegues, y por eso en todas las situaciones ha expresado por medio de los personages de su invención, los más variados sentimientos con verdad y naturalidad, con los colores propios de la pasión que los ha engendrado, empleando un estilo ataviado con todas las galas de su brillante inspiración.

¡Qué cosa más sublime, en cuanto á lo trágico, que la tercera escena del cuarto acto de Macbeth! Y qué escenas más encantadoras y tiernas que las de la despedida de Romeo y Julieta!

Wilt thou be gone? It is not yet near day:
It was the nightingale, and not the lark
That pierced the fearful hollow of thine ear. t. t.

. . . .

. . . .

Julieta. «¿Ya te vas? Todavía no aparece el día;
« fué el canto del ruiseñor y no el de la alondra que
« ha venido á herir tu tímido oído. Todas las noches
« canta en aquel granado allá léjos; créemelo, alma
« mía, que fué el ruiseñor.»

Romeo. « Fué la alondra, mensagera de la au-
« rora; y no el ruiseñor. Mira, amada mía, mira los
« rayos de luz que principian á dorar las orillas de

« esas nubes en el oriente; los astros de la noche « se apagan, y el día se levanta sobre la cumbre « nebulosa de las montañas. Es necesario ir y vivir, « ó quedar y morir.»

....

A la verdad, ninguno ha pintado mejor el sentimiento del verdadero amor. Ese carácter noble, sagrado y tierno del amor, sin mezcla de ninguna escena licenciosa, despojado de toda idea sensual, que lastime la delicadeza del buen gusto; es decir, aquel abandono cándido, leal, modesto, religioso,—de toda idea material libidinosa, absorbiendo por completo el pensamiento y el corazón al ser amado, jamás podrá expresarse mejor que lo está en Romeo y Julieta.

«Shakespeare», dice M. Villemain, « dá á la ima- « ginación inglesa placeres que no envejecen; él agi- « ta, atrae;... pero separado de la tierra natal, no « pierde su fuerza. Es el carácter de un hombre de « genio, que las bellezas locales, que los rasgos in- « dividuales con que llena sus obras, responden á « algún tipo general de la verdad, y que trabajando « para sus compatriotas, agrada á todo el mundo. « Quizá las obras más nacionales sean aquellas que « llegan á ser más cosmopolitas. Tales fueron las « obras de los griegos, que las escribieron para la « Grecia, y son después leidas por el universo.»

Shakspeare fué contemporáneo de Lope de Vega, cuya inspiración fecunda y brillante contribuyó á su vez poderosamente al perfeccionamiento del teatro español. Lope se embarcó como voluntario en la Armada Invencible que Felipe II, impulsado por el fanatismo de la época, envió contra la Inglaterra con propósito de obligarla á restablecer el catolicismo como religión de Estado. Es decir, mientras Shakspeare, á la sombra y garantia de la libertad, se ocupaba en la composición, tal vez, de alguna de sus mejores piezas, Lope de Vega iba con la espada en la mano á turbar la tranquilidad de su hogar, con amenazas de arrebatarle uno de los dones mas preciosos del Cielo!....

Shakspeare nació el 23 de Abril de 1564 y murió el 23 de Abril de 1616. ¡Cosa rara!... El mismo día en que fué enviado al mundo por su Creador, fué llamado á comparecer ante él!...

Otra coincidencia digna de notarse es, que el ad mirable é inimitable autor del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, murió el mismo año y el mismo mes que el autor de Macbeth y de Hamlet. Ambos pues volaron juntos de este miserable é ingrato mundo á otro tal vez mejor.

«¡Dignos compañeros de viaje!..» exclama Chateaubriand.

En bellas artes, la Inglaterra se distingue de las

demás naciones; pues, en lugar de una literatura, ella tiene cuatro: la inglesa propiamente dicha, la escosesa, la irlandesa y la americana. Todas cuatro se sirven de una sola lengua; pero con carácter distinto. De esta circunstancia nacen ese vigor y esa originalidad que constituyen sobretodo su riqueza, sobrepujando á la de las otras naciones. Existe un número considerable de poetas vivos, todos fecundos, originales é independientes, sin que los unos sigan las huellas trazadas por los otros, ó rebajen su mérito por el espíritu servil de imitación. Individualidad, independencia, vigor y franqueza, hé ahí los rasgos característicos por que se distinguen. La abundancia de sectas religiosas, prueba la libertad de pensar, de creer y de sentir de que gozan los ingleses, y que ponen de manifiesto su buena fé, su sinceridad y sencillez, libre de toda hipocrecía y santarronería impropias de la dignidad humana. Por eso con frecuencia vemos entre ellos hombres que poseen, al lado de una alma noble y elevada, el *os magna sonatorum*, capaces de decir grandes cosas, la *vox ferrea* de que nos habla el poeta antiguo; hombres que no han de doblegarse al capricho de un tirano ó á la imposición despótica de una facción fu. riosa y fanática.

Creo que he ido ya más allá del límite que me he propuesto en esta digresión, y supongo que debe ser tiempo que vuelva á tomar la ilación de mi relato.

Durante el mismo de 1862 celebró sus sesiones en Londres, bajo la presidencia del eminente jurisconsulto y orador Lord Brougham, el *Congreso Internacional para la difusión de conocimientos útiles.* Conseguí hacerme inscribir como miembro, mediante la módica cuota de una libra esterlina, y asistí á sus trabajos desde el principio hasta el fin. Su apertura tuvo lugar en *Guilt Hall* en presencia de una inmensa y escojida con currencia. La lectura del discurso inaugural duró una hora. El Presidente, bajo el peso de la edad, 82 años, no pudo permanecer de pié durante todo ese tiempo, y pidió permiso para sentarse, volviendo á levantarse para terminar.

Lord Brougham ha sido notable por mas de un concepto. Fué defensor de la reina Carolina, cuando esta fué repudiada por su esposo el Rey Jorge IV, y en su consecuencia sometida á un juicio de orden del mismo. En esa ocasión habló catorce horas, desplegando vastos y profundos conocimientos en materia jurídica, y como prueba de la eficacia de su erudita defensa, la reina salió libre de culpa y pena.

Dice Samuel Smiles, hablando de tan distinguido y eminente abogado y hombre de estado, lo siguiente:

«La infatigable laboriosidad de Lord Brougham » se ha hecho proverbial. Sus trabajos públicos se

» han extendido sobre un período de más de se-
» senta años, durante los cuales han recorrido mu-
» chos campos de leyes, literatura, política y ciencia
» y en todo se ha distinguido. Cómo lo ha logrado,
» há sido para muchos un misterio. En una ocasión
» que le fué pedido á Sir Samuel Romilly que se
» hiciera cargo de un trabajo nuevo, se disculpá
» diciendo que no tenía tiempo; pero, agregó él, id
» con ello á ver ese individuo Brougham; parece que
» tiene tiempo para todo!» El secreto de esto era
» que, jamás dejaba un minuto desocupado; poseía
» además una constitución de fierro. Cuando hubo
» llegado á una edad en que la mayor parte de los
» hombres se retiran del mundo para disfrutar de
» su bien ganado ocio, quizá para dormitar en un
» sillón su tiempo, principió y continuó Lord Broug-
» ham una serie de investigaciones curiosas sobre las
» leyes de la luz, y sometió sus resultados á los
» auditorios más científicos que podían presentar
» Paris y Londres. Al mismo tiempo daba á la es-
» tampa sus admirables bosquejos de *Los hombres*
» *de ciencia y literatura del reinado de Jorge III*, y
» tomaba parte activísima en la Cámara de los
» Lores en todos los asuntos sobre leyes y discu-
» ciones políticas. En una ocasión le recomendó Sid-
» ney Smith que solo se limitara á ejecutar el tra-
» bajo que pudieran hacer tres hombres fuertes. Pero
» en Brougham era tal el amor al trabajo que des-

» de muy antes se había convertido en hábito — que
» ninguna cantidad de aplicación parece haber sido
» demasiada para él; y tal era su amor por sobre-
» salir, que se ha dicho de él que si su condición
» social hubiera sido la de un lustrabotas, no habría
» quedado satisfecho nunca hasta haber llegado á ser
» el mejor lustrabotas de Inglaterra.»

Pero si extraordinario fué por su capacidad intelectual, no lo fué menos por su fealdad física. En mi vida he visto ni conocido un hombre más feo, y cuyo aspecto anunciaba menos talento é inteligencia que el finado Lord Brougham.

Las sesiones del Congreso duraron unos quince dias, al cabo de los cuales, los delegados y demás miembros celebraron en los salones de la Casa del Parlamento una *soirée* musical, previo el permiso especial de la Reina Victoria. La concurrencia fué numerosa y espléndida, compuesta de las personas y familias más distinguidas de todas las clases sociales. Todo el interior del Palacio estaba profusamente iluminado, y los concurrentes penetraban libremente por todas partes, excepto en el recinto donde se reunen los Lores. El *Gold String Band*, la banda de la cuerda de oro, que es una de las más famosas de las militares de Londres, amenizaba con escogidos aires la fiesta. El golpe de vista que presentaba aquella selecta y lujosa reunión

era grandioso y magnífico. Recién á la 1 1|2 comenzó á retirarse la gente.

A mi vuelta á la Asunción, recibí un grueso volumen que contenía todos los trabajos á que se había contraido el Congreso.

Los congresos en Europa y en otras partes del mundo, han llegado á ser en nuestros dias un factor importante del progreso humano. En ellos se discuten todas las cuestiones sociales, políticas y económicas que preocupan á los hombres públicos, á los estadístas y á los gobiernos, cuyas soluciones llegan á asumir luego la forma de leyes como la expresión viva y perdurable de la civilización de nuestros siglos. Ellos contribuyen de esta manera á estrechar los lazos de la confraternidad entre los pueblos, á uniformar su lejislación y á remover las dificultades que embarazan al desarrollo del comercio, de la industria, del trabajo, en una palabra. ¡Qué espectáculo más bello que la reunión de los hombres más eminentes por su ilustración y saber, que, animados de un espíritu fraternal y generoso, emplean los esfuerzos de su inteligencia para establecer reglas fijas, que, sin detrimento de la soberanía de las naciones que representan, sirven para resolver los conflictos que ocasiona amenudo la aplicación de sus leyes y de los preceptos del Derecho de gente, cuando se trata de sus relaciones privadas é internacionales.

Honor á esos hombres! porque ellos son los verdaderos obreros del progreso y de la civilización; los verdaderos bienhechores de la humanidad; los precursores de un estado de paz y de felicidad que constituye la aspiración más noble de nuestro siglo!...

El resto del año 1862 empleé en aprender el alemán. Lo estudié con el profesor Rosenthal que tenía un sistema especial de enseñar. El alfabeto y los sonidos de las combinaciones de las letras ó sean silabas, es cuestión fácil para el que posée alguna práctica en el estudio de idiomas, puesto que ellos se aprenden en un momento. El profesor Rosenthal, tan pronto como me puso al corriente de ellos, me hizo hacer un dictado. Al principio quice resistir á su pedido, oponiendo la razón de que aún no sabía nada para poder hacer un dictado; pero él insistía, diciéndome: «No hay cuidado, el alemán se escribe tal «cuál suena, tal cual se pronuncia, y en esto se di«ferencia mucho del inglés ó del francés, escribe no «mas».—En vista de esta insistencia, me sometí escribiendo un breve dictado, todo equivocado por supuesto; pero él tuvo la paciencia de corregirlo, diciendo al final que la próxima vez haría mejor.

Desde entonces todos los días infaliblemente me hacía escribir un dictado, con cuyo ejercicio hice un rápido progreso. Lo raro del sistema de aquel profesor era, que desde el primer día, y sin haber

tenido yo más conocimiento que el alfabeto del idioma que iba á aprender, ya me hizo hacer un dictado!

A la verdad, según experiencia propia, nada facilita tanto el estudio y aprendizage de un idioma como la lectura de viva voz y el dictado. Con estos dos ejercicios se consigue acostumbrar en breve la lengua y el oído á la pronunciación que es esencial para empezar á hablarlo.

Desgraciadamente para mí, mi estudio del alemán solo duró cinco meses, tiempo insuficiente para adquirir conocimiento teórico y práctico de un idioma, y sobre todo del alemán, de manera á poderlo retener sin más estudio por el resto de la vida. De modo que en unos cuantos meses de abandono se evaporó el imperfecto y fugaz conocimiento que adquirí de aquella lengua.

En el mes de Marzo de 1863 recibí orden para pasar á París y de allí á la Asunción.

En seguida me puse á hacer los preparativos de viaje y luego á despedirme de mis conocidos y amigos. Dos días antes de mi partida, me presenté al consulado del Paraguay solicitando el correspondiente pasaporte de que todo extranjero necesitaba para entrar en Francia. El cónsul Paraguayo, Mr. Green, quiso ahorrarse ese trabojo manifestándome que la perfección con que hablaba el inglés me serviría de suficiente salvo conducto en Francia, «*pu-*

diendo», *dijo*, «*pasar usted muy bien pór un inglés allá.*» Con esta lisonja aludía Mr. Green á la convención que no hacía mucho se había firmado entre la Francia y la Gran Bretaña, por la que se acordaba á los súbditos ingleses el privilegio de poder entrar y viajar por el Imperio francés sin pasaportes.

En efecto, pasé á Francia sin este requisito. Ignoro si me habrán tomado por un inglés ó nó; el caso es que nunca me lo pidieron, ofreciéndome esta circunstancia la ilusión de haberme convertido por unas cuantas horas en súbdito de Su Majestad la Reina Victoria, lo que á mi juicio, no era un honor despreciable.

Así que me alejaba de *Folkston* donde me embarqué con dirección á Boloña, en el Paso de Calais, caí en una profunda tristeza. Sentía abandonar aquella tierra donde había pasado la época más feliz de mi vida, donde llegué á conocer y palpar los beneficios prácticos de la libertad, el poder de la inteligencia y del trabajo y la fuerza vivificadora del comercio y de la industria. ¡Ah! exclamaba allá en el fondo de mi alma, con los ojos bañados en lágrimas, ¡quién sabe si la volveré á ver nunca!...

Mi espíritu presentía las penalidades, las penurias y los sinsabores á que iba á sujetarse mi vida en adelante.

En la Legación paraguaya fuí acogido y tratado con demostraciones de bondad y aprecio de parte

de todos los caballeros que la componían. Conservo un recuerdo de gratitud para ellos por tan generosa muestra de consideración hacia mí.

Aproveché mi corta permanencia para visitar los principales monumentos de París. Familiarizado con la ciudad de Londres, la primera en el mundo por su magnitud y riqueza, encerrando también dentro de su inmenso perímetro tantas cosas grandiosas que admirar y que estudiar, París no me produjo en los primeros momentos una impresión tan viva y entusiasta como pudiera producirla en el ánimo de uno que jamás haya estado en ninguno de los grandes centros europeos y que por primera vez se encontrase en sus boulevares poblados de árboles, ó frente á *Notre Dâme* ó al Gran Teatro de la Opera.

Sin embargo, poco á poco y á medida que iba recorriendo sus magníficas calles, contemplando sus magestuosos edificios y maravillosas obras de arte, me llené de admiración y entusiasmo, convenciéndome de la razón que tuvo Victor Hugo para llamarla la *Ciudad-cerebro.*

Bajo este concepto, «París se estudia como un «libro; libro de múltiples frases, de variados carac«teres. donde se mezcla lo cómico á lo terrible, don«de una sonrisa esconde una lágrima, la fé lucha con «el escepticismo. la caridad triunfa y la bacanal rei«na; libro en cuyas páginas inmensas parecen haber

«colaborado el genio y la locura, la verdad y el «error, Pascal, Voltaire, Balzac y Rabelais» ([1])

París es el corazón de la Francia y el cerebro del mundo civilizado. Allí se elaboran las ideas que, cuales lavas candentes del Vesubio que fertilizan los terrenos vecinos, fecundizan la inteligencia del universo. En ella se agita y bulle el alma de la Francia, por eso ella es universal por todo: por el espíritu de libertad que inspira, por su idioma, por su literatura, por su actividad, por sus modas y hasta por sus perfumes. París es eminentemente propagandista, lanzando, cual poderoso volcán, á todos los vientos luz, ciencia, movimiento y vida. Ella ha sido mas de una vez teatro de grandes y gloriosos acontecimientos, así como de hechos terribles y desgarradores; pero de cada sacudimiento que da, nace una nueva verdad, un nuevo principio; se ilustra la razón, se eleva el nivel de la dignidad del hombre y se enriquece la ciencia con nuevos y sorprendentes descubrimientos. En una palabra, París es el gran lavoratorio de la civilización moderna, es la *ciudad-cerebro!*...

No hay en el mundo ciudad más cosmopolita que ella. Allí se dispensa al extranjero las mayores consideraciones. El ser extranjero importa un título privilegiado; con solo invocarlo, tiene uno abiertas todas las puertas, aún aquellas por donde no es

(1) Impresiones por M. Garcia Mérou.

permitido á un ciudadano natural penetrar. El que se haya acostumbrado á la atmósfera de París, ya no puede vivir en otra parte.

La fiebre de los placeres, la eterna novedad de los contínuos cambios en los gustos, la voluptuosidad incesante de la vida que se convierte en una especie de sueño de hadas, subyugan al espíritu y cautivan la imaginación de tal manera que el que una vez haya gozado de la vida parisiense, ya no puede apartarse de la ilusión de volver un día á aquella ciudad encantadora, encontrando todo fuera de ella pálido, descolorido, sin ciencia, sin arte y sin *chic*.

Me despedí de aquella ciudad con la pena de no haber podido estar más tiempo para gozar de sus diversiones y de sus expléndidos paseos.

En Burdeos me hospedé en casa de los señores Délohme y Compañía, renombrados comerciantes de vino, que, honrando á una carta de recomendación que les traje, me recibieron con exquisita amabilidad, dándome por alojamiento dos magníficas piezas: un dormitorio bien amueblado y una salita de estudio anexo con una buena biblioteca.

Los días que faltaban para la salida del paquete aproveché en visitar los monumentos más notables que hay que ver en aquella antigua ciudad: el palacio de justicia, con la estatua del inmortal Montesquieu, el famoso Teatro de Richelieu que

es una joya de preciosidad arquitectónica de la época de Luis XIV, el Cementerio con sus lindos panteones y la catedral de estilo gótico llena de magestad, con sus vidrieras de colores adornadas de dibujos que representan pasajes ó episodios de la Historia Sagrada,

Tres días después, me embarqué para Buenos Aires en el paquete «*Magdalène*» de la entonces mensagería imperial francesa. A la altura de las Islas del Cabo Verde nos cruzamos con el «*Béarn*» de la misma compañía, encontrándose entre los pasajeros que conducía mi antiguo profesor, D. Ildefonso Antonio Bermejo que regresaba para España.

A nuestra llegada á Montevideo, ví flamear el pabellón nacional en la popa de uno de los vapores anclados en el puerto. No pude resistir á la satisfacción de ir á bordo, convencido de que aquel sería uno de los paquetes paraguayos que hacían carrera entre la Asunción y los puertos del Plata. Efectivamente, era el «*Igurey*«, su capitán el teniente de marina D. Andrés Herreros, joven inteligente y simpático que me recibió con un abrazo cariñoso, y tuvo la bondad de llevarme al teatro y de presentarme á varias personas distinguidas de su amistad, entre estas el afamado médico oriental, Dr. D. Gualberto Mendez.

Por encargo de dicho señor, fuí portador de

un cajoncito con capullos de gusanos de seda, que remitió de regalo á López. De esta manera fuí yo el conducto de la primera introducción de la importante industria de la sericultura en el Paraguay.

Dos días después de mi llegada zarpamos ya al ponerse el sol, y amanecimos al día siguiente en el puerto de Buenos Aires, de donde seguimos viaje aguas arriba á los dos días subsiguientes.

El «*Igurey*» era un lindo vaporcito construido en el astillero nacional que en aquella época estaba bien montado, y era uno de los más acreditados por su marcha y buen trato abordo.

El viaje fué uno de los más agradables, y se verificó sin que en todo él se hubiese experimentado ningún incidente. Pasaba mis horas enteras con mi buen amigo el teniente Herreros, departimos sobre diferentes asuntos relativos á nuestro país.

Me decía: «Nuestro país en la actualidad se pa-
« rece más á un imperio que á una república. Do-
« quier Vd. vuelve la vista, no verá sino ostenta-
« ción de fuerzas militares: en los teatros, en los
« bailes, en los paseos, en todas partes, exacta-
« mente lo mismo que en Francia donde Vd. acaba
« de estar. Vd. tiene que ser muy prudente, por-
» que viene Vd. trayendo las costumbres adquiridas
« en un país libre, donde uno se manifiesta con toda
« libertad. Entre nosotros sucede todo lo contrario,
« hay mucha delicadeza.—Si quiere Vd. andar bien,

« tiene que adular á esa grandísima p..... que le « acompaña al Presidente. (1) Ahora ya anda con « todo *desparpajo*. Hasta hace poco no aparecía « ante el público; pero ahora lo hace con todo des- « caro, hasta pronuncia discursos en los banque- « tes!... Tenemos, amigo, que soportar todavía « toda esa calamidad por algún tiempo. Se lo digo « á Vd. todo esto para su gobierno, porque lo « aprecio y estimo.»

«Yo le agradezco amigo Herreros», le contesté, « por su bondadosa advertencia. Efectivamente acos- « tumbrado á la libertad inglesa, traigo el espíritu « algo exaltado, y dispuesto á decir las verdades con « franqueza; pero procuraré contenerme para no lle- « gar á ser una víctima estéril. Deploro de corazón la « situación de nuestro país; pues, comprendo que la « corrupción ó la inmoralidad en las altas regiones del « Gobierno, es más temible y peligrosa, porque ella « más fácilmente baja á las masas que la aceptan en « honra á su elevado origen. En fin, dice Vd. bien, « algún día tendrá su término esa calamidad. ¡Cuán- « do será ese día!.... Tengamos paciencia.»

Como se vé, sin entrar á escudriñar el fondo de nuestros pensamientos respecto á la situación políti- ca del Paraguay, nuestro espíritu se comprendía, por intuición, simpatizándose reciprocamente sin

(1) Se refería á la Lynch.

que para ello hubiese mediado más interés que el deseo natural de ver á nuestro país marchar por el sendero de la civilización, de la moralidad y del progreso.

Casi todos los marinos de aquella época eran liberales en sus ideas y sentimientos, y á esta razón poco dispuestos á sostener el despotismo que se había estronizado en el Paraguay. Provenía esta disposición del frecuente contacto que tenían con los pueblos del Plata, mucho más avanzados en civilización y en la práctica de la vida democrática que el paraguayo. Puede inferirse de esta circunstancia, que con la organización de la marina, López creó un poderoso elemento contra su poder, pues, tengo para mí que, si no fuera la guerra con la Triple Alianza, la iniciativa de la revolución que lo hubiera derrocado, hubiera partido de la marina.

El Teniente Herreros tenía mucha entrada con López, y éste lo distinguía con consideraciones especiales, como para atraerlo, porque miraba con recelo la simpatía que de día en día se iba captando aquel en las orillas del Plata.

Poseía condiciones naturales y sociales que le hacían superior á sus demás colegas, las cuales le daban en la marina una ascendencia que hacía prever una posición espectable en el porvenir. Desgraciadamente tuvo un fin prematuro, como se verá en su oportunidad.

Llegamos á la Asunción el 10 de Mayo de 1863 á las 7 de la noche. Según las crónicas de aquel tiempo, fué el viaje más breve que ningún vapor haya hecho hasta entonces en su arribada de Buenos Aires. Salimos el 5 á las 11 de la mañana de aquel puerto, perdimos 14 horas en el tránsito, y llegamos á la fecha indicada.

Al día siguiente me desembarqué, dirijiéndome acto continuo á la Casa Presidencial á objeto de saludar al Presidente de la República. Al saltar en tierra me encontré con mi hermano y varios amigos que me abrazaron felicitándome por mi regreso, y tuvieron la amabilidad de acompañarme hasta la Plaza de Armas. Una vez en el Palacio, fuí anunciado por el ayudante de servicio, recibiendo la orden de que entrase á la sala. Allí encontré á Lopez de pié frente á la puerta de la Secretaría, me cuadré delante de él á distancia de unas cuatro varas, y previa una reverencia, le dirijí el siguiente discurso:

«Exmo Señor—

« Tengo el honor y la satisfacción de dirijir á
« V. E. mis respetuosos saludos.

« Debo también expresar á V. E. mis profundos
« y sinceros sentimientos de condolencia por el lú-
« gubre acontecimiento del 20 de Setiembre próxi-
« mo pasado que la voluntad de la Providencia ha
« enviado á la familia de V. E. y á la República.

« Todos los ciudadanos, tanto dentro como fue-

« ra de la República, han lamentado unánimemen-
« te la pérdida del muy querido é ilustre padre de
« V. E., y con razón y justicia; porque sería impo-
« sible encontrar otro ciudadano que haya mereci-
« do mejor esas lágrimas de gratitud derramadas
« sobre su tumba.

« El ha dado al Paraguay la independencia y la
« libertad de que tan felizmente está gozando hoy,
« él ha libertado al país del aislamiento á que le ha
« sometido la administración rigurosa del Dictador
« Francia, abriendo sus puertas al comercio del
« mundo, él, en fin, ha erigido, sin otro auxilio que
« su perseverancia y el contingente de sus esfuer-
« zos físicos y morales, esos monumentos gloriosos
« de progreso y desarrollo que estan hoy procla-
« mando al mundo con orgullo y elocuencia la in-
« contestable verdad de que D. Carlos A. Lopez, ha
« sido uno de los más grandes patriotas que ha
« llegado á poseer esta nación.

« Pero por más acerbo y profundo que haya sido
« el dolor causado al corazón por la pérdida de este
« ínclito ciudadano, el hecho lisonjero de que V. E.
« ha llegado á ser su digno sucesor, nos introduce
« un nuevo espíritu de alegría y gratitud como que
« vemos representado en ese digno sucesor el más
« brillante porvenir de la Nación.

« La elevación de V. E. á la silla presidencial por
« la unánime voluntad de la nación, es ya una ga-

« rantía de que el Paraguay continuará haciendo
« honor al lema que se ha adoptado al principio de
« su existencia — á saber la *paz* y la *tranquilidad* la
« *sumisión* á las leyes y el respeto á las *autorida-*
« *des* establecidas, sin las cuales sería imposible la
« realización de su más noble aspiración: su civili-
« zación y felicidad.

« No debo tampoco omitir en esta ocasión el ex-
« presar á V. E. mis profundos agradecimientos á
« la Patria por los beneficios inestimables que he re-
« cibido de ella por medio de V. E. prometiéndole
« sinceramente emplear todos los esfuerzos que me
« fuesen posibles para desempeñar digna y satisfac-
« toriamente cualquier servicio que me confíe.

« Por último, ruego humildemente á V. E. para
« que se digne permitirme el honor de darle mis más
« sinceras felicitaciones por su advenimiento al Su-
« premo Poder de la República.»

Este discurso fué la primera producción seria de mi vida, y si bien carece de todo mérito literario, debe, por lo menos reconocérsele el de haber sido *adecuado* á la *circunstancia!* Fué publicado en «El Semanario» correspondiente al 16 de Mayo de 1863, No. 493.

López, evidentemente complacido con esta espontánea manifestación, me contestó más ó menos en estos términos:

« Veo con satisfacción el ardoroso patriotismo de

« que está animado, y espero que sus actos no des-
« mentirán sentimiento tan noble.»

Después de una breve conversación, me dió permiso para que pasara á ver á mi familia por 5 días, prometiéndome dar una colocación á mi regreso.

El lector no habrá dejado de observar que mi *sueño* ha venido realizándose hasta aquí casi literalmente.

CAPÍTULO III

Breves reflecciones sobre la conducta del Gobierno respecto á los estudiantes que fueron á estudiar en Europa. La juventud llamada á transformar la sociedad.—Opinión de Horacio Greeley.—Mi nombramiento de oficial del Gabinete privado del General Presidente López.—Este puesto es una especie de prisión disimulada.—Mi colaboración en «*El Semanario*».—Laboriosidad del General López.—La elección á la presidencia de la República halaga las esperanzas del pueblo.—Desengaño.—El aumento de patrullas en la Asunción durante la noche de su advenimiento motivado por el incidente que hubo en el Congreso sobre su elección á la presidencia.—Fundación del Campamento de Cerro-León.—Visita de López á este campamento.—Fuerza efectiva de los ejércitos nacionales.—Causas que produjeron la guerra con el Brasil.—La cuestión de límites.—Detención del paquete brasilero «*Marqués de Olinda*».—Protesta del Ministro residente brasilero Vianna de Lima.—Salida de éste en el vapor nacional «*Paraná*».—Conducta de López desaprobada por mezquina y egoista.—El «Marqués de Olinda» después fué armado en guerra.

La conducta observada por el Gobierno respecto á los jóvenes que fueron enviados á estudiar en Europa, se presta á algunas reflecciones.

«Parece que el Gobierno, dejándose llevar por los apasionados informes que recibia acerca de la libertad con que manifestaban sus ideas y opiniones dichos jóvenes, aun sobre las cosas del Paraguay, to-

mó la resolución de cortar sus estudios prematuramente, y los hizo llamar sucesivamente uno después de otro, sin consultar los progresos que hacían, las esperanzas que prometían ó la conveniencia de prolongar el tiempo de su permanencia para poder nutrirse con mayores y más sólidos conocimientos; volviendo por consecuencia á su país con instrucciones inperfectas, y sin poderlas exponer con facilidad en español, especialmente las materias que requerían en su aplicación el uso de términos técnicos.» (1)

«Por otra parte, tomando en consideración la presión mortificante bajo la cual vivían después, destinándolos á este ó aquel servicio, sin consultar su voluntad y apesar suyo, me veo naturalmente inclinado á consignar estas preguntas:

—«¿De qué ha servido que el gobierno paraguayo haya enviado jovenes á estudiar ciencias y artes en las naciones cultas de la Europa? ¿De qué sirviera que esos jovenes hubiesen vuelto cuales otros griegos de Egipto, ó cuales otros romanos de Grecia, llenos de conocimientos útiles y de experiencias, sobre los progresos modernos, cuando á su regreso no podían hacer uso de ellos teniendo que sujetarse á la tiránica y caprichosa censura del Gobierno, ó del presidente, que viene á ser lo mi-

(1) «*Algo sobre los Estudiantes de Lópes*», publicación hecha por mi en 1882 en *La Democracia* N. 232.

mo en nuestro caso? ¿De qué hubiera servido, repito, que hubiesen regresado hechos verdaderas lumbreras, cuando estaban rigurosamente restringidos y compelidos á no expresar sino las ideas que les comunicaba el gobierno, cuando no podían hablar sino de cosas dictadas y permitidas por él mismo, cuando no podían casi tener otros pensamientos ni otros sentimientos que aquellos que les inspiraba la autoridad? ¿De qué hubiera servido, en fin, que hubiesen retornado trayendo los más sabios principios de la civilización moderna, animados de los mejores deseos de servir á su país para utilizar en pro del bien general sus luces, cuando violentados en sus convicciones, forzados á hacer, decir y pensar solo aquello que convenía á los intereses particulares del gobierno para sostener su sistema, llegaban á ser meros instrumentos de despotismo y tiranía? De este modo se embotaba su inteligencia, se coartaba su ingenio y se disminuía su saber. ¡Aprender para luego poner á un lado lo aprendido, equivalía conservarlo como envuelto en una servilleta, según Webster!...» (1)

De suerte que la plausible resolución del Congreso de 1844, en vista del atraso general en que yacía el país á consecuencia de la larga dictadura del Dr. Francia, y llevada á cabo por el presidente Don

(1) Misma publicacion.

Carlos Antonio López, quedó así neutralizada por las circunstancias expresadas, las cuales, hasta cierto punto, hacen dudar de la buena fé con que éste mandó realizar tan laudable pensamiento, porque hay que convenir que, el sistema de gobierno que seguía, solo era posible allí donde no había ilustración de ninguna clase.

No estoy del todo disconforme con la idea de mandar educar jóvenes en el extrangero; pero tengo para mí, que tiene muchos inconvenientes, y que vale más, en lugar de esa medida, instalar en el país instituciones permanentes de educación y de instrucción, las cuales, regidas en los primeros tiempos por profesores de reconocida competencia llevados de España y de otras partes, servirían de poderosa palanca para impulsar el progreso y la civilización del pueblo.

El Gobierno y los padres de familia no se verían entonces en la necesidad de enviar á sus hijos al extranjero en busca de fuentes de ciencias y artes de que carece su propio país, lo cual, considerado bajo el punto de vista social y nacional, tiene muchos inconvenientes.

Los hijos que no encuentran en su patria todos los elementos de vida, de progreso y de civilización, tienen poco apego á ella; porque la falta de aquellos contribuye á debilitar su patriotismo, ámenudo, hasta el grado de aborrecer su nacionalidad,

mirando con desprecio las cosas de su país que deben ser siempre para ellos sagrados y objetos de veneración, con la perniciosa tendencia de querer destruir de un golpe todo, hasta las costumbres para suplantarlas con otros con que han llegado á familiarizarse en países extranjeros, dando lugar á alimentar ideas irrealizables, ó á pensar en innovaciones peligrosas, que con frecuencia conducen á una revolución ó á una sublevación general con graves perjuicios del país.

La juventud es, la que, aquí, como en todos países, está llamada más directamente á influir en la transformación de la sociedad por medio del progreso y de la civilización. Pero esa transformación, para que ella sea sólida y provechosa, tiene que ser gradual, siguiendo los pasos marcados por la ley de la evolución. La fruta que se madura por medios artificiales fuera de estación, nunca tiene el mismo sabor dulce y exquisito de la que se sazona en la estación propia y á su debido tiempo. Soy de la misma opinión que Horacio Greeley, el famoso fundador de *The New York Trbiune* que dijo alguna vez: «no soy amigo de lo malo en razón de su anti«güedad; pero tampoco rechazo lo que existe, sólo «porque es tradicional ó viejo. Las mismas institu«ciones añejas por defectuosas que sean, no deben «desaparecer sino cuando se haya encontrado cierta«mente algo mejor con que reemplazarlas. La resis-

«tencia ciega á todo progreso, así como el deseo in-
«moderado de cambios y novedades, no son sino
«manifestaciones diversas del mismo vicio, del pro-
«pio modo que el cortesano del déspota y el adula-
«dor del pueblo, no constituyen sino un solo tipo.»

A los maestros y profesores, que ejercen su noble y santa misión con sinceridad, preparando el terreno para el porvenir, toca inspirar á sus discípulos la moderación y el sentimiento de la prudencia, á fin de que en su futura carrera pública sepan conciliar los principios del verdadero progreso con los de la paz y del orden.

¡Qué bello espectáculo el de un pueblo que marcha de reforma en reforma, sin conmover el edificio social, operando una transformación paulatina en las instituciones, en las costumbres, en los hábitos y en la educación!

A mi regreso de Itauguá, donde tuve la grata satisfacción de abrazar á mi idolatrada y anciana madre y á mis hermanas, fuí colocado en la biblioteca particular del Presidente, con el carácter de oficial de su gabinete privado. Dicha biblioteca era abundante en obras de los mejores autores antiguos y modernos, muchos de estos últimos franceses, y ocupaba la pieza con una ventana que cae sobre el mercado de la casa que hoy es del General Caballero por compra que de ella hizo á la familia Rivarola.

Allí asistía mañana y tarde, sin tener ningún tra-

bajo especial que hacer, empleando mi tiempo en la lectura y en la traducción de algunos artículos de los diarios franceses é ingleses que llegaban por cada correo, para ser reproducidos en «*El Semanario.*»

Mi posición era, hasta cierto punto, bastante embarazosa, á causa de no estar bien definida; es decir, que no estaban determinados los deberes inherentes á ella. Concurría á las mismas horas marcadas para los empleados de la administración; pero no tenía hora señalada como aquellos para retirarme, y recién podía hacerlo cuando el gefe de la oficina que era el entonces capitán Alen, después coronel, me otorgaba como una *gracia* para retirarme á casa allá á las 12 del día, y de tarde, á las 10, 11 ó 12 de la noche; cosa de que no pudiese tener tiempo para salir á paseo á tener un rato de espansión. Con razón puede ser calificado el puesto que ocupaba como una especie de prisión disimulada calculadamente para que tuviese el menos contacto posible con el pueblo, ó las gentes del pueblo, por temor sin duda, de que fuera á contagiar á estas con la propaganda de ideas liberales con perjuicio del sistema político en práctica.

El Mariscal López, como su padre, era muy laborioso. No estaba un momento desocupado. En los días de salida de paquete para Buenos Aires y Montevideo, desplegaba una laboriosidad extraordi-

naria; era una verdadera tarea que comenzaba á las dos ó tres de la tarde y sin levantar mano continuaba hasta las 10 ú 11 de la noche en que se cerraban las correspondencias y se mandaban á bordo con la orden de partida para el comandante. Trabajaba en la pieza anexa á su dormitorio al lado del Panteón ó Capilla nueva. El escribiente favorito á quien dictaba era el capitán Alen, y á medida que estaban listos los borradores los iba enviando con un ayudante de orden á la biblioteca donde había tres ó cuatro escribientes que los sacaban en limpio. Dictaba con suma facilidad, su estilo era claro y lacónico, y le molestaba repetir, así es que el escribiente que no tenía oído fino y seguro, lo destinaba á servir de copista, si su letra era buena.

Más tarde, á instancia de algunos amigos míos de la redacción de *El Semanario*, escribí para este periódico que era el único del país, algunos artículos de colaboración por vía de ensayo en composiciones literarias en español, pues hasta entonces escribía y hablaba mejor en inglés.

Una ocasión, hablando con el Gefe de la Escolta Nacional que simpatizaba conmigo porque había conocido á mi padre en vida, entre otras cosas me preguntó por el significado de la palabra *feudalismo* que había leído en un libro. Le expliqué lo mejor que pude; pero aquella inteligencia vasta é inculta, pasaba de una pregunta á otra á guisa de un

niño, sin poder llegar á formar una idea clara de la significación del vocablo. Con tal motivo y con el fin de ilustrarlo mejor sobre la materia me decidí escribir una serie de artículos sobre ese tema.

Los artículos llamaron la atención de López, no tal vez por su mérito literario, sino por la elección del tema.

El Capitán Alen un día, frotándose las manos según era su costumbre, y con sonrisas en los labios, me felicitó por aquellas publicaciones, y á la vez, inquirió como para satisfacer una curiosidad suya, ¿por qué había decidido escribir sobre esa materia con preferencia á cualquier otra?

Entonces con toda ingenuidad, y como quien no sospechase nada, le referí la historia de cómo había concebido la idea de escribir sobre la mencionada materia. «Bueno, bueno», me dijo; «pero tenga, mi hijo, cuidado como concluye».... Con estas palabras y otras que añadió en tono de broma, llegué á comprender que se trataba de propinarme algún correctivo en caso que del desenlace final pudiese sacar alguna deducción contraria á las doctrinas que hacía propagar por la prensa á favor de su sistema de gobierno. *Huir con tiempo no es cobardía*, dije yo para mi capote, y dí por terminada mi colaboración sobre el susodicho asunto.

Aquí viene al caso recordar lo que dice Mesonero Romano en su *Parlante Curioso*, respecto á los la-

zos que ponen travas al desarrollo de la inteligencia. «Nada hay», dice, «que acorte el ingenio y mengüe « el discurso como la obligación de tener un traba- « jo hecho á tal ó cual hora determinada. Y no dí- « golo por el mío, pues éste claro está que de suyo « es apocado y exiguo, sino véolo en otros de « mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y « saco la consecuencia de que el *ingenio es natu-* « *ralmente indómito. y repugna y rechaza los lazos* « *que le sujetan.*»

Como se vé la libertad del pensamiento continuaba hasta entonces sujeta á una rigurosa censura. Había transcurrido 22 años desde la muerte del Dictador Francia, en cuyo período el pueblo paraguayo realizó un considerable adelanto material acompañado como sucede siempre de cierto grado de desarrollo intelectual. Comenzaba, por decirlo así, á despertarse de esa especie de letargo en que lo había dejado el régimen dictatorial de Francia, y sentía la necesidad de gozar de un poco más de libertad para entonar la marcha de su prosperidad y civilización.

En tales circunstancias, el advenimiento del General López, al mando supremo de la República alagaba las esperanzas del pueblo, que creyó que, como el ciudadano de más experiencia é ilustración, establecería un gobierno liberal, inaugurando una administración con reformas tendentes á favorecer,

no solo al comercio, á la industria y á la agricultura, sino á los derechos individuales de que por tanto tiempo estaban privados los ciudadanos.

Desgraciadamente las esperanzas del pueblo fueron defraudadas; sufrió éste un amargo desengaño, que le ha hecho lamentar más la muerte del viejo López.

En vista del progreso intelectual que empezaba á manifestarse en la juventud que cada día encontraba más facilidad de ilustrarse, López debió haber ensanchado sus planes, debió haber modificado el sistema despótico con que gobernaba, elevando sus pensamientos á los adelantos modernos en la vida social de los hombres, morigerando sus costumbres con la práctica de la virtud, al compaz de la marcha gradual de la ilustración y de la mejora material. Pero en lugar de todo esto cometió el grave error de estrechar cada día las riendas de su Gobierno, dejándose llevar por preocupaciones pueriles, respecto á la actitud probable que asumiría el pueblo con las luces que iba adquiriendo: no supo ó no quizo someterse á la fuerza de las circunstancias.

Esta política era odiosa y mezquina, porque en lugar de hacerse el gobierno más expansivo para marchar de acuerdo con la extensión del espíritu público, se redujo y se estrechó. De esta manera sucede, lo que dice Chateaubriand, que llega un día en que el pueblo, que, progresivamente va aumentan-

do, no cabe más en el estrecho círculo de vida que le prescribe el gobierno, y la consecuencia suele ser, por supuesto, una revolución, tanto más violenta cuanto más tiempo haya nadado la razón en un mar de furor y de venganza, destrozada por el conflicto de las pasiones.

Hablando con un amigo íntimo, á mi regreso de Europa, sobre la actualidad del Paraguay, me refirió que en la noche del día en que tomó posesión del mando, fué aumentado el número de las patrullas de caballería é infantería que recorrían la ciudad, las cuales perturbaban el sueño de la población con el ruido de las armas, arreando á planazos á la polícia á cuantos inocentes encontraban por las calles.

Que este hecho impresionó profundamente al comercio y á los hombres que directa ó indirectamente habían influido en su elección á la presidencia, tanto que tuvieron que abandonar las ilusiones que se habían formado respecto á la realización de su justa aspiración.

El aumento de las patrullas en aquella noche, tal vez fué inspirado por el temor de que hubiese alguna tentativa revolucionaria, ó golpe de mano, á consecuencia del incidente que hubo en el Congreso en Octubre de 1862 cuando se trataba de la elección del que debía suceder al finado presidente.

Uno de los diputados ó congresales, D. José Ma-

ría Varela, hizo una moción manifestando ciertas dudas acerca de la legalidad de la elección que se trataba de hacer en la persona del General López, en razon de que la Constitución establecia que la *República del Paraguay nunca jamás será el patrimonio de una persona ó de una familia.* D. Cárlos Riveros, hombre de profunda instrucción y de clara inteligencia, era el diputado encargado de apoyar la candidatura de Solano Lopez y de hacer frente á cualesquiera objeciones que se hiciesen contra ella, y, cumpliendo con su cometido, contestó al Sr. Varela diciendo que sus escrúpulos eran infundados. Que el hecho de que el candidato sea hijo del finado Presidente, no constituia un motivo para considerar que sucedia á su padre á título hereditario, puesto que quienes iban á hacer la elección eran los mismos representantes de la Nación en el ejercicio libre de sus mandatos!... Con esta explicación, se dió por satisfecho el Sr. Varela y retiró su moción.

Esta moción parece haber obedecido á un acuerdo tomado de antemano entre varios ciudadanos, tendente no solo á impedir la elección del General López, sino á establecer una nueva constitubión política que diese mas libertad al pueblo. En efecto, hicieron asomar esa ocasión la idea de un proyecto de constitución como necesaria para normalizar la marcha de la República por la vía de la civilización y del progreso. Pero la idea fué rechazada, fundándose

en que el Congreso había sido convocado con el objeto único y especial de elegir al que deba regir los destinos del país, y que por consiguiente ella era inoportuna é improcedente.

Sea de ello como fuese, lo cierto es que una vez clausurado el Congreso, que fué después de haber triunfado la candidatura de López á la presidencia de la República, el Sr. Varela, otros colegas suyos que habían pensado como él, D. Benigno López y el padre Fidel Maiz, fueron reducidos á prision, formándoseles causa por el crimen de falta de adhesión al General López!... Algunos de ellos perecieron de miseria en los calabozos. El padre Maiz, que aparecía como el principal promotor de la idea de operar una revolución social y política y que fué confesor del viejo López, después de una prisión de cuatro años, fué puesto durante la guerra en libertad en Paso-pucú, donde fué llevado en 1866 de orden de López juntamente con el coronel Marín, que también estaba preso por la misma causa.

El padre Maiz, cuando llegó, tenía una larga melena que le caía sobre los hombros, y la barba, igualmente larga, le bajaba hasta el pecho. Obtuvo su libertad mediante una especie de acto de contrición ante el Obispo Palacios que se encontraba en el Cuartel General, ó sea una protesta de sumisión y arrepentimiento, condenando sus *errores pasados!* Desde entonces quedó hecho por la fuerza un hu-

milde servidor de López, á quien estaba obligado por su vida. [1] Poco tiempo después, e lCoronel Marin, tal vez menos comprometido que aquel, fué pasado por las armas.

Los sucesos políticos que se desarrollaron en 1863 y 1864 en la Banda Oriental, á los que no eran ajenos el Brasil y la República Argentina, obligaron al Gobierno paraguayo á prepararse con los elementos con que contaba para hacer frente á cualqnier eventualidad que pudiera sobrevenir más tarde con menoscabo de sus propios y legítimos intereses.

En su consecuencia, á principios de 1864 dispuso el General López la fundación de un campamento de reserva en Cerro-León, al pié de la Cordillera de Ascurra casi frente al pueblo de Pirayú enviando á la vez á todos los Departamentos de la República jefes militares en comisión á reclutar á todo ciudadado apto para el servicio militar de 16 á 50 años de edad.

El 10 de Febrero del mismo año, cuando supo que ya había unos cinco mil hombres reunidos en dicho campamento, partió López de la Asunción á aquel lugar á objeto de dar sobre el terreno las instrucciones conducentes á la pronta organización y disciplina del nuevo ejército.

---

(1) El padre Maiz estaba colocado, ccmo decirse suele, entre la espada y la pared. Si no aceptaba el medio de salvacion que se le ofrecia, hubiera llegado á ser una *vict.ma estéril d: la tiranía*, sin beneficio para nadie.

Le acompañaron los gefes y oficiales que le servían de ayudantes y los escribientes y secretarios entre quienes iba yo también, á pesar de que mi permanencia á su lado era completamente pasiva.— Fuimos en un tren expreso hasta Tacuaral, y de allí seguimos á caballo con un sol abrazador insoportable. El mismo López que se preciaba de fuerte para las fatigas, tuvo que tomar abrigo en la mitad del camino bajo la sombra de un árbol en medio del campo. Pidió de tomar agua, que se la trajeron de un manantial que había á la inmediación en una cantarilla ó alcarraza de barro del país.—Quiso beberla pura, pero el Dr. Skinner que también era de la comitiva, le previno que estando como estaba sofocado por el excesivo calor, no convenía que la tomase pura, sinó mezclada con un poco de coñac. Entonces el mozo que lo acompañaba sirvió el coñac en una *guampita* muy bien pulimentada y saturada de plata, y mezclando con bastante agua, lo bebió. Como un cuarto de hora después, continuamos nuestra marcha y llegamos á Cerro-León á eso de las dos y media p. m. bastante fatigados, sobre todo yo que andaba malísimo de salud.

López, con el afán de dar ejemplo de fortaleza, no bien se apeó del caballo que ordenó que desfilaran delante de él unos cuatro ó cinco mil reclutas que se encontraban ya en el mismo campamento. Al efecto se colocó de pié bajo un ombú que ha-

bía cerca del moginete de la casa principal que servía de cuartel general, y allí pasó revista á todos, dirigiéndoles palabras propias á infundirles entusiasmo y buen espíritu. Permaneció sin moverse casi hasta ponerse el sol, guardando la actitud de descansar el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda, teniendo la derecha como un palmo mas adelante. Esta postura era habitual en él para recibir, y se conservaba así horas enteras, como esa vez, sin hacer el menor movimiento. Los que le acompañaban, estaban obligados á permanecer también de pié durante todo el tiempo. Yo, apesar del deseo de acatar aquella costumbre poco agradable, no pude soportar una fatiga tan prolongada, y con disimulo me retiré á una de las piezas de una casa pajiza contigua, construída expresamente para alojamiento de ayudantes y otras personas agregadas á la mayoría.

Allí me eché en una hamaca que encontré tendida. Andaba, repito, por aquel entonces muy atrasado de salud, padecía de una fuerte flucción de pecho con una tos violenta que me dejaba cada vez postrado. Pasé la noche con fiebre. Al día siguiente de mañana temprano, cuando fuí á desahogar el vientre, me dieron unas arcadas y deseché una gran cantidad de sangre. Me dió esto un susto tan grande que por poquito no caí desmayado; pues, creía que estaba enfermo

de los pulmones. Mi aspecto flaco, pálido, cadavérico, no indicaba otra cosa. Me hice inspeccionar con un facultativo, y el resultado fué que no tenían nada los pulmones, y que la sangre que había arrojado había sido efecto de la tos violenta que tuve, la que talvez hubiese quebrantado alguna arteria.

Esta opinión reanimó mi espíritu, y siguiendo la prescripción que me había dado, empecé á tomar leche de vaca recién ordeñada con aceite de hígado de bacalao, con lo que me puse bueno y fuerte.

A nuestro regreso que tuvo lugar en el mes de Abril de 1864, me sentí ya bastante mejorado. Durante nuestra estadía en Cerro-León, vinieron de la campaña muchas familias pudientes á visitar á López, así como también de la Asunción muchas personas distinguidas, nacionales y extrangeras.

Continuaban bajando de los departamentos de campaña numerosos reclutas, y cuando nuestro regreso ya había organizados y semi-disciplinados 14 batallones de infantería de á 800 plazas y 8 regimientos de caballería de á 500, total 15.200 hombres (1)

El encargado inmediatamente de la organización, instrucción y disciplina de este nuevo ejército fué el General Wenceslao Robles. El número á que

(1) Biografía Militar del General Pedro Duarte.

ascendió dicho ejército al principio de la guerra era más ó menos de treinta mil hombres de las dos armas, infantería y caballería.

Al rompimiento de la guerra, los cuerpos que componían el ejército de Cerro-León, fueron destinados á hacer campaña en diferentes puntos. Dichos cuerpos eran los siguientes: Infantería, Batallon N°. 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38 y 39. Caballería: Regimientos N°. 11, 12, 13. 14, 15, 16, 17, 18, 19, 22, 23 y 25. El Batallon N°. 40 y otros varios fueron organizados en la Capital. Cada uno de estos cuerpos tenía invariablemente 800 y 500 plazas respectivamente excepto el 40 que tenía mil y tantas plazas.

Debe advertirse que de los batallones mencionados arriba, los Nos. 28, 31 y 32 fueron organizados en Villa Encarnación, así como los Regimientos Nros., 24, 26 y 27, y los Nros., 33 y 34 en otros puntos.

Los Batallones Nros., 14, 15, 16, 17. 28, 31 y 33 y los Regimientos Nros., 24, 26, 27, 33 y 34 hicieron la campaña del Uruguay, al mando en gefe del Teniente Coronel Antonio de la C. Estigarribia.

Los batallones Nros., 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30 y 32 juntos con otros cuerpos organizados en Humaitá y otros puntos

hicieron la campaña de Corrientes al mando en gefe del General Wenceslao Robles. El ejército que conducía éste por la izquierda del Paraná hacia el Sud, se componía de las tres armas. Más tarde, cuando Robles fué reemplazado en el mando en gefe por el General Resquin, se le incorporó otra división en Quevedo mandada por el Teniente Coronel Elizardo Aquino, que murió ascendido á general, después el 16 de Julio en Saüce (1866). La fuerza de artillería volante y pesada iba al mando inmediato del Teniente Coronel (despues General) Bruguéz, siendo su segundo en el mando el entonces Sargento Mayor Francisco Roa, que también más tarde llegó á ser general.

El cálculo prudencial que se hacía del número de este ejército era de 20 á 25 mil hombres. Sin embargo, según voces que corrían á su respecto en la época, se hacía subir aquel número á 35 mil hombres, que, á mi humilde juicio, era muy exajerado.

La fuerza efectiva de los Ejércitos nacionales al iniciarse la campaña de Corrientes y del Uruguay, ascendía aproximadamente de 65 á 70 mil hombres, de las tres armas: infantería, caballería y artillería, incluyendo también en esta última la marina.

Las causas que dieron origen á los *sucesos políticos* de que hemos hecho mención más arriba, son á grandes rasgos las siguientes:

El General Venancio Flores, gefe del partido colorado de la Banda Oriental y emigrado por cuestiones políticas durante la presidencia de D. Bernardo P. Berro, había elegido como residencia á la República Argentina, entrando á servir en el ejército de ésta. Como militar gozaba del prestigio de ser un guerrillero audaz y activo; pero en otros respectos no pasaba de ser un gaucho.

El 19 de Abril de 1863, contando con la protección del gobierno argentino ó de su amigo el General Mitre, partió de Buenos Aires en una pequeña embarcación, acompañado de un corto número de sus parciales, y se desembarcó en el territorio uruguayo con el decidido propósito de convulsionar al país. Efectivamente, en poco tiempo consiguió reunir á muchos partidarios descontentos, y auxiliado por el Departamento de guerra de Buenos Aires, aparentemente en buenas relaciones con el gobierno de Berro, con todas clases de pertrechos, el movimiento revolucionario, cual incendio voraz, ganó terreno rápidamente, tanto asi cuanto que el Gobierno Uruguayo se veía impotente para detenerlo en su progreso.

En esta circunstancia, el Gobierno Imperial del Brasil, aparentando dar oido á las quejas de algunos cabecillas riograndenses, creyó llegado el momento para dirijir por medio de su representante diplomático, el cónsejero José Antonio Saraiva, una enér-

gica nota al Gobierno Uruguayo, en la que se enumeraban todas las quejas ó agravios que tenía el Brasil contra la República del Uruguay, por los males que decía haber padecido los súbditos brasileros residentes en su territorio, y mientras declaraba en la misma el firme propósito de parte del Gobierno imperial de guardar estricta neutralidad en el movimiento revolucionario que agitaba al país, manifestaba á la vez que le sería imposible impedir que algunos brasileros hiciesen causa común con Flores en la campaña con el Gobierno Oriental.

Las quejas eran numerosas; pero no todas fundadas y algunas de ellas exajeradas; (1) y como satisfacción pedía el Ministro Saraiva al Gobierno Uruguayo el castigo de las autoridades militares y policiales que habían cometido abusos contra súbditos brasileros, así como el arresto y enjuiciamiento de otros sindicados como criminales, y una garantía de protección y seguridad en el futuro para los

(1) Mr. Letsome, Ministro británico de Montevideo, dijo sobre este asunto al Conde Russell en nota de 29 de Abril de 1864: «Se ha dicho « que un brasilero llamado Nuñez había recibido 1000 azotes por órden « del Comandante militar de Paisandú. Pero según una carta del Vice- « Cónsul brasilero en esta ciudad y publicada en la sección oficial del « diario gubernista *La Nacion*, aparece que este acto particular de violen- « cia nunca tuvo lugar.

«Igualmente se ha dicho que las armas ó el escudo sobre la puerta « del Consulado brasilero de Tacuarembó, ha sido arrancado y arrastrado « por las calles, y que por este insulto no se había podido obtener ningu- « na reparación. Pero, á menos que esté grandemente equivocado, la « verdad del caso es como sigue: El escudo brasilero fué arrancado por « un súbdito brasilero que lo ató á la cola de un caballo y fué arrastrado « por las calles, por cuya ofensa fué arrestado y confinado en la cárcel « hasta que el Vice-Consul brasilero de Tacuarembó intervino á su favor « y pidió que fuese puesto en libertad.»

brasileros residentes en la Banca Oriental del Uruguay.

El Gobierno Uruguayo contestó diciendo que podía con igual fundamento quejarse de que la guerra civil en el Uruguay ha sido preparada hacía tiempo en el territorio argentino, pero que no quería entrar en recriminaciones. Que sin embargo, consideraba de suma importancia de que el Gobierno Imperial tratara de prevenir que sus súbditos hiciesen una guerra abierta al Gobierno Uruguayo, dando protección al General Flores. Esta contestación iba acompañada de una lista de los hechos de que se quejaba, la cual era tan larga ó más que la presentada por el Ministro Saraiva.

En Junio del mismo año, los representantes diplomáticos de los gobiernos británico, argentino y brasilero, interpusieron sus buenos oficios á nombre de su respectivo gobierno, proponiendo al Presidente, Sr. Aguirre, un plan de pacificación, el cual no fué aceptado porque en él se reconocía la posición militar de Flores y sus oficiales.

Después de este paso, el Consejero Saraiva presentó con fecha 4 de Agosto de 1864 su *ultimatum* al Gobierno Uruguayo, declarando que si dentro del perentorio término de seis días no se le daba una contestación satisfactoria, las fuerzas de mar y tierra reunidas de antemano sobre las fronteras de la República Oriental, procederían á usar de represalias.

El *ultimatum* de la referencia, por los términos indecorosos en que estaba concebido, fué devuelto por el Gobierno Oriental sin contestación al Sr. Saraiva, como indigno de conservarse en los archivos de la República.

La noticia de dicho *ultimatum* fué comunicada al Gobierno del Paraguay por el Sr. Vásquez Sagastume, Ministro Residente de la República Oriental del Uruguay cerca de ésta, acompañando á una nota de fecha 25 de Agosto de 1864 copias de las correspondencias cambiadas entre el Gobierno Oriental y el Consejero Saraiva.

Conviene recordar aquí algunos antecedentes, para hacerse cargo de la razón que le asistía á López para protestar contra la invasión armada del Brasil á la Banda Oriental.

En la política de la Corte del Brasil se había engendrado la tradicional ambición de engrandecimiento territorial de Portugal en la América del Sud, y en virtud de ella en diferentes épocas desde 1815, el gobierno del Brasil ha intervenido en los asuntos internos de la Banda Oriental, bajo el pretexto, unas veces, de combatir la anarquía del territorio limítrofe, y otras veces, á dar la mano al gobierno legal de aquella República en virtud de derechos que ha obtenido por estipulaciones de tratados.

En 1816, un ejército de 5000 hombres de las tres armas al mando en gefe del General Lecor

invadió aquel territorio, y como resultado, fué sometido á su dominación bajo el nombre de *Provincia Cisplatina*. Esta invasión, sin embargo, fué llevada á cabo mediante instigaciones de los agentes diplomáticos del Gobierno de Buenos Aires. Las instrucciones dadas al General Lecor revelaban según Mitre, (1) una larga elaboración, cuya tendencia era una absorción metódica bajo la base de la guerra á Artigas.

La Banda Oriental posteriormente fué libertada por los famosos TREINTA Y TRES; pero no por eso habían cesado las amenazas y constantes intervenciones de parte de las fuerzas del Brasil ó de la República Argentina.

Después de la batalla de Ituzaingo, Don Pedro 1° se sometió á las circunstancias, renunciando á su conquista con tal que la Banda Oriental no formara parte de la Confederación Argentina y se constituyera en Estado independiente, pues calculaba hábilmente, según Lastarria, (2) que este fraccionamiento le convenía mas que la existencia de un vecino poderoso, como lo habría sido la República Argentina, si hubiera dominado las dos márgenes del Plata. Por eso estipuló en el tratado de 1828 con esta República el reconocimiento de la Banda Oriental del Uruguay y la garantía de

---

(1) Hist. de Belgrano tomo 2° pág. 648, ult. ed.
(2) «La América», p. 362.

su Independencia, sin que este compromiso hubiese disipado las esperanzas que Don Pedro 1º alimentaba respecto de aquella República, como se comprueba por las instrucciones dadas al marqués de Santo Amaro, comisionado para representarle en las negociaciones que se hacían en Europa, con el fin de establecer monarquías en América.

En dichas instrucciones se contiene lo siguiente: «En cuanto al nuevo Estado Oriental, ó á la « *Provincia Cisplatina* que hoy hace parte del te« rritorio argentino, que estuvo incorporado al Bra« sil, y que no puede existir independiente de « otro Estado, V. E. tratará oportunamente y con « franqueza de probar la necesidad de incorporarla « otra vez al Imperio. Es difícil si no imposible re« primir las hostilidades recíprocas y evitar la mú« tua impunidad de los habitantes malhechores de « una y otra frontera. Es el límite natural del Im« perio, es el medio eficaz de remover ulteriores mo« tivos de discordia entre el Brasil y los Estados « del Sud.» Por otra parte se agregaba: «8ª en el « caso de que la Inglaterra ó la Francia se opon« gan á esta reunión al Brasil, V. E., insistirá por « medio de razones obvias y sólidas en que el Es« tado Oriental se conserve independiente, cons« tituído en gran ducado ó principado, de suerte « que no llegue *de modo alguno* á formar parte « de la monarquía Argentina.»

Por los tratados de 1828 y 1851, el Brasil se obligó á sostener al Gobierno Oriental, cualquiera que fuese el pretexto de los que se levanten en armas contra él, verificándolo así en 1854 y 1858. Aparte de estas intervenciones armadas, la diplomacía brasilera siempre ha intervenido en los negocios orientales, apoyando á uno ú otro de los partidos políticos de aquella República, según cuadraba á sus propios intereses.

En presencia de estos antecedentes históricos, el Gobierno del Paraguay estaba justificado en mirar la invación del territorio oriental por fuerzas brasileras como los preliminares de la realización de la idea de absorción que ha llegado á constituir el dogma de la política del Brasil, y que por consiguiente, considerase dicha invasión, sin previa declaración de guerra, como atentatoria al equilibrio de los Estados del Plata, que interesa á cada uno de estos como garantía de seguridad y de paz. En este concepto creyó deber protestar contra la ejecución del *ultimatum*, pasando en consecuencia la nota que sigue al señor César Sauvan Vianna de Lima, Ministro Residente del Brasil en la Asunción:

Ministerio de Estado
de
Relaciones Exteriores

Asunción, Agosto 30 de 1864.

« El abajo firmado, Ministro Secretario de Esta-
« do en el Departamento de Relaciones Exteriores
« ha recibido orden del Excmo. Señor Presidente
« de la República para dirijir á V. E. esta comunica-
« ción con el motivo que paso á exponer.

« El abajo firmado ha recibido de S. E. el Sr.
« Vázquez Sagastume, Ministro Residente de la Re-
« pública Oriental del Uruguay, una nota que con
« fecha 25 de este mes le ha dirijido de orden de
« su Gobierno, acompañando copia de la última
« correspondencia, cambiada entre el Gobierno
« Oriental y S. E. el Sr. Consejero Saraiva, Mi-
« nistro Plenipotenciario de S. M. el Emperador del
« Brasil, en misión especial cerca de aquella Repú-
« blica, constante de tres notas que se registran bajo
« las fechas 4, 9 y 10 del presente mes.

« El importante é inesperado contenido de esas
« comunicaciones ha llamado seriamente la aten-
« ción del Gobierno del abajo firmado, por el inte-
« rés que le inspira el arreglo de las dificultades
« con que lucha el pueblo Oriental, á cuya suerte
« no le es permitido ser indiferente, y, por el mérito
« que puede tener para este Gobierno la aprecia-

« ción de los motivos que pudieran haber aconse·
« jado tan violenta solución.

«La moderación y previsión que caracterizan la »política del Gobierno Imperial, autorizaron al del »Paraguay á esperar una solución diferente en sus »reclamaciones con el Gobierno Oriental, y esta »confianza era tanto más fundada cuanto que S. E. »el Sr. Consejero Saraiva y hasta el mismo Gabine- »te Imperial al declinar la mediación ofrecida por »este Gobierno para el arreglo amistoso de esas »mismas reclamaciones á solicitud del Gobierno »Oriental, calificaron como sin objeto por el curso »amigable de las mencionadas cuestiones.

«El Gobierno del abajo firmado respeta los de »rechos que son inherentes á todos los Gobiernos »para el arreglo de sus diferencias, ó reclamaciones, »una vez denegada la satisfacción y justicia, sin »prescindir del derecho de apreciar por sí el modo »de efectuarse, ó el alcance que puede tener sobre »los destinos de todos los que tienen intereses legí- »timos en sus resultados.

«La exigencia hecha al Gobierno Oriental por »S. E. el Sr. Consejero Saraiva en sus notas del 4 »y 10 de este mes, es de satisfacer á sus reclama- »ciones dentro del improrogable término de seis días »bajo la amenaza de usar de represalias, en caso »contrario, con las fuerzas imperiales de mar y tie- »rra reunidas de antemano sobre las fronteras de

»la República Oriental y de aumentar la gravedad »de las medidas de la actitud asumida; lo que sig»nifica una próxima ocupación de alguna parte de »aquel territorio, cuando su Gobierno no se niega »á atender y satisfacer las reclamaciones presenta»das, como consta de la nota de S. E. el Ministro »de Relaciones Exteriores del 9 de este mes.

«Este es uno de los casos en que el Gobierno del »abajo firmado no puede prescindir del derecho »que le asiste de apreciar este modo de efectuar »la satisfacción de las reclamaciones del Gobierno »de V. E. porque su alcance puede venir á ejercer »consecuencias sobre los intereses legítimos que la »República del Paraguay pudiera tener en sus re»sultados.

«Penosa ha sido la impresión que ha dejado en »el ánimo del Gobierno del abajo firmado la alter»nativa del *ultimatum* consignado en las notas de »S. E. el Sr. Consejero Seraiva del 4 y 10 de este »mes al Gobierno Oriental, exigiéndole un impo»sible por el obstáculo que opone la situación inter»na de esa República; y para cuya remoción no han »sido bastante ni el prestigio de S. S. E. E. los se»ñores Thornton, Elizalde y Saraiva, ni el concurso »y la abnegación del Gobierno Oriental.

«No menos penosa ha sido para el Gobierno del »abajo firmado la negativa de S. E. el Consejero Sa»raiva á la proposición del arbitraje que le fué hecha

»por parte del Gobierno Oriental, mucho más cuan»do este principio había servido de base al Gobier»no Imperial en sus reclamaciones con el Gobierno »de S. M. B.

«El Gobierno de la República del Paraguay de»plora profundamente que el de V. E. haya creído »oportuno separarse en esta ocasión de la política »de moderación en que debía confiar ahora más »que nunca, después de su adhesión á las estipula»ciones del Congreso de París; pero no puede mi»rar con indiferencia, ni menos consentir que en eje»cución de la alternativa del *ultimatum* Imperial las »fuerzas brasileras, ya sean navales ó terrestres, »ocupen parte del territorio ds la República Orien»tal del Uruguay ni temporaria ni permanentemen»te, y S. E. el Sr. Presidente de la República ha »ordenado al abajo firmado declare á V. E. como »representante de S. M. el Emperador del Brasil: »que el Gobierno de la República del Paraguay »considerará cualquier ocupación del territorio »Oriental por fuerzas imperiales por los motivos »consignados en el *ultimatum* del 4 de de este mes »intimado al Gobierno Oriental por el Ministro Ple»nipotenciario del Emperador en mision especial »cerca de aquel Gobierno, como atentatoria al equi»librio de los Estados del Plata que interesa á la Re»pública del Paraguay como garantía de su seguri»dad, paz y prosperidad, y que protesta de la mane-

»ra más solemne contra tal acto, descargándose des-
»de luego de toda la responsabilidad de las ulteriori-
»dades de la presente declaración.

«Habiendo así cumplido las órdenes del Exmo Sr.
»Presidente de la República, el abajo firmado apro-
»vecha esta ocasión para saludar á V. E. con su
»consideración muy distinguida».

José Berges.

A. S. E. el Sr. César Sauvan Vianna de Lima, Ministro Residente de S. M. el Emperador del Brasil.»

Como se vé, López ha invocado como base de su protesta el mantenimiento del equilibrio político del Río de la Plata, por lo que fué vivamente ridiculizado por los aliados llamándolo *equilibrista.* Ninguno que estudie desapasionadamente los acontecimientos políticos que más de una vez han agitado á las Repúblicas del Plata, podrá negar que allí existe una cuestión de equilibrio político. Viene en apoyo de esta aserción el ilustre escritor y hombre de estado chileno, D. Vicente Lastarria, que en su obra *La América* dice lo siguiente:

«. . . Por otra parte si, ya que no se pudo evitar
»el fraccionamiento del Vireinato, se hubiera ateni-
»do á las indicaciones previsoras de Bolivar, para no
»permitir la organización del Imperio, es probable

»que allí se hubieran constituído una ó más repúbli»cas, que en el día no sería una constante amenaza á »la existencia y porvenir de las del Plata.

«*Hay pues aquí una verdadera cuestion de equili»brio político, que no se conoce en el resto de la Amé»rica,* (1) y que tiene mucha analogía con el fan»tasma del equilibrio europeo, que tantas veces ha »servido de razón de estado para la descomposi»ción y reconstrucción del mapa de Europa».

Conforme también se manifiesta en la antecedente nota, el Gobierno paraguayo, en vista de la gravedad que iban asumiendo las dificultades de los asuntos en la Banda Oriental. y á requisición del Gobierno de ésta, ofreció su mediación al Consejero Saraiva y directamente al Emperador del Brasil, enviando á Río Janeiro, como portador de la nota, á su ayudante de campo el teniente D. Miguel Corvalan; pero no fué aceptada.

La referida nota-protesta fué contestada por el Sr. Vianna de Lima, con fecha 1.° de Setiembre, manifestando al final, después de haber expuesto los fundamentos en que se apoyaba el gobierno imperial para usar de represalias en la Banda Oriental, »que *de cierto ninguna consideración lo haria cesar »al Gobierno imperial en el desempeño de la sagrada »misión que le incumbía de protejer la vida, la honra*

(1) El subrayado es mío.

»*y la propiedad de los súbditos de S. M. el Empe-*
»*rador.*» (El subrayado es mío.)

Está demás decir que la protesta del Paraguay de 30 de Agosto, importaba una declaración condicional de guerra la cual fué confirmada por nota 3 de Setiembre, y por la del 12 de Noviembre fueron declaradas rotas las relaciones entre el Paraguay y el Brasil. En esta última, se declaró también que el Gobierno Nacional, por las consideraciones explicadas respecto á no haber merecido la atención del Gobierno Imperial las declaraciones oficiales del 30 de Agosto y la confirmatoria del 3 de Setiembre, se veía en el imprescindible deber de echar mano de los medios reservados en su citada nota-protesta.

Los preparativos que hacía el Paraguay á consecuencia de aquellos sucesos, echando mano de los elementos que poseía para sostener su protesta, eran decididamente contra el Brasil, para concluir de una vez también con la eterna cuestión de límites que iba aplazándose de año en año, debido á las dificultades que oponía el Gobierno imperial para darle un corte definitivo, á pesar de proposiciones equitativas y ventajosas de arreglo que partían del Gobierno paraguayo.

Ya que el relato de estas memorias me ha traído á tocar la cuestión, tal vez no sea inoportuno hablar de ella tan siquiera brevemente, á fin de que los que me lean estén más ó menos al corriente de ella.

La cuestión de límites entre el Paraguay y el Brasil era la misma que había existido entre España y Portugal con motivo de las posesiones y colonias de ambas potencias en la América del Sud, no habiendo sido bastantes á darle solución negociaciones, guerras y tratados.

Las colonias de esas dos naciones, elevadas al rango de Estados Soberanos é Independientes han heredado la cuestión, sin que hubiesen sido más felices para darle un corte definitivo.

Para mayor claridad y precisión, voy á ceder en esta relación la palabra á *El Semanario*, publicación oficial de la época bastante bien informada en la materia.— Hablando sobre dicha cuestión dice en su número 97 correspondiente al 28 de Abril de 1855 lo que sigue:

. . . .

«El Portugal fundó por el alto Paraguay sobre la «derecha de este río las poblaciones de Corumbá y «Albuquerque y el fuerte de Coimbra (latitud 19°54'), «La España fundó el fuerte Borbon, hoy Olimpo, «también en el occidente del Paraguay (latitud «20°54'30»).

«Se halla sobre la izquierda del río Paraguay, la «embocadura del río Blanco (20°58') que baja de la «montaña ó sierra de *Maracayú* que también se llama «de Amambay: ni el Portugal ni el Brasil ahora tiene «actualmente al Sud de Coimbra ó al sud del Río

«Blanco, aldea, villa, fuerte ó establecimiento alguno «permanente. El presidio de Miranda (latitud 19°28') «queda el Nordeste del Río Blanco.

«El Río Apa, por otro nombre Corrientes, bajan«do de la misma sierra de *Maracayú* desagua en la «izquierda del Río Paraguay (latitud 22°35'). El río «Blanco como el Río Apa, se llaman muy impropia«mente ríos; en realidad no son sino arroyos gran«des: en las secas un poco largas, se agotan y cor«tan: ninguno de los dos es navegable, sino hasta «una ó dos leguas de su embocadura: el campo en«tre los dos ríos, por lo general es bajo; se inunda «fácilmente en las avenidas y crecientes casi perió«dicas del río Paraguay. De modo que solo que«dan algunos puntos, un poco elevados, que se ais«lan y permiten pisar en seco: al aproximarse á las «faldas de la serranía de *Maracayú*, el terreno es «elevado y libre de inundaciones: no hay bosques «de maderas esquisitas: no hay veneros metálicos: «no hay más que palmeras.

«Pero hay entre los dos ríos, á alguna dis«tancia de las márgenes del Paraguay, en lo más «elevado del terreno, que se aproxima á las faldas «de la sierra del lado que vierte sus aguas al Para«guay, aduares ó tolderías de indígenas infieles, «adiestrados en el uso de las armas de fuego que «compran, ó que reciben con sus correspondientes «municiones en Miranda, armas que han sustituido

«á sus antiguas flechas: estos indígenas mantienen «frecuentes comunicaciones con los salvages del «Chaco, cuando el río Paraguay está bajo: los aço«gen y abrigan en sus tolderías y hacen con ellos «sus escursiones á la República.

«En 1813, fueron esas escursiones tan numerosas, «repetidas y sorprendentes para los pequeños pi«quetes que custodiaban esa frontera, que no solo «devastaron los establecimientos rurales de pastoreo «que se llaman estancias, sino que casi asolaron á la «Villa Concepción: una gran parte de su vecindario «emigró, y para salvar el resto, arrojar los salvajes «del otro lado del Apa y alejarlos de la proximidad «del río, fué necesario enviar fuerzas considerables «de la Capital, y solo á favor de esa fuerza se ha lo«grado volver á poblar el territorio de la Villa Con«cepción.

«Conocido el territorio que se disputa, su exten«sión, posición y calidades, se deja ver, que la cues«tión de límites entre el Paraguay y el Brasil, no «puede ser por interés del territorio: que no es terre«no lo que uno y otro pretenden, y que por consi«guiente la cuestión es política, de interés político «para una y otra parte: es, pues, el caso de entrar «en la discusión, examinar esos intereses y buscar «por resultado el medio de resolver, de un modo «estable, tan vieja cuestión, que es y será, mientras

«no se resuelva, el semillero y origen de otras cues-
«tiones interminables.

«En 1844 firmó el Gobierno paraguayo con el «Plenipotenciario brasilero, Pimenta Bueno, un tra-«tado de amistad, comercio y navegación, en el que, «en punto á límites, se estipuló que ambas partes «nombrarían comisarios que renonociesen los límites «designados por el tratado de San Ildefonso en 1777. «El Gobierno paraguayo tenía *tal deseo de resolver* «*esa cuestión* (1) y tal confianza en el Gobierno de «S. M. el Emperador, que no trepidó en ratificar el «tratado. El Gobierno brasilero, felizmente para la «República, no quizo prestar su ratifacación, precisa-«mente á causa de que establecía por base para la «designación de límites, el tratado de San Ildefonso «de 1777.

«Rechazada esta base, no había punto de partida «para fijar los límites: no había un precedente que «facilitase la solución de la cuestión de límites. En «este conflicto, el Gobierno de la República que «deseaba sobretodo arreglar esa cuestion de algún «modo porque si no, ella había de producir otras «cuestiones, propuso por medio de su Encargado de «Negocios en Río Janeiro, un término medio que «conciliase todos los intereses: ofreció en un proyecto «de tratado la idea de dejar á un lado todo lo que

(1) El subrayado es mío.

«había ocurrido entre España y Portugal, y consul-
«tar en la designación de límites solamente el princi-
«pio de que se fijarían de modo que ninguna de las
«partes fuese perjudicada, ó quedase expuesta á fu-
«turos perjuicios, y quitase todo motivo eventual de
«nuevas cuestiones: de este modo solo se atendía á
«la conveniencia é interés de ambas partes, si es
«que les animaba, como era de creerse, un espíritu de
«equidad y conciliatorio y acabó por proponer se
«neutralizase el terreno entre los ríos Apa y Blanco,
«sin perjuicio de que los ciudadanos y súbditos de
«una y otra parte, usufructuasen lo que pudiera ha-
«ber de útil en el terreno neutralizado.

«Este medio tan significativo del deseo que abri-
«gaba el Gobierno paraguayo de arreglar la cues-
«tión de límites, tan conciliatorio y equitativo, no fué
«feliz ni produjo resultado. El Gobierno brasilero
«ni aceptó ni rechazó la propuesta; pero al presen-
«tar su Encargado de negocios el proyecto de un
«tratado de comercio, navegación y límites, admitía
«el principio de que se considerase como no existen-
«tes los tratados entre España y Portugal tocante á
«límites, y estableció la base y principio de *uti po-*
«ssidetis demarcando líneas divisorias á mucha dis-
«tancia de lo poseído, para venir por el Igatimí á
«casi á la derecha del Apa.

«El principio del *uti possidetis*, sencillo, intergi-
«versable en sí, porque se ve y se palpa por signos

«inequívocos, venía á resultar vago, indeterminado, «elástico y sujeto á contestaciones y disputas, suje-«tándolo á las líneas que trazaba el proyecto. Esta-«bleciendo el principio del *uti-possidetis* y haciendo «depender de las líneas que trazaba el proyecto, no «se sabía qué era lo que el proyecto entendía por po-«sesión. ¿Será la posesión de hecho, la ocupación de «un puesto sea clandestina ó violenta; de la tenencia «material, aunque sea viciosa; ó se entenderá de la «ocupación de largo tiempo conocida por estableci-«mientos permanentes ú otros monumentos, consen-«tida tácita ó expresamente, que da derecho á in-«vocar la prescripción? Si era esto lo que importaba «el *uti-possidetis* que establecía el proyecto brasilero «y como lo entendía el Gobierno paraguayo, enton-«ces las líneas divisorias deberían tirarse con suje-«ción á lo que cada parte poseía; debía respetarse «y salvarse lo poseído; pero si debía considerarse «poseído lo que abarcasen las líneas divisorias, enton-«ces se daba por poseído lo que no era poseído, y «esto es una implicación inadmisible. Si el Gobier-«no brasilero quería que se respetase y tuviese por «territorio brasilero lo circunscripto por las líneas «que traza en su proyecto, supérfluo era establecer «el *uti-possidetis:* más claro y más sencillo era decir «el proyecto:

«Los territorios del Paraguay y del Brasil es-«tán divididos y separados por estas y las otras lí-

«neas.» Pero establecer el principio de la pose-«sión y luego desentenderse de él para trazar «las líneas, repetimos, que es una implicancia que «solo sirve para introducir lo vago, lo indefinido y «dudoso, en una cuestion sencilla y clara. . . . . .

«Estableciendo el Gobierno brasilero la base «del *uti-possidetis*, y queriendo ocupar la derecha del «Apa, hace entender que tiene la posesion de esa «márgen. El Gobierno paraguayo no puede admi-«tir esa separación, y dejar séntado un hecho de «todo punto inexacto.»

A ls verdad, en aquella época las posesiones mas avanzadas que tenía al Sud el Brasil era Coimbra sobre la márgen derecha del Paraguay, y Miranda sobre la izquierda.

Hé ahí el estado en que se encontraba la cuestión de límites cuando sobrevino la guerra; justificada queda mi aserción de que ella no había podido arreglarse á pesar de proposiciones equitativas y ventajosas ofrecidas al efecto por el Gobierno pel Paraguay. Ella ha llegado á ser de esta manera la manzana de discordia, que mas tarde ó mas temprano tenía que producir graves complicaciones. A la verdad, ella ha sido una de las causas inmediatas que dieron orígen á la guerra, siendo hasta entónces, á pesar de convenios que establecían entre los dos países un

modus vivendi, sumamente tirantes las relaciones entre ambos.

La República Argentina, ó sea Buenos Aires, ha sufrido una pérdida inmensa de riqueza y poder con la erección de un estado independiente en la Banda Oriental, que por su situación y su puerto lleva tantas ventajas á la antigua capital del Vireinato del Plata, y desde que se ha engendrado en su política la idea de la reconstrucción del Vireinato, no cesa de intervenir en los negocios de la República Oriental, sosteniendo por su parte una política análoga á la que sigue el Imperio del Brasil.

De manera que ambos gobiernos, animados de un mismo interés, de idénticas miras, procuran cada uno por su parte á influir en los asuntos de la Banda Oriental, de manera á dominar á su gobierno y á hacerle aceptar y seguir la política que más convenga á sus intereses, ó que más favorezca á sus aspiraciones. De este modo, la Banda Oriental ha llegado á ser juguete de los intereses opuestos del Brasil y de la República Argentina; llega á ser la débil doncella por cuyo corazón disputan dos poderosos rivales. Cuando el uno da un paso con tendencia á ganarla á su favor, el otro hace lo mismo con el objeto de impedir que triunfe su adversario. Ambos rivales vienen ocultándose sus verdaderas intenciones y bajo la apariencia de la

más perfecta admistad; pero en el fondo no pueden verse por el odio profundo que se tienen mútuamente.

Hoy por hoy, ya nadie pone en duda que la invasión del General Venancio Flores fué preparada en la República Argentina, ó sea en Buenos Aires; y el Imperio, en vista de la participación del Gobierno argentino en aquella misma cruzada, aunque procurando ocultarla bajo una finjida neutralidad, no pudo dejar de acudir también al auxilio de Flores, de quien fué ya un tiempo aliado en los movimientos de 1853 y 1854 en la Banda Oriental, de manera que en el arreglo de los asuntos al final de la comedia-política, ni el uno ni el otro sacase mejor partido á favor de sus respectivas pretensiones.

El Gobierno argentino ha negado tenazmente su complicidad con el General Flores en la guerra que éste llevó al Gobierno Oriental; pero esa acusación dejó de ser infundada, desde que fué denunciada su participación en el Senado Brasilero por el mismo agente diplomático del Imperio, Sr. Paranhos. Las palabras de éste en el discurso que pronunció en sesión de 5 de Junio de 1865, fueron las siguientes: « En el primer ataque á Paisandú, nos faltaron al« gunas municiones, y nosotros la fuimos á hallar en « los parques de Buenos Aires; en esta ciudad se es« tablecieron hospitales, en que fueron curados los

« heridos de Paisandú; nuestra escuadra pudo ope-
« rar contra el Gobierno Oriental en las aguas de
« la República Argentina; el Gobierno Argentino
« procuró siempre evitar la intervención del cuerpo
« diplomático de Montevideo en las cuestiones en-
« tre el Imperio y el Gobierno de Aguirre. » (Página 38 del folleto titulado—*A convençao do 20 de Febrero demostrada á luz doz Debates do Senado*, f. Río de Janeiro 1865.)

En este estado de cosas, el Brasil, invocando el recuerdo de su antigua alianza con Flores, pudo fácilmente conseguir á entenderse con éste, y en virtud de esta nueva alianza, se unieron las fuerzas brasileras con las de Flores, y haciendo causa común, marcharon á poner sitio á Paisandú que era la única que continuaba haciendo resistencia al empuje arrrastrador de aquellas.

Pero al fin tuvo que caer. Su defensor, el coronel Leandro Gómez que había arrancado con su heróico comportamiento el aplauso y la admiración de los que los contemplaban de lejos, fué tomado prisionero por los brasileros, y prefiriendo estar en esta condición bajo la bandera de su patria, lo que le fué acordado, fué bárbaramente fusilado en el jardín de una casa vecina junto con algunos de sus principales oficiales, por disposición del General Goyo Suárez, oriental. Este hecho vergonzoso, constituye una mancha indeleble en las páginas de

la historia de las intervenciones brasileras en el Plata.

Después de estos desastrosos sucesos que causaron penosas impresiones al público, el ejército del Brasil y Flores pasaron á poner sitio á Montevideo. El Gobierno Uruguayo encerrado en esta ciudad, y desesperado de los auxilios ó protecciones que esperaba del Gobierno Paraguayo, capituló el 20 de Febrero de 1865, haciendo entrega de la plaza y del mando supremo de la República al General Venancio Flores. Todo esto se hizo con la intervención del representante del Brasil, el señor Paranhos.

En honor á la verdad, hay que decir que el Gobierno Paraguayo no se había comprometido directamente por ningún pacto ó convenio á auxiliar al Oriental. En todos los documentos y publicaciones oficiales invocaba aquel la defensa del *Pueblo Oriental*; como para dar á entender de una manera positiva que no salía á hacer causa común con ninguna bandera política, sino simplemente á defender al débil contra el fuerte, y garantirse de este modo la independencia del Paraguay como base de su bienestar y prosperidad.

Fué, sin duda, fundado en esa consideración y en la de no coartar su libertad de acción por ningún convenio, que el gobierno paraguayo rechazó las proposiciones del Ministro Oriental Sr. Sagas-

tume; para hacer una alianza ofensiva y defensiva contra el gobierno argentino.

El mismo Sr. Sagastume, con motivo del *ultimatum* del consejero Saraiva, propuso al gobierno paraguayo que interviniera en el Río de la Plata con su escuadra y ejército.

El Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. José Berges, contestó á esta solicitud con una extensa nota, y con el pretexto de establecer los antecedentes del asunto, cometió la imprudencia y el abuso imperdonable en un hombre de estado, de revelar todas las confidencias diplomáticas del Ministro Oriental. Los aliados, que hasta entonces se hallaban perplejos en la ignorancia del resultado que hubiesen alcanzado las gestiones de alianza del gobierno oriental con el paraguayo, vieron el cielo abierto con la publicación de aquella *nota-memorandum*, y desde aquel momento trazaron la línea de conducta que les convenía seguir en tan graves circunstancias, desapareciendo como por encanto los recelos y las dudas que tuvieron respecto á la existencia de algún pacto secreto entre los orientales *blancos* y el Presidente López.

No cabe duda que el Ministro Sr. Sagastume, con sus dotes oratorias y habilidad, ha influido poderosamente en el ánimo de López para destruir sus vacilaciones y precipitarlo en la guerra, halagando constantemente su amor propio y vanidad, con

sugestiones propias á inspirarle pretensiones altivas y ambiciosas.

El primer acto de hostilización contra el Brasil y que fué la captura del paquete *Marqués de Olinda*, perteneciente á una empresa brasilera de vapores que hacían carrera entre Corumbá y Montevideo, fué debido, puede decirse, á la inspiración del Sr. Sagastume.—El expresado buque conducía abordo como pasajeros al coronel Carneiro Campos recientemente nombrado Presidente de la Provincia de Matto Grosso, y varios otros empleados subalternos, también recien nombrados.

López, en esos momentos, se encontraba en Cerro León, por segunda vez, y vaciló mucho para tomar aquellá resolución; pero el Sr. Sagastume con sus arrastradoras palabras, venció sus escrúpulos y le hizo impartir las órdenes respectivas para la persecución y captura del mencionado paquete que ya había zarpado del puerto de la Asunción navegando río arriba.—El cañonero de guerra nacional *Tacury*, el más rápido de cuantos componían la flotilla paraguaya, siguió al *Marqués de Olinda*, y lo alcanzó á doscientas millas de la Asunción; lo apresó y lo trajo, quedando prisioneros é incomunicados todos los pasajeros, inclusive el Presidente de Matto-Grosso.

El Ministro Residente del Brasil Sr. Vianna de Lima, al día siguiente de ser traído al puerto de la

Asunción el *Marqués de Olinda*, pidió explicaciones sobre la detención de dicho vapor. El Ministro Berges contestó diciéndole que consideraba excusada toda explicación sobre la materia, desde que ella debe hallarse en la nota que había dirigido á aquella Legación con fecha 12 de Noviembre de 1864, declarando rotas las relaciones entre los dos países, y que en adelante echaría mano de los medios reservados en su nota protesta de 30 de Agosto.

El señor Vianna de Lima, aún antes de recibir esta última nota y respondiendo á la del 12, manifestó que sin duda debía atribuirse á la grave resolución del gobierno paraguayo el acto violento cometido sobre el *Marqués de Olinda*, protestando de la manera más solemne contra semejante acto de hostilización llevado á cabo, decía, en plena paz y en violación de lo pactado entre los dos países respecto á la navegación fluvial; y concluyó por pedir sus pasaportes para retirarse cuanto antes del país con su familia y todo el personal de la legación en el mismo paquete *Marqués de Olinda*.

El Sr. Berges, con fecha 14 del mismo mes de Noviembre, le contestó con la siguiente nota;

Asunción, Noviembre 14 de 1864.

«He recibido la nota que en contestación á la de « este Ministerio del 12 del corriente, V. E. me hi

« zo el honor de dirigir con fecha de ayer, protes-
« tando contra la detención del paquete brasilero
« *Marqués de Olinda* sobre cuyo caso había pedi-
« do explicaciones, que dice no haber recibido aún,
« atribuyendo el acto á la enunciada resolución de
« mi gobierno, y pidiendo pasaporte para retirarse,
« cuanto antes de esta capital, con el personal de la
« Legación.

«Si al cerrar la nota con que contesto, todavía
« V. E. no había recibido mi respuesta á su nota
« de demanda de explicaciones del día 13, la habrá
« recibido inmediatamente después. y por ella se
« habrá informado V. E. de que no se ha equivo-
« cado al atribuir la detención del *Marqués de*
« *Olinda*, á mi notificación del 12 del corriente.

«Adjunto tengo la honra de acompañar á V. E.
« el pasaporte que solicita, para retirarse cuanto
« antes de esta capital, con su familia, Secretario
« de la Legación y comitiva.

«Aprovecho esta ocasión para renovar á V. E.
« la expresión de mi consideración distinguida.»

(«Fir)

«*José Berges.*

«A S. E. el Sr. César Sauvan Vianna de Lima, Ministro Residente de S. M. el Emperador del Brasil, etc., etc., etc.»

El Sr. Vianna de Lima, en vista de la detención

definitiva del *Marqués de Olinda*, y la prohibición de salida del puerto de la Asunción para el exterior á todo y cualquier buque mercante; en una palabra, privado de los medios de efectuar su retirada, se dirigió al Ministro americano, Mr. Washburn, en su calidad de decano del cuerpo diplomático, pidiéndole se sirviera obtenerle los medios de llevar á efecto la salida de la República y trasportarse á Buenos Aires con su familia y demás comitiva de la Legación de su cargo.

Mr. Washburn, accediendo á esta petición, interpuso sus buenos oficios cerca del gobierno paraguayo, que después de un largo cambio de notas que honra poco á los sentimientos de generosidad y condescendencia que deben distinguir á todo gobierno civilizado, dispuso que el vapor «Paraná» condujera á Buenos Aires al Sr. Vianna de Lima con su familia, Secretario y demás comitiva de la Legación, previa la garantía oficial de que dicho vapor no sería molestado á su regreso por las fuerzas navales de los aliados.

Mucho más hermoso y digno hubiera sido que López hubiese evitado esa larga correspondencia en que se sostenía trivialidades y sutilezas impropias de la altura y dignidad con que en todas circunstancias debe manifestarse el gobernante de una nación que se proponía sostener una de las luchas internacionales más extraordinarias que se

registran en las páginas de la historia contemporánea de esta parte de América.

En la contestación del Sr. Berges á la solicitud de Mr. Washburn á favor del Sr. Vianna de Lima, se manifiesta que el Gobierno de la República creía haber llenado su deber otorgándole el pasaporte que había pedido, y que quedaba desde entonces aquel en plena libertad de procurarse los medios de efectuar su salida de la República; y que, siendo la prohibición de la salida del puerto una medida transitoria, era de esperar que dentro de un breve tiempo fuera levantada; y que entonces podría el Sr. Lima aprovecharse de la vía fluvial para verificar su viaje, si así le conviniere; pero que si la urgencia que desde un principio ha manifestado, es de tal naturaleza que no le permitiese esa espera, que nada embarazaba para que saliera del país con toda seguridad y hasta con auxilio por cualquiera de las vías terrestres.

Todo esto respira un sentimiento mezquino, estrecho y egoísta. El Gobierno entonces disponía de una porción de vapores, y ¡cuánto más digno, generoso y caballerezco no hubiera sido, que desde luego hubiese puesto á la disposición del diplomático brasilero, uno de ellos para transportarse fuera del país donde quisiese, exigiendo únicamente su palabra oficial como garantía que á su regreso dicho vapor no sería hostilizado por la escuadra ene-

miga!... Ún acto de desprendimiento y liberalidad de esta naturaleza, le hubiera procurado simpatías y gratitud de parte de sus propios enemigos, y hubiera hablado bien alto de la cultura é ilustración de que tanto blasonaba.

El *Marqués de Olinda* fué posteriormente armado en guerra y entró á formar parte de la flotilla paraguaya.

Cerraré este capítulo con la nota circular que el Ministro Berges pasó al cuerpo diplomático extrangero en la Asunción.

Ministerio de Relaciones
Exteriores.

Asunción, 17 de Noviembre de 1864.

« El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado
« en el Departamento de Relaciones Exteriores,
« ha recibido orden del Exmo. Señor Presidente de
« la República para poner en conocimiento de V. E.
« que, habiéndose verificado la invasión y ocupa-
« ción del territorio Oriental del Uruguay por la
« vanguardia del ejército imperial del Brasil al man-
« do del brigadier Mena Barretto, y llenándose así
« el caso previsto en la solemne protesta, del 30
« de Agosto, consecuente con aquella y la del 3
« de Setiembre, el abajo firmado ha dirigido á
« S. E. el Sr. César Sauvan Vianna de Lima, Minis-
« tro Residente de S. M. el Emperador en esta ca-
« pital, la resolución que V. E. hallará en la copia

« adjunta bajo el núm. 1, y su contestación bajo el « núm. 2.

« El abajo firmado se lisonjea de que, en los prin- « cipios de libre navegación y comercio lícito para « la Provincia de Matto Grosso, en favor de los « banderas amigas, querrá V. E. ver una manifes- « tación del vivo conato que su Gobierno tiene, de « circunscribir en cuanto de él dependa, los males « de la guerra á las prácticas de las naciones más « civilizadas, evitando perjuicios á los nacionales de « los gobiernos amigos que tengan intereses en « aquella provincia brasilera.

« El infrascrito aprovecha esta ocasión para rei- « terar á V. E. las seguridades de su alta conside- « ración y estima.

(Fir.)

José Berges.»

«A S. E. el Sr. Ministro de....»

CAPÍTULO IV

Fiestas y manifestaciones populares en la Asunción en los años de 1863 y 1864 con motivo del natalicio del General López y la protesta de 30 de Agosto.—Impresiones personales respecto á los movimientos preparatorios para la guerra. — Expedición al Norte, ó sea campaña de Matto-Grosso.—Toma de la fortaleza de Coimbra y ocupación de Alburquerque y Corumbá.—Abordaje del *Amambay*.—Catástrofe del *Dorados*.—Muerte del teniente D. Andrés Herreros.—Parcialidad del Coronel Thompson.—Grandes regocijos en la Asunción.—Regreso del Coronel Barrios.

Los años 1863 y 1864 fueron fecundos en grandes fiestas populares, ya en festejo de los días festivos, ya en conmemoración del apóstol Sud-Americano San Francisco Solano, cuyo nombre llevaba el General Presidente. Por supuesto las fiestas dadas con motivo del aniversario del natalicio del general, sobrepujaban en mucho en explendor á aquellas con que se conmemoraban los sucesos patrios, como que había llegado ya á constituir parte de la creencia del pueblo, de que la persona de aquel simbolizaba todas las glorias nacionales.

Esas fiestas en obsequio del natalicio de aquel personaje, duraron, sin exagerar, tres ó cuatro me-

ses, con cortos intervalos, durante los cuales, las diferentes clases sociales se turnaban en dar suntuosos bailes y serenatas, desplegándose en ellos gran lujo y magnificencia, y abundancia de bebidas finas y de potages *recherchés* en los banquetes. Los más espléndidos fueron los que dieron por turno el Comercio Asunceno, los empleados civiles de la Administración, los gefes y oficiales de la guarnición y de la marina y los artesanos del Arsenal, en los salones del Club nacional que ocupaba el mismo edificio que hoy dia ocupan los Tribunales.

Pegado á la pared que forma el fondo del salón principal del edificio, que es hoy del Tribunal del jurado, había un docel, régiamente adornado con vistoso cortinaje de seda carmesí que pendía de una galería dorada, de bastante buen gusto, debajo del cual estaba colocado el sillón para el presidente; con dos más, uno á cada lado, para los ministros ú otros personajes que le acompañasen. Para llegar á esos sillones, había que subir unas tres ó cuatro gradas ó escalinatas en forma circular, forradas de pana colorada.

Aquel ostentoso lujo, á decir verdad, no guardaba armonía con la sencillez y modestia de un presidente republicano, sino parecía más bien destinado á un emperador ó rey. Verdad es, que á López solamente le faltaba la corona; era un verdadero autócrata, rodeado de un séquito militar, con magnífi-

cos y lujosos uniformes. Contribuía, sin embargo, á realzar el cuadro general del salón, que, con sus adornos de guirnaldas de flores naturales, festones de hojas vivas y escudos formados con banderas entrelazadas, presentaba un golpe de vista variado, agradable y encantador. Todo respiraba animación, entusiasmo y buen gusto.

Concurrían con puntualidad á dichos bailes la alta clase de la sociedad paraguaya; que en aquella época era bastante homogénea y aristocrática, pero sin ninguna ilustración, con un espíritu de exclusivismo que rayaba en intolerancia, y algo huraña y apegada á las antiguas costumbres y preocupaciones localistas.

Por ese mismo tiempo, se dió por primera vez en el Paraguay, causando una gran novedad, un espléndido baile de trajes. Como la idea encontró en López buena acojida y en su compañera *postiza*, no fué difícil su realización. Al principio hubo sus pequeños escrúpulos, pero muy luego con la influencia de arriba, desaparecieron como por encanto. La vista que presentaba era magnífica y por demás interesante: se veían allí bailando y paseándose los personajes históricos más célebres de diferentes siglos con sus brillantes y curiosos uniformes. Aquí iba Richlieu codeándose con Quevedo, Felipe II con un dux de Venecia, uno de los mosqueteros de Dumas con un senador romano, un convencionalista de

la revolución francesa con un caballero cortesano del tiempo de Luis XIV ó Luis XV, un turco con un húngaro ó rumano de abigarrado uniforme, etc., etc. Entre las damas y señoritas era extraordinaria la abundancia de las diosas mitológicas, y tan seductora y atrayente la belleza de algunas, que el mismo Démoustier hubiera quedado encantado en presencia de aquel cuadro, y hubiera sentido una grata satisfacción al ver allí presentes á muchas de las diosas de que habla con tanto gusto y delicadeza en su historia de la fábula, escrita en forma de cartas para instruir y recrear á su idolatrada Amiral... Estas diosas alternaban y hacían *vis-a-vis* en los lanceros y cuadrillas con algunas de aquellas damas famosas que han figurado en las cortes europeas en distintas épocas de la historia, luciendo todas ellas los más ricos y variados vestidos ó trajes.

Gustó tanto ese baile y hubo tanta animación, que los concurrentes no pensaron en retirarse hasta las 4 de la mañana. Muchos que al principio habían desconfiado de su realización ó éxito, á última hora, arrastrados por la curiosidad, recurrieron presurosos al Sr. Azcona, director de una compañía dramática que funcionaba entonces en el Teatrillo Nacional, para alquilar trajes y asistir á aquel famosísimo baile que dejó muy gratos recuerdos.

López asistía siempre á esos bailes, y su presencia contribuía á dar mayor animación á los concu-

rrentes. Por más predispuesto que estuviese uno contra aquel personage por sus hechos durante la guerra, no se puede negar, porque sería faltar á la verdad, que en sociedad su comportamiento era el de un perfecto caballero; de maneras cultas y modales finos, llenaba las formas sociales con la mayor naturalidad y elegancia.

Su conversación era agradable y su fisonomía simpática, sobre todo cuando estaba de buen humor, pero se demudaba con suma rapidez, tomando un aspecto sombrío, en cuanto sentía ó recibía alguna impresión de disgusto ó desagrado. De estatura regular, más bien bajo que alto, era grueso de cuerpo, y su andar lento con un movimiento especial ó contoneo que anunciaba gravedad y orgullo, y que provenía, sin duda, de tener las piernas cortas y algo encorvadas hacia atrás. Nacido y educado en medio de la fortuna y del poder, su voluntad se ha ejercido siempre libremente sin sujetarse á coartación de ningún género. Ayudado de una organización vigorosa y con recursos para proporcionarse las fruiciones de un personaje oriental de la Turquía ó del Egipto, ha manifestado desde muy joven una decidida inclinación por los placeres sensuales, que, como se sabe, corrompen y destruyen los sentimientos de moralidad que deben adornar el carácter del que está llamado á gobernar á una nación. La falsa posición que ha ocupado en el hogar domésti-

co, debida á esta circunstancia, ha refluido poderosamente en las costumbres y servido de pernicioso ejemplo al pueblo y á las familias.... Pero.... permítaseme seguir adelante.

Recuerdo que las fiestas dedicadas al natalicio de López terminaron con una espléndida serenata en carruages. Para el efecto, se facilitaron todos los que tenía el Gobierno, los de algunos particulares y los de la empresa del español Monte, reuniéndose unos diez y seis carruajes por todo. Partió de la casa particular de López, que hoy es del general Caballero, y se encaminó á la calle Libertad á la casa de D. Miguel Baez, donde se bailó las primeras horas de la noche hasta las 11. Luego siguió la comitiva con la banda de música por delante, recorriendo las calles de Villa Rica y Florida, hasta llegar á casa de D. Venancio López, cerca del Arsenal. Aquella marcha presentaba un aspecto interesantísimo; la mayor parte de los caballeros, que andaban de rigurosa etiqueta, iban á pié y algunos á caballo, acompañando á los carruajes, en alegres y dulces coloquios con las que iban en éstos, bajo las suaves y á veces intensas emociones del amor ó de la simpatía.... Se bailó en lo de D. Venancio hasta las 3 de la madrugada, hora en que todo el mundo se trasladó por indicación de la comisión que encabezaba, al corredor del edificio que hoy ocupa la policía, desde donde las familias asistentes á

la serenata y una inmensa concurrencia en la plaza presenciaron la quema de un castillo de fuegos artificiales, hábilmente preparados de antemano por uno de los mejores pirotécnicos de la época. Terminado este espectáculo en medio de la admiración y aplausos de los espectadores, las personas que formaban la serenata ó paseo entraron al salon donde había una mesa de ciento y tantos cubiertos espléndidamente instalada provistas con los manjares y bebidas mas esquisitos. A los postres tomó la palabra el Ministro Americano, Mr. Washburn, y pronunció un elocuente brindis en inglés, felicitando al presidente y al pueblo paraguayo. Conocedor del idioma, creí de mi deber contestárselo también en inglés, aunque el menor de todos los ciudadanos por mi edad y categoría. La suerte me favoreció y fuí feliz en mi improvisación, mereciendo calurosas felicitaciones de Mr. Washburn y varios otros señores ingleses, que se hallaban presentes. El mismo López que presidía el banquete, me manifestó después de haber terminado todo, su satisfacción por la oportunidad de mi contestación, y que esperaba que trataría de ser siempre oportuno. Estas felicitaciones, por más inmerecidas que fuesen, me fueron,—por qué he de ocultarlo—muy gratas, tanto más cuanto que de un jóven educado en Europa se esperaba mucho más que

de cualquier otro que no hubiera salido nunca del país.

La protesta de 30 de Agosto de que hecho mención en el capítulo anterior, dió lugar en la Asunción, á grandes y ruidosas manifestaciones populares. El pueblo paraguayo, aherrojado al yugo del despotismo por tantos años, era completamente ajeno á ese género de demostraciones de entusiasmo, y en las ocasiones que se han ofrecido se abstenía de entregarse expontáneamente á ellas, por el recelo natural que nacía del temor de disgustar al mandatario absoluto que todo sobordinaba á su voluntad y buen placer.

El despotismo que no significa otra cosa que la supresión de todo derecho y el reinado de la voluntad omnímoda de un solo hombre, ó de un cuerpo oligárquico de hombres, á la larga produce el efecto de paralizar las facultades morales é intelectuales de los gobernados, convirtiéndolos en autómatas. De esta suerte el gobernante llega á ser dueño del sentimiento del pueblo; determina y dirige los actos dando movimiento y dirección á toda la sociedad de acuerdo con su voluntad ó capricho. Y por supuesto, todo lo que no dimane ó nazca directamente de él, ó que no sea hijo de su propia inspiracion, no le parece bien, le incomoda y corre el riesgo de ser tachado por él, de una especie de su-

blevación, ó de una falta de respeto y de adhesión á su persona.

No es, pues, extraño por estas razones, que dichas manifestaciones no hayan tenido el mérito de una absoluta espontaneidad, y que ellas hayan sido llevadas á cabo por inspiración del mismo López.

Los hombres más caracterizados de la sociedad asuncena que encabezaron esas manifestaciones populares, previa venia, se dirigieron al Palacio de Gobierno y presentaron á López un manifiesto firmado por muchos ciudadanos, ofreciéndole sus bienes y personas para sostener la lucha en que iba á empeñarse la República.

Una vez terminada la lectura de aquel documento López les contestó con las siguientes palabras.

«A nombre de la patria os doy gracias, ciudada-
« nos, por la solemne manifestación que me haceis,
« y cuya principal importancia consiste en la since-
« ridad y espontaneidad de que venís haciendo jus-
« to alarde.

«Como magistrado y paraguayo, me felicito de re-
« cibir aquí consignada vuestra elocuente adhesión
« á la política del Gobierno, por una explosión de
« patriotismo, como la que representa esta populo-
« sa reunión.

«La actitud que la República asume en estos mo-
« mentos solemnes pueden recurrir á vuestro pa-
« triotismo para oir la voz de la patria. Es tiempo

« ya de hacerlo. El Paraguay no debe aceptar ya
« por más tiempo la prescindencia que se ha hecho
« de su concurso, al agitarse en los estados vecinos
« cuestiones internacionales que han influído más ó
« menos directamente en el menoscabo de sus más
« caros derechos.

«Al asumir la situación que ha provocado vues-
« tra generosa adhesión y ofrecimiento, no me he
« hecho ilusiones sobre la gravedad de esa misma
« situación; pero vuestra unión y patriotismo, y el
« virtuoso ejército de la República, han de soste-
« nerme en todas las emergencias para obrar cual
« corresponde á una nación celosa de sus derechos
« y llena de un grandioso porvenir.

«En el desempeño de mis primeros deberes es que
« he llamado la atención del Emperador del Brasil
« sobre su política en el Río de la Plata, y todavía
« quiero esperar que, apreciando la nueva prueba
« de moderación y amistad que le profeso, mi voz
« no será desoída; pero, si desgraciadamente nó fue-
« ra así, y mis esperanzas fueran fallidas, apelaré á
« vuestro concurso, cierto de que, la patriótica de-
« cisión de que estáis animados no ha de faltarme
« para el triunfo de la causa nacional, por grandes
« que puedan ser los sacrificios que la patria deman-
« de de sus hijos.

«Entre tanto permaneced tranquilos en la impo-
« nente actitud que habeis asumido, mientras no

« me veais en la necesidad de apelar directamente
« á vosotros»

El lector tal vez tenga curiosidad de saber, ¿cuáles eran las impresiones bajo las cuales vivía yo en medio de aquellos movimientos preparatorios de la gran tempestad próxima á estallar? Voy á complacerle, aún cuando para ello me vea obligado á formar un nuevo capítulo de digresión.

Hay un intervalo en la vida, ó más propiamente una especie de paréntesis, entre los 14 y 25 años, que se llama la edad de la adolescencia.—Edad, bajo cierto aspecto y según sea la educación que el joven haya recibido, bastante interesante, y por lo mismo, se presta á curiosa observación que generalmente se escapa á los que han hecho un estudio especial del corazón humano.

Si su alma se conserva pura, su imaginación no concibe sinó ideas en armonía con los sentimientos angelicales de la castidad, de la moralidad y de la justicia, conservando un profundo respeto á cuanto atañe á los principios fundamentales en que descansan la sociedad y la familia. Reina en su corazón la candidez, y la norma constante é invariable de su conducta, es la honorabilidad y la buena fé, porque su espíritu se ha nutrido de los sentimientos nobles y delicados que adornan y embellecen los grandes poemas de la humanidad, compuestos por los más notables y sublimes genios.

El hombre en esa edad, es decir, entre los 14 y 25 años y bajo las circunstancias expresadas, está lleno de bellas ilusiones; lleno de idealidades platónicas; todo lo mira y lo vé bajo el prisma encantador de una felicidad futura única en su género.—Su tendencia constante, es, por otro lado, querer sujetar sus concepciones al rigorismo de los preceptos teóricos que ha aprendido en los colegios, y que sirven de norma á todas sus acciones. Sus creencias son absolutas, sus opiniones é ideas avanzadas, porque ellas son arregladas á las doctrinas más modernas, y su propaganda de lo que él cree ser una verdad axiomática, ardiente, entusiasta y dogmática.

Un joven en estas condiciones, inexperto, que recién sale del colegio y de súbito entra en el mundo, no puede menos que verse confuso, vacilante y asustadizo en presencia de la realidad de las cosas que se presentan en tropel, descarnadas, incoherentes y sin obedecer á ninguna regla de lógica, y que de consiguiente, tanto en el orden físico como en el moral, salen completamente de las reglas trazadas por los novelistas y poetas, por los filósofos y moralistas.—Estos presentan y pintan á veces las cosas con colores tan distintos de los que existen en el mundo y en la naturaleza.

Refiere Alfonso Karr, que un día una señora, al ver en su casa algunas estátuas pequeñas de Pradiez, y algunos croquis ó bosquejos de los dos Joan-

nos, sus amigos, le decía:—«Haceis mal en acostumbrar vuestras miradas á ese encanto y á la elegancia de sus formas, al aspecto distinguido y cándido de esos semblantes.—Echais á perder vuestra imaginación, y después exigireis en la vida real, en las pobres mujeres, perfecciones que no hay en la naturaleza». (Las Mujeres, p. 170).

He ahí explicado más ó menos, lo que pasaba conmigo. Quería profundizar todo, y considerarlo bajo el punto de vista del dogmatismo escolar á que la generalidad no estaba acostumbrada, acarreándome más de una vez choques y disgustos que después me pesaron. Procedía así sin malicia de ningún género y con la mas cándida buena fé.—Ignoraba las causas y circunstancias de la mayor parte de los hechos que se desarrollaban ante mis ojos, no siendo permitida ninguna investigación al respecto, razón por la que no podía someterlos al examen riguroso de mi propio criterio para juzgar de ellos á mi manera, á mi modo de pensar, arreglado á mis conocimientos teóricos.

Esto producía en mí una profunda contrariedad que abatía mi espíritu hasta obligarme á abandonar la tarea como un esfuerzo vano é inútil, y por ser altamente inconveniente para el que aspiraba realizar algún porvenir. Además hubiera sido presuntuoso y ridículo de mi parte pretender hacer el papel de filósofo en medio de hombres que, á juzgar por el

sistema imperante, habían abdicado del derecho de pensar, atribuyéndolo casi exclusivamente al Gobierno,—á la autoridad paternal del que mandaba á nombre de todos.—Semejante pretension hubiera dado lugar á interpretaciones poco favorables sobre mi conducta, de las que, por cierto, no hubiera salido may bien parados mi patriotismo y lealtad, tanto más cuanto que tratándose, como se trataba, de la honra y dignidad nacional, ya no cabía concebir dos opiniones distintas, ni dos modos de sentir y de obrar.

No había, pues, otro camino que seguír, sinó envolverse con la capa del soldado, poner á un lado la libertad de pensar y la filosofía y dejarse llevar á la fuerza por la corriente impetuosa de la exaltación y del entusiasmo general que arrastraban á todo el mundo en aquellos momentos.

A mi juicio, la causa era justa, porque ella era una consecuencia natural de la historia de la emancipación é independencia del Paraguay, que se ha visto desde los primeros días de su existencia política, obligado á vivir hasta entonces con el fusil al hombre, para rechazar y contener las pretensiones que se oponían á ellos directamente, y desbaratar las intrigas con que, por otro lado, se procuraba debilitarlas á costa de sus más caros intereses.

Las excitaciones y ansiedades en el público iban subiendo de grado, á medida que se acerca-

ban los momentos de traducirse en hechos el gran drama de la guerra.

El 23 de Diciembre de 1864, el general López, montado en nn magnífico caballo blanco (*mandiyú* por nombre) y de gran parada, pasó revista en el Potrero del Hospital á las tropas que estaban destinadas á hacer la expedición al Norte, dirigiéndoles la siguiente proclama:

«Soldados: Mis esfuerzos por el mantenimiento « de la paz han sido estériles. El imperio del Brasil « poco conocedor de vuestro valor y entusiasmo los « provoca á la guerra: la honra, la dignidad nacional « y la conservación de los más caros derechos nos « mandan aceptarla.

«En recompensa de vuestra lealtad y largos ser- « vicios, he fijado mi atención sobre vosotros, eligién- « doos entre las numerosas legiones que forman el « ejército de la República para que seais lòs primeros « en dar una prueba de la pujanza de nuestras armas « recojiendo el primer laurel que debemos añadir á « aquellos que nuestros mayores pusieron en la coro- « na de la Patria en las memorables jornadas de Pa- « raguarí y Tacuarí.

«Vuestra subordinación y disciplina, y vuestra « constancia en las fatigas, me responden de vuestra « bravura y del lustre de las armas que á vuestro va- « lor confío.

« Soldados y Marinos: Llevad ese mismo voto

« de confianza á vuestros compañeros que de nues-
« tras fronteras del Norte, han de unirse á voso-
« tros, y marchad serenos al campo del honor, y re-
« cogiendo gloria para la patria y honra para voso-
« tros y vuestros compañeros de armas, mostrad al
« mundo entero cuánto vale el soldado paraguayó.»

Al día siguiente (24), una inmensa multitud de gentes se agolparon sobre las barrancas del río en el puerto, para presenciar la salida de la expedición. Esta se componía más ó menos de tres mil hombres y dos baterías de campaña. Se embarcaron en cinco vapores y tres goletas, que zarparon á las cuatro de la tarde del mismo día 24, llevando los primeros á remolque á las goletas y á dos chatas *(Humaitá y Coímbra)*, armada cada una de éstas de una pieza de á 68 y otra de á 80. [1]

Días antes recibieron las tropas nuevos uniformes que consistían en un pantalón blanco, una camiseta de bayeta colorada y una gorra también colorada con faja negra y una borlita que colgaba al costado izquierdo. La vista que presentaban las tropas agrupadas á bordo, era la más pintorezca, é inspiraba á los expectadores un inmenso é indescriptible entusiasmo. A mí me causaba una impre-

(1) Los vapores eran los siguientes: «Tacuarí», «Igurey», (Capitana) «Paraguarí», «Marqués de Olinda» y el «Ypora». El «Jejuí» y el «Río Apa», se hallaban en comisión al Norte que después se unieron también á los primeros. El «Salto de Guairá» iba para servir de correo por ser más andador que los otros.

sión indefinida, ora triste y alegre, ora melancólica y entusiasta; algo como una especie de presentimiento de mucho de bueno y mucho de malo en tan arriesgada empresa. Pero así que se pusieron en marcha aquellos uno tras de otros echando espesos humos negros por las chimeneas, se me saltaba el corazón de un noble orgullo mezclado de alegría, y se cruzaron por la imaginación muchas ideas, y tal vez por primera vez en la corta edad que tenía, ocuparon mi mente serias concepciones, elevadas imájenes y grandiosos pensamientos acerca del engrandecimiento y la gloria de la patria.

Se leía en el semblante de cada ciudadano y de cada soldado, no solo la satisfacción, sino la plena confianza y seguridad de que estaban poseídos respecto al éxito de aquella expedición, acariciando la idea de que muy en breve Matto-Grosso estaría bajo el dominio del Paraguay, corrigiéndose así el error que cometieron nuestros antepasados permitiendo que los portugueses se estableciesen en aquella rica provincia, habiendo sido España su legítima dueña y poseedora cuando la conquista de la América del Sud.

Hablando Mr. Washburn de la expedición al Norte de Nuflo de Chaves (año 1545) en su «Histó·ria del Paraguay» dice lo siguiente:

« Así fracasó la expedición en su objeto, y por
« este malogro se modificó toda la historia de los

« países del Plata. Si se hubiera fundado una po-
« blación española en esa época en las márgenes
« del Alto Paraguay, las vastas regiones de Matto-
« Grosso y Alto Amazonas, hubieran continuado
« siendo una posesión española, y España hubiera
« continuado su dominio sobre cualquier parte de
« la América del Sud. Otra colonia, á más de la
« Asunción, unas tres cientas ó cuatro cientas mi-
« llas más arriba del río, hubiera hecho imposible
« el reinado oscuro del Dr. Francia, ni tampoco hu-
« biera podido tener lugar la reciente guerra que ha
« hecho un desierto del Paraguay.

« Por el fracaso de esta expedición, el país fué
« entregado á manos de los portugueses y forma
« ahora parte del imperio brasilero. De ahí, siem-
« pre fué aquella origen de gastos y peligros; está
« tan distante de la parte más densamente poblada
« del Imperio, que es casi imposible llegar allí por
« tierra, y para penetrar por agua hay que subir
« ríos que están bajo el dominio de tres poderes
« diferentes. No da utilidad ninguna á la corona;
« al contrario, ha sido por mucho tiempo (hasta
« ahora) un impuesto constante sobre el tesoro
« nacional, y, al fin dió lugar á una guerra, que
« mientras que despobló casi totalmente al Para-
« guay, empobreció considerablemente á los tres
« poderes aliados en su contra. »

De esta manera Nuflo de Chaves, cuya ambición

le había arrastrado á una abierta desobediencia á las órdenes del gran Irala, ha conseguido dejar para el Paraguay un recuerdo bien ingrato.

Debo, sin embargo, hacer una salvedad sobre este punto, y es, que no me consta que haya entrado en la política de López la idea de quedarse con Matto Grosso en caso que el triunfo hubiese coronado la causa del Paraguay. Mas, si ella hubiese entrado, hubiera sido patriótica y justificada por las razones aducidas por Mr. Washburn.

En el último párrafo de la proclama de despedida de López á las tropas expedicionarias que queda consignada más arriba, se hace alusión á otra fuerza que de las fronteras del Norte marcharía á unirse á las que iban por el río.

En efecto, dicha fuerza consistió en unos 3500 hombres más ó menos, en su mayor parte de caballería que al mando del General (entonces coronel) Resquin partió de Villa Concepción é invadió por tierra la misma provincia de Matto Grosso; pero encontró que todas las poblaciones se habían retirado al interior en virtud de una orden imperial que les fué comunicada dos meses antes, en previsión de una invasión paraguaya. Solo fueron hallados unos que otros ancianos que no pudieron por su avanzada edad seguir á los demás, y ellos contaron que la ma-

(1) Mias las palabras entre paréntesis.

yor parte de las estancias al Sud de la provincia fueron en su principio pobladas con ganados robados en distintas ocasiones de los establecimientos paraguayos á esta parte del Apa, por los salvajes que hacían sus incursiones en tiempos de los portugueses á instigación de éstos. Encontraron también muchas armas enterradas precipitadamente por las autoridades brasileras en su retirada ó huida al interior.

La comarca ó región ribereña de la provincia recorrida por las fuerzas de Resquin, está compuesta de tierras bajas, y en aquella época se encontraba inundadas á causa de la gran creciente del río Paraguay; de manera que aquellas gentes marchaban dias enteros en el agua, sin tener un lugar seco para acamparse con alguna comodidad y alimentarse; y si no fuera esta circunstancia especial, hubiera podido haber penetrado mucho más al Norte, tanto mas cuanto que no encontraban ninguna resistencia, excepto en Ñoac, donde tuvo lugar una refriega entre la vanguardia de la fuerza paraguaya y un destacamento de caballería brasilera.

Esta en cuanto vió llegar á aquella se retiró precipitadamente, y después de haber salvado una zanja profunda, destruyendo el puente que daba paso, se pusieron á burlarse de los paraguayos que iban en pos, pensando que á causa de la destrucción del puente no podían continuar su persecución; pero estos, pi-

cados en su amor propio, y anciosos de escarmentarlos y hacer pagar caro á los que no supieron hacerles frente, hicieron saltar sus caballos por sobre la zanja que no tendría menos de unas 5 á 6 varas de ancho, cayéndose algunos en el fondo, y consiguiendo otros treparse con sus montados y salir al otro uno tras otro, según Dios les dió á entender. El resultado fué, que, cuando menos se percataron los brasileros, cayeron sobre ellos como rayos unos 30 ó 40 ginetes que los hicieron dispersar á diferentes direcciones, dejando en el campo como 60 muertos, sin más baja de nuestra parte que un muerto y un herido.

Este fué el primer encuentro que tuvo nuestra caballería con el enemigo en la pasada guerra.

A la expedición de Resquin se unieron antes de marcharse de Villa-Concepción varios sargentos sacados de los cuerpos de caballería organizados en Cerro-León y enviados por López para que hicieran la campaña de Matto Grozzo. Entre ellos se encontraba el actual General Caballero que tanto ha figurado durante la guerra, tomando parte en casi todos los combates más sangrientos.

Volviendo ahora á la expedición que iba por el río al mando inmediato del General (entonces Coronel) Don Vicente Barrios, hay que consignar que dos dias después de su partida navegando día y noche, es decir el 26 de Diciembre de 1864 á las 9 de

la noche, fondeó la escuadrilla una legua más abajo de Coímbra, desembarcando allí las tropas y la artillería. Esta fué colocada sobre una colina á la otra banda del río frente á Coímbra; las chatas y cañoneras tomaron posición para bombardear la fortaleza, y los cuerpos de infantería y zapadores listos para llevar en seguida el ataque.

El 27, en vista de hallarse terminados todos los preparativos para el bombardeo y asalto, Barrios envió bajo bandera de parlamento una nota á Porto-Carreiro, gefe de la guarnición de Coímbra, concebida en estos términos:

«Abordo del vapor paraguayo *Igurey*, Diciembre 27 de 1864.

« El Coronel Comandante de la División de ope-
« raciones del Alto Paraguay, en virtud de órdenes
« expresas de su Gobierno, viene á tomar posesión
« de la Fortaleza de su mando, y, queriendo dar una
« prueba de moderación y humanidad, invita á Vd.
« para que dentro de una hora la rinda, pues de
« no hacerlo así, procederé á tomarla á viva fuer-
« za, quedando la guarnición sujeta á las leyes del
« caso. Mientras espera su pronta respuesta, queda
« de Vd. att°. S. S.—(Fir) *Vicente Barrios.*»

A esta intimación, Porto-Carreiro contestó con la siguiente nota:

Distrito Militar del bajo Paraguay en el Fuerte de Coímbra, 27 de Diciembre de 1864.

« El Teniente Coronel Comandante de este Dis-

« trito Militar abajo firmado, respondiendo á la nota « enviada por S. E. el Coronel Vicente Barrios, Co- « mandante de la División de operaciones del Alto « Paraguay, recibida á las ocho horas y media de « esta mañana; en la cual se declara que en virtud « de órdenes expresas de su Gobierno, viene á ocu- « par esta Fortaleza, y que, queriendo dar una prue- « ba de moderación y humanidad, le convida para « que dentro de una hora la rinda, pues que á no « hacerlo en el plazo de una hora, procederá á to- « marla á viva fuerza, quedando su guarnición sujeta « á las leyes del caso: tiene la honra de declarar, « que, siendo los reglamentos y órdenes que rigen « en el Ejército brasilero, á no ser por órden Supe- « rior, á quien transmito por copia en este momento « la nota á que responde, por la suerte y la honra « de las armas lo hará, asegurando á S. E. que los « mismos sentimientos de moderación que nutre S. « E. también nutre el abajo firmado. Por lo cual « el mismo Comandante abajo firmado queda aguar- « dando las deliberaciones de S. E. á quien Dios « guarde.

Hermenegildo do Albuquerque Portocarreiro.
Teniente Coronel Comandante.

« A S. E. el Coronel D. Vicente Barrios, Coman- « dante de la División de operaciones del Alto Para- « guay. » (1)

(1) «Semanario», Sábado 7 de Enero de 1865 N· 559.

Tan luego como Barrios recibió esta contestación, dió órdenes para que se empezase el bombardeo. En efecto un cuarto de hora después vomitan fuego los cañones sobre la fortaleza, siendo contestado por los de esta con vivacidad, continuando el bombardeo de una y otra parte hasta la noche.

Al día siguiente 28, continuó el bombardeo, y acto contínuo casi á los primeros disparos de 5 á 6 de la la mañana, una parte de las fuerzas llevó sobre el fuerte un ataque de reconocimiento, consiguiendo llegar, bajo una lluvia de balas de fusil y de metrallas, hasta el pié de los muros que tenían 14 piés de altura, y si no pudieron treparlos, fué porque no tuvieron la precaución ó previsión de llevar escalas. Sin embargo, tal fué el vigor y el entusiasmo con que se ejecutó aquel atrevido asalto, que siete hombres consiguieron saltar dentro de la fortaleza, siendo muertos algunos de ellos, y salvándose otros heridos.

Para llevar á cabo tan arriesgada y difícil operación, se han tenido que vencer mil dificultades que nacían de la naturaleza misma de la posición que ocupa Coímbra. Esta está colocada en la falda de una montaña situada en la margen derecha del río Paraguay, y solo es atacable por un lado á causa de hallarse rodeada de unas colinas inaccesibles, y ese lado se halla poblado de cerco de tunas, breñas, piedras sueltas y troncos que los asaltantes

tuvieron que atravesar bajo el fuego del enemigo, empleando nueve horas de titánicos esfuerzos para llegar á la fortaleza que se encuentra á sesenta y tantos metros de elevación del nivel del río.

El Sargento mayor D. Luis González, comandante del batallon núm. 6°, era el gefe que dirigía inmediatamente aquella operación, y habiendo llenado su misión y viendo que se aproximaba la noche, ordenó retirada, saliendo él mismo levemente herido. Es inegable que los paraguayos esa ocasión desplegaron valor, arrrojo y bravura. Las pérdidas ascendieron á más de 200 muertos fuera de los heridos que eran más.

Con la experiencia de este reconocimiento, adquirido, es verdad, con la sensible pérdida de muchas vidas, se tomaron por la noche del mismo día 28 las disposiciones necesarias para efectuar en el siguiente un ataque general sobre la fortaleza. Pero el 28 por la mañana con sorpresa de todo el mundo, se observó en el fuerte la falta de bandera y de movimiento de gente. Entonces, para cerciorarse de lo que ocurría se despachó un reconocimiento al mando de un oficial quien halló que la guarnición había abandonado el fuerte durante la noche, escapándose al amparo de la oscuridad en dos vapores, el *Jaurú* y el *Amambay,* dejando allí para dar noticias á dos heridos paraguayos, quienes declararon haber sido bien atendidos.

De esta manera, pues, cayó en poder de los paraguayos aquella antigua y hasta entonces inespugnable fortificación de Coímbra.

La repentina é inesperada desocupación de ésta, contra la opinión y protesta de uno de los oficiales que la guarnecían, el Teniente Melo, acusaba una gran debilidad de parte del comandante; pues, si se tiene en cuenta que tenía á su disposición vapores para facilitarse víveres cuando faltasen, que su comunicación no estaba cortada y que existía dentro de la fortaleza grandes depósitos de armas y de pólvoras, hay que confesar que podían haberse sostenido por algun tiempo y terminar con un desenlace mas honorable en lugar de tomar el partido de una huida vergonzoza.

Portocarreiro fué enviado preso á Río Janeiro, donde fué sometido á un consejo de guerra, de que salió absuelto.

Tomada Coímbra, Barrios, sin pérdida de tiempo, avanzó sobre Alburquerque y Corumbá que las halló igualmente evacuadas, encontrando en ambas plazas grandes depósitos de cañones y municiones de todo género.

En Corumbá Barrios supo que el día anterior había zarpado de allí el *Amambay* conduciendo á bordo las familias principales, y llevando á remolque al patacho *Jacobina* en que iban dos piezas de artillería de campaña y las tropas que estaban des-

tacadas en aquella ciudad hasta la llegada de los paraguayos. Con esta noticia, despachó dos vapores en seguimiento de aquel y también del *Jaurú* en que se escaparon las tropas que formaban la guarnición de Coímbra, que constaba, según Thompson y otros de 400 hombres más ó menos.

Aquellos vapores eran el *Río Apa* de 80 toneladas de capacidad y el *Ipora* de ciento y tantas.

Este último fué el primero de su clase construído en el astillero nacional de la Asunción y fué botado al agua el 56, siendo presidido el acto por el mismo D. Carlos Antonio López, vestido de su gran y lujoso uniforme de capitán general. Yo era estudiante y asistí á aquella fiesta en medio de un inmenso concurso de gentes. Antes de lanzarse al agua el buque, el viejo López, sentado frente á la proa de la que pendía sujeta con una cinta tricolor una botella de *champagne*, pronunció un breve pero elocuente discurso alusivo al acto y al progreso de la República, mencionando entre otras cosas, que también en esos momentos el vapor nacional *Río Blauco* iba surcando las espumosas aguas del Océano en viaje para Europa con cargamentos de frutos del país.

He visto en algunas publicaciones, evidentemente mal informadas, en que sus autores afirman de que el primer vapor construído en nuestro astillero, fué el *Igurey*; lo cual no es cierto, siendo éste el último.

El segundo fué el *Salto Guayrá*, el tercero el *Correo*, el cuarto el *Río Apa*, el quinto el *Jejui* y el sesto el *Igurey*. La construcción de este último fué exclusivamente dirigida por el inteligente carpintero naval paraguayo maestro Trujillo.

Ahora bien, y continuando la ilación de mi relato, debo decir, que el *Amambay* iba sumamente cargado, y debido á esta circunstancia, no pudo seguir remolcando á la *Jacobina* por falta de fuerza. Entonces su comandante que era un inglés de apellido Baker, resolvió dejarla en uno de los parages del río San Lorenzo. Así lo hizo, y siguió aquel adelante hasta San Bentos, donde encontró á los vaporcitos *Cuyabacito* y *Corumbacito*. Trasbordó en ellos toda la gente que llevaba, y volvió aguas abajo en busca de la *Jacobina*.

Mientras tanto ésta cayó en poder del teniente Herreros con las dos piezas de campaña y una gran cantidad de municiones de guerra y de boca que llevaba, excepto las tropas que tuvieron tiempo para desembarcarse y escaparse por un inmenso bañado, por haber avistado desde lejos á los vapores paraguayos. La *Jacobina* era buque italiano, teniendo de tripulación el capitán ó patrón y dos ó tres marineros, que desde luego se pusieron á las órdenes de los paraguayos.

Con los informes que le dieron los italianos, Herreros apresuró su marcha, y tomando el *prác-*

tico del Río Apa se puso adelante. Después de algunas horas de navegación, de repente en una de las vueltas del río San Lorenzo, se encuentra con el *Amambay* que venía bajando. Este en seguida suspendió su marcha y virando proa aguas arriba, se puso en precipitada fuga.

El teniente Herreros, que era el Gefe de la expedicion y montaba el *Ipora* dió órden para dar caza al enemigo á toda fuerza de máquina, haciendo lo mismo el alferez Román que comandaba el *Río Apa.* Dos horas después, el *Ipora* iba visiblemente aproximándose al *Amambay*, que sin valor para hacer frente al *Ipora* que no tenía sinó cuatro cañoncitos, se concretó á hacer fuego sobre éste con su coliza de á 32, matando una de sus balas al bizarro Alferez Benitez, que iba en el puente. El *Ipora* no le contestaba, como que llevaba la intención de alcanzarle y apoderarse de él por el abordage, teniendo abordo para el efecto unos 25 hombres de infantería á más de su tripulación.

Tampoco no podía luchar á tiros con el *Amambay* que era una cañonera en toda regla, armada de seis piezas y una magnífica coliza.

Como á las 3 p. m. convencido, sin duda, su comandante, Mr. Baker, de que ya no había escapatoria de su perseguidor, y viendo que sus hombres no estaban dispuestos á combatir, resolvió embicar su buque en el parage denominado *Alegre.* Los bra-

sileros, al oir los gritos y vivas de entusiasmo de los paraguayos que iban sobre ellos, se aterrorizaron y se lanzaron al agua y luego á tierra precipitadamente escapándose en las selvas que pueblan las orillas del río.

En seguida llegó allí el *Ipora* y tomó posesión de su presa, despachando una partida de infantes en persecución de los fugitivos tomando prisioneros á muchos de ellos y matando á otros, tal vez innecesariamente, y con el ensañamiento propio de soldados fanatizados que en esos momentos de ardimiento y arrojo es difícil, si no imposible de impedir que cometan abusos de fuerza en contra de los principios de hermanidad y de civilización.

Pero aún cuando hayan sido culpables los paraguayos esa ocasión por su abusiva conducta, no creo que sea cierto lo que asevera el coronel Thompson en su obra, de que aquellos habían cortado y ensartado las orejas de los muertos en cuerdas que amarraron en los obenques del *Ipora*, y que recién cuando este buque regresó á la Asunción fueron retiradas de orden suprema!

Yo no recuerdo haber oído decir nada al respecto y me parece una grosera calumnia inventada tal vez para explotar la opinión pública en contra del país.

Según una breve relación de algunos incidentes de la guerra del Paraguay leída en la *Sociedad Literaria* y *Filosófica* de Liverpool por Mr. Thos J.

Hutchinson (1) en 1871, dicha calumnia ha tenido su origen del modo siguiente:

En Enero de 1865 los agentes del Gobierno brasileño en Buenos Aires, enviaron un vaporcito llamado *Ranger* al Alto Paraguay con correspondencias y provisiones para sus fortalezas y guarniciones en Cuyabá, Corumbá, Alburquerque y otros puertos.

El *Ranger* iba al mando del capitán Harrison, norte-americano de nacionalidad.—A mas del contra-maestre y la tripulación, iban también á bordo en calidad de pasageros el Capitán Parish, de la marina real inglesa, y un condestable ó mayordomo de buque brasilero, enviado en comision especial por su Gobierno.

Refiere Mr. Hutchinson que en cuanto penetraron dentro de los límites del territorio paraguayo que comienza en las tres Bocas, se había apoderado del brasilero una especie de temblor *(Shivery-Shakery)*, dirijiendo á cada rato miradas tímidas hacia la costa paraguaya, y encerrándose á llave en su camarote todas las veces que fondeaba el buque en algún puerto paraguayo.

Que el *Ranger* había permanecido en Corumbá cinco días, durante los cuales el condestable brasilero nunca puso los piés en tierra, ni tampoco nunca

(1) Cónsul Británico en el Callao.

dejó de encerrarse en su camarote las veces que venía á bordo algún paraguayo. Que sin embargo de haber permanecido constantemente á bordo sin salir de él para ninguna parte, tan pronto como regresaron á Buenos Aires, el brasilero escribió una carta á uno de los diarios manifestando que había visto en las *calles* de Corumbá á soldados paraguayos paseándose por la ciudad con collares hechos de las orejas de los brasileros muertos en los combates.

Esta atróz calumnia fué inmediatamente rectificada y rechazada por los capitanes Parish y Harrison, que expusieron haber estado todos los días de su permanencia en las calles de Corumbá y que nunca vieron semejante cosa, y que el condestable brasilero no había tenido la oportunidad de verlo por la sencilla razón de que no había estado en tierra ni una sola vez.

Hé ahí la verdad.

El Teniente Coronel Thompson que, después de tantos años de haber estado al servicio de López, de quien ha merecido consideraciones especiales y que, (cosa rara!) recién á fines de 1868 descubrió que este era un monstruo (1), ha sido muy parcial en su relato, concretándose á consignar en su obra los supuestos abusos de los soldados paraguayos, sin

(1) Prefacio de su obra «La Guerra del Paraguay».

hacer mención para nada de la protección y asilo que el Teniente Herreros acordó á las numerosas familias que encontró esparcidas por aquellas alturas.

Realizada la captura del *Amambay*, y no siendo posible seguir más adelante por falta de agua, el Teniente Herreros regresó con sus trofeos y los dos referidos vapores nacionales, deteniéndose de paso en *Dorados*, donde existía un gran parque lleno de municiones y pólvora. Como hubiera necesidad de evacuar ese punto, el Teniente Herreros dispuso transportar aquellos materiales de guerra, ordenando en seguida la ejecución de su determinación.

Era el 10 de Enero de 1865, fecha que desde ya hace suponer que el calor debía ser intenso en esa latitud; con cuyo motivo, sus compañeros le observaron con insistencia el peligro que corría continuar los trabajos de la carga, tanto más cuanto que todo el suelo que era pedregoso desde el parque al puerto, estaba regado de pólvoras que se habían derramado á causa de su mal acondicionamiento como del descuido con que se ejecutaba su transporte. El Teniente Herreros les replicó que no había tiempo que perder, y, atribuyendo tal vez, la observación de aquellos á debilidad, para darles el ejemplo, entró él mismo en el parque y se puso á trabajar personalmente, secundado por varios de sus subalternos. Minutos después, se produjo la terrible catás-

trofe de la explosión prevista del parque, matando á Herreros, [1] al alférez Pedro Garay y veintitres soldados que volaron hechos pedazos.

Los restos de los que así perecieron fueron conducidos por el *Río Apa* y el *Amambay* y enterrados á distancia de una legua de allí, excepto los del Teniente Herreros que, puestos en un modesto féretro, fueron llevados é inhumados en *Ladario*, colocándose sobre su humilde sepultura un bastidor trabajado por los marinos del *Río Apa* con la siguiente inscripción: «*Los marinos, con lágrimas, á la memoria del querido Teniente D. Andrés Herreros* (Q. E. P. D.)»

La explosión pareció en sus efectos á un volcán. Se levantó á una inmensa altura un espeso y negro humo; llevando envuelta una gran cantidad de piedras hechas pedazos que luego cayeron en los alrededores como lluvia, á grande distancia. Los buques que estaban en el puerto sufrieron una conmoción tan fuerte, que las tapas de las escotillas cayeron dentro de la bodega, sintiéndose crujir todas las ensambladuras de su casco. El humo ascendió á tanta altura que se le veía desde la distancia de más de una legua!

El malogrado Herreros tenía honroros antecen-

(1) La muerte la produjo un pedazo de piedra que penetró en la frente, de cuya herida manaba sangre cuando lo alzaron.

tes, y sus cualidades personales, no solo le hacían recomendable, sino que le hacían augurar un brillante porvenir no lejano.

La afabilidad de su carácter le hizo simpático á todas las personas que lo han tratado y conocido, y la bondad con que manejaba á las tropas, le ganó la voluntad y simpatía de éstas.

La noticia de su trágica muerte produjo en la Asunción una verdadera consternación. El Gobierno, inspirándose en los sentimientos del pueblo y de justicia, dictó un decreto con fecha 20 de Enero de 1865, acordándole una lápida honoraria que hasta la fecha no se ha realizado. Es una deuda de gratitud que la Nación no debe olvidar.

Grande fué la esperanza que sus compañeros y sus amigos cifraron en el malogrado joven Herreros tanto que despues del combate naval del Riachuelo, era opinión general, que si él hubiese entonces estado vivo, hubiera sidó con toda probabilidad el Gefe designado á mandar aquel combate, y que tal vez el resultado habría sido muy diferente. Y decíase el gefe, porque López estaba resuelto á promoverlo á capitán de corbeta en seguida que regresase á la Asunción, en recompensa de los importantes y gloriosos servicios que ha prestado en la expedición del Alto Paraguay, y teniendo presente el aprecio y consideración que le merecían, muy pronto hubiera ascendido á capitán de fragata.

Tales fueron las cantidades de armas y pólvoras que trajeron los paraguayos de los depósitos de Matto Grosso, que el Paraguay no tuvo necesidad de proveerse de otra parte para sostener la guerra durante el tiempo que duró.

A juzgar por los documentos tomados, entre los cuales había despachos de 1861 y 1862, ordenando que se vigilara el Paraguay y se diera parte de sus movimientos, puede afirmarse que hacía tiempo que el Brasil se había estado preparando en aquella provincia para la guerra.

Hubo grandes fiestas y regocijos en la capital con motivo de los triunfos alcanzados por las armas paraguayas en Matto Grosso. Después de la caída de Coímbra tuvo lugar un gran baile en el salón de la Estación Central del Ferro-Carril, asistiendo á él López y todos los paraguayos más distinguidos de la época, figurándose entre estos el representante oriental Dr. Lapido, con su secretario ó agregado de legación, el entonces capitán Lacalle. Este, ponderando los ricos adornos con que estaba engalanado el salón, entre los cuales lucían unas antiguas arañas de plata del tiempo de los jesuitas, sacadas esa ocasión de los depósitos de la Tesorería, me dijo: «¡*Ah, amigo, también nosotros un tiempo hemos tenido muchas de estas cosas; pero ya hoy no existen!* ¡*Feliz del Paraguay que todavía las conserva!*»

El Coronel Barrios, después de haber dejado una guarnición de más de mil hombres distribuídos en los puntos principales, tales como Coímbra, Corumbá, etc. etc. y el número de artillería que se consideraba suficiente para la defensa de esas plazas, regresó á la Asunción con el resto de las tropas de su mando.

El Coronel Resquin, después de la ocupación de Cuchin, que fué hasta donde llegó parte de la división de su mando, estableció su cuartel general en Ñoac. Al cabo de algunos meses de permanencia, fué llamado á Humaitá por López, donde vino solo, dejando en aquel punto acampadas las fuerzas de su mando. De allí fueron más tarde llamadas estas sucesivamente al Ejército, á medida que se presentaba la necesidad de su cooperación en la guerra. A su llegada á Humaitá, en recompensa de sus servicios, fué promovido á Brigadier General.

El 26 de Enero el consejero Paranhos, Ministro Plenipotenciario del Brasil en el Río de la Plata, y uno de los diplomáticos brasileros más hábiles, dirigió una nota-circular al Gobierno Argentino y á los ministros extranjeros residentes en esos países.

El documento es notable por la habilidad con que está redactado, historiando los hechos que han servido de constantes desavenencias entre el Paraguay y el Brasil; pero de una manera muy parcial, olvi-

dando de consignar todo aquello que favorece al primero. Ha procurado y conseguido dar á su redacción un colorido de verdad y sinceridad de modo que hiciese impresión en aquellos á quienes iba dirigida y quienes probablemente no estaban al corriente de los antecedentes históricos.

Dicho documento fué victoriosamente refutado por D. Gumercindo Benítez en *El Semanario* de aquella época. Según aquella refutación, puestos en balanzas los agravios de uno y otro país desde tiempos remotos, se notaba mayor peso en el platillo que contenía los del Paraguay.

La política del Imperio, por su tendencia absorbente, ha sido más de una vez causa de derramamientos de sangre á raudales en los países del Plata.

Por eso, cuando la caída del Imperio, no ha habido corazón que no se hubiese alegrado, persuadido de que con el nuevo orden de cosas, el Brasil seguiría una política distinta, conciliando el espíritu de fraternidad que debe reinar entre estos pueblos, ligados por comunidad de intereses en el comercio, en el progreso y en la civilización.

Sin entrar á apreciar la manera cómo fué llevada á cabo la campaña de Matto-Grosso, debe reconocerse que ella ha obedecido á una alta previsión del Mariscal López.

Desde que nació el pensamiento de llevar la guerra al Imperio por el Sud, se imponía la necesidad de resguardarse las espaldas, apoderándose como medida previa de la Provincia de Matto-Grosso, como muy acertadamente lo hizo.

CAPÍTULO V

El gobierno paraguayo pide permiso de tránsito al Argentino por la Provincia de Corrientes para el ejército que debía operar contra el Brasil.—Reunión del Congreso Nacional por convocatoria extraordinaria.—Aprueba los actos del Gobierno contra el Brasil.—Autoriza al Gobierno á realizar un empréstito en Europa, y á nombrar brigadieres y generales de división. Declara la guerra á la República Argentina—Autoriza á López para la emisión de billetes.—Confiere al General López el grado de Mariscal.—Principios de la campaña de Corrientes.—Misión de Berges á Corrientes, después de la ocupación de esta ciudad.—Mi visita de llegada á Robles.—Nombramiento de una junta gubernativa compuesta de tres ciudadanos.- Victor Silvero, Teodoro Gaona y Sinforoso Cáceres.—Combate del 25 de Mayo.—Retirada del General Paunero.—Conducta de sus tropas. La cañonera inglesa *Dottorel*.—Mr. Packenham.—Mi defensa contra una jauria de perros bravos.—La orden nacional del mérito.—Proclama de López.

Terminada la campaña de Matto-Grosso de la manera como queda reseñada; López resolvió llevar la guerra al Brasil por el Sud, es decir, por la Provincia de Río Grande del Sud. En la imposibilidad de realizar esta operación sin pasar por territorio argentino, el gobierno paraguayo, atento á lo que se acostumbra entre naciones amigas con arreglo al derecho de gentes, solicitó permiso del Gobierno

argentino para el tránsito inocente de su ejército por la Provincia de Corrientes, ofreciendo las seguridades del caso.

El Gobierno argentino que, sin duda, ya obraba de acuerdo con el del Brasil, y alegando deberes de neutralidad que no los ha sabido cumplir, se negó á acceder al pedido del Presidente López; cuya negativa fué interpretada por éste como efecto de una disposición hostil hacia el Paraguay.

Esta circunstancia junta con las manifestaciones hostiles de la prensa porteña hacia esta República, ridiculizando cuanto á ella atañe, exasperó á López y al pueblo que obraba y sentía bajo las inmediatas inspiraciones de este mandatario.

Siempre me ha parecido ridícula y pueril esta irritación de López por los motivos expresados, tanto más cuanto que su posición como gobernante de una nación viril, que en aquella época contaba con más elementos materiales de progreso que su vecina, que aún luchaba con el caudillaje, debió haberle hecho superior á todas esas miserias propias de una prensa licenciosa y desbocada, como lo es siempre, en el primer período de la libertad de imprenta en un pueblo libre. A la verdad, ¿qué le importaba que calificaran á la Capital de la República de toldería y á él de cacique? Un espíritu varonil no debe nunca dejarse arrastrar por puerilidades de este género, que no deben ser consideradas como la ex-

presión de los sentimientos de la porción sensata y reflexiva de la Nación Argentina. Desgraciadamente, la debilidad de este hombre encontraba siempre apoyo en aquellos que lo rodeaban de cerca, quienes lejos de procurar aplacar los efectos que producían en él aquellas publicaciones satíricas, le instigaban á la venganza, tomando éstos como insultos dirigidos de una nación á otra.

El Congreso Nacional se reunió el 5 de Marzo en virtud de la convocatoria de 15 de Febrero, celebrando sus sesiones en el salón del antiguo palacio de gobierno.

Estas duraron unos cuarenta días solamente; es decir, el tiempo necesario para despachar los siguientes proyectos:

1° Autorizando al Gobierno á emitir la cantidad de papel moneda que creyera necesario;

2° Autorizando á contraer en Europa un empréstito de cinco millones de libras esterlinas, ofreciendo en garantía los bienes fiscales;

3° Facultando á López para nombrar seis brigadieres y tres generales de división;

4° Confiriéndole el rango de Mariscal de campo; y

5° Aprobando los actos del P. E. contra el Brasil, y declarando la guerra á la República Argentina.

Me consta que el proyecto de promoción de López á Mariscal fué redactado por D. Natalio Talavera y presentado por su padre D. Carmelo Talavera,

uno de los diputados por Villa-Rica. Apoyado por un breve pero expresivo discurso, fué aceptado por unanimidad. A la vez propusieron que el sueldo del Mariscal, como Presidente de la República, fuera aumentado á 60.000 pesos anuales. A consecuencia de esta proposición tuvo lugar un prolongado debate entre el Congreso y López que se negó á aceptarlo. Habló López largamente y bien, demostrando poseer dotes oratorias. Pero los diputados sospechando, sin duda, que no había en el fondo de sus reflexiones mucha sinceridad, insistieron, y aquel rehusó por segunda vez. Entonces, D. Juan de Rosa Franco, diputado por Areguá, hombre de regular instrucción, tomó la palabra y estuvo tan feliz en sus consideraciones refutando los fundamentos en que se apoyaba López, que consiguió con aplausos de sus colegas, que éste por fin aceptara, así como una espada y una precea de brillantes que votó el Congreso á su honor, debiendo mandárselas fabricar en Europa á costa del Tesoro Público.

En los cuartos intermedios, los particulares que formaban la barra, se mezclaban con los congresales en los corredores interiores del edificio. En uno de estos, fueron presentados allí los diarios porteños que contenían insultos para el Paraguay y su gobierno. Los diputados, patriotas á *autrance*, manifestaron la más profunda indignación, y un señor D. Miguel Haedo, se apoderó de uno de aquellos diarios, y

con las manos crispadas, echando chispas por los ojos y espumas por la boca de furia contra los porteños, propuso que fueran quemados aquellos papeles! Si bien la idea no dejó de tener su aceptación, prevaleció el buen sentido de los más moderados y fué rechazada.

Ese mismo señor Haedo, que era una de las personas respetables de la Asunción, cuando fué conducida al palacio de gobierno la bandera brasilera tomada en Matto Grosso, en uno de esos accesos de furia *patriotera*, quizo apoderarse de ella y hacerla pedazos; pero los más sensatos le hicieron comprender que esa no era la conducta que debía observar un miembro distinguido de una sociedad culta.

Estando los ánimos de los representantes de la soberanía nacional, en ese estado, les fué presentado por uno de ellos el siguiente proyecto de decreto:

El Soberano Congreso Nacional—

DECRETA:

Art. 1° Apruébase la conducta del P. E. de la Nación para con el Imperio del Brasil, en la emergencia traída por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa, inferida al honor y á la dignidad de la Nación, y usando de las atribuciones del art. 3° título 3° de

la ley de 13 de Marzo de 1844, autorízasele para continuar la guerra.

Art 2° Declárase la guerra al actual Gobierno Argentino, hasta que dé las seguridades y satisfacciones debidas á los derechos, á la honra y dignidad de la Nación Paraguaya y su Gobierno.

Art. 3° S. E. el señor Presidente de la República hará la paz con uno y otro beligerante, cuando juzgue oportuno, dando cuenta á la Representación Nacional conforme á la ley.

Art. 4° Comuníquese al P. E. de la Nación.

Sometido al estudio de una comisión titulada *Doble Especial*, ésta dictaminó largamente, pidiendo al final la aprobación de dicho proyecto. Dicho documento que era notable por las consideraciones fundadas en derecho en que se apoyaba, fué redactado por D. Carlos Riveros, hombre de inteligencia clara y de conocimientos jurídicos, y á quien López le pagó sus importantes servicios al país y á él personalmente, con la más negra ingratitud. (1)

El proyecto fué aprobado por unanimidad y sin modificación alguna, manifestándose en su apoyo que el Gobierno Argentino tácitamente había declarado la guerra al Paraguay con su negativa á conceder el permiso para hacer cruzar sus tropas por la provincia de Corrientes, siendo así que en años

(1) Véase dicho documento en el *Apéndice*.

anteriores había permitido que la escuadra brasilera subiera el río con amenazas de guerra al Paraguay, y que de consiguiente, el gobierno de la República estaría justificado á forzar el paso, ó á ocupar aquel territorio.

Después de la votación, me quedé pálido con el corazón oprimido de una gran tristeza, á tal extremo que no pude resistir de decir, en voz baja, á mi compañero y amigo D. Natalicio Talavera, que se encontraba parado á mi lado en una de las puertas interiores: —«¡Malo, amigo! El Paraguay podría tal vez haberse con una nación; pero con dos, que necesariamente han de hacer causa común, me parece muy aventurado. Es una gran imprudencia, y... el que mucho abarca poco aprieta!»—El me contestó, con un aspecto igualmente triste:—«Qué quiere, amigo; veremos lo que resulta» y continuó tomando sus notas para «*El Semanario*»

Efectivamente, siempre he mirado como *impolítica* la declaración de guerra á la República Argentina, por más que la conducta de su gobierno haya sido pérfida para con el Paraguay. El General Mitre, acérrimo enemigo de la nacionalidad Paraguaya, buscaba medios para echarse en brazos del Brasil, á fin de sostenerse en el poder, y encontró un pretexto plausible en la declaración de guerra del Congreso Nacional, y la ocupación por fuerzas paraguayas de la ciudad de Corrientes, entrando en seguida en

alianza con el Imperio del Brasil. [1] Como complemento de esta diabólica combinación, tomó parte en ella, el General Flores, ó sea la Banda Oriental, como un anexo del Brasil, para venir haciendo el triste papel del perro del hortelano! Todo el crimen del Paraguay con esta República, consiste en haber salido generosamente á la defensa de su independencia contra la aspiración del Brasil á suprimirla. — ¡O tempora!...

De esta manera muy pronto desgraciadamente vino á cumplirse mi predicción.

Con fecha 29 de Marzo del mismo año el Gobierno del Paraguay envió al Argentino la siguiente nota, adjuntando copia legalizada de la resolución del Congreso Nacional Extraordinario:—

Asunción, Marzo 29 de 1865

A S. E. el Dr. D. Rufino de Elizalde, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

«El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado » de Relaciones Exteriores de la República del Pa» raguay, tiene el honor de acusar á V. E. recibo » de las dos notas que con fecha 9 de Febrero de » este año se sirvio dirigirle.

«Una de estas notas contesta á la que el abajo fir» mado tuvo el honor de dirigir á V. E. el 14 de

(1) Segun datos de una obra inédita en mi poder, parece que esa alianza fué ya planteada en 1858, contra el Paraguay!

» Enero último, solicitando el permiso de tránsito
» inocente por la provincia de Corrientes, para el
» ejército que debía operar contra el Imperio del
» Brasil en la provincia de San Pedro de Río Gran-
» de del Sud, en la guerra que infelizmente ha estalla-
» do entre ambos, y en la cual el gobierno Imperial
» ha obligado al de la República.

«Tan justa y atenciosa solicitud con las seguri-
» dades ofrecidas, hizo esperar al gobierno del abajo
» firmado que el de la República Argentina se pres-
» taría á ello, tanto más, que nada tenía en sí, que
» no sea autorizado por el derecho de gentes, acon-
» sejado por la equidad y las relaciones entre ambos,
» gobiernos, así como por la indeclinable necesidad
» en que se halla la República del Paraguay de com-
» batir al gobierno imperial en su propio territorio
» para obtener resultados que dispongan al gabinete
» de San Cristóbal, á oir la voz de la justicia y dar
» las seguridades necesarias sobre su política futu-
» ra con respecto á los intereses de esta República,
» á los de la Oriental del Uruguay, y en general á
« los de los Estados del Plata.

«Pero es con el mayor sentimiento que este Go-
» bierno se impuso de la negativa dada á su solicitud
» agravada con los inconsistentes raciocinios con
» que el Gobierno Argentino ha procurado motivar
» la repulsa de tan justa é indispensable solicitud,
» y considera este gobierno de tal gravedad este

» procedimiento, que no puede ya negarse á la con-
» vicción y á la evidencia, de que el Gobierno Argen-
» tino, al favorecer así al Brasil, patentiza una hos-
» tilidad contra el Paraguay, que ni aún tiene el mé-
» rito de la franqueza y la lealtad.

«Si esto no fuera suficiente para fijar el juicio del
» Gobierno del abajo firmado, el contenido de las
» dos notas, objeto de esta contestación, y hechos
» positivos que prueban la injustificable animosidad
» que el gobierno Argentino desde años atrás nu-
» tre hacia esta República y su gobierno, ya no le
» permiten hacerse la menor ilusión sobre las ten-
» dencias de la política del gobierno Argentino á
» su respecto.

« Las ponderadas seguridades de neutralidad que
« el Gobierno de V. E. manifiesta en una de sus
« notas de 9 de Febrero último, con motivo de su
« negativa de tránsito al ejército paraguayo para
« la provincia brasilera de San Pedro de Río Grande
« del Sud, no alucinan ya á nadie, y menos al Go-
« bierno del abajo firmado, para merecer la consi-
« deración y el crédito que se tributa á las seguri-
« dades oficiales de todo gobierno, que, respetando
« la opinión pública, se respete á sí mismo. El Go-
« bierno de V. E., por antecedentes desgraciados,
« y su política con el Estado Oriental, no extrañará
« que el del Paraguay no las considere como mani-
« festación leal de su política hacia esta República.

«Nadie ignora que un general argentino, se in-
« trodujo en la República Oriental sin causa ni mo-
« tivo, ni aún llamado por el partido político á
« quien decía pertenecer, para revolucionar el país
« y combatir el gobierno legal y la población orien-
« tal con elementos brasileros y porteños, recluta-
« dos y suministrados por un comité revolucionario
« oriental que funcionaba con escándalo pública-
« mente en la hoy capital de la Confederación Ar-
« gentina, bajo la vista y connivencia del Gobierno
« Nacional, proceder sobre el que el Gobierno de
« V. E. debe hasta hoy las explicaciones amistosas
« que le han sido solicitadas por el gobierno del
« abajo firmado, y que aunque ofrecidas con las más
« amplias seguridades de una estricta neutralidad
« en los asuntos orientales por el gobierno de S. E.
« el General Mitre, no han sido recibidas.

«Tan desastroso procedimiento, valieron á la di-
« lacerada República Oriental tantas desgracias y
« manifiestas traiciones: la pérdida de su indepen-
« dencia, y hasta de su autonomía, de que no posee
« ya sino un simulacro. Y esto se debe, Sr. Ministro,
« únicamente á la política inclasificable del gobier-
« no argentino, que ni tiene la disculpa del prove-
« cho é interés propio, reduciéndose á la represen-
« tación de un agente brasilero que preparaba al
« Imperio la víctima de su política de deslealtad y
« absorción.

«Tan funestos resultados pudieron haber esclarecido al Gobierno Argentino sobre los graves yerros de una política que no tiene nombre, y no podía tener objeto compatible con la política nacional argentina, ni con su lealtad, honor é intereses verdaderos.

«Mas, lejos de esto, el Gobierno de S. E. el Sr. General Mitre, no titubeó un instante de proseguir en esa política anti-argentina, y ofensiva á la existencia, intereses y honor de la República del Paraguay, no tomándose ni aún el trabajo de recurrir á otros medios que los empleados, para hacer la desgracia de la República Oriental del Uruguay.

«Y no es con menor escándalo de la opinión pública y del descrédito de su propia administración que el Gobierno del Sr. General Mitre, consintió y animó la repetición de una farsa inmoral, tolerando que se constituya un nuevo comité revolucionario de traidores paraguayos en número tan diminuto, y tan insignificante por sus luces y posición social, que el ridículo de esta inicua representación no podía sino recaer sobre el actual Gobierno Argentino, que cargará con las graves consecuencias de este acto desleal, comprobado por el consentimiento de reclutar en Buenos Aires y en territorio argentino, nacionales y extranjeros, para la formación de una legión, que, unida al ejér-

« cito del Brasil, deba traer la guerra al Paraguay,
« franqueándole además los órganos de su prensa
« oficial para sus elucubraciones criminosas.

« Actos tan hostiles contra la paz interna de go-
« biernos amigos, sin precedente en la historia de
« los pueblos cultos, constituyen á todos los gobier-
« nos en el deber de usar de medios que los pongan
« al abrigo de tentativas anárquicas, de un gobierno
» que desconoce lo que debe á los derechos de na-
« ciones soberanas é independientes, que tanto ha
« descendido de la posición elevada que es inherente
« á todo gobierno, hasta servir de foco á los dema-
« gogos y revolucionarios que quieran conflagrar y
« perturbar el orden legal y la tranquilidad interna
« de su patria.

« Empero el Gobierno de V. E. no juzgó todavía
« suficiente este proceder hostil é ilegal para realizar
« los fines de su política con el Paraguay: la calum-
« nia y los insultos á la nación y gobierno paragua-
« yo no le detuvieron y los órganos oficiales de la
« prensa porteña abundan en producciones tan soe-
« ces é insultantes que en ningún tiempo, la mas de-
« senfrenada licencia y abuso en ningún país supo
« producir.

« No se puede dar mayor escarnio, que el pasage
« que V. E. ofrece, como dice en virtud de tratados
« existentes por el territorio fluvial de la República
« Argentina que permite al Brasil llevar sus fuerzas

« navales y terrestres al Paraguay, porque al final
« del territorio argentino se halla el de esta, lo que
« le dá la ventaja de atacar á la República en la fron-
« tera del norte por la pronvicia de Matto-Grosso, y
« por las fluviales en el Sud, que es por dos puntos.
« El Paraguay al fin de la navegación por el terri-
« torio fluvial argentino, no encuentra nada sino el
« mar, y no el Brasil, y no puede atacar al Imperio
« sino en el Norte por la provincia de Matto-Grosso
« que es por un solo lado.

« Nadie ignora esto y menos el Gobierno de V. E.,
« que por equidad y en observancia de una estricta
« neutralidad y reciprocidad, debía, ó conceder el
« solicitado tránsito inocente por la provincia de
« Corrientes, al Paraguay y al Brasil, ó negar á este
« el uso de su territorio fluvial; visto, dice en su
« nota: que no existe motivo que haga forzoso é in-
« dispensable la concesión de pasage por territorio
« argentino, teniendo los beligerantes una extensa y
« dilatada frontera por donde puedan ejercer sus
« hostilidades.

« ¿Qué mayor escarnio que pedir explicaciones en
« su otra nota de la misma fecha sobre la reunión
« de las fuerzas paraguayas en la izquierda del Pa-
« raná en territorio paraguayo que se permite lla-
« mar contestado, moviendo cuestiones de límites,
« habiendo sido perfectamente instruídos de ello
« por la nota del abajo firmado en que solicitó el

« pasage inocente, por la provincia de Corrientes?

«¿Y qué mayor escarnio que las protestas de « evitar todo motivo que pueda alterar las relacio- « nes amistosas que pone el más decidido empeño « en cultivar y extrechar; como concluye V. E. la « nota de esta contestación, y los insultos y calum- « nias que lanza su prensa oficial á la faz del mundo « contra la nación paraguaya y su Gobierno?

« El conjunto de actos hostiles injustificables, pa- « ra los cuales el Paraguay y su Gobierno, en nin- « gún tiempo dieron el más leve motivo; después « de tantas pruebas del más decidido empeño para « conservar las mas amistosas relaciones con la Re- « pública Argentina y su Gobierno, y de la abnega- « ción con que el Paraguay ha soportado las conti- « nuas provocaciones para no alterarlas, le conven- « cen que la política del actual Gobierno Argentino « amenaza los más vitales intereses del Paraguay y « su Gobierno.

« S. E. el Sr. Presidente de la República ha or- « denado al abajo firmado, de decir á V. E. que « la convicción de que la política del actual Go- « bierno Argentino, como lo justifican los hechos « consignados en esta nota, es atentatoria á los de- « rechos, intereses, el honor y la dignidad de la Na- « ción paraguaya y de su Gobierno, le impuso el « deber de hacer presente tan grave situación á la « Nación, y que adjunte á V. E. copia legalizada de

« la resolución del H. C. N. E. que atendiendo y
« considerando los hechos, declara la guerra al actual Gobierno Argentino para salvar el honor, la « dignidad y los derechos de la República.

« Declarada así la guerra, S. E. el Sr. Presidente « de la República, protesta solemnemente, que no « habiendo el Paraguay jamás dado el más mínimo « motivo de agravio á la República Argentina ni á « ninguno de sus Gobiernos, incluso el actual, responsabiliza á este último exclusivamente, de las « consecuencias desgraciadas de una situación contraria á los sentimientos de consideración y de « amistoso interés que la Nación Argentina siempre « ha merecido á la República del Paraguay y su « Gobierno.»

« Aprovecho etc.»

(Firmado)—*José Berges.* (1)

Como se vé esta nota es una especie de manifiesto en que se enumeran los hechos que han servido de fundamento para la declaración de guerra. La redacción de este documento es del mismo López, y deja mucho que desear á mi humilde juicio.

Hay quienes sostienen que dicha comunicación nunca fué recibida por el Gobierno Argentino. El Coronel Thompson dice que la primera noticia que

(1) A esta nota iba adjunta copia del proyecto de ley que queda consignado más arriba, firmada por Don José Falcón, como vice-presidente del Congreso Nacional Extraordinario.

este tuvo de ella fué su publicación en los diarios de Corrientes después de la ocupación de esta ciudad por los paraguayos, y que recién el 3 de Mayo fué oficialmente recibida. Nada puedo adelantar sobre este particular, pues lo único que me consta es, que la nota fué enviada, y sería muy extraño que no hubiese llegado á su destino, aunque fuese con algún retardo. (1)

Refiere el mismo autor que por esa época, es decir, á fines de Marzo y principios de Abril, se había inferido un ultraje al cónsul brasilero en la Asunción, que había permanecido en el país por hallarse casado con una paraguaya. Relata el hecho diciendo: « que una tarde que el cónsul caminaba tranquila- « mente por la calle, recibió un botellazo que le par- « tió el cráneo, dejándolo sin sentido y peligrosa- « mente herido. La creencia general era que los « perpetradores de estos hechos obraban por orden « superior. »

El Señor Thompson estaba mal informado sobre este hecho, y á fin de restablecer la verdad, voy á relatarlo tal cual había pasado.

(1) Según me han informado últimamente personas que tienen motivos para estar al corriente de lo que pasó sobre el particular, el General Mitre recibió oportunamente la mencionada nota; pero encontró conveniente no darla á conocer al público porteño, para producir el efecto de excitar el patriotismo del pueblo, haciéndole creer que el proceder del mariscal López en el puerto de Corrientes, etc., capturando el *Gualeguay* y el *25 de Mayo*, era *vandálico*, porque lo había hecho sin previa declaración de guerra.

Lo que le sucedió al Cónsul, puede afirmarse, que fué consecuencia de su imprudencia que rayaba en una temeridad, sin que hubiese podido haber mediado para ello influencia ú orden de López ni de nadie.

Venían entrando, aquel día, en dos filas por la plaza del mercado central, siguiendo la calle Estrella con dirección al Hospital, unos mil y tantos reclutas, á eso de las 3 ó las 4 de la tarde, levantando una gran polvareda y en medio de las más exaltadas manifestaciones de entusiasmo, dando vivas al Paraguay y su Gobierno y mueras á sus enemigos.

En esta circunstancia, el Cónsul Sr. Amaro Barbosa, camino para su casa, vino á mezclarse con estos reclutas en marcha, pretendiendo cruzar por entre sus filas, como la cosa más sencilla del mundo. Uno de aquellos, reconociéndolo, sin duda, le dió un botellazo por la cabeza, dejándolo tendido en el suelo sin sentido.

Cuando esto sucedió me encontraba sentado en el pollo de la ventana de la pieza que cae hacia el mercado de la casa de López que hoy es del general Caballero.

Sea fingido ó nó, lo cierto es, que López manifestó mucho disgusto por el hecho; pero nunca pudo descubrirse quién fué su autor. López no podía haber dado esa orden, porque no podía adivinar que en esos momentos el cónsul brasilero tuviese que pasar por allí, ni tampoco es dable suponer que dicha

orden hubiese sido dada á los reclutas que venían de Cerro León.

No hay necesidad de quebrantar la verdad, alterando los hechos para inculpar á López. Creo suficientes los que él mandó realizar arbitrariamente contra toda justicia, para condenarlo.

No cabe duda, que era una temeridad de parte del señor Amaro Barbosa pretender pasar por entre tropas llamadas á combatir contra su país que ya estaba en guerra con el Paraguay, es decir, pretender hacer lo que no se hubiera atrevido á hacer ni un ciudadano natural.

Continuando la ilación de mi relato, debo decir, que el general Mitre carecía, hasta la resolución del Congreso paraguayo, de un motivo plausible para ceder á las insinuaciones de la diplomacia brasilera en orden á hacer la alianza contra el Paraguay. Pero es indudable que su sueño dorado era ésta; porque así llegaba á ser generalísimo de los ejércitos aliados que tenían que iniciar sus operaciones en el territorio argentino, como ha sucedido, lo cual, para su política interna, tenía una gran importancia, *era, para él*, según un ilustrado argentino, *una razón de interés doméstico.* (1)

Al efecto, y á pesar de su carácter de *neutral*, se manifestó desde luego favorable al Brasil, dejándole libre la vía fluvial para llevar la guerra y ata-

(1) Alberdi.

car al Paraguay, mandando colocar mientras tanto, como especie de carnada, en el puerto de Corrientes, los vapores *Gualeguay* y *25 de Mayo*, dos buques viejos, que aunque no valían gran cosa, estaban armados de guerra.

López no tuvo paciencia suficiente para continuar soportando tanta deslealtad, como tal vez no la hubiera tenido ni el mismo Job revestido de la presidencia del Paraguay, y fué, sin duda, con ese motivo que mandó apresurar la declaración de guerra á la República Argentina, para cubrir su responsabilidad y anticiparse á ocupar el territorio que suponía estaría cedido de antemano al Brasil para hacerle servir como base de sus operaciones contra él, cual sucedió en plena paz en 1856.

Con ese propósito, y á fin de que la fuerza que iba á ocupar aquella ciudad no tuviese ningún entorpecimiento en su desembarco, López mandó cinco vapores con órdenes de apoderarse de los dos vapores ya mencionados. El 13, á las 7 a. m. llegaron á Corrientes, pasando de largo hasta la punta de San Sebastián, de allí regresaron colocándose uno de ellos, *El Paraguarí*, al costado del *25 de Mayo*, y el *Marqués de Olinda* al del *Gualeguay*. En esta disposición fueron ambos abordados tomando posesión de ellos, previo un vivo fuego de fusilería y algunos tiros de artillería, á que contes-

taron los argentinos con tibieza, sin duda, porque no esperaban un ataque tan de improviso.

Los dos vapores fueron llevados á remolque á Humaitá, con los tripulantes que cayeron prisioneros y que ascendían á unos 50 más ó menos. También cayeron en poder de los paraguayos unos 800 machetes, que se encontraron á bordo, los cuales fueron distribuídos en el batallón número 6.

Con la captura de los dos referidos vapores, vino á realizarse lo que el general Mitre buscaba. La noticia del hecho produjo en Buenos Aires el efecto de una bomba. Los porteños se reunieron y fueron en masa á ver al Presidente. Este después de haber escuchado los discursos que los manifestantes le dirigieron, les contestó con las siguientes memorables palabras:

«Señores:

« Después de la provocación lanzada, del in-
« sulto hecho á nuestra bandera por el tirano del
« Paraguay, vuestro gobernante no os puede deci-
« ros otra cosa, sinó que las proclamas y las ma-
« nifestaciones van á ser traducidas en hechos, que
« dentro de veinticuatro horas estaremos en los
« cuarteles, dentro de quince días en campaña y á
« los tres meses en la Asunción.»

No quiero discutir sobre la oportunidad de esta arenga para sostener y entusiasmar el espíritu belicoso del pueblo; pero el tiempo vino

á demostrar que no pasaba de ser una fanfarronada impropia en boca de un gobernante serio, que aprovechándose de los errores que en otró tiempo cometió el general Belgrano, respecto á las cualidades guerreras de los paraguayos, pudiera haber adquirido la experiencia necesaria para evitar de caer en los mismos. Pero él contaba con la alianza que le daba la ventaja no despreciable de tres contra uno; teniendo el mundo entero á su disposición para proveerse de cuántas armas quisiesen ó necesitasen.

Los vapores tomados á los argentinos, después de algunas reparaciones importantes en sus cascos, maquinaria, etc., fueron agregados á la flotilla paraguaya.

Al día siguiente del apresamiento de estos vapores, es decir, el 14 de Abril, el general Robles, á la cabeza de unos tres mil hombres, conducidos en cinco vapores, desembarcó y ocupó la ciudad de Corrientes. La población, en los primeros momentos, abandonada por las autoridades, se mantuvo completamente retraída, con las puertas cerradas, hasta que al fin algunos vecinos de los más caracterizados vinieron á ver á Robles, y éste les aseguró que las miras del gobierno paraguayo no eran otras, que librar al pueblo correntino del despotismo de Buenos Aires y que las personas é intereses de los habitantes serían respetados.

Con esta declaración, y la moderación ejemplar que se observaba en la conducta de las tropas, lla-

mando la atención y admiración de todo el mundo, la población empezó á dar señales de vida; el comercio, volvió á abrir sus puertas, y las gentes en general á entregarse nuevamente á sus faenas y ocupaciones diarias.

El mismo día entró en la ciudad una columna de caballería compuesta de 800 hombres, que atravesando el Paraná en el Paso de la Patria, marchó por tierra, siguiendo el camino real que conduce á la misma.—Esta fuerza llevaba por objeto cooperar con la infantería de Robles en la toma de Corrientes en caso que hubiera habido resistencia.

Todo esto sucedió un Viernes Santo.

A la prima noche de ese mismo día, y en momentos en que pasaba por frente de la casa de López la procesión del Sepulcro del Señor, según era costumbre entonces, con acompañamiento de un inmenso concurso del pueblo que iba á paso lento rezando en voz alta distintas oraciones tras del monumento, me ordenó que fuera á llamar al argentino Sr. S. que se hallaba alojado en el Club Nacional, hoy asiento del Poder Judicial. Vino en el acto y después que tuvo con López una larga conferencia, se retiró.

En seguida, me volvió á llamar, ordenándome que me preparara para acompañar al Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Berges, á Corrientes.

El Sábado 15 del mismo Abril partimos del puer-

to de la Asunción á bordo del vapor nacional *Mbotetey*, buque mercante armado en guerra, llevando la banda de música militar titulada *Para-í*, á las órdenes del Capitán Godoy (hoy coronel). Yo iba en calidad de Secretario y D. Antonio Záyas de escribiente del señor Berges. Acompañaban además á este varios otros ciudadanos, tales como D. José V. Urdapilleta, D. Miguel Haedo, el Dean Bogado, D. Ramón Marcos, el padre Sosa, etc. etc. que llevaban, según me dijeron, la misión de hacer propaganda en el sentido de levantar el espíritu del pueblo correntino que parecía receloso é indeciso para pronunciarse á favor de la causa del Paraguay. A cada uno se le entregó á su propartida buena suma de *Carlos IV* á fin de que pudiesen vivir holgadamente y gastar con liberalidad; pero los más eran unos *vejestorios* avaros, volvieron sin haber gastado ni un centavo, y sin haber hecho nada tampoco, excepto D. Ramón Marcos que, como pariente del Dr. Francia, era hombre de fibras, sagáz é intelijente.

A nuestra partida, López me entregó un pliego cerrado, con el encargo de entregarlo en propias manos al General Robles, tan pronto como hubiese fondeado el buque. Así lo hice el 16, día en que llegamos á Corrientes. Robles estaba alojado en la casa de gobierno; me hice anunciar y en seguida me recibió en la sala con mucha cordialidad. Después

de los cumplimientos de estilo, le entregué la comunicación, que la abrió y la leyó en el acto. Luego, tomando un aspecto risueño me dijo: «¿Y qué tal « Centurión? ¡Héme aquí convertido en Gobernador « de Corrientes! Estoy prácticamente viendo cuán « difícil es la tarea de un gobernador! Yo á parte « de mi cometido, tengo que estar sujeto á todas « horas á recibir á la gente que me viene á ver.» Todo esto dijo en tono serio-jocoso; pero me parecía el hombre completamente cambiado de cuando yo lo conocí en el Paraguay. Otro espíritu dominaba en él. Su aspecto, sus movimientos, sus maneras y palabras, manifestaban cierta soltura, cierta vivacidad, cierta libertad, que me llamó la atención extraordinariamente, concretándome á atribuir esa rápida metamórfosis al roce con gentes más civilizadas que aquellas con quienes estaba acostumbrado á tratar.

Evidentemente, el Mariscal López no quería tratar á Corrientes como un país conquistado, sino como un aliado, y así prescindió de establecer un gobierno puramente militar, como pudiera haberlo hecho, que respondiese directamente á sus miras.

Con tal propósito dispuso, salvando la forma, de modo que surgiera una especie de gobierno civil elegido por la voluntad de los principales ciudadanos de la capital correntina. Presumo que la nota ú oficio de que fuí portador, habrá contenido alguna

indicación al respecto. Y digo esto, porque al día siguiente al de nuestra llegada, fueron convocados á una junta los más conspicuos de la ciudad, siendo la reunión presidida por el mismo Robles que, en breves palabras, expuso que ella tenía por objeto proceder al nombramiento de un gobierno provisorio que debía regir la Provincia y con quien debía entenderse el Gobierno de la República.[1] Varios de los presentes hicieron uso de la palabra, entre ellos el Sr. Billinghurst, que fué el que estuvo más oportuno y al caso, atendidas las circunstancias del momento. Fueron propuestos y aceptados los señores Gaona, Cáceres y Silvero para constituir una junta gubernativa.

Una vez instalado el nuevo gobierno, inició sus trabajos dirigiendo sus esfuerzos en el sentido de apaciguar los espíritus en la campaña y de hacerse reconocer y acatar su autoridad.

Pero como no contaba con ningún elemento propio ni con la opinión pública, sus esfuerzos dieron un resultado negativo.—El único apoyo que tenía era el Comandante de las Lomas con su gente que no pasaba de unos ciento y tantos hombres. ¿Cómo, pues, exigir de un aliado en estas condiciones que reuna gente y contribuya con un contingen-

---

(1) La reunión tuvo lugar en el edificio denominado «*Sala de Comercio.*»

te á las operaciones de la guerra? Eso importaba tanto como pedir peras al olmo!

En todo caso conviene constatar aquí, que López no se ha presentado en el territorio argentino como conquistador, sino como aliado, defensor de una causa eminentemente americana, en oposición á la tendencia absorbente del Brasil que buscaba la reconstrucción del Imperio llamado á caer por la fuerza de las circunstancias, haciendo revivir la dinastía borbónica que tanta sangre ha costado destruir su dominación en la América.

El conde d'Eu, que es un principe borbón, entenado del Emperador que es Braganza, cuando se hizo cargo del comando en gefe de las fuerzas, no fué por cierto con la idea de destruir el poder de sus familias, sino de extenderlo y afirmarlo.

La República Argentina y la Banda Oriental que iniciaron la revolución de la independencia, han tenido el *alto* honor y la *gloria* de cooperar á la realización de esa idea de reconstrucción que importaba, por otro lado, su destrucción.—Gracias á la impopularidad del conde d'Eu, y á la propaganda de la idea republicana que ha hecho gran progreso después de la guerra, la política de la reconstrucción del imperio bajo la dinastía borbónica, ensanchándolo con nuevas adquisiciones territoriales, ha fracasado más pronto de lo que se esperaba. Este acontecimiento en nada in-

fluye para excusar la gravísima falta que han cometido las dos repúblicas mencionadas, aliándose con una monarquía de intereses opuestos, para destruir á una república hermana, tomando por pretesto la tiranía de López. Pero conviene no anticiparse á los hechos, para que no aparezcan extemporáneas las reflexiones á que éstos se prestan.

Más adelante, volveré sobre este punto; mientras tanto voy á continuar la ilasion de mi relato.

El Ministro Berges con su comitiva se alojó en la casa que fué del general Ferrer. Allí recibía diariamente la visita de las personas más conspícuas de la población. Todas ellas se retiraban muy bien impresionadas de las cualidades personales que distinguían el carácter del Sr. Berges, que, sin faltar á la verdad, debe ser conceptuado como una notabilidad paraguaya. Era lo que vulgarmente se llama un hombre de buena pasta. De genio dulce, pacífico é inalterable; su conversación era amena y agradable, salpicada con frecuencia de anécdotas y chistes, llenos de sal ática. Su cualidad distintiva era la modestia, la afabilidad y la bondad; le agradaba oir discutir, pero él nunca tomaba parte en la discusión. Decía amenudo: «me admiran los hombres que sa«ben discutir, yo confieso que no he nacido para la «polémica, no sé discutir.»

Recuerdo que un día, entre las personas que se sentaron en la mesa á almorzar, se hallaban pre-

sentes D. Miguel Rojas y D. Pepe Ramírez, entreriano y ex-cónsul argentino en la Asunción. El primero desempeñaba desde antes de la guerra el puesto de agente comercial del Gobierno en Corrientes, en cuyo carácter, en lugar de captarse la simpatía de los correntinos, se hizo odioso, mezclándose constantemente en los cuentos y chismes de las familias, poniendo en pugna á éstas unas con otras. Era uno de esos hombres de carácter raro y sumamente susceptible. Una palabra ó una sonrisa inocente era suficiente para darse por ofendido, á punto de parecerse á una planta sensitiva! De modo que andaba en choque con todo el mundo. El único que lo soportaba y con quien podía entenderse, era el Sr. Berges. Se ponía furioso, porque miraba como una especie de desacato, el que Záyas ó yo discutiese con él, ó no pensase del mismo modo que él. Al primero despreciaba porque no era sino un simple escribiente, y á mí, porque he sido años atrás discípulo de él, antes de la venida del profesor de matemáticas, Mr. Dupuy, según dejé consignado en el primer capítulo de estas memorias. Su encono subió á tal punto que no pudo resistir más á la sed de venganza que devoraba su corazón, y entonces había concebido la perversa idea de dirijirse á López, dándole los más desfavorables informes de nosotros, valiéndose para el efecto hasta de la calumnia. Más adelante me ocuparé de la consecuencia que

tuvo la infamia del Sr. Rojas.—El segundo, ó sea el Sr. Ramírez, se vanagloriaba con la amistad íntima que decía tener con el general Urquiza, y según me aseguraron, era el órgano de las correspondencias confidenciales que llevaba López con aquel personage.

A los postres, se suscitó entre los dos una viva discusión sobre un punto de historia contemporánea. Ni el uno ni el otro quería ceder, y ambos ofuscados en su acaloramiento, descendieron al terreno resbaladizo de las personalidades. El Sr. Ramírez más impetuoso y violento que su contrincante, le echó á este el guante, desafiándolo á batirse en la playa del Paraná á sable ó á pistola. Rojas recojió el guante, manifestando que estaba dispuesto á escarmentarlo en cualquier terreno. Entonces, el Sr. Berges, con su calma habitual, les dijo:—«Señores, yo no esperaba que ustedes hubiesen llevado la discusión hasta ese extremo. Yo no debo permitir que por cosa tan baladí, vayan ustedes á matarse, y debo exijir como lo exijo que, retirando cada uno las palabras ofensivas que se han dirigido, haya entre ambos una completa reconciliación.» Calmados los ánimos con la interposición de aquel hombre angelical, se dieron las manos los que pocos momentos antes eran víctimas del más exaltado arrebato.

Como un razgo de los sentimientos nobles del

Sr. Berges, debo consignar aquí el siguiente hecho que me consta personalmente:

En 1856, hallándose ya en el ejercicio de altos puestos públicos, viendo que un señor Cañete, que fué su primer maestro, se encontraba achacoso por su avanzada edad, y en su consecuencia vivía en una grande extrechez, le mandó dar quinientos pesos para que disfrutara á su nombre. Con ese dinero se instaló el ex-pedagogo en Itauguá con una pequeña pulpería, donde terminó sus días bendiciendo la mano generosa que le había proporcionado aquella protección. Donde vivía y tenía su escuela dicho señor Cañete, era en la casa que hoy es del Sr. Francou.

Berges era uno de los pocos hombres bien preparados para dirijir los destinos de la República, y no cabe duda alguna que si á la muerte del viejo López, el pueblo paraguayo hubiese gozado de libertad para elegir á sus gobernantes, hubiera sido él el designado por el voto unánime de sus conciudadanos. Debido, tal vez, á esta circunstancia se notaba que Solano López no le tenía mucha simpatía.

Uno de los triunfos más importantes que obtuvo el señor Berges en su carrera diplomática, fué en la reclamación que entabló contra el Gobierno del Paraguay la «*Compañía de Navegación de los Estados Unidos y del Paraguay*.» Con ese motivo fué enviado á los Estados Unidos de Norte América,

y allí, gracias á la energía, habilidad y tinó que desplegó, alcanzó el más completo éxito en la difícil misión que se le confiara. El fallo de los árbitros fué favorable al Paraguay, declarándose que no tenía éste que abonar á la compañía ni un centavo de indemnización.

De ida á Norte América, se hospedó en Londres en el *Great Western Hotel.* Muchas personas respetables estuvieron á visitarlo, entre ellas, el Dr. Alberdi, que representaba su país á la sazón con el carácter de Ministro Plenipotenciario. Yo me encontraba entonces en Londres (1860), y una tarde que estuve á verlo, me dijo: «he recibido muchas « visitas, entre éstas la del Dr. Alberdi, aquel hom« bre tan profundo y astuto!... »

Le acompañaban al Sr. Berges en su misión á Norte América, los señores D. Bernardo Ortallado y D. Antonio Záyas; el primero en calidad de secretario y el segundo de escribiente.

El carácter y genio de D. Bernardo se armonizaban perfectamente con el del Sr. Berges. Era amable, suave y apasible; su trato ameno y agradable. Hombre bastante instruído, y sobretodo buen latino y buen gramático. Berges decía de él: «El « Sr. Ortellado es un hombre que posee condición « especial para discutir. En el viaje ha hecho mor« der el polvo de la derrota á cuantos han discu« tido con él sobre lógica y gramática, en cuyos ra-

« mos es bastante fuerte. Verdad es que *solo el que « ha enseñado sabe*»,—refiriéndose á que el Sr. Ortellado fué profesor de latinidad por muchos años. Este tenía una gran fuerza de conversación; hablaba correctamente y en un tono persuasivo que encantaba; pero su estilo como escritor era insulso y cansado.

Entre las gentes que formaban la tripulación del *Mbotetey* que nos condujo á Corrientes, había un marinero de treinta y tantos á cuarenta años, natural de la Asunción, llamado De Las Llagas González, de oficio sastre, muy alegre y decidor; cuando niño había sido compañero del Sr. Berges.

Aprovechando la oportunidad del viaje, y convencido de que había de ser bien acogido, se presentó muy risueño delante de aquel, soludó cortesmente, y en seguida entabló con él una conversación en tono familiar, evocando en el curso de ella los recuerdos de la niñez, que, como se sabe, son siempre dulces y agradables. El Sr. Berges celebraba con visible satisfacción la relación que hacía el marinero de algunas travesuras de infancia que juntos habían realizado, y Las Llagas, al ver que aquel conservaba todavía frescos aquellos recuerdos infantiles, se animaba cada vez más, terminando con la siguiente reflexión: « ¡Pues, señor, lo que « es el destino! Vd. es Ministro y yo soldado de la « patria!... que vengo de conquistar Matto Grosso,

« y de bombardear y tomar por asalto á Coímbra!
« Y creo llegado ya el momento de descansar á *la
« sombra de la palma de la gloria!*... En cuanto á
« lo que aún queda que hacer, eso dejo á los de-
« más compañeros!... »

Todo esto dicho en un tono chusco y picarezco y con todo el ardor de un patriota convencido y orgulloso de sus hazañas, produjo á los circunstantes una hilaridad general. Sin embargo nadie se imaginaba lo que se proponía Las Llagas; pero el Sr. Berges, que era en medio de su mansedumbre bastante perspicaz, había comprendido lo que significaba aquella salida.

En cuanto la legación paraguaya estuvo instalada en Corrientes, pidió al capitán Meza, gefe de la flotilla, que le dejara en calidad de ordenanza para *cepillarle la ropa*, diciéndo á nosotros: *« voy á traer
« conmigo á ese Las Llagas para que descanse un
« poco el pobre, ha sido muy bueno conmigo cuando
« niño.»*

En efecto, Las Llagas era el bufón de la Legación paraguaya, y se hizo célebre por sus chistes y genio alegre entre las gentes del pueblo. Era, además, adorador insigne de Baco, así es que nunca dejaba concluir las botellas de bebidas para reemplazarlas con otras nuevas en el comedor. Un día el Sr. Berges manifestó cierta extrañeza al ver la rápidez con que se consumían las bebidas; pero á

renglón seguido observó con una sonrisa: « Ah, no « me acordaba que teníamos por acá á Las Llagas.» Este, que había estado trás de la puerta, oyó la observación del Sr. Berges, y dijo: « Sí, señor, yo « me aprovecho de los *restitos* que quedan en el « fondo, y que no llegan á un buen trago! »

Mediante este rasgo de generosidad y de bondad del Sr. Berges, Las Llagas descansó á la *sombra de sus laureles*, y salió con vida del gran drama de la guerra.

De los tres ciudadanos que formaban el triunvirato, el más competente por su ilustración para el desempeño del cargo, era indudablemente D. Víctor Silvero. (1) Era un hombre formado por sí mismo (*a self made man*, como diría un inglés), de maneras cultas y de palabra fácil. Como periodista, escribía con nervio y vigor; sus frases sonoras y vibrantes, manifestaban una profunda convicción en los principios políticos que defendía, fustigando con energía al Brasil y sus adherentes como enemigos de la tranquilidad y paz de los pueblos del Plata.

El Sr. Gaona, era un ciudadano á carta cabal, con las más sanas y honradas intenciones; pero por su avanzada edad é ideas algo retrógradas, era más

(1) Terminada la guerra, los Tribunales argentinos le siguieron un juicio criminal por traidor; pero él sin valerse de abogado, hizo una extensa y brillante defensa, desbaratando la acusación fiscal, y saliendo en su virtud absuelto.

propio para época más bonancible y tranquila que aquella en que le tocó la suerte de ser gobernante.

En cuanto á D. Sinforoso Cáceres, era un personage de absoluta nulidad; en la discusión de los negocios públicos, cuando afirmaba alguna cosa como una verdad incuestionable, hacía una *cruz* con el dedo pulgar y el índice, y la besaba! Excelente amigo de López y acérrimo partidario de la causa del Paraguay, como idéntica á la de las demás provincias argentinas, excepto Buenos Aires.

El General Robles, así que llegaron por tierra todas las fuerzas que componían la División del Sud ascendiendo á unos 20 ó 25 hombres, se puso en marcha siguiendo la costa del Paraná hacia el Sud, yendo á acamparse en el Riachuelo.

Muchas personas curiosas fueron á presenciar el desfile de aquellas tropas por la cercanía de la ciudad, volviendo llenas de admiración del porte marcial y del buen espíritu y entusiasmo que reinaban entre ellas.

Robles recibía casi diariamente comunicaciones y toda clase de recursos por el río, sin ningún entorpecimiento, porque hasta entonces la escuadra enemiga no se había presentado por esas alturas. El 28 de Abril se hallaba en Goya, bajo las órdenes de Gomensoro, que declaró desde esa fecha bloqueados los puertos del Paraguay, asegurando que cuando se encontrase con los vapores para-

guayos, los había de agujerear con sus balas como quezo, porque eran buques débiles improvisados de guerra, decía, mientras que los suyos eran verdaderos buques de guerra.

El General Robles, al marcharse de Corrientes, dejó en esta ciudad unos 1500 hombres al mando del Sargento Mayor José de la C. Martínez, siendo su segundo el capitán López, cuya fuerza estaba alojada en el Cuartel denominado *La Batería* al Norte de la ciudad. Tanto esta guarnición como los vapores nacionales surtos en el puerto, estaban á las órdenes del Sr. Berges.

Más tarde y á pesar de los laudables esfuerzos de éste, los soldados de Robles cometieron algunos abusos sensibles, que contribuyeron á hacer perder el prestigio que habían adquirido al principio,— abusos que después de la guerra se han tenido que cargar en cuenta á la nación, subiendo su importe á algunos millones, cuyo pago aún se halla pendiente. El Gobierno paraguayo en aquella época, gozaba de mucho crédito, y hubiera producido un magnífico efecto, si desde un principio hubiese adoptado el sistema de otorgar vales contra la nación á los propietarios de los animales vacunos y caballares que llegaba á precisar el ejército en campaña, y así se hubiera evitado las exajeradísimas reclamaciones que después de la guerra se han for-

mulado contra el país, con grave detrimento á su crédito y á su futura prosperidad.

El Coronel Thompson acusa en su obra á los paraguayos de haber saqueado los archivos del Gobierno de Corrientes, enviándose á la Asunción todos los documentos importantes, entre estos un mapa de la Provincia en que estaban delineados los Departamentos.

Lo del mapa me consta que fué enviado á la Asunción; pero de otros documentos no, aunque no quiero poner en duda que se haya cometido ese abuso, que todo espíritu imparcial debe condenarlo. La represalia que más tarde ejercieron los aliados en el Paraguay fué terrible; no solo saquearon los archivos de la República, que eran unos de los más abundantes de Sud-América, despojando así al Paraguay de muchos documentos importantes que contenía para la defensa de sus derechos, sino que sus soldados en *Piribebui* hicieron servir los legajos de *tizones* para hacer fuego!

Mientras todo esto pasaba en Corrientes, el General Mitre, activaba sus preparativos para ponerse en campaña, reuniendo gentes y organizándolas en cuerpos de ejército.

El General Urquiza hizo grandes promesas y manifestaciones de patriotismo, haciendo creer á los porteños que pronto marcharía con un ejército de

diez mil hombres á socorrer á los Correntinos. Pero todo quedó en aguas de borraja!

Los aliados, para iniciar la campaña contra las fuerzas paraguayas, habían acordado como punto de reunión la *Concordia*.

El General Urquiza, á su regreso de Buenos Aires, donde había asistido á la firma del Tratado Secreto de Alianza, se puso en marcha con diez mil hombres para aquel punto; pero así que llegó á Basualdo, hizo alto, y se adelantó solo, para ir á conferenciar con el General Mitre. En el camino y antes de llegar á su destino, fué alcanzado por un chasque que le llevaba la noticia de que casi todo su ejército se había desbandado. Con esa noticia volvió inmediatamente para cerciorarse de la verdad; convencido del hecho, resolvió licenciar el resto que le había permanecido fiel.

Con este motivo dirigió una nota á Mitre, dando cuenta de lo que había acontecido, comprometiendo en prueba de su buena fé y sinceridad, volver á levantar en el término de un mes, 12,000 hombres.

Efectivamente, dos ó tres meses después, consiguió reunir algunos miles de hombres; marchándose con dos mil de ellos á la Concordia, que ya la habían abandonado los aliados. Allí se le reunió el resto de su ejércíto, y marchó con dirección al cuartel del General Mitre; pero al llegar á Toledo se

repitió lo de Basualdo. Después Urquiza hizo otras tentativas para proporcionar tropas al Ejército aliado en la campaña del Paraguay; pero sin ningún resultado. Esos repetidos desbandes de las tropas, sin duda obedecían á la circunstancia especial de que el pueblo entrerriano no estaba dispuesto á servir de instrumento para llevar adelante los designios siniestros del Imperio.

Entonces Urquiza encontró á bien convertirse en abastecedor de los Ejércitos aliados, vendiéndoles vacas y caballos en grandes cantidades, con lo que llegó á aumentar inmensamente su fortuna.

Entre nosotros era general la creencia de que López contaba con el apoyo y la cooperación del General Urquiza para su campaña contra el Brasil. López llevaba correspondencias confidenciales con aquel caudillo aún antes de abrirse la campaña, sirviendo al efecto de intermediario el entrerriano y ex cónsul argentino D. José Ramírez, que se jactaba de ser un gran amigo del General Urquiza.

El Sr. Berges, en Corrientes, me dijo una ocasión: «Que no sería extraño que el General Urqúiza se »plegara al Ejército paraguayo cuando éste llegase »á las fronteras de Entre Ríos, siempre que se le »vislumbrase la posibilidad de volver á ocupar la »presidencia de la República Argentina, á que pare»cía tener mucha gana, y no creo que el Mariscal le »niegue su apoyo, para lograr ese fin, toda vez que

»en cambio ofrezca prestar su cooperación contra »el Imperio».

Sin embargo, si ha habido alguna inteligencia secreta entre Urquiza y López, parecía natural que algo hubiese este insinuado al respecto á Robles para acelerar la marcha del ejército hasta penetrar en la Provincia de Entre Ríos; pero según referencias de los que han hecho esa campaña, López parecía recelar de Urquiza más bien, que manifestar la menor esperanza en su pronunciamiento á favor de la causa del Paraguay.

En efecto, las instrucciones comunicadas á Robles el 26 de Mayo de 1865 por telégrafo desde la Asunción, contienen el siguiente párrafo: «Si acaso el »General Urquiza apareciese en su persecución, tra»tará de seguir el mismo movimiento, y solo acepta»rá un combate, cuando no pueda evitarlo, teniendo »presente de que cuando más lo traiga para acá, en »pos de sí, más lejos se retira de sus recursos, mien»tras que usted se aproximará y hasta podrá reu»nirse con nosotros».

Estas instrucciones contenían también indicaciones sobre el itinerario ó trayecto que debía seguir Robles en su movimiento de retroceso desde Goya hacia Corrientes.

Por otra parte, el Teniente Coronel Paulino Alen, en confirmación de lo que dejo consignado, expuso en su declaración á f. 162 vuelta del proceso de Ro-

bles, que «comprendía en el Brigadier Robles un »espíritu de miedo al General Urquiza de quien se »acordaba siempre en tono de recelo.»

El General Cáceres, uno de los gefes prestigiosos entre los gauchos correntinos, había reunido una fuerza como de 6000 hombres, y la junta gubernativa de Corrientes trató de conjurar aquel peligro, enviando ante aquel una diputación á objeto de invitarle á evitar el derramamiento de sangre proponiéndole la disolución de las tropas que había reunido á quienes se ofrecía un indulto completo; pero Cáceres miró con el mayor desprecio aquella intimación de parte de una autoridad cuya existencia á su juicio, no reconocía ninguna legalidad.

El General Robles, según queda consignado más arriba, estaba acampado con su ejército en el Riachuelo, y se puso en marcha el 11 de Mayo, llegando á Bella-Vista el 20. El Teniente Coronel de caballería D. José Maria Aguiar mandaba la vanguardia y sostenía continuas escaramuzas con fuerzas argentinas al mando del General Paunero que se había desembarcado en dicho punto hacía pocos días con algunos batallones que trajo de Buenos Aires.

Las fuerzas paraguayas llegaron hasta Goya, cuya vanguardia entró en dicha ciudad el 3 de Junio de 1865.

El General Paunero, informado, sin duda, de que en la ciudad de Corrientes no había sinó una pequeña guarnición y que el General Robles, por la distancia en que se encontraba, no podría facilitarle con tiempo ninguna protección, dispuso para Corrientes una expedición de cuatro mil hombres que los embarcó á bordo de diez vapores, 8 brasileros y 2 argentinos. El 25 de Mayo se presentó dicha escuadra en frente de la ciudad. Los buques brasileros tomaron posición en dirección de las calles como para barrerlas en caso necesario.

En cuanto tuvimos noticia de la aproximación de la escuadra, montamos todos á caballo. El Sr. Berges con todos sus acompañantes, el sargento Mayor Martínez, y varios paraguayos y correntinos, bajaron al puerto se y colocaron no á mucha distancia de la *Casilla*, á fin de observar bien el movimiento de la escuadra. Estando allí noté que se iba formando rápidamente un grupo bastante considerable en nuestro alrededor, de gauchos correntinos de fachas sospechosas que nos dirijían miradas muy significativas, como diciendo: «Ahora van ustedes á ver!» Unos pocos andaban á caballo y la mayor parte á pié. Parecían gentes que habían salido de algún escondrijo.—Uno de los amigos correntinos se acercó al Sr. Berges y le dijo:

— «Señor, no me parece prudente que V. E.

«continue acá, porque desde la escuadra nos están «observando con anteojos, y no es difícil que reco- «nociendo á V. E. se les antoje barrernos con un «metrallazo.»

Encontrando razonable esta observación, nos retiramos de allí á la Plaza 25 de Mayo. Ya de ida, á eso de la una y media p. m. observamos que dos de los vapores mas cargados de gentes ó tropas, se dirijían hacia una bajada que había en la barranca del. río un poco al norte de la *Batería*.

En cuanto se aproximaron allí, hicieron el desembarco de las tropas con mucha rapidez, sin que fuese posible impedir la operación por la poderosa protección que le prestaba con sus cañones la escuadra brasilera al mando del Vice-Almirante Francisco Manuel Barroso.

De los 4000 hombres que condujo esta, desembarcaron arriba de 2000 hombres con 2 piezas de artillería de campaña de á 6, comandada por el teniente de artilleria Tiburcio Ferreira da Souza. La organización de la fuerza argentina expedicionaria era la siguiente: El balallon 1° de línea comandado por el teniente Coronel Roseti; batallon 2.° por el teniente Coronel Orma; 3.° por el coronel Rivas; la Legion Militar, por el teniente Coronel Charlone; el 2.° escuadrón de artillería, por el comandante Joaquín Viejobueno; y el 3er. escuadrón de id., por el comandante Maldones.

Esta división iba al mando en gefe del General D. Wenceslao Paunero.

Los primeros que saltaron en tierra y entraron en acción, fueron los cuerpos al mando de Charlone y Roseti, y el último, el batallon 9 de infantería brasilera que se situó al lado del río.

A medida que subían sobre la barranca se desplegaban en guerrilla y dirijían sus tiros sobre el cuartel donde se hallaban alojados los paraguayos. Una de las primeras víctimas de éstos fué el centinela que cayó muerto de un balazo en el ojo izquierdo. El comandante Charlone, uno de los más fogosos de los gefes argentinos, sable en mano, á la cabeza de su legión, se lanzó contra la puerta principal del cuartel; pero fué vigorosamente recibido y rechazado, cayendo él, en pago de su temeridad, volteado de un sablazo en la cabeza que le asestó un oficial paraguayo. En seguida le rodearon unos cinco ó seis colonos que le seguían, quienes después de una lucha desesperada, consiguieron salvar á su gefe, saliendo ellos acribillados de balazos y de bayonetazos.

La escuadra, en seguida que atacaron al cuartel, empezó á hacer llover sus bombas sobre éste, obligando á los paraguayos á abandonarlo, peleando en retirada hasta un puente de piedras á corta distancia del edificio, camino hacia el pueblo. Allí se travó el combate brazo á brazo y pecho á pecho,

acreditando los reclutas paraguayos valor y firmeza, al extremo de arrancar la admiración de sus adversarios que hacían un esfuerzo heróico sin poder pasar dicho puente. En tan crítica situación, llegó el coronel Rivas á la cabeza de su batallón, y tomando en la mano una bandera, se arrojó á la carga sobre los que defendían aquel puente. Gracias á este vigoroso empuje que recibieron los combatientes enemigos, y el terrible fuego de los cañones de la escuadra que no cesó de dirijir sus tiros sobre el puente, el cuál quedó acribillado de metrallas, (1) consiguieron pasarlo.

Los paraguayos después de haber hecho prodigios de valor, destrozadas sus filas por el fuego abrumador de la escuadra y de la artillería de tierra, se retiraron á orilla de la ciudad hacia las Lomas.

Las bajas que tuvieron entre muertos y heridos, eran unos 400 hombres, y los aliados unos 360, entre ellos 4 gefes y 19 oficiales. También quedaron en poder de estos 2 piezas de campaña lisas.

Los paraguayos pelearon sin gefes, y casi puede

---

(1) El anotador de la obra de Thompson, que no da sn nombre al hablar del combate de 25 de Mayo en Corrientes, ha pretendido negar que la escuadra brasilera haya dirigido sus tiros sobre el puente. Se conoce que ese señor no ha estado presente y que ha estado mal informado. Si no fuera la poderosa protección de la escuadra, tal vez otro hubiera sido el resultado...

decirse, sin oficiales. La mayor parte de estos sucumbieron y fueron reemplazados en las compañías por cabos y sargentos que hacían pelear á los suyos con buen orden. El Mayor Martínez estuvo con el Sr. Berges en la Plaza 25 de Mayo durante todo el tiempo que duró el combate (hasta las 5 p. m.), y en cuanto á su segundo, el capitán Benigno López, se mantuvo en la torre del Cabildo, so protexto de avisar el movimiento del enemigo y anunciar las fases que asumía el combate! Comportamiento poco digno, por cierto; no obstante pasó y quedó así, sin duda, porque el mariscal lo habrá ignorado.

Así que nuestras gentes abandonaron el puente, el Sr. Berges y los triunviros se retiraron á la quinta del Sr. Gaona, en las Lomas.

El General Paunero se acampó con su ejército en la Plaza 25 de Mayo, y temiendo un ataque repentino de parte de los paraguayos que se mantenían en los suburbios de la población, dicen que dijo: «huir á tiempo no es cobardía», y antes de amanecer del día siguiente, se embarcó con toda su gente dirigiéndose aguas abajo con la expedición, y dejando insepultos los cadáveres de los suyos en el campo de acción!

Con la noticia de la evacuación de la ciudad por el enemigo que cometió abusos deplorables durante la noche, [1] vine junto con otros amigos á visitar el

(1) Vi algunas puertas, cuyas cerraduras fueron forzadas á balazos.

campo de batalla. Veíanse en el puente multitud de cadáveres apilados unos sobre otros de diferentes nacionalidades, presentando un aspecto horrible! Todos desnudos, porque las gentes pobres de la orilla de la población, los habían despojado de sus uniformes durante la noche.

Los argentinos se portaron en el combate con arrojo y bravura, y por una táctica enteramente nueva, puesta por primera vez en práctica, muchos de ellos fueron víctimas de las bombas y metrallas brasileras de la escuadra!...

El precipitado reembarco del General Paunero equivalía á una verdadera huida. No sé á qué plan obedecía aquel golpe de audacia. El temor de una sorpresa era infundado; desde que no había más gente que la que formaba la pequeña guarnición que sostuvo el combate, y el General Robles no podía dar la mano á Martínez por la distancia en que se encontraba.

Algunos gefes argentinos que formaron parte de aquella expedición como oficiales subalternos, con quienes he conversado sobre el ataque del 25 de Mayo, me han asegurado que aquella obedecía á un plan militar, el cual consistía, según ellos, en que los Generales Hornos y Cáceres tenían que concurrir por tierra con las fuerzas de su mando á cooperar con Paunero en la toma de Corrientes, y que, á consecuencia de no haberse hecho así, este se vió obli-

gado á abandonar la ciudad. Tales aseveraciones evidentemente carecen de fundamento, porque si fueran ciertas, se hubiera sometido á un consejo de guerra á los generales que faltaron.

El reembarco de las tropas de Paunero se efectuó con una precipitación y desorden tal que hubo hasta ahogados!

Es más creíble lo que aseguran algunos que la expedición de Paunero no fué sino una *gauchada* con el objeto de traer algunas familias de Corrientes, de algunos señores conspicuos afectos ó adictos á la persona del General Mitre; pues, á no haber sido así,—si su misión hubiese consistido en prestar auxilio y protección á todas las familias correntinas,—sus tropas no se hubieran entregado á todo género de abusos como lo hicieron, haciendo así resaltar la conducta ejemplar de moderación que observaron los paraguayos en aquella ciudad. (1) Nada de extraño que el invasor cometa abusos en un país enemigo; pero que lo hagan las tropas argentinas en su propio país, era inconsebible!

La cañonera inglesa, *Dotterel*, en viaje para la Asunción, estaba anclada en el Puerto de Corrientes cuando tuvo lugar el combate del 25 de Mayo. Se encontraba á bordo el entonces Secretario de la Legación Británica en Buenos Aires, Mr. Packenham.

(1) La junta gubernativa mandó levantar una sumaria información para constatar esos hechos.

Fuí presentado á él y al Comandante del buque, Mr. Johnson. Ambos me trataron con mucho aprecio, tanto más cuanto que pudimos conversar en su propio idioma, y estabamos de acuerdo en opinión sobre muchos detalles de las costumbres políticas y sociales de Inglaterra. Veinte y cinco años después, teniendo á mi cargo la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores en la administración del General Escobar, volví á encontrarme con el Sr. Packenham, en ocasión que pasó á la Asunción en 1889 con el carácter de Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña cerca del Gobierno paraguayo, á firmar un convenio adicional al tratado de Comercio que se había celebrado entre el Paraguay y la Gran Bretaña. En el acto me reconoció, y fué motivo de cordialidad y simpatía la renovación de nuestra antigua amistad con el recuerdo de aquella terrible época de la guerra.

Después de aquellos sangrientos sucesos, la Legación paraguaya, ó sea el Ministro Berges, con su séquito, continuó en la quinta del Sr. Gaona. Allí el comandante López de *Las Lomas* nos mandaba preparar con sus tropas unos riquísimos asados ó churrascos al asador; que constituían uno de los potages obligados en nuestro almuerzo. Los campesinos correntinos superan á los paraguayos en la especialidad de preparar y hacer ricos asados.

Iba á la ciudad casi todos los días, á veces solo,

y á veces acompañado. Recuerdo que en una de esas idas, fuí atacado por una jauria de perros bravos al cruzar un estero que había en la proximidad de la ciudad. Parecían lobos hambrientos que, según refieren, acometen con furia á los viajeros en los desiertos de la Rusia, ó al cruzar los Pirineos. Tuve que hacer uso del revólver para librarme del violento ataque de aquellos canes, que, haciendo causa común, declaraban una guerra sin cuartel á los que, á ciertas horas del día ó de la noche, pasaban por esos parages.

López manifestó su satisfacción por el comportamiento de los reclutas que guarnecían Corrientes el 25 de Mayo, confiriendo á su comandante, el mayor Martínez, la estrella de oficial de la orden nacional del mérito. Sin duda, no supo que éste no había asistido al combate y que las tropas de su mando pelearon solas, dando prueba de una rara disciplina.

La *orden nacional del mérito* fué creada el 8 de Abril de 1865, adoptando como modelo el decreto de Napoleón I instituyendo la de la Legión de Honor de Francia. La insignia consistía en una estrella de cinco puntas con un medallón en el centro, con la siguiente inscripción en el anverso: *Honori causa*, y en el reverso: *Præmium meriti.* Las estrellas de caballero y oficial se llevaban al costado izquierdo pendientes de una cinta roja con orillas de una cintita tricolor. La de *comendador*

se llevaba colgada del cuello de una cinta más ancha de los mismos colores. La *Gran Cruz* y *Gran Oficial*, se llevaban pendientes de una faja ancha de los colores nacionales cruzando el pecho de derecha á izquierda, ó de izquierda á derecha según sea.

Varios personajes extranjeros fueron condecorados con esta orden, y de esta manera fué conocida y hasta deseada por muchos en Europa. No hay ninguna disposición legislativa ó gubernativa que la hubiese abolido después de la guerra; pero de hecho ha quedado muerta, desde que los gobiernos que se han sucedido no han vuelto á hacer uso de ella para premiar el mérito ó la virtud. Cuando la exposición última de Paris, hubo grandes empeños de parte de los representantes del Paraguay para hacerla revivir. Nuestro cónsul general, el difunto D. Máximo Winsweiller, dirigió varias comunicaciones al Ministerio de Relaciones Exteriores, con razonamientos sólidos sobre las ventajas que podía resultar á los intereses del país, la distribución oportuna de dicha condecoración, dada la estimación en que generalmente tienen los europeos una distinción honorífica de ese género; conceptuándolo como una necesidaden aquella ocasión, á fin de abrir muchas puertas que aún permanecían cerradas para el Paraguay en Europa.

Pero estos esfuerzos se estrellaron contra la in-

vencible oposición de los que piensan que una condecoración es una institución aristocrática impropia de un país regido por una constitución democrática. Sin entrar á discutir esta idea, he pensado siempre que cualquier recompensa creada expresamente para estimular el ejercicio del trabajo y de la virtud, alentando el espíritu á la perseverancia y al valor, no puede ser nunca impropia de ningún país, sean cuales fueren las instituciones políticas porque se rige. Pero desgraciadamente allí donde reina la democracia plebeya, nada de noble, útil y elevado es posible.

Durante todo el tiempo de los sucesos de Corrientes, López continuaba dirigiendo la guerra desde la Asunción hasta el 9 de Junio fecha en que se trasladó á Humaitá en el vapor *Tacuary* acompañado de otros vapores nacionales cargados de gentes.

Antes de embarcarse, ó sea el 2 del mismo mes, dirigió á la Nación la siguiente proclama:

« Ciudadanos:

« El desenvolvimiento que va á tomar la guerra
« en que se halla empeñada la patria con la triple
« alianza brasilero-argentina-oriental, no me per-
« mite ya continuar haciendo el sacrificio de per-
« manecer lejos del teatro de la guerra y de mis
« compañeros de armas en campaña, cuando el
« orden público sólidamente afianzado en el país

« y el unánime entusiasmo de la nación me habili-
« tan á concurrir allí donde el deber del soldado
« me llama.

« Siento la necesidad de participar personalmen-
« te de las fatigas de los bravos y leales defensores
« de la patria, y dejo provista la administración pú-
« blica para que pueda ser debidamente atendida.

« Al separarme momentáneamente del seno de
« la patria, llevo la dulce satisfacción de que la ad-
« ministración general del Estado continuará sien-
« do servida con toda lealtad, dedicación y patrio-
« tismo con que los funcionarios públicos acostum-
« bran desempeñar sus deberes.

« Me asiste también la confianza de que todos los
« ciudadanos contribuirán incansablemente en sus
« respectivas esferas al éxito de la lucha en que la
« patria se halla empeñada; y para esto no es ne-
« cesario que todos empuñemos las armas, ni todos
« corramos á las filas, sino que todos cooperemos
« al bien de la causa común.

« Así debe constar del pronunciamiento uniforme
« con que la nación se levanta á pedir el desagravio
« de su honor ultrajado, la garantía de su existencia
« amenazada y el afianzamiento de sus derechos vul-
« nerados.

« La santidad de la causa que nos ha obligado á
« dejar nuestra vida pacífica y laboriosa, está en el

« corazón de cada ciudadano, y el Dios de los ejér-
« citos velará sobre nuestras armas.»

Asunción, 2 de Junio de 1865.

FRANCISCO S. LÓPEZ. »

CAPITULO VI

Combate naval del R'achuelo—El General Robles, su caída y muerte—Evacuación de Co·rientes—Regreso del Ministro Berges á Humaitá—Pasage del Ejército paraguayo al territorio nacional en presencia de la escuadra enemiga.

Una vez instalado en Humaitá, el mariscal López se dedicó á los preparativos para atacar de improviso y apoderarse de la escuadra enemiga que en los primeros días de Junio vino á fondearse frente al Riachuelo, un poco más abajo de Corrientes. Sin duda, le preocupaba la idea de dominar el río, cuya realización se imponía como una necesidad indispensable para poder continuar la campaña de Corrientes. A la verdad, la dominación del río era tan esencial, que sin ella, no era posible columbrar un resultado favorable á la campaña iniciada, porque anulaba uno de los elementos poderosos con que contaba el Paraguay para cooperar y facilitar la consecución del éxito de la misma: cual era la Escuadra nacional.

No sé si la concepción del plan de ataque fué ori-

ginal del Mariscal; algunos aseguran que le fué sugerido por el capitán de la *Dotterel*, Mr. Johnston. En lo que tiene de audaz y atrevido, hay que suponer que fuese suyo propio.

La escuadra brasilera se componía de los siguientes buques: el *Amazonas* (buque almirante), *Jequitinhonha*, *Belmonte*, *Paranahiba*, *Ipiranga*, *Mearin*, *Iguatemi*, *Araguay* y *Bibiribé*, montando toda ella unas 59 piezas de grueso calibre, con la correspondiente dotación de infantería.

El río Paraná en el Riachuelo es bastante ancho; pero está dividido en dos brazos por una isla, quedando el canal principal al lado del territorio correntino. Dicho canal es estrecho entre la isla y la barranca; más arriba es ancho como para permitir á los buques evolucionar fácilmente.

Los mencionados buques se hallaban escalonados en línea oblícua al lado del Chaco. Allí pasaban los días los comandantes paseando ó cazando en tierra, sin observar mucha vigilancia, sin duda porque no pensarían que los paraguayos se atreviesen á atacarlos con sus buques mercantes, que, comparados á aquellos, eran insignificantes cáscaras de nueces.

López, sin embargo, confiado en la pujanza de sus soldados, creyó posible apoderarse de ellos, atacándolos de improviso.

Al efecto mandó preparar una expedición com-

puesta de los vapores *Tacuary* (buque almirante) de ruedas, única cañonera que poseía el Paraguay, su Capitán Remigio Cabral; el *Paraguarí*, capitán Ezequiel González; el *Igurey*, capitán Alonso; el *Ipora*, capitán Domingo A. Ortiz; el *Marqués de Olinda*, capitán E. Robles; el *Jejui*, capitán.... el *Salto Oriental*, capitán Alcaraz; el *Pirabebé* capitán Pereira, y el *Iberá*, capitán Pedro V. Gill.

Todos estos buques, menos el *Tacuary*, eran mercantes improvisados de guerra, con ruedas al costado, excepto los tres últimos que eran de hélice. Sus máquinas estaban colocadas arriba del nivel de agua, y de consiguiente expuestas á las balas enemigas.

Acompañaban á esta escuadrilla seis chatas con una pieza de á 68 cada una. Estas cañoneras no tenían más capacidad que la necesaria para el cañón y los artilleros, y á penas salían un pié fuera de la superficie del agua. Estas chatas no podían navegar solas y eran conducidas por los vapores á remolque.

Quinientos hombres del Batallón 6 fueron embarcados en los vapores, como las gentes de más empuje para el abordage, distribuyéndose en cada uno de aquellos según su capacidad.

La inferioridad de los buques paraguayos y su armamento á los de la escuadra enemiga, es evidente, y de consiguiente no podía pretender batirse

con ésta á tiros desde la distancia. Y siendo el objeto de la expedición apoderarse de ella, López impartió á los comandantes las siguientes instrucciones: Presentarse al lugar donde se encontraba fondeada la escuadra enemiga al romperse el día, y pasando de largo más abajo de ella, volver acto contínuo proas aguas arriba, yendo á colocarse cada uno al costado de cada uno de los buques brasileros, y previa una descarga, abordarlos. Esta operación debía verificarse con toda la rapidez posible, de manera que los buques enemigos no tuviesen tiempo de ponerse en movimiento ni prepararse al combate, y que los paraguayos pudiesen combatir con ellos brazo á brazo, en la seguridad de que éstos entonces llevarían sobre sus contrarios una incontestable ventaja.

Una vez terminados los preparativos, que, por cierto, se hicieron muy á la ligera, olvidándose de aprontar algunos instrumentos indispensables para el abordage, tales como ganchos, escaleritas, etc. etc., partió la expedición de Humaitá á media noche.

Al llegar á las Tres Bocas, al *Iberá* se le zafó el tornillo del hélice, que fué mirado como un mal presagio. El capitán Meza, con este motivo mandó detener la marcha de la escuadrilla para procurar la reparación del accidente, perdiendo así inútilmente su tiempo casi hasta amanecer. Como

una de las circunstancias que debían de concurrir para asegurar el éxito de la expedición, era la de llegar al romper el día al Riachuelo, la prudencia aconsejaba al capitán Meza que previa consulta á los comandantes, hubiese postergado su marcha hasta el día siguiente, toda vez que ya no le era posible llegar á la hora indicada.

La consecuencia de esta imprevisión fué, que recién á las 8 y media pasaron por frente de Corrientes.

Acompañado de algunos amigos, vine esa mañana de las Lomas á la Ciudad, y pude presenciar desde la torre del Cabildo el paso de nuestra escuadrilla que llevaba una marcha a toda fuerza de máquina. Algunos correntinos que se encontraban á mi lado en la torre, no pudieron resistir al entusiasmo que les inspiraba aquella arriesgada y atrevida empresa, y exclamaron: Caracoles! que los paraguayos tienen . . . !

Así que acabaron de pasar, bajé precipitadamente de la torre, monté á caballo y corrí para el Riachuelo á presenciar aquel sangriento y memorable combate. Llegué en momento, en que iba pasando por frente de la escuadra enemiga el último de los vapores, el *Ipora*, y ví que al acabar de salvar la línea de ésta, volvía proa aguas arriba; pero sin duda, viendo que los otros que fueron por delante, faltando á las instrucciones que se les habían co-

municado, no hacían la misma evolución, siguió adelante á colocarse en fila con ellos abajo de la barranca, frente al Riachuelo.

Sobre una parte de esta barranca, más al sur de la Boca del Riachuelo, el Sargento Mayor Bruguez, (después General) había colocado 22 piezas de campaña sin parapetos ni ningún género de defensa. El calibre de estas piezas variaban de 4 á 18, y fueron llevadas del Paso de la Patria, llegando justamente á tiempo para utilizarlas.

La escuadra enemiga hostilizó á nuestra escuadrilla al pasar por delante de ella. Una bala cortó la soga de remolque de una de las chatas, y otra partió en dos la caldera del *Jejuí*, quedando de esta manera fuera de combate.

La escuadra brasilera, descubriendo desde la distancia á su frente sobre la parte más angosta del canal una batería respetable, reforzada por la escuadrilla paraguaya al lado, al pié de la misma barranca, empezó visiblemente á vacilar. El gefe de la escuadra, Almirante Barroso, estuvo turbado, según se supo después, y sin saber qué partido tomar. En trance tan apurado, el práctico correntino, Guastavino, le ofreció salvar la escuadra, forzando el paso por frente de la batería de Bruguez, y de la escuadrilla paraguaya. Barroso aceptó el ofrecimiento y lo tuvo como resolución, quedando de este modo convertido en almirante el vaqueano correntino. En seguida

rompió la marcha, ó más propiamente huida, el *Amazonas* y luego trás de él los otros, pasando á todo vapor por el canal angosto bajo el fuego de la batería y de la escuadrilla paraguaya, sufriendo todos ellos muchas averías. El Belmonte particularmente recibió varios balazos bajo la línea de agua que le invadía rápidamente, yendo á embicarse en la costa para evitar de irse á pique del todo. Cuando tocó fondo, ya estaba lleno de agua hasta la cubierta.

La *Jaquitinhonha* y la *Parahahiba* fueron los últimos que quedaron arriba, y como pareciera vacilar para emprender la *carrera*, la escuadrilla paraguaya se puso en movimiento para interceptarles el paso y apoderarse de ellas.

La primera, en cuanto vió eso, y aturdida por el vivo fuego de la bateria de Bruguez que le acariciaba de frente, varió de rumbo saliendo fuera del canal, y fué á bararse cerca de la barranca izquierda del río, frente mismo del sitio donde me encontraba. Allí fué blanco de la infanteria tendida sobre la barranca. Pero observando que las balas de fusil ofendían poco ó nada, indiqué al entonces Sargento Mayor Julián Godoy, la conveniencia de traer allí siquiera dos piezas de artillería para hostilizar con más eficacia á la *Jaquitinhonha* que no cesaba de hacer fuego sobre nosotros en medio de los más entusiastas *vivas* al Emperador y al Brasil, hasta la no-

che. [1] El costado de aquel buque que daba á la barranca, quedó hecho un cedazo, acribillado de las balas que le tiraron casi á boca de jarro los dos cañones mandados traer al punto por el mayor Godoy.

La segunda, sc pena de tener la misma suerte que la primera, se vió obligada á correr el peligro de seguir el ejemplo de sus otras compañeras que habían salvado el estrecho paso yendo á situarse á larga distancia de la isla y de la batería Bruguez, fué á trenzarse con el *Tacuary*, el *Marqués de Olinda* y el *Salto Oriental*. El primero de ellos consiguió atracarse al costado de la *Paranahiba;* pero solo dos hombres que se encontraban sobre la tambora de la rueda, pudieron saltar á bordo, sin que otros pudieran seguir su ejemplo, en razón de que el resto del casco del *Tacuary* quedaba retirado, como eran atural, á causa de la rueda del mismo, y cuando aquellos vieron que no podían continuar unidos los dos vapores porque no estaban enganchados, encontraron prudente volver á su propio buque, habiendo aprovechado los minutos que estuvieron en el buque enemigo para herir á algunos cuantos brasileros.

Sin embargo, el *Salto*, que era á hélice, no tuvo el mismo inconveniente que el *Tacuary*, y á esta razón fácilmente consiguió aparejarse á la *Paranahiba*, y al correr por el costado de esta, treinta y

(1) La tripulación de la *Jaquitinhonha* se portó heroicamente. Pelearon como bravos hasta la noche.

tantos paraguayos del batallon 6, saltaron dentro de ella, haciendo extragos entre los brasileros que, aterrorizados, unos se arrojaron al río y otros corrieron á ocultarse abajo de la cubierta. Dueños los paraguayos de la *Paranahiba* desde el palo mayor hasta la popa, arriaron la bandera imperial é izaron en su lugar la tricolor paraguaya en medio de los más estruendosos aplausos de los de allí presentes, de los demás buques y de los que se encontraban sobre la barranca. Pero en el momento en que comenzaban á dar dirección al buque con el manejo del timón, el *Amazonas* y otro vapor que se encontraban lejos más abajo, cobraron valor y vinieron á auxiliar á su compañera que se hallaba en un trance bastante apurado. Así que llegaron hicieron fuego con piñas sobre la *Paranahiba*, matando la mayor parte de los paraguayos que estaban á bordo. Entonces los brasileros que se habían ocultado, viendo que estos habían disminuido considerablemente, cargaron matando á unos cuantos, y el resto consiguió escaparse á nado.

Los paraguayos, según se vé, hicieron prodigios de valor en esa ocasión, infundiendo el empuje de sus brazos, la desmoralización y el pánico entre sus enemigos que eran ocho veces superiores á ellos en número, sin decir nada de la superioridad de los buques y de sus armas. Basta saber que á bordo de la *Paranahiba* había dos compañías del batallón 9

brasilero, al mando del capitán Pereyra que, junto con muchos otros, fué muerto.

El *Amazonas*, después que consiguió limpiar de paraguayos á la *Paranahiba*, dió al *Paraguarí* un proazo en el centro de su casco, viéndose este en consecuencia obligado á ir á embicarse en la costa de la isla del frente, desde donde continuó haciendo fuego. Sus tripulantes, ó restos de ellos, se salvaron por el Chaco, yendo á salir á Humaitá, así como de los otros buques perdidos, después de sufrir mil penalidades.

La caldera del *Marqués de Olinda* fué atravesada por las balas, y el buque fué arrastrado por la corriente hasta bararse en un banco donde quedó enterrado. La mayor parte de sus tripulantes murieron quemados y muchos de ellos á balas. El *Salto Oriental* que también tenía la caldera rota, tuvo igual suerte que la anterior.

El Capitán Meza fué mortalmente herido de una bala de rifle tirada desde la verga de uno de los vapores enemigos; pero el sargento Lucio León, vecino de Villeta, vengó su herida, volteando con un tiro certero de fusil al soldado brasilero que lo había herido.

Cuatro vapores paraguayos, con las máquinas muy maltratadas, se retiraron tranquilamente después de la accion, sin que los buques brasileros trataran de impedir su retirada. Fueron seguidos, pero

desde una gran distancia, por el *Amazonas*. El *Tacuary* iba más atrás para proteger á los otros que seguían adelante, y cuando este vapor detenía su marcha para dar tiempo á que aquellos adelantaran su retirada, el *Amazonas* hacía lo mismo. El *Pirabebé*, vapor á hélice, tenía una coliza de á 32, y áesta razón, el único que podía castigar la *tímida* osadía del *Amazonas*. Con este fin retrasó repentinamente su marcha y le largó sobre este un tiro, el cual fué suficiente para hacer cesar aquella persecución.

Los tripulantes de la *Jaquitinhonha* se escaparon durante la noche, abandonando todo abordo, excepto una pieza de Whitworth que echaron al agua á su retirada. López después mandó sacar y llevar todas las armas que quedaron abordo, asi como los libros y muchos otros objetos útiles para la navegación.

El comandante Robles (del *Marqués de Olinda*) fué recogido y llevado abordo del *Amazonas*, donde le amputaron el brazo que estaba hecho pedazos; mas él, en un arranque de indignación patriótica, desató y tiró las vendas, fuése en sangre y murió, diciendo: que prefería morir antes que vivir en poder de sus enemigos. El resto de los tripulantes del *Marqués* que quedó abandonado, fue recogido por la *Dotterell* en su regreso para Buenos Aires. Algunos se escaparon en balsas al Chaco con el Ingeniero Gibson, cruzando luego en una canoa que encon-

traron en el río y yendo á parar en el ejército del General Robles.

Era tan nutrido el tiroteo durante el combate que el agua del río parecía hervirse, como si fuera bajo la acción del fuego, por las innumerables balas de cañón y de fusil de todos tamaños que caían en ella. El concierto aterrador que producía el zumbido de estas al cruzar por el aire, siguiendo diferentes direcciones, era capaz de impresionar al más sereno de espíritu. ¡Qué música! Era la del infierno que acompañaba á aquella horrenda lucha con una variedad de escenas dignas para ser descritas por un Homero; pues había hombres que combatían con hachas, revólvers, espadas, bombas de mano y obuses, en las jarcias, sobre las redes y cubiertas de los buques abordados.

El valor heroico que desplegaron los paraguayos en este combate, hizo ver que eran dignos descendientes de aquellos gigantes que descubrieron, conquistaron y poblaron el Nuevo Mundo!....

La escuadra brasilera no se hubiera escapado de caer en poder de los paraguayos, si el capitán Meza hubiese sabido cumplir al pié de la letra las instrucciones que le fueron dadas; es decir, si en vez de seguir aguas abajo y situarse á la distancia, hubiese inmediatamente abordado á los buques brasileros en sus mismos ancladeros, privándoles así á estos de la inmensa ventaja de sus excelentes cañones

para combatir á tiros desde la distancia; ó, si hubiese seguido el consejo que le dió al Comandante Robles el Ingeniero del *Marqués de Olinda*, Mr. George Gibson, después que la escuadrilla nuestra se hallaba anclada bajo la batería del Mayor Bruguez.

Mr. Gibson, en la exposición que de órden de López hizo, la cual corre en el proceso del General Robles, y cuya copia exacta se registra en el Apéndice de este tomo, refiere que pasaron por delante de la escuadra brasilera y anclaron más abajo. (1)

«*El Tacuary*», añade, ancló un poco más abajo «que nosotros; yo estaba parado entre la máquina «hasta que fuí llamado por el Teniente Robles para «acompañarle en el bote y dar con él una vuelta al «buque para ver qué daños ha recibido. Encontra«mos varios agujeros de bala al costado de estri«bor sobre el nivel del agua; pero no de mucha «consecuencia porque era un poco arriba de la línea «de agua.

«El carpintero colocó allí un tapon lo mejor que «pudo. Entonces el comandante Robles ordenó á su «gente dirigieran la lancha á bordo del *Tacuary*, y «en él ví varios agujeros de bala en diferentes luga«res, y mientras estábamos allí procuré aconsejar al «Comandante Robles para decir al Capitán Meza de «echar á pique *dos ó tres buques en el canal estrecho*

(1) Véase el *Apéndice*.

«*del Riachuelo á fin de cerrar el canal á los buques*, «*de manera que podamos asegurar toda la escuadra* «*brasilera, pero él no quiso hacer*. (1) Dejamos otra «vez el *Tacuary* y en nuestra lancha nos dirijimos á nuestro buque.»

El único reproche, pues, que cabe hacer á la escuadrilla paraguaya, es el de no haberse apoderado de la brasilera; pero no por eso deben vanagloriarse los brasileros del resultado como de un triunfo, porque sometida su conducta al criterio imparcial de la historia, se hallará que ella ha dejado mucho que desear.

Thompson, hablando sobre el combate del Riachuelo, emite el siguiente juicio: «Los brasileros «celebraron esa batalla como una gran victoria, y el «emperador honró á Barroso, gefe de la escuadra, «con una cruz, haciéndolo *Barón das Amazonas*. «En cualquier otro país hubiera sido sometido á un «consejo de guerra, no solo por no tratar de cortar «la retirada de los vapores paraguayos, sino por el «rumor que corría abordo de su mismo buque sobre «su cobardía, donde se decía, que perdió completa«mente la cabeza, y que el piloto correntino fué el «verdadero gefe de la escuadra.» (2)

El Sr. Berges, á mi regreso del Riachuelo á la quinta del Sr. Gaona, ya muy tarde, me manifestó su resolución que, como testigo presencial de

(1) Las subrayas son mias.
(2) Guerra del Paraguay, p. 93 ed. de 1869.

aquel memorable combate, pasara á Humaitá á relacionar verbalmente al Mariscal López cuanto había visto aquel día.

Al día siguiente (12 de junio) acompañado de un soldado y llevando una nota para López, salí de mañana temprano á galope tendido hasta llegar á la orilla del Paraná que atravesamos en una canoa. A las 8 1|3 de la primera noche de ese mismo día llegamos á Humaitá. Avisado López de mi llegada, en seguida me hizo entrar á su presencia. Impuesto de la nota de que fuí portador, empezó á interrogarme sobre el combate del 11. Escuchó con interés y con marcada satisfacción los detalles del heroico comportamiento de los marinos y artilleros de tierra, y aunque no hacía traslucir ningún juicio respecto al resultado de aquella jornada, se conocía por el aspecto algo melancólico que por momentos asumía su fisonomía, que en el fondo estaba bastante contrariado.

El 13 recibí orden de López para regresar á Corrientes al lado del Sr. Berges, que seguía en las Lomas.

En esa misma fecha, por la mañana, hostilizada nuevamente por Bruguez, la escuadra brasilera que había vuelto á subir, sin duda para tratar de sacar á la *Jaquitinhonha*, puso piés en polvorosa, volviendo á pasar como antes á todo escape por debajo de la batería, sufriendo el vivo fuego de sus cañones.

El Mariscal López, satisfecho de la importante y activa participación que tomó el 2° Regimiento de artillería montada en la batalla del Riachuelo y el día 13, decretó una medalla con las inscripciones siguientes:—«*El Mariscal Presidente al 2° Regimiento de artillería montada. Riachuelo 11 y 13 de junio de 1865.*»

Enviaron algunos vapores con el objeto de procurar salvar los buques perdidos en el Riachuelo; pero solo se pudo salvar el casco del *Paraguarí*, que, como era de hierro, no fué devorado por el fuego que le prendieron los brasileros, quemándose unicamente el interior.

El *Paraguarí* fué construído en Inglaterra de orden del Gobierno, y reunía buenas comodidades para conducir cargas y pasajeros entre la Asunción y los puertos del Plata.

La maltratada escuadra brasilera siguió aguas abajo hasta cerca de Bella-Vista. Estando allí, el Comandante Bruguez recibió instrucciones de López para darle una nueva corrida. Sobre la manera en que dicho gefe dió cumplimiento á las órdenes de López, dejo la palabra al Coronel Thompson que concuerda con las relaciones que dieron los que se encontraron presentes en aquellas operaciones.

«En menos de dos meses», dice: «Bruguez, des«pués de haber recibido refuerzos y con ellos dos «cañones de á 32 marchó rápidamente, y pasando

«el punto donde se hallaba la escuadra brasilera; lle-«gó á Bella Vista, y estableció sus baterías en las «barrancas que tienen en ese lugar unos 40 piés de «altura. Cuando los brasileros, que habían sido «reforzados con dos vapores, supieron que se halla-«ba allí, retrocedieron y tuvieron que sufrir nueva «corrida; mantuvieron á toda su infantería sobre la «cubierta en las vergas para hacer fuego á los ene-«migos; pero siendo completamente dominados por «éstos á causa de la altura de la barranca, en vez de «causar daño sufrieron una tremenda pérdida de «hombres, porque los paraguayos tenían tres bata-«llones de infantería bajo las órdenes del Sargento «Mayor (después general) Aquino y barrían los «puentes con la artillería. Fondearon como seis «millas más abajo, y en la misma noche Bruguez, «haciendo otra rápida marcha, volvió á colocar sus «baterías más abajo; en un punto llamado *Cuevas*. «Los brasileros reconocieron el terreno y encon-«trando otra vez baterías volantes á su retaguar-«dia, retrocedieron de nuevo sufriendo otro baqueteo; «pero esta vez no se veía un alma sobre cubierta. «Todos se mantuvieron en la bodega, excepto la «tripulación del vapor argentino *Guardia Nacional* «(ex-paquete inglés *Camilla*) que se condujo biza-«rramente, contestando al fuego durante el pasaje. «Este segundo pasage por las baterías tuvo lugar «el 12 de Agosto.»

El Coronel Resquin que quedó en Màtto Grosso á la cabeza de la columna á su mando, fué repentinamente llamado á Humaitá. Pocos días después de su llegada, fué promovido á Brigadier General, y enviado á Corrientes en carácter de 2.° Comandante de la División del Sud.

Robles, que había ido hasta Goya, sin encontrar enemigos que le hicieran frente, recibió de López con fecha 26 de Mayo de 1865 instrucciones para retroceder, concebidas más ó menos en estos términos:

«Aunque no es necesario el concurso de las fuerzas «que Vd. manda para desalojar al enemigo de Co-«rrientes, aún cuando es lógico pensar que ese gol-«pe de mano sobre aquella ciudad, ha de ser en com-«binación con Cáceres y Reguera que han desapare-«cido de su frente, quizá con ese propósito, pero es «conveniente que en tal situación retroceda Vd., «con toda la fuerza de su mando, recorriendo la «costa izquierda de Santa Lucía á pasarlo en el paso «de San Roque, ó de Cáceres, cuatro leguas más «arriba, haciendo recogida de caballos entre Santa «Luçía y el Batel á distancia proporcionada y pru-«dente del grueso de su columna.» (1)

En dichas instrucciones, López le indicó el itinerario que debía seguir hasta llegar á San

(1) Proceso de Robles.

Antonio Mburucuyá ó á Saladas, dejándole en libertad para seguir de cualquiera de esos dos últimos puntos á Corrientes, como hallase más conveniente, en el supuesto de que entre uno y otro no hay sino un día de jornada. Se le recomendó con especialidad que no hicieran marcha forzada, pero que tampoco perdiera tiempo.

Robles, en lugar de cumplir esas órdenes en seguida, contestó con fecha 29 de Mayo del mismo año, diciendo que quedaba enterado de ellas, y que esperaba segunda orden para su marcha ó movimiento en virtud de haber cambiado ya la circunstancia del acontecimiento del 25 de Mayo en Corrientes; atendiendo que la escuadra había abandonado otra vez la ciudad, manteniéndose por el Riachuelo, según le había informado el Sr. Ministro Berges.

López, molesto por la falta de cumplimiento de sus órdenes, replicó con fecha 1° de Junio con el siguiente despacho:

« En este momento he recibido su despacho del « 29 á las 4 de la tarde, y viendo con sorpresa que « esperaba Vd. segunda orden para poner en eje- « cución mis órdenes del 26, y no habiendo dado « esa segunda orden, me apresuro á responder.

« El tenor de las disposiciones del 26 no dejaba « la libertad de postergar el cumplimiento de ellas, « ni se ha dado nueva orden, porque no era necesa- « rio, habiéndose previsto en aquella fecha todo lo

« que ha sucedido, y que ha motivado su resolución.
« Terminantemente le decía que no era necesaria la
« fuerza de su mando para desalojar al enemigo de
« Corrientes, y apuntaba otras consideraciones co-
« mo motivos de esa orden, y es así, que el aban-
« dono que el enemigo ha hecho bajo el pánico, no
« era bastante á alterar aquellas instrucciones y
« por lo mismo no he dado órdenes posteriores.»

Luego más adelante añade:

« El retardo de su movimiento frustra otros pla-
« nes que debía Vd. ejecutar en el trayecto que
« le estaba indicado, y sobre los cuales me propo-
« nía ordenar lo conveniente con la noticia de su
« movimiento. Hoy se hace tarde y tengo que
« renunciar á las ventajas que debía haber repor-
« tado.» (1)

Según se vé, Robles estaba sujeto á obedecer las órdenes de López maquinalmente, puesto que él ignoraba cuál era la causa á que obedecía el nuevo movimiento de retroceso que se le ordenaba, y como tenía un miedo cerval á Urquiza, tal vez haya creído que la idea era evitar un encuentro con este caudillo. Entre otras cosas, López le previno, que si acaso el General Urquiza apareciese en su persecución, tratara de seguir el mismo movimiento y solo aceptara un combate, cuando no pudiese evitarlo,

(1) Estos documentos obran en el Proceso del Brigadier Robles á f. 265, cuyas copías íntegras se podrán ver en el apéndice de este tomo.

teniendo presente que cuanto más lo trajese para acá, en pos de sí, más lejos se retiraba de sus recursos, mientras que él (Robles) se aproximaba y hasta podría reunirse con las fuerzas nuestras de retaguardia.

Nuestra vanguardia ha tenido algunos encuentros insignificantes con las partidas ó gentes del General Cáceres. En uno de éstos, cayó en poder de éste, prisionero, el Subteniente Marcelino Ayala, y por el pecado de haberse negado á llevar su espada contra sus compañeros, fué bárbaramente asesinado. Igual suerte le cupo al alférez Faustino Ferreira, que también había caído prisionero en poder de aquel gefe.

Robles llegó al *Empedrado* y permaneció allí hasta el 23 de Julio, fecha en que el General Barrios, á la sazón Ministro de la Guerra, recibió la comisión para ir á prenderlo en virtud de una orden general ó decreto que ordenaba su arresto.

En cumplimiento de esta triste comisión, se embarcó en el *Igurey* y se trasladó á aquel punto. Así que llegó al campamento, Robles, ignorante de todo, salió de su carpa y se adelantó á saludarlo tendiéndole la mano; pero Barrios con semblante ingestado, lo rechazó, y poniendo la suya en el pecho de aquel, le entregó una carta de López, diciéndole que se enterara de ella. Robles la tomó, la abrió y la leyó, y no bien hubo terminado, se quitó la es-

pada y la entregó á Barrios, quien en seguida lo hizo conducir bajo custodia abordo del *Igurey*, donde lo alojaron en uno de los camarotes con centinela de vista. Todos sus papeles fueron ocupados, y remitidos á Humaitá juntamente con él.

En este campamento fué alojado en una de las piezas de los edificios del Estado Mayor.

Su secretario, el Capitán Juan Francisco Valiente, mucho antes de la prisión de Robles, fué llamado á Humaitá, y después de algunos días de permanencia, recibió orden para presentar una exposición del desempeño del cargo que ha ejercido al lado de éste. Dicha exposición es bastante minuciosa, y hubiera dejado satisfecho de su conducta á cualquier hombre menos suspicaz que López; pero éste que había estado al corriente por informes de los ayudantes que mandaba á visitar los cuerpos de la División, por el Mayor Paulino Alen que habia reemplazado á Valiente en la secretaría y gefatura de la Mayoría y por el Mayor José D. Díaz (1), de las irregularidades del proceder de Robles que desde que puso los piés en Corrientes se había dado por completo á la crápula, ordenó la ampliación de la mencionada exposición, nombrando al efecto como Juez Fiscal y Secretario respectivamente al Coronel de la Escolta D. Felipe Toledo y al Teniente D. Manuel Antonio Maciel, hoy Teniente Coronel.

(1) Después General.

De esta manera fué iniciado el célebre proceso llamado de Robles, el cual constituye una fuente abundantísima de datos importantes sobre la campaña de Corrientes. No es posible escribir con exactitud sobre dicha campaña, sin tener á la vista el referido proceso que contiene curiosos é importantísimos documentos originales que dan luz sobre muchas cosas que han corrido ignoradas para la mayor parte hasta la fecha.

Fueron también reducidos á arresto, al mismo tiempo que Robles, sus ayudantes los subtenientes Manuel Gauna, Esteban Ramos, teniente Mateo Romero y honorario Gaspar Estigarribia, amanuence sargento Ezequiel Duré, soldado José Villalba y el alférez Andrés Maldonado.

El General Barrios, después de reducir á arresto al Brigadier Robles de la manera como queda explicada arriba, quedó ejerciendo el mando en gefe de la División del Sud por unos días, al cabo de los cuales, dejando en su lugar al General Resquin, regresó á Humaitá á dar cuenta detallada del cumplimiento de su misión.

A mi juicio, del proceso no resulta ningún hecho concreto que amerite la pena capital á que fueron condenados Robles, su secretario el capitán Valiente, el alférez Gauna y el soldado Villalba.

López, sin duda, ha querido cohonestar con la muerte de aquellos hombres, los desaciertos que

ha cometido en la dirección de la campaña de Corrientes, siendo una de las faltas graves contra él, la de no haberse asumido, desde el principio, el mando inmediato de aquella División, colocándose á la cabeza de ella.

Robles era de carácter enérgico, pero ignorante é incapaz para mandar con acierto un ejército tan grande, y sin duda la conciencia de estas circunstancias, que abatía su espíritu bajo el peso de una inmensa responsabilidad, lo había obligado á darse á la bebida. Aparte de esto, él no gozaba de libertad para nada y estaba constituído á obedecer maquinalmente las instrucciones que le trasmitía López, que tenía la loca y absurda pretensión de querer dirijir la campaña de Corrientes desde Humaitá ó desde la Asunción.

Uno de los hechos de acusación, entre varios otros, contra Robles, era el de haber aceptado la correspondencia de uno de los paraguayos traidores que se encontraban en las filas del enemigo, invitándolo á rebelarse contra el Gobierno de la República, é ir á incorporarse con los aliados y venir luego á libertar á la pátria!

En este sentido fueron recibidas en la División seis cartas de D. Fernando Iturburu (1), tres dirijі-

(1) D. Fernando Iturburu, uno de los gefes de la titulada Legión Paraguaya en el Ejército Aliado.

das á Robles y tres al comandante Aguiar, gefe de la vanguardia.

Robles contestó la primera diciéndole que cesara de escribirle, amenazando mandar fusilar al portador, cuyo borrador así como la carta de Iturburu, fueron remitidas á López. La última que recibió, envió á este por conducto del Capitán Valiente cuando fué llamado á Humaitá, solicitando venia para contestarla. López, después de algunos dias le observó que ¿por qué no había contestado ya cuando le constaba la ofensa que infería á la dignidad del Gobierno y de él mismo? Con esta respuesta ordenó al Comandante Alen que redactara la contestación, como lo hizo, la cual fue firmada por él y dirijida á su destino.

El Comandante Alen, á su llegada al campamento para reemplazar al capitán Valiente, sin duda por sugestión del mismo López, le observó al General Robles, que hubiera sido mucho mejor no haber aceptado ninguna correspondencia del enemigo sobre asuntos políticos, que solo competían al Gobierno, pero no á ningún gefe militar. Contestó diciendo que él ha dado cuenta de ellas, adjuntando las cartas originales á López.

Como ya había observado antes, el carácter de Robles, desde que pisó en Corrientes, sufrió una modificación; su espíritu llegó á adquirir un gran desarrollo en el sentido de la independencia, y parecía

dispuesto á sublevarse y sacudir la despótica coyunda de López.

Esta verdad está constatada en varios incidentes entre él y algunos ayudantes de López, su ordenanza el soldado Villalba y el mismo Comandante Alen.

Cuando éste se trasportó al campamento para hacerse cargo de la secretaría de Robles y Mayoría de la División, fué portador de la cinta y estrella de Comendador de la Orden Nacional del Mérito con que le había condecorado López, y á su llegada misma, en cumplimiento de tan honrosa comisión, fué á presentar dicho distintivo á Robles.

Mas éste, como en tono de duda, le preguntó: «¿A mí?...»

Alen le respondió:

«Sí señor,» alargándole la mano al mismo tiempo para entregarle la cinta de la condecoración; pero Robles, sin tomarla de la mano, le replicó en voz alta y airada con estas palabras:

«¡Yo no merezco, que se dé á mi hermano, él sí lo merece!...»

Entonces, Alen le hizo algunas reflexiones, azorado de la actitud enérgica y altamente inconveniente que asumía el General, diciéndole que no sería propio negarse á recibir aquella demostración de aprecio y estimación que le hacía el Mariscal, aparte de que las condecoraciones no se daban á los muertos sino á los vivos, aludiendo al hecho de la muerte

de su hermano Ezequiel Robles en el combate del Riachuelo.

El General, sin dar el brazo á torcer, alzó aún más la voz, repitiendo:

«¡No...! ya he dicho que no quiero, que se dé á mi hermano!!... »

Alen, para concluir con aquella escena que escandalizaba á cuantos se encontraban por ahí cerca, puso la cinta sobre la mesa y se retiró, dejando al General en una actitud pensativa. Como media hora después, le volvió á llamar reconviniéndole por haber salido fuera dela carpa sin previa venia de él, previniéndole que otra vez no lo volviera á hacer. En seguida le ordenó que se sentara á redactar el parte oficial para el Mariscal. Así lo hizo Alen, dejando el borrador al Sargento Duré para que se lo leyera al General cuando volviese á entrar, porque en aquel momento se encontraba fuera de la carpa. En efecto, así que entró, Duré se la leyó, y cuando oyó la expresión de gratitud que Alen creyó deber consignar con motivo de la condecoracion, se puso colérico, y lo hizo llamar inmediatamente. En cuanto se presento Alen, Robles le apostrofó diciéndole:

«¿No le he ordenado que no pusiera esto, no le he dicho que no lo merecía y que se diera á mi hermano?...»

Alen le contestó:

«Señor, había creído que el rechazo de V. S.

no fuese formal y solo efecto de su escesiva modestia, y si fueramos á consignar en la nota tal cual como V. S. quiere, eso importaría una reprobación al Gobierno de la República, lo que no sería propio de parte de un subalterno. Entonces Robles irguiendo la cabeza y en tono áspero dijo:

«¡Bueno, si no le gusta que me fusile!»

Sin embargo, parece que más tarde se calmó el hombre, y entrando en razón, mandó copiar en limpio la nota sin alterar nada, y la firmó.

Por la noche llamó á su ordenanza, el soldado Villalba, y le dijo:

«Toma esa cinta y llevala á guardar por ahí!»
«¿Qué vale esa porquería, para qué sirve eso?
«Cree acaso que á mí me va á alagar con semejante
«bagatela. Yo lo que quiero son vestuarios para
«vestir á esos pobres soldados que están tiritando
«de frío! ¿Qué importa que se pierda un hombre?
«y al fin y al postre no nos faltan armas!»....

Cuando llegó al campamento en asunto de servicio el ayudante de López, capitán Blas Rojas, fué á saludar al General Robles. Este en seguida le dijo que estrañaba que hasta ese momento el Mariscal no le haya enviado todavía los vestuarios que había pedido hacía tiempo. Rojas trató de calmarlo, diciéndole que tal vez al Mariscal se le haya pasado en medio de sus numerosas atenciones; que si quería, él (Rojas) podría recordarle de su pedido, ó tal vez sea

más conveniente que repitiera su solicitud. El General le contestó:

«No! no quiero que le diga nada, ni tampoco voy á solicitarlo de nuevo; que mande cuando quiera.»

En el proceso se le ha hecho severos cargos sobre todos estos puntos; pero él se concretaba en su contestación á manifestar, que no se acordaba ó que no estaría en el momento en su juicio, ó que los habría dicho estando bajo la influencia de la bebida, (porque se bebía *cogñac* todos los días desde que amanecía hasta que anochecía); que hacía esta confesión en obsequio de la verdad solamente, puesto que bien sabía él que, en lo militar, no le servía de ninguna escusa.

Otra ocasión recibió la orden para que marchase á ocupar la línea del San Lorenzo, previniéndosele que dejara á Bruguez, que se hallaba en Cuevas, dos batallones de infantería, dos regimientos de caballería y algunos cañones. Esta orden puso á Robles en *candela*, quejándose de que se le debilitaba su división en los momentos en que el enemigo, uniendo sus diversas partidas, podría presentársele en frente con un ejército de 16.000 hombres. «Está bien, dijo, ahora voy á dar orden de una vez que se esparzan todos los cuerpos de la división á diferentes puntos. Así estaremos mejor.»

Realmente, no tenía objeto aquella disposición de López, separando de la división de Robles los

cuerpos mencionados, toda vez que Bruguez, que se hallaba sobre la barranca, no corría peligro alguno de ser atacado por tierra; pero tampoco Robles estaba justificado en su exasperación contra aquella orden, desde que las fuerzas de su mando eran más que suficientes para destruir á las partidas enemigas á su frente, ya unidas ó ya separadas.

Robles era adusto y repulsivo, y trataba á las gentes de su mando con un despotismo que rayaba en crueldad, circunstancia que llegó á acarrearle la odiosidad de todo el mundo. Sin embargo, apesar de estos defectos personales y las faltas en que hubiese incurrido en el cumplimiento de sus deberes en el comando de la División del Sud, por su categoría y los muchos años de servicio prestado al país, merecía que fuese tratado con más consideración é indulgencia, sometiendo su causa al juicio de un consejo de guerra y dándole un defensor, en lugar de ser juzgado sumariamente, como lo ha sido.

López, por otra parte, hubiera hecho un acto de magnanimidad perdonándole la vida, así como á los demás que murieron con él, víctimas de tan cruel determinación.

A fin de que los que me lean tengan una idea concreta sobre los cargos fulminados contra Robles y los demás militares, los cuales sirvieron de fundamento á la sentencia de muerte que pronunció López contra él, su secretario, ayudante y ordenanza,

voy á permitirme trascribirla aquí. Sentencia con *resultancias* pero sin *considerandos*, ni citas legales que la justifiquen.

Cuartel General en el Paso de la Patria.

Enero 6 de 1866.

«Visto el Sumario: y resultando que el Brigadier «Ciudadano Wenceslao Robles ha faltado á los de«beres de su alta posición y á la confianza del Go«bierno desde el primer día que pisó el territorio «enemigo hasta su separación del mando de la Divi«sión de operaciones del Sud, privando á la Patria «de las ventajas que esa poderosa columna debió «prestarle en la presente lucha, esterilizando la ocu«pación de la Provincia de Corrientes, é imposibili«tando las operaciones ulteriores solamente porque «alejándose del recto sendero del patriotismo y del «honor militar, no ha cumplido las ordenes é instruc«ciones que han debido regular su conducta, y no ha «hecho más que contrariarlas en detrimento del ho«nor del soldado, del lustre de las armas nacionales «y en gravísimo perjuicio de la causa de la Patria, «y en provecho solo del enemigo, á quien en vez de «perseguir y destruir, no ha hecho sino darle tiempo «y fuerza moral para organizarse y crear los elemen«tos de que carecía al principio de la guerra, acep«tando la correspondencia de un traidor que, desde «las filas enemigas, le hacía proposiciones de traición

«para volver contra su propia Patria las armas «que para su defensa había confiado á la División de «su mando, sin que rechazara abierta y enérgica- «mente tan infame propuesta como cuadraba á su «honor y elevada gerarquía para no equivocar la «confianza de sus subordinados, y alimentar la espe- «ranza del enemigo como en el caso ha sucedido; «añadiendo á todo esto el tratamiento arbitrario, hu- «millante y opresivo que ha dado desde el primer «oficial hasta el último soldado que en esa campaña «ha caído bajo su mando, tratando de destruir el «ardor y espíritu marcial de las fuerzas nacionales «por vejámenes é insultos continuados é inmotiva- «dos, mientras le privaba la ocasión de escarmentar »al enemigo y afirmar el crédito de la División, les «prohibía hacerlo cuando esa ocasión se presentaba, «para después acusar con altanería de amilanados y «de ninguna esperanza los virtuosos soldados á «quienes acababa de imponer el duro sacrificio de «una campaña esteril; pero llena de abnegación «y de sufrimientos, ni siquiera ver sus armas respeta- «das, y para ir con su insubordinación y atrevimien- «to hasta calumniar é insultar á gritos al Gobierno, «felicitándose de su reprobación y desafiando á fusi- «larle, porque ofuscado con el sufrimiento y la su- «bordinación que las tropas nacionales le guardaban «por respeto á ese mismo Gobierno que provoca- «ba y al honor de la Patria, creyó tener para todo

«imperio absoluto sobre esos ciudadanos y poder ha-
«cerlo impunemente: y resultando también que el ca-
«pitán de infantería Juan Francisco Valiente, nom-
«brado Secretario del Brigadier Robles, desde el prin-
«cipio de la campaña y encargado de la mayoría de
«la División poco tiempo después, no ha hecho sino
«ocultar los criminales estravíos de su Gefe, de cuyo
« pleno é inmediato conocimiento jamás pudo estar
« ageno por el doble carácter que investía cerca de
« su persona y por la confianza especial que le me-
« recía por lo mismo que le secundaba, no habien-
« do servido en un puesto de semejante confianza y
« distinción, sino para autorizar la directa infrac-
« ción de mis órdenes, y cooperar á los fines de su
« Gefe, el Brigadier Robles, cuyas falsas participa-
« ciones redactaba guardando sobre ellas la más
« absoluta reserva y manifestándose todavía mez-
« quino en el proceso, lo mismo que el ayudante
« subteniente Manuel Gauna que contrastando con
« todos los testigos que deponen en esta causa, se
« ha contraído á elogiar los servicios, méritos y
« virtudes del Brigadier Robles, reagravando su
« culpabilidad, profanando su juramento, descen-
« diendo de su carácter de oficial y envileciendo su
« honor; y el soldado José Villalba que, con tenaci-
« dad pretendió ocultar muchos actos criminales
« que importaban el complemento de la causa de
« dicho Brigadier: Condeno al Brigadier Wences-

« lao Robles, al Capitán Juan Francisco Valiente,
« al Alférez Manuel Gauna y al soldado José Villal-
« ba á ser pasados por las armas. Y aunque, á ex-
« cepción del Alférez Estevan Ramos, ayudante
« del mismo Brigadier, los también Ayudantes Te-
« niente Mateo Romero y honorario Gaspar Esti-
« garribia, y Subteniente Andrés Maldonado y Ju-
« lian Escobar y amanuence Sargento Ezequiel
« Duré, debían tener conocimiento como han teni-
« do de los procedimientos criminales del General,
« á cuyas inmediatas órdenes servían, no han lle-
« nado el deber de denunciarlo por sí ó por otro:
« póngase en libertad al citado Alferéz Ramos y
« destínanse á los demás nombrados á servir al
« mando de otros oficiales, y póngase también en
« libertad á los demás individuos detenidos por
« esta causa, bajo severo apercibimiento, haciendo
« de Fiscal el Coronel de Caballería Ciudadano
« Bernardino Déniz, por ausencia del que ha enten-
« dido en la sustanciación de la causa; y no debien-
« do pasar inapercibida la suma indiferencia y cul-
« pable silencio que han guardado los gefes y ofi-
« ciales, cuyas declaraciones corren desde foja 156
« hasta 246, á excepción de los Tenientes Corone-
« les Alen y Díaz, sobre las graves causas que cada
« uno ha revelado tardíamente; y cuyo silencio los
« hace acreedores á demostraciones más severas,
« el Brigadier Resquin los hará comparecer y amo-

« nestar sériamente, particularizándose con el Te-
« niente Coronel Ciudadano José María Aguiar, á
« quien más que á otros cabía el deber de no silen-
« ciar faltas tan trascendentales por la posición del
« Gefe de la Caballería que componía la mitad del
« efectivo de la División, y á quien por lo mismo
« tocaba mas directamente velar sobre el lustre de
« las armas y el honor de los que las llevaban á su
« inmediato mando haciendo entender á todos de
« que una reincidencia será juzgada como oculta-
« ción maliciosa y sujeta á las penas de las orde-
« nanzas ». [1]

(Firmado)—LÓPEZ.
Silvestre Aveiro.
Escribano de Gobierno.

La falta de inteligencia, de idoneidad y pericia de los gefes encargados de dirigir las operaciones en países extranjeros, contra enemigos avesados en la guerra, en las intrigas y astucias políticas, fué la causa que entorpeció el progreso de las armas paraguayas en la campaña del Sud.

El Mariscal López no ignoraba la incapacidad de los hombres destinados á ejecutar los detalles y operaciones del plan que había concebido (si es que haya concebido alguno), y de consiguiente no debió haberse eximido de la necesidad imperiosa de colo-

(1) Copia exacta sacada del Proceso de Robles.

carse inmediatamente á la cabeza de los ejércitos de la República lanzados al territorio enemigo.

Su presencia, no solo hubiera inspirado á estos confianza y entusiasmo, sino á los mismos correntinos que se manifestaron adictos á la causa del Paraguay, y si, aunque fuera desde la distancia, hubiese ordenado á sus generales, como una medida necesaria, que pusieran en práctica hacia los habitantes de Corrientes una política de respeto, de miramiento y de consideración, todos ellos se hubieran inclinado á favor de aquella causa; pero en lugar de todo eso, que aconsejaban la razón, la conveniencia, la humanidad y la civilización, mandó hacer todo lo contrario: puso en práctica una política de arbitrariedades, de tropelías y de violencias, que solo sirvió para exasperarlos y reforzar con ellos las filas del enemigo.

La idea de dirijir la campaña desde Humaitá, como ya he observado más arriba, fué algo más que ridícula, fué absurda; así como hubiera sido la del General Mitre, si este se hubiese propuesto dirigir la guerra en el territorio paraguayo desde Buenos Aires.

¿Qué sucedía?

Que Robles, en la imposibilidad de obrar sin órdenes é instrucciones para todos los casos, se las pedía á Humaitá; pero mientras las recibia, se presentaban otras circunstancias que, ó las hacían incon-

venientes, inaplicables ó innecesarias, ó exigían nuevas disposiciones para poderlas llevar á ejecución con provecho y ventaja. Robles, por otro lado, ignoraba cual era el plan de campaña del Mariscal, y se veía en la triste situación de andar ejecutando órdenes maquinalmente, sin poder apreciar su mérito é importancia.

De este modo se pasaba el tiempo inútilmente sin adelantar nada; desapareciendo gradualmente con esa lentitud y con inútiles marchas y contra marchas, aquel espíritu de entusiasmo y decisión con que salieron las tropas, y que fué lo primero que debió haberse logrado con operaciones y maniobras rápidas que no hubieran dado tiempo ni lugar al enemigo para reunir y disciplinar un ejército poderoso, capaz de hacer frente al nuestro.

Sin embargo, por dos ocasiones, estando ya en Humaitá, se dispuso el Mariscal López á salir á campaña, convencido, sin duda, de estos inconvenientes y de la necesidad cada día creciente de mandar en persona los ejércitos en operaciones; pero las dos ocasiones tuvo la culpable debilidad de ceder á las instancias y persuaciones de Mme. Lynch, apoyadas por el Obispo Palacios y el General Barrios, para no abandonar á su hijito Leopoldito que no gozaba de buena salud (y la patria, ¿gozaba entonces de buena?), y que además no tenía *para qué*

exponer su vida, teniendo generales que hicieran sus veces!...!

¡No es, por cierto, el primer ejemplo en la historia del mundo que una mujer sea causa de la pérdida de una causa y de la desgracia de un hombre y de una nación!

Por eso, razon tuvo Breton de los Herreros en los versos siguientes que puso en boca de Quevedo en la comedia que lleva por título: *¿Quién es ella?*

....
....

«En todo humano litigio—
¡No hay remedio!—
A no obrar Dios un prodigio,
Habrá faldas de por medio:
Danza en todo una mujer,
Casada, viuda ó doncella;
Luego el hito está en saber
¿Quién es ella?»

....
....

«Si ves hecho polvo el muro
Que fué Troya,
Merced al griego perjuro
Y á su bélica tramoya,

Suspende el fallo severo
Entre esta nación y aquella
Hasta que te diga Homero
¿Quién es ella?»

CAPÍTULO VII

Expedición al Uruguay—Organización de la fuerza expedicionaria en Villa Encarnación—Campamento en Pindapoi—Estigarribia nombrado comandante en Gefe de aquella fuerza y el Sargento Mayor Pedro Duarte su 2°—Escaramusas de la vanguardia con las partidas correntinas al mando de los coroneles Paiva y Reguera.—Pasage del Ejército en *Hormiguero* con violación de las órdenes de López—Las guardias de Paiva y Reguera tomadas por sorpresa en *Guavirami*—Triunfo en Mbutuy—Estigarribia marcha de *Itaqui* —Nuevas instrucciones de López—Paso de los Libres—*Yatay*— —Duarte prisionero—El General Flores amenaza fusilarlo—El Coronel Magariño lo salva—Atrocidades con los prisioneros paraguayos—*Uruguayana*— Inacción de Estigarribia — Contestación enérgica de éste á la primera intimación—Negociaciones—Rendición—Plan de campaña de López difícil de saber—Razones explicadas—Responsabilidad de López ante la historia—Evacuación de Corrientes.

El 15 de Abril de 1864, López envió al Sargento Mayor D. Pedro Duarte (hoy General) á la Villa Encarnación con instrucciones de organizar una fuerza de 10.000 hombres de las tres armas, y que desde luego de ida, hiciera el reclutamiento de los vecinos hábiles para el servicio militar en los Departamentos de *San Cosme*, *Bobí*, *San Pedro del Paraná*, *Del Carmen*, *Encarnación*, *Jesús* y *Trinidad.*

Así lo hizo, dejando ordenado á las autoridades respectivas para que hiciesen entrega de todos los alistados el 4 de Mayo próximo. En efecto, el día indicado estuvieron todos los reclutas reunidos en la Villa, dándose principio inmediatamente á la organización y disciplina de ellos, formando los cuerpos mencionados en estas memorias, al tratar de la fundación del campamento de Cerro León.

El 16 de Enero de 1865, el Mayor Duarte recibió orden para trasladarse al otro lado del Paraná con todo su ejército y establecer un campamento en la costa del arroyo *Pindapoi*, cuya orden fué inmediatamente puesta en ejecución, haciendo el pasaje del río en fracciones de á dos mil hombres.

Estando allí acampado, llegó el 27 de Abril, el Teniente Coronel Antonio de la Cruz Estigarribia, con instrucciones de López de hacerse cargo del mando en gefe de aquel ejército, quedando á sus órdenes como 2° el Mayor Pedro Duarte.

El 5 de Mayo, es decir, 22 días después de la toma de Corrientes, en medio del mayor entusiasmo, se puso en marcha aquella columna compuesta de 10.000 hombres decididos de las tres armas, llevando 5 piezas de artillería calibre 3 y 5, y un obus de á 10, 20 canoas sobre ruedas para pasaje y 30 carretas con víveres y otros útiles. Se dirijía al Uruguay á operar sobre ambas márgenes de aquel caudaloso río.

Después de algunas escaramusas en distintos parages de la vanguardia al mando del mayor Duarte con las gentes á las órdenes de los Coroneles Paiva y Reguera, en las que estos han sido siempre corridos, llegaron á la orilla derecha del Uruguay.

Estigarribia tenía orden de pasar este río en el Paso de los *Garruchos*; pero él, contrariándola, sin razón que lo justifique, verificó el pasage de sus tropas en *Hormiguero*, frente al pueblo de San Borgita, 14 leguas mas abajo. Esta circunstancia dió lugar á la acción de *Mbutuy*, en la que una vez más probaron los paraguayos á sus adversarios la pujanza de sus brazos, consiguiendo uno de los triunfos más brillantes que registran las páginas de la historia de la guerra del Paraguay.

Con la noticia de que el mayor brasilero Asunçao, á la cabeza de unos 500 hombres, arreaban á los vecinos del Paso de los *Garruchos* con todos sus animales, obligándolos á pasar al otro lado del Uruguay, Estigarribia, para proteger su retaguardia y garantirse contra una sorpresa, despachó una columna de 400 hombres al mando del capitán de caballería José del Rosario López, con orden de impedir el pasage denunciado y perseguir á la fuerza brasilera que lo hubiese verificado. Con la marcha de avance que llevaba Estigarribia, el capitán López quedó atrás muy lejos, sin que fuese posible ofrecerle oportunamente ninguna protección, y á su regreso para vol-

ver á incorporarse al ejército, aprovechándose el enemigo de esta circunstancia, le salió al encuentro, en número más ó menos de 3500 hombres. La pequeña fuerza paraguaya fué atacada de improviso al romper el día. Rechazados los brasileros, cargaron sucesivamente once veces hasta las 11 del día, siendo cada vez rechazados con grandes pérdidas. Cuando llevaron la última carga, solo había un resto de 60 y tantos paraguayos sanos, pero bastantes para hacerles morder el polvo de la derrota, quedando dueños del campo de batalla.

El resultado de tan reñida acción, fué de parte de los paraguayos unos 300 y tantos hombres fuera de combate entre muertos y heridos; y de parte del enemigo, de 800 á mil!

El Mariscal López, complacido con el comportamiento de los paraguyos en *Mbutuy,* mandó á su gefe, el capitán López, el despacho de Sargento Mayor.

El Emperador del Brasil, justamente indignado por la conducta de su ejército, ordenó que fuesen sometidos los gefes que lo mandaban, á un consejo de guerra, á fin de que explicaran cómo 400 paraguayos han podido derrotar á 3500 brasileros! Siento no poder citar los documentos oficiales que constatan este hecho, por no tenerlos á la mano; pero no por eso es menos exacta la relación que dejo consignada.

Después del pasage del Uruguay, Estigarribia dió orden á Duarte para que en adelante marchara paralelamente á la columna de su mando.

En este orden avanzaron, yendo á acamparse el primero en *Itaquí* á la margen izquierda del Uruguay, Provincia de Río Grande, y el segundo, al otro lado del arroyo *Aguapey*, cerca, del pueblo de la *Cruz*, Provincia de Corrientes.

Estando aquí el Mayor Duarte, supo que los coroneles Paiva y Reguera, arreaban, á la fuerza, á las familias y vecinos de esos lugares, tratándolos con bastante rigor. Entonces, con la actividad que le distinguía, se propuso llevar á cabo una operación de sorpresa contra aquellos dos gefes, el cual dió un feliz resultado: cayeron en su poder tres guardias avanzadas con 76 hombres entre oficiales y tropas y diez y siete carretas con familias.

Aquellos fueron desarmados y dejados en libertad, y á estas dieron de comer, entregando á cada una, pasaporte de resguardo para que no fuesen molestadas por fuerzas paraguayas.

En la noche de ese mismo día, como consecuencia de la desmoralización que hizo cundir el golpe, el ejército correntino á las órdenes de Paiva y Reguera se desbandó yendo unos á sus casas, y el resto, en número de más de 300, se presentaron al amanecer al gefe paraguayo, dejándolos también libres para

hacer lo que quisiesen; ó seguir al ejército paraguayo ó retirarse á sus domicilios.

La operación que dió este resultado fué muy sencilla: El teniente de infantería, D. José Zorrilla, con 200 hombres de su arma, montados á caballo, se dirigió por la vía de los *Tres Cerros* y llegó al paso público del arroyo *Guavirami*, á las 6 de la mañana del día 21 de Julio, y el Mayor Duarte, en persona, á la cabeza de unos 400 hombres de caballería, tomó el camino de la costa del *Uruguay* para darle protección en caso necesario, logrando así, con la sorpresa, el más completo éxito sin ningún sacrificio.

Estigarribia tenía instrucciones de López, que una vez verificado el pasage de sus fuerzas en el Paso designado, (el de los *Garruchos*) fuese á establecer su campamento en *Itaquí*, haciendo corridas hasta el río *Ibicuí*, sin avanzar más allá. El Mayor Duarte que tenía á su mando 2500 hombres, tenía que acamparse en las inmediaciones de la *Cruz*, haciendo corridas hasta *Aguapé*, sin ir más allá.

Estigarribia, haciendo caso omiso de estas instrucciones, y llevado de los consejos del padre Blas Ignacio Duarte que le servía en calidad de director, y de otros que le rodeaban, resolvió levantar su campamento de *Itaquí*, lo mismo que Duarte de donde estaba, y ambos se pusieron en marcha, el uno para la Uruguayana y el otro para el Paso de los Libres.

Parece, sin embargo, que Estigarribia comunicó

á López su nueva determinación, explicando, sin duda, las razones que para ello había tenido; por que el 28 de julio de 1865, ya después de haber pasado el río *Ibicuí*, y estando en marcha, recibió, por conducto del Teniente Joaquín Guillén, nuevas instrucciones en las que le dijo:

«Ya que no ha cumplido mis órdenes, y ha pa-«sado el *Ibicuí*, se le ordena nuevamente continúe «su marcha hasta Uruguayana, donde se hará de «víveres y en seguida pasará á tomar á *Alegrete*, «previniéndole, como antes, de no acampar dentro «de las poblaciones para evitar así el peligro de ser «sitiado por el enemigo.»

El Mayor Duarte, en virtud de estas mismas órdenes, tenía que avanzar hasta el Paso de los Libres.

El Mariscal terminó diciendo que lo esperaran por ahí hasta que se pusiese él (López) á la cabeza del Ejército de Robles, reservándose hasta entonces, comunicarles nuevas órdenes. [1]

Estigarrabia se mantuvo recalcitrante á estas instrucciones, y en prueba de ello, se metió en la *Uruguayana* y no volvió á salir más de allí.

Por aquel entonces, ya los brasileros tenían reunidos en varios puntos como 30.000 hombres á las órdenes de los generales Canavarro y Barón de Yacúy.

---

(1) Datos dados por el General Duarte.

Conceptúo un error de López la división de las fuerzas de Estigarrabia en dos porciones para operar sobre el Uruguay. Ya que tuvo la imprudencia, y puede decirse, la temeridad, de comprometer la suerte de una columna compuesta de excelentes tropas, lanzándola en territorio extranjero sin base, apoyo ni protección de ninguna clase, con todas las dificultades de comunicación que ofrecen la distancia y la mala condición de los caminos, á lo menos debió haber evitado el inexcusable error de debilitarla con la división, dejando de por medio un gran río, cuya disposición concedía no poca ventaja al enemigo para poderla batir por partes como lo hicieron, máxime cuando ellos contaban con la inmensa superioridad de poseer perfecto conocimiento del terreno que pisaban; lo propio no sucedía con los paraguayos, que recorrían comarcas poco menos que desconocidas á ellos. Unidas y concentradas dichas fuerzas, hubieran sido casi invencibles, en igualdad de proporciones, en una batalla campal.

La Concordia era el punto de reunión, y puede decirse, de organización de las fuerzas aliadas. El General Mitre al organizar el ejército argentino que estaba destinado á hacer la campaña contra el Paraguay, en cumplimiento de lo acordado en el art. 7° del Tratado Secreto de Alianza de 1° de Mayo de 1865, admitió en las filas una Legión compues-

ta de los paraguayos emigrados que se encontraban en Buenos Aires desde hacía años. Aquellos, dejándose llevar por la farza de que la guerra era contra el tirano López y no contra el Paraguay, mancharon su frente con la imborrable estigma de la traición, empuñando las armas contra su propia patria. Duro es decirlo; pero tendrán que vivir mal mirados de todo el mundo, aún de los mismos que los han empleado; porque como dice Perez Galdós: «la traición es una mancha que no se cubre ni se borra». La más terrible condenación que Cristo ha lanzado durante su paso por el mundo, ha sido contra la traición: «¡Ay de aquel por quien «el hijo del hombre será entregado: mejor le fuera al «tal si no hubiese jamás nacido!» Sófocles, que vivió 500 años antes de la era cristiana, la condenó en estos términos: «Más quiero salir perdiendo con «el buen obrar, que obtener la victoria obrando con- «tra la patria.» Tito Livio, en su historia, dijo: «En el traidor nada hay jamás sincero.» Y Tácito en sus Anales: «Todos los medios son buenos «y plausibles en defensa de la patria; ¡ay! de los que »empuñan las armas contra ella bajo cualquier pre- «texto que sea!»

Ellos se dejaron engañar, como he dicho, con la farza de que la guerra no era contra el pueblo sino contra el Gobierno del Paraguay ó sea contra López, calificado de *perturbador* haciendo *imposible* la paz

de los aliados, es decir, de todo un imperio y dos repúblicas; pero esos desgraciados paraguayos no advirtieron que no era López, sino el Paraguay, el que estaba condenado á pagar los gastos de la guerra que se le hacía, con grandes porciones de su territorio y con más de cien millones de pesos oro (art. 14 del Tratado de 1865). Algunos de ellos echaron de ver el engaño y se retiraron; pero los demás, aferrados en su error, continuaron, y á veces eran los primeros que derramaban la sangre de sus hermanos que, con indecible heroicidad, defendían el suelo patrio contra sus enemigos.

Reasumiendo la ilación de mi relato, prosigo diciendo que los aliados, estando acampados en la *Concordia*, recibieron informes detallados de la fuerza de Estigarribia, de su estado y del objeto más ó menos que llevaba; y comprendiendo que realizado ese objeto que, ellos suponían consistiría en ofrecer su apoyo al partido blanco para un levantamiento contra Flores,—sería para ellos (los aliados) de muy graves consecuencias, resolvieron inmediatamente detener el progreso de ella á la Banda Oriental.

Al efecto el 28 de Julio de 1865, el General Flores, militar osado y activo, formado en medio de la anarquía de las guerras civiles, partió de la *Concordia* á la cabeza de una fuerza de 3.600 orientales. 1000 argentinos y una brigada brasilera de 4

batallones y ocho piezas rayadas, llevando el propósito de reunirse á una división argentina de 4.000 hombres con 24 bocas de fuego, al mando del General Paunero, cuya reunión tuvo lugar en la aldea de Santa Ana el 13 de Agosto.

Todas estas fuerzas ascendían á más de 10.000 hombres, bien armados y equipados.

De Santa Ana prosiguió Flores su marcha con dirección á la *Restauración*, sita á la orilla derecha del Uruguay, frente á la *Uruguayana*, ubicada en la orilla opuesta del mismo río. En esta última población, según dije más arriba, se hallaba á la sazón Estigarribia acampado con su ejército fuerte más ó menos de 8000 hombres.

En Sta. Ana, Flores adquirió la noticia de que el Mayor Duarte se encontraba entre los ríos *Ombucito* y *Yataí*, con una fuerza aproximativa de 2500 hombres armados de fusiles de chispa y sin artillería, dispuesto á defenderse hasta el último; sus avanzadas llegaban hasta el arroyo *Capiikyré*, frente á frente con las de los gefes correntinos Paiva, Madariaga y Reguera, que pasaron á constituir la vanguardia de Flores después de su incorporación con Paunero.

El Mayor Duarte, por su parte, supo por unos *bomberos* que había despachado, que venía contra él el General Flores á la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas, cuya noticia comunicó á

Estigarribia, como era de su deber, el 10 de Agosto; pero este, en lugar de tomarla en consideración, se puso á criticarlo con su director, el padre Blas I. Duarte, tratándolo de tímido y flojo y que andaba con paños tibios con el enemigo porque les temía, mientras que ellos hacían lo posible para perjudicarlo.

Flores, con la noticia que tuvo de la fuerza y posición de Duarte, viéndose con la ventaja de una considerable superioridad de fuerzas y armamentos, se dió prisa á encontrar al gefe paraguayo. El 16 de Agosto se avistaron las vanguardias de uno y otro ejército. Duarte en persona á la cabeza de 700 hombres con guerrilla desplegada, practicó un reconocimiento, enterándose de las fuerzas y elementos de que disponía el enemigo.

Duarte, que se hallaba entre los expresados ríos ó arroyos, por más que hubiese querido, no podía operar una retirada en frente del enemigo para evitar una acción tan comprometida, porque también hay que saber que Flores tuvo el cuidado y la previsión de colocar, á su llegada misma, en la otra parte del *Yataí*, dos mil ginetes á la orden del General Madariaga, cosa de comprometer á Duarte á todo trance á un combate.

En tales circunstancias, éste dió parte de su apurada situación, pidiendo á Estigarribia protección, sea efectuando el pasage durante la noche

con toda su gente, ó tan siquiera, enviándole la mitad; á cuyo efecto ordenó al mismo tiempo al Alférez Lugo para que con 18 canoas se pusiese á la disposición de Estigarribia en la Uruguayana. Pero Estigarribia, llevado de antipatía personal hacia Duarte, atribuyó la demanda á cobardía, sin importarse de mandarle el auxilio solicitado.

En esos momentos se hallaba en el río un pequeño cañonero á vapor, que recorría de día vigilando el movimiento de los paraguayos, pero de noche iba á fondear al lado de una isla á distancia de 1/2 legua del Paso de los Libres. Duarte, días antes de la llegada de Flores, propuso á Estigarribia capturarlo, abordandolo de noche con su gente conducida en canoas; pero aquel gefe, que desde un principio no se disponía hacer ánada, no aceptó la proposición.

Sea como fuese, Flores, sin pérdida de tiempo, al amanecer del 17 de Agosto, llevó el ataque al centro de Duarte, Paunero con sus fuerzas formaba el ala izquierda, y Goyo Suarez con la caballeria de su mando la derecha, rompiendo al mismo tiempo en cooperación un vivísimo fuego 30 y tantas piezas de artillería rayada! Los paraguayos se batieron como leones; pero á pesar de sus heróicos esfuerzos, sucumbieron al peso de la enorme desproporción de número y elementos, no, sin embargo, antes de ha-

ber hecho sentir á sus adversarios su pujanza é intrepidez.

El Mayor Duarte se portó con bizarría; pero tuvo la desgracia de caer prisionero, debido á una rodada que dió su caballo.

Resultado: 1600 paraguayos, más ó menos, prisioneros, muchos de ellos ó la mayor parte heridos. Los demás quedaron muertos sobre el campo de batalla. Los aliados tuvieron como 1500 hombres fuera de combate, entre ellos algunos gefes de importancia.

Después de esta batalla tan desproporcionada, 4 contra 1, el General Flores refirió á sus colegas aliados, que los paraguayos se habían batido heróicamente, y que para vencerlos, necesitaban, lo menos, 3 hombres por cada uno de aquellos. Esta opinión sujerida por la experiencia, importa una ratificación del pensamiento del gabinete imperial que había necesitado hacerse de dos *aliados* para lanzarse á la guerra: ¡3 contra 1! Sin embargo, no por eso fué menos costoso el triunfo, ni duró menos tiempo la guerra.

Los aliados después de terminado el combate, mancharon sus armas con atrocidades inauditas que la pluma se resiste á referir, y á esta razón, dejo la palabra al *Evening Star* de Londres, fecha 24 de Diciembre de 1865, que dió la noticia en estos términos:

« *Yatay* es un nombre que recuerda un senti-
« miento de horror á todos los que han visto el
« campo de batalla, después del 17 de Agosto. ¡Era
« un espectáculo horrible! *Mil cuatrocientos* para-
« guayos yacían allí sin haber recibido sepultura:
« los más de ellos tenían las *manos atadas y la ca-*
« *beza destroncada.* ¿Cómo había sucedido esto? Es
« que habían sido hechos prisioneros y, después de
« haber sido desarmados, fueron degollados y aban-
« donados en el campo de batalla, mientras que
« los más jóvenes fueron distribuídos como esclavos
« entre los gefes.»

Sobre esta última parte decía el *Pueblo* de Buenos Aires fecha 25 de Octubre de 1865: « La esclavitud « es el presente que estos desgraciados han recibido « de la *cruzada libertadora!*»

Aquellos actos de barbarie y crueldad constituyen una ignominia perdurable para el gefe que comandaba las fuerzas aliadas en *Yataí.*

Cuando Duarte cayó prisionero, en seguida fué conducido á presencia de Flores. Este, después de haberle llenado de insultos é improperios, le ofreció 4 balazos, sin duda, por el *crimen* de haber cumplido bizarramente con su deber; pero Duarte le contestó sin vacilar y con entereza: «*Los recibiré como de sus manos, General!*.... La prontitud y energía con que fué dada esta contestación, mereció calurosos aplausos de parte de las gentes que se

habían agrupado en esos momentos al rededor del héroe de *Yataí*, llevadas de la curiosidad de verlo y contemplarlo. Gracias á la interposición del Coronel Magariño, ([1]) oriental, que le había prometido sobre el campo de batalla salvarle la vida, Duarte se libró de la saña de aquel general; de lo contrario, tal vez hubiera aumentado con una víctima más la hecatombe de *Yataí*!

Duarte, después de dos días y medio sin probar alimento, rodeado de 12 centinelas en una guardia al mando del Mayor Retolaza, fué conducido á Buenos Aires. Allí lo tuvieron en el Cuartel del Retiro noventa y dos días preso, al cabo de los cuales, á solicitud del mismo, fué puesto en libertad, dándole por cárcel ó residencia la Provincia del mismo nombre. Mientras permaneció en el Retiro, fué atendido y tratado con toda consideración por el Gobierno Argentino que le mandó proporcionar ropas y otros objetos que necesitaba.

Con el desastre de *Yataí*, Estigarribia se vió perplejo, y en su perplejidad, perdió completamente el tino. No le quedaba otra salvación que una rápida retirada. Parece haber tenido un momento de inspiración en este sentido; pues, la intentó, saliendo con sus fuerzas fuera y presentando batalla á Canavarro, que, como siempre, la esquivó. En-

(1) Medió por Duarte, comunicando á Flores al oído el compromiso de honor contraído con aquel.

tonces Estigarribia, en lugar de proseguir su retirada, cometió la fatalidad de volver á encerrarse en la *Uruguayana*, contra la expresa orden de López; sin duda, no se habría animado á ejecutar la operación que se hacía difisilísima en presencia del enemigo.

Debo advertir que aquella ciudad fué fortificada y guarnecida por el General Canavarro con 8000 hombres antes de ser ocupada por el gefe paraguayo; pero á la aproximación de las fuerzas paraguyas, creyó prudente evacuarla precipitadamente, dejando á Estigarribia dos piezas de campaña y muchas provisiones de boca.

Los aliados que ya han conseguido despejar de enemigos la margen derecha del Uruguay, y envalentonados con el triunfo que acababan de alcanzar, aunque á precio de no poco sacrificio, se pusieron en marcha sobre la *Uruguayana*, llevando por el río de protección una flotilla de 4 cañoneras al mando del Vice-Almirante Visconde de Tamandaré. A su llegada establecieron el cerco de la ciudad con todos los ejércitos que llevaron, los cuales ascendían á unos 20.000 hombres y 42 bocás de fuego, sistema moderno.

En tales circunstancias, hicieron su intimación á Estigarribia. Este, aconsejado por los ciudadanos orientales Zipitría y los hermanos Salvañach que se le habían agregado, dió una contestación noble y enérgica cual correspondía á la columna que man-

daba, y la que, sin duda, habrá sonado muy mal al oído de los gefes aliados.

Estos entonces pensaron que con la artillería de que disponía, podrían derrumbar la plaza sobre Estigarribia, matando á toda la guarnición, con un bombardeo de dos días desde un punto que estuviera fuera del alcance de los cañones paraguayos. Resolvieron, pues, que cuando todas las piezas estuviesen en posición, hicieran dos cientos ó tres cientos disparos á objeto de aterrorizar á los paraguayos; luego suspender el cañoneo, y enviar á Estigarribia una segunda intimación, á la que, según creencia general, no resistiría.

Mientras todo esto se hacía, las provisiones de la guarnición iban escaseando. Ya habían dado fin á las vacas, y empezaban á comerse los caballos. De modo que la situación de Estigarribia empeoraba de día en día; pero él en lugar de tentar algún medio de salvación aunque fuera con sacrificios, y echando tan pronto al olvido las sublimes palabras en que iba expresada su contestacion, recordando las de Leónidas en las Termópilas, las que se conocía que no eran la expresión de su corazón, se dirijió al General Mitre diciéndole que las condiciones que se le habían propuesto hasta entonces, no eran aceptables, pidiendo en conclusión que se abriera de nuevo la negociación!

Mitre no le hizo caso, y siguió con los preparativos

para el asalto á fin de intimarle nuevamente rendición, en la íntima persuación del más completo éxito.

El 17, Estigarribia mandó construir balsas con intención de atravesar el río en ellas y en las canoas que tenía, y escaparse así de un desastre seguro. Pero el hombre pensó tarde. Esa operación tal vez hubiera dado resultado, si inmediatamente despuès del combate de *Yataí*, la hubiese realizado; pero en aquella fecha, ya el enemigo tenía apostada la flotilla en frente de la *Uruguayana*, donde había podido subir mediante la gran creciente del rio, y además tenía tropas en la margen opuesta, para impedir que pudiese llevar á cabo el proyectado escape.

La manifiesta inacción de Estigarribia, que se hacía notable, para buscar una salvación á costa de cualquier sacrificio, se explicaba por el temor á las responsabilidades en que había incurrido, desobedeciendo las órdenes de López.

El 18 de Setiembre, los aliados tomaron sus posiciones de ataque, y á las 12, el Barón de Porto Alegre envió á Estigarribia la siguiente nota de intimación:

«*Cuartel General de Comando en Gefe del Ejército,*
«*cerca de las trincheras de la Uruguayana, 18 de*
«*Setiembre de 1865.*

« La prolongación del riguroso sitio en que se
« hallan las fuerzas bajo el mando de V. S. debe-

« rá por cierto haberlo convencido de que senti-
« mientos meramente humanitarios retienen los
« Ejércitos aliados en operaciones en esta Provincia,
« delante del punto del territorio que V. S. ocupa.
« Estos sentimientos que nos aminan y que siempre
« nos dominarán, cualquiera que sea el resultado
« de la guerra á que somos llevados por vuestro go-
« bierno, me obligan á representar á V. S. que den-
« tro del plazo de dos horas van á comenzar nues
« tras operaciones. Toda proposición que V. S.
« hiciere, que no sea la de rendirse las fuerzas de su
« mando, sin condiciones, no será aceptada, visto
« que V. S. repelió las más honrosas que le fueron
« ofrecidas por las fuerzas aliadas. Cualquiera que
« sea, sin embargo, su resolución, debe V. S. espe-
« rar de nuestra generosidad el tratamiento de
« acuerdo con las reglas admitidas por las naciones
« civilizadas.

Firmado—«*Barón de Porto Alegre.*

«*Al Sr. Coronel Antonio Estigarribia, Comandan-*
«*te en Gefe de la División Paraguaya, sitiada en*
«*la Uruguayana.*»

Estigarribia contestó con las siguientes proposiciones:

« 1ª El Comandante de la fuerza paraguaya en-
« tregará la División de su comando desde sargento
« inclusive abajo, guardando los Ejércitos aliados

« para con ellos, todas las reglas que las leyes de la
« guerra prescriben para con los prisioneros.

« 2ª Los gefes, oficiales y empleados de distin-
« ción saldrán de la plaza con sus armas y demás
« bagajes, pudiendo elegir el punto adonde quieran
« dirijirse, debiendo el Ejército Aliado mantenerlos
« y vestirlos mientras dure la presente guerra, si eli-
« gieran otro punto que el Paraguay, debiendo ser
« de su cuenta, si prefiriesen á este último punto di-
« rijirse.

« 3ª Los gefes y oficiales orientales que están en
« esta guarnición al servicio del Paraguay, queda-
« rán prisioneros de guerra del Imperio, guardándo-
« seles todas las consideraciones á que sean acree-
« dores.

«*Sitio de la Uruguayana*, Setiembre 18 de 1865.»

Firmado—*Antonio Estigarribia.*

Los gefes aliados, después de conferenciar bajo la carpa del Emperador del Brasil, acordaron conceder y admitir la 1ª y 3ª condición sin restricción alguna. En cuanto á la 2ª, la admitieron con la modificación, de que los oficiales de cualquier categoría entregarán sus armas y tendrán el derecho de elegir un lugar para su residencia que no sea el territorio del Paraguay.

A las 4 de aquel día todo estaba terminado. Estigarribia entregó su espada al Ministro de la

Guerra brasilero que se hallaba presente con el Emperador.

En seguida desfilaron las tropas rendidas cabizbajas por entre el Ejército Aliado y por delante de sus generales.

Tal fué el doloroso fin que tuvo la expedición del Uruguay.

La noticia de tan triste y trascendental suceso, le arrancó á López copiosas lágrimas.

El golpe no era para menos. La fuerza moral y material, la base que servía de sostén á todas las esperanzas de la campaña, de esa campaña abierta con tanto entusiasmo como precipitación, fué destruída del día á la noche, y con ella desaparecieron todas las ilusiones que acompañaban al probable éxito de tan gigantezca empresa.

Cuando el Sr. Berges, en Corrientes, recibió la noticia, quedó pensativo un largo rato, y luego exclamó: «¡Cómo estará el Mariscal, aquel hombre tan orgulloso, al saber tan triste suceso, y que es un rudo golpe á la causa del Paraguay!»

Los prisioneros tanto de la *Uruguayana* como los que cayeron en *Yataí*, contra las reglas del derecho de la guerra entre naciones civilizadas, fueron obligados á empuñar las armas contra su patria, aumentando con ellos considerablemente el efectivo del Ejército aliado. Este es uno de los abusos que bajo ningún concepto ó principio puede te-

ner excusa, y puede decirse que es la peor y, la más fea mancha que registra y registrará la historia en la guerra llamada del Paraguay con los aliados.

El General Mitre podrá decir cuanto quiera de López; pero los cargos que éste le ha formulado en su nota de 20 de Noviembre de 1865 desde Humaitá, no los ha levantado en su contestación, y á esta razon continuan en pié. Con esta observación no quiero decir que el mismo López, con posteriodidad, no se haya hecho culpable igualmente de actos de inhumanidad; pero temo que la conducta de los aliados al iniciarse la guerra, le haya dado pié para ello en la mayor parte de los casos respecto á prisioneros.

Creo llegado el momento oportuno de preguntar: ¿Cuál fué el verdadero plan de campaña que se propuso López á desarrollar en la provincia de Corrientes, y cuál fué el *rol* que estaba destinado á desempeñar la columna de Estigarribia en combinacion con la División de Robles?

He aquí dos cuestiones que constituyen un problema de difícil solución para todos los que, de buena fé, se propongan investigar y narrar la verdad de los hechos.

El Mariscal López, cuyo egoismo y desconfianza no conocían límites, observaba la más rigurosa reserva en todas sus determinaciones, y cuando tenía el buen humor de hacerlas saber, no era nunca en

busca de nuevas luces ó de mejor parecer (puesto que él estaba en la firme creencia que ningún otro en el país era capaz de concebir mejores ideas que las suyas), sinó más bien para tener la satisfacción de escuchar los elogios y lisonjas que le hacían los aduladores que le rodeaban.

Estos gozaban de su confianza y eran mirados como especie de consejeros ó cortesanos, á quienes llamaba todas las veces que le daba la gana de informarles de algún asunto; pero en realidad aquellos hombres no hacían otro papel que halagar con palabras escogidas el orgullo y vanidad que constituían la esencia del carácter de López: si los unos aprobaban, los otros ensalzaban y los demás allá divinizaban; en una palabra, perfumaban la atmósfera que rodeaba al Mariscal con el incienso de la alabanza y de la adulación. Y en el mundo no habrá habido un personage á quien eso fuese más agradable!... Las columnas de los periódicos salían llenas de artículos insulsos y fastidiosos que casi no contenían otra cosa que alabanzas á su persona, advirtiendo que no se publicaba una línea sin la previa censura de él. ¡Pobres redactores! Solo eran de nombre, porque tenían que sacrificar su conciencia, sus sentimientos, su convicción, sus ideas y opiniones, para llegar á ser instrumentos dóciles del Mariscal, que no respetaba para nada el amor propio, la opinión ni dignidad de los que estaban á su servicio. Por eso

nadie se atrevía á emitir una opinión contraria á la suya, porque ya se sabía que esa conducta iba á acarrear al que se aventuraba, el más alto desprecio y una crítica sarcástica que hacía de él el blanco de la burla de todo el mundo.

Por manera que, sin incurrir en exageración, puede decirse, que todo lo que se de cía y todo lo que se hacía en toda la República, y con mayor razón en todos sus alrededores (de López) era por orden é inspiración de S. E. Por esonadie, absolutamente nadie, ni el personaje de más alta categoría después de él, no se atrevía á mover una paja sin su expresa autorización. Algunos después de su muerte, queriendo, sin duda, aminorar la responsabilidad del Mariscal, dijeron que los que dependían de él inmediatamente habían cometido muchos abusos invocando sus órdenes. Sin duda; pero entonces era preciso considerar que tales abusos no habrán nunca llegado á conocimiento de aquél; pues, de lo contrario, podemos estar seguros, que sus autores hubieran sido castigados con la más severa pena; porque ningún déspota ha sido más tirano é inflexible para con sus empleados, ni más celoso de las prerogativas de su poder dictatorial, que el Mariscal López.

Fuera del extrecho círculo que componían aquellos que denominaremos *confidentes* y que erán hombres ignorantes, astutos, suspicaces y serviles, no se

sabía nada de verdad. Ellos constituían en cierto modo, la conciencia externa del Mariscal, y para que esta circunstancia no fuese una mentira, eran espías los unos de los otros; y de consiguiente, tenían especial cuidado de no dejar escapar media palabra fuera de la presencia de su *excelencia* de cuanto había oído ó tratado; ni ellos entre sí, por temor de que no formara el uno del otro el concepto de *indiscreto* que muy luego llegaba al oído del Mariscal, y, ¡desgraciado del que así se hacía acreedor á un desconcepto! Porque una vez que se apercibían los compañeros del disfavor que le manifestaba el Mariscal, le hacían una persecusión casi abierta, y si no encontraban motivos verdaderos en que fundar una acusación para hundirlo más y más en su desgracia, los inventaban con el mayor descaro, persuadidos de que para López, todo sería poco contra el que no supo hacerse digno del *honor* de su confianza.

El que por cualquier motivo no estaba más en la gracia y buen concepto del Mariscal, vivía aislado; todo el mundo le huía, le miraba de reojo y le despreciaba; porque también todo el mundo sabía que bastaba que aquel llegase á saber de que Fulano le había ofrecido un vaso de agua al que se hallaba de baja en su favor, para figurarse que había hecho causa común con él bajo el supuesto de que fuese víctima de una injusticia; lo cual era bastante

para ser sospechado. ¡Pues, el Mariscal era incapaz de ninguna injusticia! Y sin embargo, la deposición ó denuncia de un delator ó calumniador, la acogía como un evangelio, sin el menor escrúpulo!

El delator era tenido por el más leal y adicto ciudadano, y de consiguiente, premiado con demostraciones de aprecio y consideración.

El espionage recíproco en la administración civil y militar de López, era una medida gubernativa, que servía como una garantía contra motines y sublevaciones.

Figúrense mis lectores cuál sería el efeeto de tan detestable y odioso sistema: la ausencia completa de toda moralidad y el desenfreno de las pasiones más viles y repugnantes. Los sentimientos más nobles del corazón humano estaban ahogados por la hipocresía, la mentira y la calumnia, cuyos vicios estaban constantemente en activo juego, no solo porque gozaban de impunidad, sino porque á falta de méritos reales que sólo da la virtud, servían de medios al miserable para levantarse del fango ó de la nada á costa de la ruina de sus semejantes. Así era que las fuentes de todas las virtudes cristianas que tanto ennoblecen á la naturaleza humana, estaban secas: la caridad, la generosidad y la gratitud apagadas, y la amistad, si existía, era únicamente en apariencia, puesto que todas las relaciones estaban basadas sobre la mútua desconfianza.

El terrorismo estaba en su auge por medio del espionage recíproco, y como este vivía bajo la protección del Mariscal que le daba calor, la epidemia de las denuncias calumniosas con que especulaban los ignorantes y miserables, ganaba terreno de día en día, causando una terrible mortandad; porque cada uno de estos llevaba en sí el germen de su prosperidad y de su imperio, de su decadencia y de su ruina, pues, del mismo modo que fué ayer héroe por su *virtud* como buen ciudadano, llegaba hoy á ser *víctima* como traidor y malvado!...

Hé ahí las circunstancias que hacían, si no imposible, muy difícil, llegar al conocimiento de la verdad, ignorándose por lo tanto, la mayor parte de las causas que dieron lugar á tales ó cuales hechos, ó, lo que es lo mismo, las combinaciones que, en el terreno de la práctica, produjeron tales ó cuales resultados. En medio de aquella desmoralización tiránica, nadie departía sobre asuntos de importancia, (¿quién se iba á atrever á semejante cosa?) sino de cosas muy indiferentes, y cada uno consideraba cumplir un acto meritorio, como en efecto lo era ante el Mariscal, predicando el *patriotismo* y la *adhesión* á la *perínclita* persona de su *excelencia*. El cumplimiento de sus órdenes era un tema obligado entre los hombres de sotana, á tal extremo, que era mirado como una cosa tan indispensable para la salvación aquí en la tierra como en el cielo!... Y

por eso todas las acciones que se perdían, no era por otra cosa, sino clara y visiblemente, por falta del cumplimiento de las órdenes del Mariscal!!

He tenido ocasión, sin embargo, de escuchar á algunos que pudieran ser creídos como bien informados, asegurando que Estigarribia tenía que llevar una marcha progresiva de manera que pudiese oportunamente dar la mano á la división que al mando del Brigadier Robles, iba recorriendo por Corrientes la izquierda del Paraná, fuerte de 25.000 hombres más ó menos.

Pero semejante opinión es insostenible por varias razones:

1ª Porque era menester en tal caso que los gefes de los dos ejércitos, Robles y Estigarribia, tuviesen conocimiento del plan general de campaña, que se trataba de desarroilar, siendo así que ellos carecían de ese conocimiento;

2ª Que los dos ejércitos se comunicasen y no estuviesen separados, como estaban, por una inmensa distancia, sin poder en casos dados protegerse recíprocamente;—y

3ª Que las intrucciones de ambos gefes guardasen cierta armonía, concordándose en sus puntos principales, teniendo por ejemplo, un objetivo común, ó designación de parage en donde debería verificarse la reunión.

Según lo que dejo á este respecto consignado

en el capítulo anterior y en el presente, nada de esto hubo. Robles, con fecha 26 de Mayo de 1865, es decir, cuando aún Estigarribia no había alcanzado las márgenes del Uruguay, recibió orden para retroceder, siguiendo el trayecto que le indicaba López, á San Antonio Mburucuyá ó á Saladas, y de allí á Corrientes.

Además, Estigarribia tenía en un principio orden terminante de no avanzar más allá del río *Ibicuí*, y cuando aquel gefe, abusando de sus instrucciones, pasó al otro lado de este río, entonces López le ordenó que fuera á la *Uruguayana* y en seguida cayera sobre *Alegrete* y después, que lo *esperara por ahí!* hasta que él se encaminase á ese rumbo á la cabeza del ejército invasor.

Si López, llevado de la esperanza de encontrar protección y apoyo en el partido que se manifestaba descontento y en directa oposición de la política de intervención que los gobiernos argentino y brasileño, animados de un mismo interés, iniciaron en la vecina República Oriental del Uruguay, hubiese elegido como punto de reunión el territorio de este Estado, es lógico pensar que hubiese dado instrucciones á ambos ejércitos para que, sin pérdida de tiempo, marchasen á aquella República, desbaratando á los del enemigo que estaban recién en vía de organización en la *Concordia*.

Y nada más lógico que así hubiese obrado, pues-

to que el principio invocado por él como base de su protesta de 30 de Agosto de 1864, contra los avances del Brasil en la Banda Oriental, fué el del equilibrio político, en cuya virtud se decidió salir á la defensa del pueblo uruguayo, con el decidido propósito de conjurar los peligros á que, á su juicio, estaría expuesta la Independencia del Paraguay, una vez consumada la absorción de aquella nacionalidad por el Imperio.

De todo lo expuesto resulta, que es difícil saber á punto fijo, con los datos que existen, á qué plan de campaña obedecía la invasión de Corrientes por los dos puntos mencionados.

Por otra parte, debo observar que la elección de Estigarribia para encabezar la columna expedicionaria del Uruguay, fué la más desacertada de cuantas en su vida hizo el mariscal López. Primero, porque aquel era un hombre que no tenía ninguna cultura, y careciendo aún de aquellas dotes naturales que, á falta de conocimientos y experiencias adquiridas, suelen suplir y servir de guía para adoptar un camino más conforme con la razón y la circunstancia; y segundo, como militar, no tenía ningún antecedente recomendable á favor de su pericia ó de su valor. En una palabra, era un hombre rústico, ignorante y ordinario en toda la extensión del término, incapaz de conocer y apreciar los sentimientos del honor y

de la dignidad, sin los cuales no era de esperar el debido desempeño de sus difíciles y delicados debe res. Si bien todos los militares de aquel tiempo eran bisoños é inexpertos porque nunca habían tomado parte en ninguna guerra para ejercitar su valor, pericia ó habilidad; sin embargo, no faltaron algunos siquiera de mediana instrucción y por consiguiente más dignos para tan importante misión.

Resultado: Que Estigarribia era incapaz de operar por sus propias inspiraciones en casos dados y por lo tanto enteramente incompetente para dirigir aquella expedición, conforme lo ha demostrado prácticamente.

López, como militar, es responsable ante la historia por la suerte que tuvo la columna de Estigarribia, que destacó á una inmensa distancia, sin apoyo, reserva, ni retirada posible, á la dirección de un gefe inepto, ignorante y cobarde, habiendo habido otros más dignos para dicho mando por su inteligencia y patriotismo; para luego llegar á ser aquella columna una, aunque bien apagada gloria, de D. Pedro II del Brasil que, en boca de sus fieles súbditos, fué «el héroe de la Uruguayana», sin duda por la proeza que obró presenciando rodeado de 20.000 hombres la rendición mansa y pacífica de las tropas paraguayas!......

«¿Por qué habíais de ser», le pregunta *Erasmo* al Emperador en una de sus cartas, «héroe de Uru-

guayana, donde no se dió batalla, ni se celebró victoria?»

López, talvez, hubiera alcanzado al principio de la guerra grandes y ruidosos triunfos, si hubiese sido más resuelto y enérgico en sus disposiciones y en la ejecución de sus planes.

Pero en primer lugar, como lo he dicho, cometió la grave é imperdonable falta de no tomar el mando inmediato de su ejército dejándose influenciar por los clérigos y embarazar con la pesada carga de su familia. Las operaciones para ser coronadas de buen éxito, necesitaban de la concurrencia de toda la fuerza de su voluntad, de la libertad absoluta de acción y de la irresponsabilidad de que desde luego gozaba. En una palabra, López necesitaba desplegar más actividad, más arrojo y prontitud en sus operaciones. Dice Mr. Thiers: «Que las cualidades « propias para una guerra ofensiva son la actividad, « la audacia y el golpe de vista».

¿Qué hacía él en Humaitá?

Perder tiempo inútilmente, deliberando cuando ya debía obrar; enviando órdenes á inmensa distancia cuando ya la necesidad de ellas había pasado y se presentaba otra nueva que requería disposición distinta, y descuartizando sus fuerzas por medio de la división en lugar de tenerlas reunidas, concentradas y compactas, y de haber acelerado su avance sobre la Provincia de Entre-Ríos, donde, tal vez, se

le hubieran plegado las fuerzas de Urquiza, que no simpatizaban con la alianza, y el golpe de muerte estaba dado á la Triple Alianza.

Penosa fué la impresión que produjo en el pueblo la pérdida de la columna expedicionaria del Uruguay. Se hicieron manifestaciones contra Estigarribia en la Asunción, acusándolo de haber traicionado á su patria por dinero; se prepararon representaciones dramáticas donde se ridiculizaban á los gefes aliados y se hacía resaltar la infamia de la conducta de aquel gefe. El *Semanario*, en sus publicaciones se esforzaba por encubrir de alguna manera la torpeza de López por haber lanzado aquella columna al centro del país enemigo sin apoyo de ningún género.

Después de aquellos sucesos que he venido refiriendo á grandes rasgos, López ordenó la evacuación de Corrientes por las fuerzas paraguayas. Berges recibió orden para comunicar esta nueva disposición al Triunvirato, como consecuencia de no haber encontrado el Gobierno paraguayo el apoyo que había esperado de parte de la Provincia de Corrientes, no habiendo sido suficientes las fuerzas del Triunvirato ni para mantener libre la comunicación entre sus ejércitos, y ofreciendo al mismo tiempo la hospitalidad del Paraguay al mismo triunvirato y á cuantos quisieran aprovecharse de ella.

Los caballeros que componían la junta gubernativa y otros muchos correntinos comprometidos con los paraguayos, pasaron al Paraguay. La población de Corrientes no ha tenido queja alguna de las tropas paraguayas que formaban la guarnición de la ciudad.

A principios de Octubre de 1865 regresó la Legación paraguaya á Humaitá en uno de los vapores nacionales. López recibió al señor Berges, menos á mí y á los demás que formaban el personal de ella. Los motivos que habían mediado para no habérsenos acordado el honor de verle la cara á nuestra llegada, los explicaré más adelante.

El pasage de nuestras tropas al territorio nacional empezó el 31 de Octubre del mismo año, en presencia de cinco vapores brasileros que estuvieron á tiro de cañón de los vaporcitos que las trasportaban. Grande fué el temor que experimentaron los paraguayos con la llegada de aquellos cinco vapores, suponiendo que trajesen, como era natural suponer, la intención de interceptar el pasage de nuestras tropas, dando así tiempo á que llegasen los ejércitos aliados para acabar con ellos.

Sin embargo, con sorpresa de todo el mundo, aquellos vapores no hicieron otra cosa que presenciar la operación, retirándose luego sin disparar un solo tiro!

El 3 de Noviembre había terminado el pasage,

no solo de los soldados y cañones, sinó también de más de cien mil cabezas de ganado, que fueron arreadas á esta parte por el ejército al mando del general Resquín.

APÉNDICE

Sermón en acción de Gracias por la célebre victoria que obtuvo nuestro ejército el día 11 de Enero de 1811 en los campos de Paraguarí, por el Presbítero Amancio González y Escobar.

Dextera tua Dñe magnificata est in fortitudine.

Dextera tua Dñe percurrit inimicum. Et in multitudine gloria tua deposuisti adversarios tuos.

Vtra. Diestra Sor ha manifestado la grandeza de vuestro poder: Vtra. Diestra hirió al enemigo y por colmo de Vtra. gloria habeis abatido el orgullo de vuestros contrarios, exodi, cap. 15 v. 6.

Si alguna vez se habían de repetir las aleluyas y pedir duplicadas albricias, era en este plausible y festivo día en que damos mil gracias á Dios por la célebre victoria que obtuvo nuestra armada del éjercito contrario el día 11 de Enero de este presente año, en los campos de Paraguarí. Si señores. mediante el auxilio Divino y de nuestra insigne Patrona María Santísima Señora nuestra, logró la Nación Paraguaya la más completa victoria, que en todos los siglos servirá de corona y gloria á su Posteridad.

Y á la verdad qué gloria para vosotros, poder decir en todo tiempo, que habeis vencido á un enemigo tanto más

temible, cuanto más se esforzaba á seduciros por medio de sútiles y dolorosas cabilaciones! El general Belgrano que venía comandando el ejército de los porteños, luego que llegó á Poraguarí, y vió que eran sin número los Paraguayos que bien armados se prevenían para el combate, temió dar el choque á las claras, y así se salió de la oscuridad de la noche acometiendo á los nuestros á fin de que sorprendidos del pasmo y sobresalto dejasen campo libre para señorearse del Paraguay.

Ah! amados míos! No solamente se valieron de la noche los contrarios sinó que vinieron fiados de los auxilios de algunos individuos de la Nación Paraguaya, que olvidados de la obligación de Cristianos, conspiraron contra la fé, contra su Rey, y contra su Patria. Pero el mismo Dios que destinó á aquellos famosos caudillos Moisés y Josué para librar á su pueblo de la opresión en que vivia, eligió así mismo á los dos insignes y valientes héroes, Yegros y Gamarra, á que movidos de un mismo espíritu y celo defendieron la provincia del Paraguay del general Belgrano, que queria subyugarla á la sinagoga de Buenos Aires.

Vosotros bien sabeis que esa nueva Junta que han erigido algunos espíritus rebeldes y orgullosos contra la suprema autoridad de nuestro Católico Monarca Fernando VII con el hermoso pretexto de libraros del cautiverio ha querido cautivar nuestra libertad,

Pero en medio de haberos visto amenazados de los Porteños, y lo que es más sensible de los mismos de vuestra Nación, que hicieron el esfuerzo posible para exponerse al arbitrio de los contrarios, habeis tenido la gloria de ver deshecha la trama de los traidores, rotos sus artificios, manifiestos sus engaños y finalmente habeis conseguido la palma del triunfo con una plena victoria. Porque viendo Ga-

marra que los enemigos habían avanzado á los nuestros por medio de los traidores, que quitaron las centinelas, apartaron ó desampararon la artillería; de tal suerte le dió fuego al ejército enemigo, que lo desbarató enteramente quedando sembrado de cadáveres el campo; muchos de ellos rendidos á discreción del vencedor, y los que quedaron vivos, á fin de salvar sus vidas, se pusieron en vergonzosa fuga con su general Belgrano. Debeis pues dar las gracias á Dios por tan célebre y glorioso triunfo al Dios de las batallas, y Señor de los ejércitos (como debe atribuir toda la gloria y honor que resulta de tan ilustre trofeo).

Yo confieso mi Dios y Señor que vuestro poder es absoluto en los cielos, en la tierra y en los abismos. Que sois dueño de la vida y de la muerte y que vuestro poder jamás se manifiesta con más claridad, que cuando emprendeis la defensa de nuestro Pueblo para librarlo del furor y saña de sus enemigos, y disparando rayos sobre sus cabezas, ya sumergiéndolos en medio de las aguas, ó haciendo que la tierra los trague vivos. Habeis manifestado Señor á nuestros contrarios hasta dónde llega la fuerza de vuestro brazo, y habeis abatido el orgullo de nuestros enemigos. Habeis usado de piedad y misericordia con la Provincia del Paraguay, librándola de los Libertinos, que han intentado saquearla y sobre sembrar la cizaña de una secta depravada, que solo la pueden abrazar unos espíritus díscolos, y rebeldes cotra la regina Potestad de nuestro católico monarca Fernando VII. Por eso alabaré y ensalzaré vuestro santísimo nombre, dándoos repetidas gracias por el singular beneficio que habeis conferido á nuestro ejército, dando valor y esfuerzo á los nuestros para que triunfasen de los contrarios. Dadme pues, Señor, un rayo de luz á fin de que pueda exhortar á mis oyentes á que se humillen en vuestra pre-

sencia, á que á solo vos atribuyan la gloria, la honra y el lauro del triunfo y á que se mantengan fieles á vos, á su rey y á su patria hasta exhalar el último aliento, que es lo que deseo demostrarles en este breve rato. Esta gracia os pido por medio de vuestra amada Esposa María Santísima á quien saludo diciendo Ave María.

Después que Moisés aquel insigne Caudillo del Pueblo de Israel, hizo tantos prodigios con la vara que tenía en las manos, luego que llegó al mar Bermejo, le tocó con la vara y se dividieron las aguas, dejando campo libre á los Israelistas á que pasaran á pié enjunto. Pharaón que con todo su ejército los seguía, por haber llevado las alhajas de oro y plata de los Egipcios, se entró intrépido con toda su gente, con el ánimo de exterminar á los Israelitas, y ved aquí que uniéndose repentinamente las aguas del Mar Rojo, pereció Pharaón, con todo su ejército sumergido en sus abismos. Por lo que admirado Moisés al ver tanta sucesión de maravillas, entonó aquel misterioso cántico que se lee en el cap. 15 del Exodi, cuyos palabras propuse por tema. Vuestra Diestra, Señor, ha manifestado la grandeza de vuestro poder: Vuestra Diestra hirió al enemigo, y por colmo de vuestra gloria habeis abatido el orgullo de nuestros enemigos.

Es verdad que vosotros no habeis visto las maravillas y prodigios, que Dios obró por medio de Moisés, para ablandar la dureza de Pharaón y para que diera la libertad á su pueblo escogido. Y en la batalla de Paraguarí ha hecho Dios los mismos milagros que hizo en Egipto, á favor de los Israelitas. Pero no podeis negar que el ejército de los porteños avanzó nuestras tropas, entró al Colegio de Paraguarí, con el depravado intento de quitar la vida á nuestro ínclito Gobernador don Bernardo Velazco que rige actualmente la

provincia del Paraguay. Que muchos de los nuestros sorprendidos del susto y temor del repentino asalto de los contrarios, huyeron dejando libre el campo al enemigo que iba á apoderarse de la ciudad. Es así mismo cierto, que el valeroso capitán don Manuel Gamarra acometió intrépido al ejército contrario, lo derrotó y venció mereciendo por tan célebre triunfo, el ilustre epíteto de vencedor, y azote de los contrarios. En cuya consecuencia es preciso confesar que á solo Dios se le debe tributar la honra y gloria del vencimiento, por que solo Dios es el que anima á los flacos y débiles, el que dá fuerzas á los campeones á fin de que venzan y triunfen de sus enemigos por la honra y gloria de su nombre. Y si no decidme; hubiera hecho hazaña alguna ú obrado tal heroismo digno de su valor aquel insigne campeón á no haberle asistido la diestra del Todo poderoso? Ya se vé que nó. Porque así como un solo ángel fué bastante para destruir y acabar el ejército de Senacherib, que era de más de ochenta mil combatientes, claro está, que por más numerosas que fuesen las tropas de los Paraguayos, bastaría un pequeño número de Porteños para destruirlos enteramente á los nuestros, si Dios por su infinita piedad, no hubiera mirado con benignos ojos á la Provincia del Paraguay.

Ved pues amados míos, si debeis darle las gracias á Dios por tan grande beneficio, que habeis recibido de su liberal mano y cual es, libraros del poder de más enemigos que á título de mirar por vuestro bien, pretendían esclavizaros exponiéndoos á perder vuestras vidas y haciendas, y tal vez en peor esclavitud, que la que sufrieron los hebreos en poder de los Egipcios. No deben empero engreiros, ni ensoberbeseros, por la dicha, que gozais, porque sagún San Pablo, á solo Dios debeis atribuir la honra, y gloria de tan

ilustre triunfo. Así hasta aquí habeis estado sobresaltados con el temor, que naturalmente os causaban unas guerras á que vosotros no habeis cooperado en lo más mínimo; poned en Dios vuestro corazón porque en él solo habeis de hallar la quietud y paz interior que deseais, según se explica San Agustín.

Entre todas las virtudes propias del Cristianismo, ninguna otra parece, que le ha llamado á Dios los ojos como la virtud de la humildad. Ella es la que nos hace verdaderamente hijos de Dios y la que desarma al mismo Dios, aún cuando está más irritado contra nosotros. ¿Y sabeis por qué? Por que él mismo nos ha enseñado á que seamos mansos y humildes de corazón. Y en efecto: si consideramos la bajeza de nuestro origen, la nada de que Dios nos ha criado, y el poco, ó ningún poder que tenemos, sin la asistencia divina, hallaremos motivos suficientes para humillarnos en la presencia de aquel Señor, que sabe abatir á los soberbios, y ensalzar á los humildes. Y si no, atended cuando Dios crió á los ángeles para cortesanos del Cielo, los hizo perfectísimos á su imagen y semejanza, de modo que eran vivas imágenes ó copias de su Divina Esencia. Quien se llevó empero la palma entre todos fué Luzbel, porque parece que Dios había depositado en él todas las gracias y perfecciones de que es capaz una pura criatura.

El fué el más hermoso, más agraciado, más poderoso y más sabio que todos los demás ángeles. De manera que su nobleza, su hermosura y sabiduría no hallaban competencia alguna en los ángeles inferiores, sino en el mismo Dios que lo había criado. Y qué sucedió? Que lejos de humillarse en la presencia del Señor y de darle gracias por las prerogativas y privilegios que le concedió, se sublevó contra su creador, y manifestando sus designios á los demás ánge-

les, los hizo cómplices de la más terrible conspiración.

Viendo pues el Arcángel San Miguel que el espíritu rebelde formaba un copioso ejército de ángeles partidarios y penetrados íntimamente del celo, de la honra y gloria de Dios, se le opuso y le resistió vigorosamente hasta derribarlos á sus piés y lanzarlos á los abismos, así á él como á todos los demás de su parcialidad.

De donde podeis inferir cuál sería la confusión y rubor de Luzbel, al verse de ángel hermosísimo transformado en el más horrible dragón de los que habitan en las oscuras cárceles del averno. El castigo que Dios hizo expulsando á los ángeles rebeldes de su amable compañía y destinándolos á las masmorras infernales por toda una eternidad y esto no más que por un pensamiento de soberbia, es cosa, que pasma y hace temblar á los barones más esforzados y animosos.

Ya veis cual fué el primer caudillo de los traidores y el desdichado fin que obtuvo por haberse rebelado contra el mismo Dios que lo había creado á su imagen y semejanza. ¿Qué esperaríais, pues, vosotros, si siendo bellísimas criaturas os opusiérais á los adorables designios de vuestro Dios, de vuestro Padre, de vuestro Creador, y Redentor?

¿Qué bien podreis adquirir de haber sido traidores y faltado á la fé que debais á vuestro Rey, y á vuestra patria? Ningún otro que exponeros á perder vuestro honor, vuestras vidas y haciendas, y á que todos os señalen con el dedo dándoos el infame título de traidores. Por eso no puedo menos que exhortaros en las entrañas de Jesu-Cristo á que permanezcais fieles hasta la muerte, sin que pueda decirse de vosotros que habeis faltado á la obligación de cristianos manifestándoos rebeldes á vuestro monarca é infieles á vuestra patria.

¡Qué gloria para vosotros, amados míos, el que todas las naciones reconozcan vuestro valor, vuestra fidelidad y generoso pecho con que habeis resistido á los rebeldes que venían á conquistar (como ellos dicen) la Provincia del Paraguay, que lejos de rendir la cerviz al yugo de los tira nos, les habeis hecho, la posible resistencia á fin qne vea todo el orbe la fidelidad y amor con que mirais los intereses de vuestro Rey y de vuestra patria! Si así permanecieseis desde luego digo que llenaríais de júbilo y ampliaríais los estrechos senos de mi corazón, de modo que sin hipérbole podría deciros con el Apóstol: vosotros sois mi gozo y mi corona.

No temais pues la muerte, sino que como valientes guerreros y generosos leones, pelead en defensa de la fé y como fieles vasallos de vuestro monarca, dad muestras de fidelidad hasta exhalar el último aliento como finos y amantes hijos de vuestra Patria; haced que reconozcan los rebeldes que mirais con menos-precio vuestra vida respecto de la honra de Dios, de los intereses del soberano y del amor que debeis á vuestra patria.

Dios ha peleado por vosotros, él os ha animado contra vuestros enemigos, y ha hecho ver que él solo, es más poderoso para postrar á los enemigos de su santo nombre, y así es justo que en todo tiempo alabeis y ensalceis su santo nombre, dándole repetidas gracias por tantos beneficios que continuamente recibireis á proporción y medida de su infinita liberalidad. Conservaos siempre fieles en la ley santa que profesasteis en el bautismo, en la que jurasteis á vuestro Rey y á vuestra Patria que para vosotros mismos servirá de corona y gloria, manteneros firmes en la fé hasta la muerte.

Bien conozco mi Dios y Señor la plenitud de vuestra

grandeza y que solo el poder de vuestro brazo pudo libraros de las azechanzas de los contrarios. Vos Señor nos habeis librado del lazo de los traidores eligiendo por defensores de la Provincia á los dos valientes guerreros Yegros y Gamarra, pór cuyo medio habeis vencido á vuestros con. trarios. Confieso que ellos han sido los instrumentos de que os habeis valido para triunfar de la soberbia y del orgullo de los fanáticos que haciendo burla de la Suprema Autoridad, han querido sujetar á todas las gentes á su arbitrio con desdoro de la regia potestad de nuestro Católico Monarca Fernando VII. Mirad con entrañas de Padre á la Provincia delParaguay que se vé acosada de un sin número de enemigos, cuantos son los que conspiran contra su libertad, y no permitais que nuestros enemigos triunfen de vuestro pueblo escogido. Ellos han conspirado contra la vida y honor de nuestro Ilustrísimo Prelado D. Francisco Pedro García dignísimo Obispo de esta Diócesis, y del Sr. Gobernador D. Bernardo Velazco, Cabildo y algunos individuos de la Nación Española. Pero vos señor que penetrais lo más íntimo de los corazones y oís los gemidos de los que de veras imploran vuestro socorro, asistidnos al presente como lo esperamos de vuestra inmensa piedad. Concedednos la gracia que necesitamos para que unidos todos en señal del reconocimíento os rindamos siempre la gloria, la fama, la vírtud y la fortaleza como único autor de los prodigios y maravillas que habeis hecho á favor nuestro; últimamente, concedednos un auxllio eficaz en la hora de la muerte, á fin de que todos merezcamos reinar con vos etérnamente en la Gloria. Amén.

DICTAMEN DE LA COMISIÓN DOBLE ESPECIAL

AL

Muy Honorable Congreso Nacional Extraordinario

DE 1865

—

¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

Honorables señores Representantes de la Nación.

La Comisión Doble Especial encargada de abrir dictamen al Honorable Congreso Nacional sobre los asuntos que el P. E. ha sometido á su consideración, habiéndose impuesto detenidamente de todos los documentos relativos, tiene el honor de manifestar á V. H. el juicio que ha formado sobre cada uno de ellos, y las medidas que considera necesarias para salvar los grandes intereses de la Patria comprometidos en la lucha que nos ha provocado la política incidiosa del Imperio del Brasil.

La Comisión considera la ocupación del territorio oriental con fuerzas brasileras, después de la protesta del Gobierno de la República el 30 de Agosto último que no ha sido contestada, no solo como una provocación injuriosa al honor y la dignidad nacional, sino también como un atentado contra el equilibrio de los Estados del Plata, condición y base de una paz permanente; y por lo mismo justificada la prudente medida que ha adoptado el Go-

bierno de la República, ocupando la parte del territorio de Matto Grosso que nos ha sido usurpada por el Imperio.

Este hecho ha puesto en pública exhibición la mala fé del Gabinete imperial para con la República, y los planes que tenía premeditados contra los derechos territoriales, descubriendo el inmenso armamento que había aglomerado sobre nuestras fronteras con abuso de los tratados vigentes para apoyar con la fuerza los límites que pretende al Norte.

Ningún Gobierno americano tiene acumulados sobre su nombre y política más graves y más justos cargos por actos de ambición y perfidia que el gabinete brasilero, aún desde el tiempo que ha sido colonia de Portugal, cuya política ha heredado y seguido constantemente.

La historia y mucho menos la República del Paraguay, no podrá olvidar jamás el acto palpitante de perfidia del gabinete imperial contra las autonomías de las Repúblicas americanas, consignado en las instrucciones secretas dadas el 24 de Abril de 1830 al marqués de Santo Amaro su enviado especial en Europa.

El Imperio del Brasil mantiene pendientes cuestiones de límites con casi todos los Estados limítrofes: cuestiones que no pueden dirimirse por la exhorbitancia de las pretensiones del Imperio con el manifiesto propósito de tratarlas en las ocasiones de premura de sus vecinos.

Notorios son los sacrificios territoriales que en momentos urgentes ha impuesto al Estado Oriental, y no contento con ello ha introducido en su seno, ha soplado y fomentado la tea de la discordia, para debilitarlo, y poner al frente de su gobierno una entidad rebelde, criatura suya, establecida allí con su influencia directa, aproximando la época de la agregación del territorio uruguayo al Imperio.

Cuando se recuerda la historia de las usurpaciones territoriales que el Imperio ha hecho al Paraguay á merced de los grandes conflictos y largas guerras en que la Metrópoli española se veía empeñada con las potencias de Europa, cuando se trae á la memoria que los siete pueblos de Misiones al otro lado del Uruguay han sido conquista y posesión española, y que nuestros límites al Norte han sido señalados por el marco del Jaurú y la ciudad española de Jerez sobre el río Mbotetey y toda la extensa Provincia de Vera sobre la margen oriental del río Paraná, no puede contenerse la expresión de la indignación nacional, viendo al Imperio empeñado todavía en cercenar más nuestro pequeño territorio, y despojarnos de posesiones que han sido consagradas por los sudores, las fatigas y hasta la sangre de nuestros mayores, que fundan los títulos más respetables de dominio.

Hechos recientes justifican el juicio que formula la comisión sobre los planes ambiciosos de la política Imperial con respecto á la República.

En 1850, cuando estábamos en la espectativa de la inminente guerra con que nos amenazaba el Dictador Rosas, y sin los recursos bélicos y financieros con que hoy contamos, el Brasil ocupó y fortificó clandestinamente el Pan de Azúcar, territorio de la Repúbliea.

Con escándalo de la rozón, de la justicia y de los antecedentes históricos, ha pretendido traer sus límites hasta el Jejuí; queriendo así vendernos el reconocimiento de nuestra Independencia al precio de la mitad de nuestro territorio.

Cuando un Gobierno que así procede y ha procedido siempre, explotando la debilidad, la desgracia ó los conflictos de sus vecinos, ataca abiertamente bajo los más

frívolos pretextos á una República amiga y vecina, ¿no es lícito considerar amenazados los intereses comunes, y especialmente de aquellos con quienes el Imperio mantiene cuestiones pendientes de gran importancia?

Las consideraciones precedentes que la Comisión pudiera acrecentar inmensamente, y no lo hace por brevedad y respeto á la ilustración de V. H., justifican la política previsora con que el Gobierno de la República ha reclamado el mantenimiento del *statu-quo* y equilibrio de las soberanías del Plata, y juzgando las miras tenebrosas que deja entrever la conducta del Gobierno Argentino, sosteniendo que el gabinete imperial no abriga ambiciones siniestras sobre el Estado del Uruguay y demás vecinos, como ofensivas á la dignidad y honor de la Nación.

En resumen la Comisión considera no solo digna de aprobación, sino meritoria y laudable la política que S. E. el señor Presidente de la República ha adoptado en la cuestión del equilibrio de los Estados del Plata, como condición de la seguridad, de la paz y prosperidad de la República.

La ocupación de una parte del territorio de Matto Grosso usurpada por el Brasil al Paraguay, no es más que el justo ejercicio de nuestros derechos en una guerra á que hemos sido provocados, recobrando unas .posiciones insidiosamente detentadas.

El dictamen de la Comisión es, que V. H. debe autorizar al Poder Ejecutivo de la manera más amplia para que continue la guerra contra el Brasil hasta obtener la más completa reparación de la ofensa inferida al honor, la dignidad y los derechos nacionales, así como para hacer la paz y los arreglos que viere necesarios y convenientes á los intereses de la República, dando cuenta al Congreso Nacional conforme á la ley.

La Comisión ha considerado seriamente la correspondencia cambiada entre el Gobierno Nacional y el Argentino sobre el paso inocente de nuestras tropas por el territorio de la Confederación, y ha visto con sorpresa la conducta enemistosa que el último ha guardado con nosotros, no solo denegándonos el paso terrestre, sino pidiendo explicaciones urgentes sobre la aglomeración de nuestras fuerzas en territorio nacional.

El estado de la guerra entre la República y el Imperio era patente al Gobierno Argentino y á todo el mundo, no solo por la protesta del 30 de Agosto último, sino por las operaciones que tuvieron lugar en la Provincia brasilera de Matto-Grosso.

Además, el Gobierno de la República ha manifestado categóricamente al de la Confederación esa situación y el objeto de su pedido.

No se concibe, pues, la razón del recelo de que el Gobierno Argentino afecta hallarse poseído con motivo de la reunión de nuestras fuerzas en las fronteras, y solo puede explicarse como la expresión indirecta de la mala voluntad que abriga hacia nuestra causa, y como un pretexto para favorecer al Brasil.

La República del Paraguay mantiene sus derechos sobre el territorio que comprendía la antigua Provincia de Mísiones, y en este concepto, la solicitud del Gobierno de la República no podría referirse sino á territorio reconocidamente correntino.

Reclama seria atención el contexto de la negativa del Gobierno Argentino, y la circunstancia de acompañarla con la exigencia de urgentes explicaciones sobre el aumento de tropas paraguayas en territorio nacional en la izquierda del Paraná, con la manifestación de que el dominio de ese territorio es contestado por la República Argentina.

Por Cédula Real de 17 de Mayo de 1803 el monarca español estableció un gobierno particular en el territorio de las Misiones al mando de D. Bernardo de Velazco, haciéndolo independiente de los Gobiernos del Paraguay y Buenos Aires entre los cuales se hallaban divididos.

Pero en 1806 el Gobernador Velazco fué nombrado Gobernador del Paraguay con retención del Gobierno de Misiones; titulándose Gobernador Militar y Político, é Intendente del Paraguay y de los Treinta Pueblos de Misiones de indios guaraníes y de tapes del Paraná y Uruguay, etc.; de manera que por ese acto del monarca español el territorio de las Misiones ha tornado á la jurisdicción del Gobierno del Paraguay.

D. Bernardo de Velazco fué el último Gobernador español del Paraguay que ha cesado en el empleo por efecto de la revolución del año 11.

Por consiguiente este país quedó con el territorio y límites que le demarcara el Monarca español, y que no fueron alterados al disolverse el antiguo virreinato.

Además, el Gobierno Nacional ha protestado constantemente contra los pretendidos derechos de la Confederación á ese territorio, y lo ha hecho ocupar y policiar con nuestras fuerzas en diferentes ocasiones sin que hayan sido contestados esos actos por parte del Gobierno argentino, antes ni después de la caída del Dictador Rosas.

Ni puede invocarse el tratado que fué firmado entre el Gobierno paraguayo y argentino sobre límites en esa parte, porque no habiendo sido ratificado por la legislatura argentina, no llegó á tener efecto y las cosas tornaron á su antiguo estado.

La Comisión entiende por tanto que las fuerzas nacionales, en ejercicio de sus derechos, esta vez como en otras

ocasiones, pueden transitar libremente el territorio de Misiones, sin injuria del Gobierno Argentino.

Este Gobierno nos niega el paso terrestre, y concede el fluvial, porque las fuerzas navales del Imperio, siendo superiores á las nuestras, impedirían hacer uso de tal concesión. Si la relación de las cosas estuviera en sentido inverso, es lícito suponer que el Gobierno Argentino nos denegaría también el tránsito fluvial, pidiendo explicaciones sobre la preparación y equipo de nuestra escuadra.

La Comisión funda su juicio en hechos repetidos muy públicos, que manifiestan la malevolencia del Gobierno Argentino hacia el Paraguay.

La Independencia del Paraguay desde los primeros albores de la revolución que la produjo, ha sido el blanco constante contra que se han dirigido siempre los tiros y las tramas de la política porteña.

Separado el Paraguay del Virreinato de Buenos Aires por la soberana deliberación de su representación Nacional, y reconocida su personaldad política, ha guardado una conducta inofensiva y amistosa para los Estados vecinos, y una extricta neutralidad en las discuciones domésticas que los trabajaban.

Sin embargo, el Dictador de Buenos Aires atacó su soberanía; insultó groseramente al País y calumnió la administración de su Gobierno.

Para no remontarnos á épocas lejanas, bastará citar algunos hechos que hacen ver lo que el Paraguay puede esperar del Gobierno Argentino.

En la disidencia armada y sangrienta de la Confederación Argentina, el Gobierno Nacional interpuso su mediación amistosa que, merced á nobles y generosos esfuerzos, pudo evitar las funestas consecuencias de una guerra fratri-

cida en que se despedazaban los argentinos. Nacionales y Argentinos reconocieron la importancia de los servicios prestados por el mediador paraguayo. No pasó mucho tiempo, sin embargo, para que ellos fuesen desconocidos y hasta desfigurados.

El primer uso que hizo la prensa porteña de la paz alcanzada mediante los nobles esfuerzos de la mediación paraguaya, fué hostilizarnos retribuyendo los buenos oficios del Gobierno Nacional, con la más negra ingratitud, calumnias é insultos, consecuente con los actos hostiles ejercidos antes de la mediación.

Por nuestra parte se han despreciado esos desahogos y maquinaciones innobles, frutos de pasiones mezquinas, y se ha mostrado una vez más el deseo que tenemos de consultar los grandes intereses de la América del Sud, conciliándolos con los nuestros, lamentando el desborde de la anarquía y del espíritu revolucionario, que domina en torno nuestro, y limitándonos á la rectificación de los hechos.

La política de Buenos Aires considerada á la luz de los antecedentes, no podía apreciarse, cuando menos sino como misteriosa, equívoca é inamistosa.

Consecuente con el principio establecido el 25 de Diciembre de 1850 con el Imperio del Brazil, y no pudiendo ser indiferente el Gobierno de la República á la conservación de la autonomía del Estado Oriental del Uruguay, que considera condición de equilibrio, de seguridad y paz de los Estados del Plata, y siendo grandes las acusaciones dirigidas contra el Gobierno Argentino, sobre su participación en favor de la rebelión del General Don Venancio Flores, y público el hecho de que en Buenos Aires, asiento del Gobierno Argentino, residía una comisión

directiva de la Revolución oriental, que física y moralmente la apoyaba, S. E. el señor Presidente de la República se vió en la necesidad de pedir amistosas explicaciones al de la Confederación Argentina sobre los hechos denunciados, y si bien ofreció ámpliamente cuantas explicaciones puedan desearse sobre cualquier hecho, ó acto suyo que se refiera á la República Oriental, y manifestó hallarse persuadido íntimamente que esas explicaciones han de producir frutos benéficos para estrechar cada vez una sincera amistad, con el Gobierno del Paraguay, por último las ha eludido, haciéndolas depender de una previa satisfacción de lo que el Gobierno Oriental haya solicitado ó propuesto al del Paraguay relativamente á su política para con el argentino.

No permitiendo la dignidad del Gobierno Nacional insistir más sobre las explicaciones pedidas, y primero ofrecidas y luego denegadas por el Gobierno Argentino, le declaró, que, colocado en la necesidad de prescindir de ellas, en adelante consultaría solo á sus inspiraciones sobre el alcance de los hechos que puedan comprometer la soberanía é Independencia del Estado Oriental.

Uno de los hechos más graves de que era acusado el Gobierno Argentino, es que el programa de su política internacional protegía el pensamiento de reconstruir el antiguo Virreinato de Buenos Aires, y que auxiliaba, ó cuando menos, toleraba el enganche de tropas y el acopio de elementos bélicos al General Flores para combatir la autoridad legal del Estado Oriental.

La negativa por parte del Gobierno Argentino á suministrar las explicaciones amistosamente solicitadas, importaba, pues, una confesión tácita de las acusaciones que le eran dirijidas por el Gobierno Oriental.

Por otra parte, la prensa oficial y oficiosa de Buenos Aires, no ha cesado de dirijir injurias no provocadas al pueblo y al Gobierno paraguayo. La comisión ha leído con la más viva indignación los libelos diarios que se publican en esa ciudad, en cuanto concierne á nuestra Patria.

Apenas instalados con diferencias de dias los actuales Presidentes del Paraguay y de la Confederación, la prensa porteña hizo la propaganda de guerra contra el Paraguay, predicando la necesidad de que pasara por el bautismo de sangre y una conmoción profunda para entrar en la senda del progreso, como si no fuesen notorios los adelantos que había alcanzado la República bajo su régimen é instituciones actuales.

Tales fueron los primeros ensayos de la demagogia contra nuestra tranquilidad, después de la desaparición del *comité* revolucionario que se estableciera en Buenos Aires, compuesto de algunos paraguayos rebeldes y extranjeros venales y turbulentos con el designio de convulsionar al Paraguay al abrigo de utopias desacreditadas y principios anárquicos, sin ocultar siquiera la sacrílega intención de sacrificar la propia autonomía de la patria á la consecución de sus inícuos propósitos de cambiar el orden legal existente.

El órgano oficial del Gobierno argentino ha manifestado mayor animosidad y encono contra el Paraguay y su gobierno, cuando vió que este sostenía de hecho el principio del equilibrio político de los Estados del Plata, haciendo calurosas manifestaciones de sus simpatías por la causa del Brasil y ardientes votos por que triunfe de nosotros en la presente lucha.—

La libertad de la prensa que se alega, no excusa legiti-

mamente la tolerancia del Gobierno Argentino en orden á los insultos, que su prensa dirije á la República del Paraguay que respeta y hace respetar en las publicaciones de la suya á todos los Gobiernos.

El mencionado *comité* revolucionario ha levantado de nuevo la cabeza en Buenos Aires, animado por el oro y las intrigas del Brazil, y la prensa del Gobierno Argentino se complace en franquearles sus columnas y apoyar las calumnias é injurias que vierten contra el Gobierno y pueblo Paraguayo.

Esta misma era la táctica de la política respecto del Estado Oriental auxiliando la revolución preparada y lanzada desde su seno contra él por el General Flores que obtuvo su baja del servicio del Gobierno Argentino con este objeto, y que ha conseguido entregarlo debilitado é inerme al yugo del ambicioso Imperio.

Apuntados ligeramente los hechos que demuestran la política malevolente que preside á los actos del Gobierno Argentino para con el Paraguay, la comisión pasa á examinar á la luz de los principios del derecho la negativa del Gobierno argentino al tránsito inocente de nuestras tropas por su territorio.

Arreglándose extrictamente á los principios del derecho internacional, el Gobierno Argentino debía ayudarnos en esta guerra que nos hace el Brasil, rompiendo el equilibrio de los Estados del Plata, porque cuando hay una nación inquieta y maligna dispuesta siempre á dañar á los demás poniéndoles estorbos y suscitándoles disensiones intestinas, todas las otras tienen derecho de reunirse para reprimirla y reducirla á la imposibilidad de hacer mal.

Es también un principio del derecho que cuando un estado se vea acometido injustamente por un vecino pode-

roso que intenta oprimirlo, si el inmediato puede, tiene el deber de defenderlo.

De modo que ya fuese con relación á nosotros, ya con respecto á la República Oriental, el Gobierno Argentino no ha debído conservarse en la actitud de aparente indiferencia que guarda.

La negativa al paso de nuestros ejércitos por territorio correntino con el pretexto de neutralidad, es un acto de manifiesta parcialidad en favor del Imperio.

Del tránsito no podía resultar daño alguno á la Confederación, puesto que nuestro Gobierno le ofreció desde luego esa seguridad, y la indemnización conveniente en el caso de algún daño imprevisto; y es un principio del derecho que el tránsito inocente se debe á todas las naciones amigas, extendiéndose el deber tanto á las tropas como á los particulares. Los tratadistas más rígidos y más celosos de los derechos del propietario, acuerdan el derecho del tránsito cuando hay urgente necesidad,

Es evidente que nosotros nos encontramos en ese caso, porque provocados á la lucha por el imperio, nos hallamos en la necesidad de salirle al encuentro, antes que se haga más fuerte y venga á encerrarnos en nuestro territorio.

El Gobierno Argentino, negándonos, sin buenas razones el tránsito inocente con detrimentos de los intereses de las Repúblicas del Plata, se separa de las reglas de neutralidad; y manifiesta su parcialidad con el Imperio.

Desde entonces en virtud del derecho de la propia seguridad y conservación, el Gobierno paraguayo, prescindiendo del consentimiento del argentino, y haciéndose justicia por sí mismo, puede abrirse el paso que necesita con urgencia para salvar sus vitales intereses.

Las consideraciones precedentes adquieren mayor fuerza, si se tiene en cuenta los deberes que impone el mantenimiento del equilibrio de los Estados, y el solemne compromiso que tiene contraído el Gobierno argentino garantiendo la independencia y autonomía del Estado Oriental juntamente con el Brasil, bajo cuya presión estaba próximo á expirar, cuando nuestro Gobierno solicitó el *paso inocente* con el laudable objeto de llevarle protección que urgentemente necesitaba para salvarse y salvar consigo la dislocasión del equilibrio del Plata.

Cuando la neutralidad es observada en sus límites como la expresión del respeto debido á la soberanía de los beligerantes, no puede inferir agravio alguno; pero cuando ella no es más que un cálculo para medrar á la sombra de las revueltas que tal vez se han procurado con prescindencia culpable de los deberes que impone la conservación de la paz continental ó el equilibrio de los Estados de una vasta región, la Comisión considera que tal conducta no es más que una agresión encubierta. Mr. A. de la Martine en su «*Historia de Turquía*» con referencia á la neutralidad del Austria y de la Prusia en la invasión de la Rusia contra la Puerta Otomana. que es también como el Estado Oriental en Sud América, la condición necesaria para el mantenimiento de la balanza política en Europa, dice: — «Nosotros compadecemos al Austria y la Prusia, si pronunciando el no en el fondo de su consiencia, no osan proclamarlo en alta voz en presencia de amigos y enemigos. Una palabra de estas potencias evitaría el derramamiento de la sangre que va á correr; su silencio y su inmovilidad serán faltas graves á los ojos de la Providencia que juzga las neutralidades inícuas como las agresiones encubiertas!»

Refiriéndose al mismo asunto, dice el autor citado:
« Nosotros no criticamos á la Inglaterra ni á la Francia
« por haber prolongado hasta una contemporización de-
« plorable, los esfuerzos que han hecho por conservar la
« paz del mundo. Nosotros aborrecemos la guerra inícua, la
« guerra ambiciosa, la guerra sistemática, la guerra ca-
« prichosa, y aún la guerra impremeditada. Pero ahora
« esta guerra no es guerra ni ante Dios ni ante los hombres.
« Esta guerra es simplemente la defensa de la paz. Vie-
« nen tiempos en que los principios más santos atacados
« por la violencia, tienen necesidad de armarse y de pre-
« sentar sus bayonetas como la última razón de la humani-
« dad y de la paz!»

La Comisión ha transcrito los dos lugares del ilustre escritor francés, porque no solo tienen completa analogía con nuestra situación, sino porque expresan exactamente el pensamiento de la Comisión con respecto á la política del Gobierno Argentino.

Si el silencio y la inmobilidad del Austria y Prusia en una cuestión de interés continental, son considerados como agresiones encubiertas, ¿qué calificación se dará á la política argentina que, proclamando neutralidad, proteje abiertamente una rebelión, favorece la acción de un imperio contra una débil República hermana, promueve la discordia en otra que con generosa abnegación sale en defensa de la primera, y de la paz de los Estados del Plata?

¿De qué modo se puede calificar la conducta del Gobierno Argentino, concediendo un paso que se le pide, y denegando al que se demanda como necesario ó útil para la conservación del equilibrio de los Estados del Plata?

La Comisión piensa entonces que si una guerra sobre-

viniese con la República Argentina con motivo del trán-cito de nuestras ejércitos por nuestro territorio de Misiones, ó por el suyo, no es la guerra, sino simplemente la defensa de la paz, y de nuestra propia conservación.

Si la política antinacional del Gobierno Argentino no puede hallar excusa en la opinión del mundo, ni ser justificada por motivo alguno, la que inicia con la República del Paraguay, debe merecerle con la desaprobación general, una manifestación decisiva del Muy Honorable Congreso Nacional.

No contento el círçulo que hoy gobierna la Confederación argentina (porque lejos está de la mente de esta Comisión el confundir el pueblo argentino con esta fracción demagógica de Buenos Aires) con convocar y alimentar oficialmente todos los traidores que intentan revolucionar la Patria, como lo practicó con el *comité* directivo de la revolución oriental, y desde años y de nuevo con los que bajo la éjida del Brasil pretende ahora ensangrentar á la República del Paraguay como hijos espúreos y traidores que son, se valen aún de los más reprobados y abyectos para hostili zarnos y traernos la guerra que no se considera suficiente para hacerla por sí mismo á falta de motivos y pretesto plausibles, y por la insuficiencia de sus recursos y capacidad para emprenderla; tales son los insultos más soeces é injuriosos dirijidos al Paraguay y su Gobierno, insultos de que se abstendría la clase más ínfima de la sociedad.

Si es lícito despreciar producciones tan ofensivas de individuos particulares, ó de una prensa venal, no es dable hacerlo, ó dejarlo pasar inapercibido, cuando es un Gobierno el que por conducto de los órganos que dependen de él, procede de esa manera con una nación y un Gobier-

no como el nuestro de quien nunca recibió sino favores y una continua manifestación de los más constantes empeños de amistad y consideración.

Proceder tan reprobado por el honor y contrario á todos los medios morales de política internacional, no puede tener otros fines sinó aspiraciones perversas y amenazadoras á la integridad territorial, á la soberanía de la nación paraguaya, bien como á su tranquilidad y paz interna y externa.

La Comisión, al trazar el cuadro de la hostil é inmoral política del círculo porteño que así compromete el sentimiento y la política argentina, apoyando y hasta uniéndose á las tendencias seculares de la ambición brasilera, penetrada de la dignidad nacional y del respeto debido á su Gobierno, y convencida que no le es posible promover la prosperidad de la Patria con la eficacia debida, en cuanto ella sea expuesta á ser continuamente hostilizada hasta ahora por el argentino por medios que los principios del Gobierno y honor nacional no le permiten retribuir y tolerar, no trepida señalar el único comino que á su juicio queda para la vindicación del honor y derechos de la República, y para consultar su seguridad y tranquilidad en el porvenir recomendando á la consideración de V. E. el adjunto proyecto de la ley.

Los trabajos administrativos, los Decretos y demás disposiciones del Poder Ejecutivo que instruye el informe del señor Ministro de Estado en el Departamento del Interior, se recomiendan por sus benéficos resultados de que los Honorables señores Representantes son testigos, y son un testimonio de los esfuerzos del Gobierno de la República por el adelanto material, moral é intelectual del País. El inmenso adelanto é impulso dado á la agricultura en el

corto período de la Administración del señor Presidente López, mediante la especial protección que se ha dedicado á este ramo, no solo ha contribuído á mejorar las costumbres públicas y á afirmar el orden, sino también á proporcionar recursos y medios de subsistencia á nuestra sociedad en la presente guerra contra el Imperio del Brasil y sus emergencias.

El informe del Departamento de Guerra y Marina es sumamente satisfactorio, dando cuenta del estado adelantado de nuestros Ejércitos y de nuestra Marina, capaces de responder y hacer frente á todas las necesidades de la Patria. Otro tanto sucede con respecto á las fortalezas de la República que poseen los más modernos inventos de armas pesadas, portátiles y proyectiles.

Por el mismo informe se vé que nuestra vía férrea alcanza ya la jurisdicción de Paraguarí, y el telegrafo eléctrico hasta Villa franca, de manera que los más poderosos agentes de comunicación, civilización y progreso van atravezando el interior de la República, y recorriendo lo largo de sus costas en estado ya de prestar muy importantes servicios á la defensa de nuestra causa.

El examen de las cuentas del Departamento de Hacienda ha producido en el ánimo de los miembros de la Comisión, no solo el conocimiento, sino también la convicción de la habilidad y delicadeza con que el Gobierno Nacional administra la finanzas públicas, que no solo han hecho frente á las grandes erogaciones que demandan la organización y equipos de nuevas tropas, el mejoramiento de las fortalezas, los preparativos bélicos, el pago de las listas diplomáticas, civiles, militares y eclesiásticas, sino también el aumento del explendor del culto Divino, de la instrucción pública, y de las mejoras introducidas en el ramo de la industria agrícola.

La Comisión Doble Especial, nombrada para abrir dictamen á V. E. asistiendo á todas vuestras lesiones, se ha inspirado en los patrióticos sentimientos de los Muy Honorables Señores Representantes de la Nación, de manera que al presentaros el adjunto proyecto de ley no cree traer ante V. S. una obra suya sino vuestra; y así considera excusado recomendar la justicia, la importancia y la necesidad de que sea sancionado para consultar la seguridad de nuestros derechos, la dignidad, el honor y el decoro del pueblo paraguayo.

Los miembros de la Comisión Doble Especial al dar cuenta de sus trabajos tienen el honor de saludar á los Honorables Señores Representantes de la Nación con los sentimientos de su más profunda veneración.

Asunción, Marzo 17 de 1864.

Firmados—JUSTO ROMAN,
Presidente de la Comisión.

Manuel José Caballero — Liberato Rojas —Pedro Lescano—Francisco Espinosa —Juan Manuel Benítez—Domingo A. Gómez Sebastián J. Alvarenga—José Carmelo Talavera—Basilio A. Molinas—Domingo Arza — Pedro Burgos —José Antonio Bazarás—Isidro Ayala.

Carlos Riveros,
Diputado-Secretario.

———

El Soberano Congreso Nacional—

Visto y atendido lo expuesto por la Comisión especial nombrada de su seno para dictaminar sobre la grave situación en que se halla colocada la República á causa de la gerra á que ha sido obligada por el Imperio del Brasil; y sobre la política hostil é insultante del Gobierno Argentino para con la República del Paraguay y su Gobierno, según lo manifiestan:

1° Las notas de 9 Febrero próximo pasado denegando, á protección del Brasil, el tránsito solicitado por el territorio de Corrientes, para nuestras fuerzas, á título de neutralidad, mientras como, en épocas anteriores, franquea á la escuadra brasilera la ciudad y territorio de Corrientes, para depósito de carbón, refresco de víveres, etc. etc. con abierta infracción de la neutralidad invocada.—

2° El desconocimiento del derecho de la República á su territorio de Misiones, situado entre los ríos Paraná y Uruguay.

3° La protección que de aquel Gobierno recibe ahora por segunda vez un *comité* revolucionario de algunos traidores que vendidos al Imperio del Brasil, enganchan extranjeros mercenarios en el territorio, y hasta en la misma Capital, de la República Argentina para vilipendiar la enseña de la patria, levantándola al servicio del Brasil en la guerra que trae á la Nación.

4° La abierta protección que dan al Brasil en su prensa oficial contra la causa del Paraguay, y las producciones anárquicas é insultantes con que se provoca la rebelión en el país, y cómo el ejercicio del derecho de la República en su territorio de Misiones ha de dar al Gobierno Argentino el pretexto del *casus belli*, que busca sin encontrar en la

política del Gobierno de la Nación para hacer efectiva su alianza con el Brasil, cuando por otra parte es indudable la mancomunidad del Gobierno de la Confederación Argentina con el Imperio del Brasil para dislocar el equilibrio político de los estados del Plata, y no siendo compatible con la seguridad de la República, ni con la dignidad de la Nación y su Gobierno tolerar por más tiempo este proceder ajeno á toda moralidad y ofensivo al respeto que se debe á la Nación Paraguaya, concordando con el dictamen de la Comisión.

DECLARA:

Art. 1º Apruébase la conducta del Poder Ejecutivo de la Nación para con el Imperio del Brasil, en la emergencia traída por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa inferida al honor y á la dignidad de la Nación y usando de las atribuciones del art. 3º tit. 3º de la Ley de 13 de Marzo de 1844, autorízasele para continuar en la guerra.

Art. 2º—Declárase la guerra al actual Gobierno Argentino, hasta que dé las seguridades y satisfacciones debidas á los derechos, á la honra y á la dignidad de la Nación paraguaya y su Gobierno.

Art. 3º—El Presidente de la República hará la paz con uno y otro beligerantes, cuando juzgue oportuno, dando cuenta á lá Representación Nacional conforme á la ley.

Art. 4º Comuníquese al P. E. de la Nación.

Sala de Sesiones en la Asunción, á 18 de Marzo de 1865.

Firmado—JOSÉ FALCÓN,
Vice-Presidente del H. C. N.

(Siguen 30 firmas de los Diputados y las de los dos Secretarios.

Es copia—

JOSÉ FALCÓN,
Vice-Presidente del H. C. N.
Bernardo Ortellado,
Diputado-Secretario 1°.
Gregorio Molinas,
Diputado-Secretario 2°.

Asunción, Marzo 19 de 1865.

Publíquese.

LÓPEZ.
El Ministro de Relaciones Exteriores,
JOSÉ BERGES.

COMBATE DEL RIACHUELO

El dia de la acción, Junio 11 de 1865

El vapor *Marqués de Olinda* guió la escuadra de vapores paraguayos á la acción contra la escuadra de vapores brasileros.

El *Marqués* hizo el primero fuego y á su vez recibió varios tiros del enemigo, que mataron, creo, á un hombre é hirieron á otro, ambos en la coliza de proa. Continuamos adelante, pasamos la escuadra brasilera y anclamos más abajo. El *Tacuary* ancló un poco más abajo que nosotros: yo estaba parado entre la máquina hasta que fuí llamado por el Teniente Robles para acompañarle en el bote y dar él una vuelta al buque para ver qué daños ha recibido. Encontramos varios agujeros de balas al costado de estribor sobre el nivel del agua y un agujero ovalado bajo la bodega de popa; pero no de mucha consecuencia porque era un poco arriba de la línea de agua.

El carpintero colocó allí un tapón lo mejor que pudo. Entonces el comandante Robles ordenó á su gente dirigieran la lancha á bordo del *Tacuary*, y en él ví varios agujeros de bala en diferentes lugares, y mientras estábamos allí procuré aconsejar al comandante Robles para decir al

capitán Meza de echar á pique dos ó tres buques en el canal estrecho del Riachuelo, á fin de cerrar el canal á los buques, de manera que podamos asegurar toda la escuadra brasilera, pero él no quizo hacer.

Dejamos otra vez el *Tacuary*, y en nuestra lancha nos dirigimos á nuestro buque. Dije al teniente Robles que creia que podríamos escaparnos de la escuadra andando á toda fuerza y observándola bien; pero él no me contestó; subimos de nuevo á bordo del *Marqués* y ordenó levar ancla y á mí me pasó la voz de adelante poco á poco, lo que hicimos por algún tiempo cuando me llamó de la máquina para hablarme y encontré que estaba muy borracho: me preguntó qué era lo mejor que podía hacerse? Y le dije, me permitiera dar toda fuerza á la máquina y que él cuidara mucho á los buques brasileros.

En aquel momento estábamos parados sobre la cubierta entre la máquina y los tambores de las ruedas; al momento que concluímos de hablar, un tremendo choque tuvo lugar, un buque brasilero se estrelló contra nuestro tambor de rueda de estribor hacia el lado de la proa y quebró la rueda y la maquinaria y mucha parte del costado del buque, lo que nos dejó enteramente inhabilitados y nos hizo varias descargas de granadas y piñas como también de mosquetería y al mismo tiempo el Teniente Robles y yo fuimos golpeados con la viga del tambor de las ruedas y arrojados al otro costado del buque, recibiendo él al mismo tiempo una herida al través del pecho izquierdo y otra en el brazo izquierdo. Cuando yo recobré los sentidos, monté sobre la cubierta y encontré al Teniente Robles tendido sobre las espaldas en frente de mi camarote, ví que estaba herido y ordené á los marinos que lo llevaran al salón y le saqué la camisa y encontré que había recibido un balazo al

través del pecho izquierdo y otro al través del brazo izquierdo. Le curé las heridas y le hice acostar en el suelo en la cámara. El nunca me habló ni le oí hablar despuás. Eché entonces una mirada alrededor de la cubierta y no pude ver sinó muy poca gente, tal vez como veinte por todo, además de los muertos. Allí estuvimos hasta las cuatro ó las cinco: la misma tarde nuestro tricolor flameaba todavía al tope del mastelero, cuando un buque brasilero vino á nuestro costado y nos largó dos tiros de cañón y una descarga cerrada de mosquetería. Salí á la cabecera de la escalera y le pregunté por qué nos hacía fuego viendo que estabamos indefensos. Entonces gritó diciendo: arrea su tricolor y alza la bandera blanca. Lo hize así para salvar á mis compañeros y á mí mismo, porque el buque permanecía allí mientras lo hice. Primero lo hize saber al Teniente Robles, pero él no contestó. Viendo esto, los brasileros nos dejaron y no volvimos á verlos hasta el siguiente día cerca de la misma hora.

En la mañana siguiente, arrojamos al agua todos los muertos por todo catorce ó quince.

El buque estuvo desde la mitad dentro del agua.

Nosotros estuvimos esperando viniesen á buscarnos algunas lanchas del Gobierno, pero no vinieron.

Julio 12 de 1865

Permanecimos todo el día esperando lleguen algunas lanchas para llevarnos, mas ninguna vino.

Entre las 4 ó 5 de la tarde, vino el buque brasilero y se colocó á corta distancia de nosotros, y una de sus lanchas vino á nuestro costado con el capitán, un oficial y dos ingenieros, y vino á bordo teniendo como quince hombres armados por tripulación. El comandante subió primero; yo

le salí al encuentro en la escalera, habló él primero, preguntó quién era yo. Dije que era el ingeniero de á bordo. Entonces me preguntó dónde estaba el comandante, le dije que yacía en la Cámara casi muerto, si por el momento no lo estaba enteramente. Sus acompañados estaban abordo y él vió al comisario, preguntó quien era y le ordenó que le mostrara el comandante Robles: llamó algunos de sus hombres para llevar al Teniente Robles en la lancha, lo que hicieron; preguntó por los oficiales, le dije que no había ninguno abordo; preguntó por todos los enfermos y llevó al comisario y como ocho ó diez heridos, su lancha estaba llena y no podía llevar más. Ordenó que se izara la bandera brasilera, lo que hizo uno de sus hombres.

El nos dijo de considerarnos todos prisioneros y que enviaría òtra lancha por nosotros; vió á un prisionero brasilero que teníamos abordo, preguntó quién era y lo mandó á la lancha. No hizo ninguna pregunta más, ni preguntó sobre armamentos ó municiones, ni por la bandera que fué dejada abordo.

Bajó en la lancha y se mandó mudar abordo de su buque y no lo vimos otra vez hasta las 11 de la noche, cuando vino muy cerca de nosotros y gritó que se enviara al Ingeniero abordo. Yo respondí que no teníamos lancha y se mandó mudar y no lo he visto después y estuvimos allí hasta las dos de la mañana siguiente; teniendo yo mi contrata con el Gobierno del Paraguay en el bolsillo, estaba dispuesto á no servirles hasta tanto que duraba esa contrata.

Junio 13 de 1865

A las dos de la mañana hicimos correr el cable para que el buque descendiera más abajo para ponernos fuera de la

vista del enemigo, de manera que podamos bajar en tierra por algún medio, y pensando acercarnos á la costa de Corrientes, pero la corriente nos llevó hacia el Gran Chaco, donde tocamos un banco de arena en donde actualmente se halla el buque.

El buque á este tiempo estaba casi lleno de agua y no teníamos alimento porque todas las provisiones estaban en la popa bajo el agua. Esperamos todo este día para ver si algunas lanchas venían á socorrernos, pero ninguna vino. Llegó la noche y montamos sobre el toldo de la popa á dormir, estando ya la cubierta inundada de agua habiendo hundido el buque en la arena y pasando la corriente sobre él. Alzamos á dos hombres lastimados sobre el toldo de popa é hicimos por ellos todo lo que pudimos. Los demás heridos podían andar por sí mismos sin asis tencia de nadie.

Junio 14 de 1865

Todavía esperando ver si alguna lancha aparecía; mas no vino. Comenzamos á fabricar una balsa y tomamos mucho cuidado para que ningún buque brasilero viniese á encontrarnos haciendo balsas. Concluímos una balsa este día y la atamos al costado del buque toda la noche.

Junio 15 de 1865

Me puse á trabajar balsas para conducir á los compañeros y á mí mismo á tierra. Hicimos cuatro balsas; pero no fueron suficientes para conducir á todos, y estando por este tiempo el agua hasta las rodillas, no pudimos hacer más. Yo quería que el baqueano me acompañara sobre mi balsa, pero no podía llevar tres, y así me puse sobre otra balsa y

le dejé la mía para venir, pero no vino sobre ella con Martínez viniendo otro hombre sobre la balsa.

Dos balsas bajaron sobre la costa del Chaco. Encontramos una canoa debajo del agua y la desaguamos y nosotros cinco subimos en ella, y procuramos cruzar el río hacia la costa de Corrientes, donde bajamos como á las ocho de la noche y caminamos una larga distancia á lo largo de la alta barranquera, cuando al fin conseguimos subir encima, y hallándonos fatigados nos acostamos á dormir un rato.

A la mañana siguiente, encontramos á un hombre á caballo y nos preguntó donde íbamos. Le dijimos que nos habíamos escapado del *Marqués de Olinda* y que queríamos ir á Corrientes.

El nos dijo que estabamos cerca del General Robles y que nos conduciría allí á caballo, lo que hizo, y al General le conté el desgraciado asunto del *Marqués*. Pareció que tenía mucho sentimiento por su hermano; me dió algún alimento y me envió á caballo á las carretas del Dr. Skinner, y él me dió medicamentos que hicieron cesar la diarrea, y después fuí enviado en carreta á Humaitá.

Lo que aquí dejo dicho es la verdad, como mejor puedo recordarla.

Firmado: *George Gibson.*

Es conforme con el texto inglés que he traducido por disposición del Sr. Coronel Toledo, Juez Fiscal de la causa del Brigadier Ciudadano Wenceslao Robles.

Campamento General en Humaitá, 10 de Agosto de 1865.

Firmado: *Andrés Maciel.* (1)

(1) Este documento se encuentra agregado al Proceso de Robles.

INSTRUCCIONES DADAS AL GENERAL ROBLES

Por el Mariscal López

EL 26 DE MAYO DE 1865—(POR TELÉGRAFO)

«Poco tiempo después de mi despacho de ayer, el Telégrafo del Paso dió cuenta de un largo cañoneo en Corrientes que después se supo era la escuadra enemiga que desembarcaba bajo la protección de sus cañones y se batía con nuestra pequeña guarnición de infantería que teniendo orden de retirarse, sostuvo su puesto con honor en un combate de tres horas que solo cesó con la oscuridad de la noche, retirándose en orden á los extramuros, donde permanece sitiando al Pueblo.

«Para desalojarlos no es necesario el concurso de las fuerzas que Vd. manda, aún cuando es lógico pensar que ese golpe de mano sobre la ciudad de Corrientes, ha de ser en combinación con Cáceres y Reguera que han desaparecido de su frente, quizá con ese propósito; pero es conveniente que en tal situación retroceda Vd. con toda la fuerza de su mando, recorriendo la costa izquierda del Santa Lucía ó pasarlo en el paso de San Roque, ó de Cáceres, cuatro leguas más arriba, haciendo recogida de caballos entre el Santa Lucía y el Batel á distancia proporcionada y prudente del grueso de su columna.

«Pasando en San Roque ó Cáceres, se dirigirá sobre Saladas, y de allí para Corrientes, buscando mi incorporación en ese rumbo, y persiguiendo al enemigo que llegare á encontrar.

«Podría también según las noticias que tenga, continuar por la izquierda de Santa Lucía hasta el Paso Gomorro, 7 leguas arriba del de Cáceres, ó el Paso Aguirre, tres leguas más arriba y dos de San Antonio Mburucuyá; pero estos pasos tienen grandes esteros y quizá sea más útil seguir la costa de Santa Lucía por el costado derecho de su curso, pasando en San Roque ó Cáceres, para pasar por San Antonio Mburucuyá, y de allí á Corrientes que tiene 16 leguas.

«Queda Vd. en libertad de seguir de Saladas á Corrientes ó de San Antonio Mburucuyá, como halle más conveniente en la suposición de que entre uno y otro caso, no hay sinó un día de jornada.

«Yo espero que en este camino traerá Vd. bastante movilidad y podrá ir montando la infantería conforme á sus posibilidades.

«No hay necesidad de hacer marcha forzada; pero no debe perderse tiempo.

«Queda entendido que no debe dejar á retaguardia á hombre alguno, con ningún motivo, sinó replegarse con todos nuestros hombres.

«Cuidará de hacer entender la utilidad y ventaja de este movimiento que por sí solo se recomienda.

«Si acaso el general Urquiza apareciese en su persecución, tratará de seguir el mismo movimiento y solo aceptará un combate cuando no pueda evitarlo, teniendo presente de que cuando más lo traiga para acá, en pós de sí, más lejos se retira de sus recursos, mientras que Vd. se aproximará y hasta podrá reunirse con nosotros.

«Estas instrucciones son bastantes, para que, conformándose con el espíritu de ellas, pueda Vd. expedirse con toda libertad en todas las ocurrencias».

Asunción, Mayo 26 de 1865. 10 1/2 de la noche.

CONTESTACIÓN DE ROBLES AL ANTERIOR TELEGRAMA

Mayo 29 de 1865.—(remitido del Paso el 1º de Julio.

«Al cerrar este despacho acabo de recibir por dos chasques del Sr. Berges que se habían alcanzado por el camino, el supremo despacho de V. E. de las 10 1/2 de la noche del 26 y la dúplica de la misma hora y fecha, y quedándome enterado de todas las órdenes é instrucciones de V. E. para un movimiento de este campo, aún me permito esperar la segunda orden de V. E. para mi marcha por cambiar ya la circunstancia del acontecimiento del 25, es decir, atendiendo que la escuadra ha abandonado otra vez la ciudad manteniéndose por el Riachuelo, según informes del Sr. Berges, y para elevar á la consideración de V. E. las disposiciones que he tomado sobre esas circunstancias conforme dejo manifestado arriba.»

....

....

(ftr.) Wenceslao Robles.

López replicó el 1º de Junio con el siguiente despacho:

«En este momento recibo su despacho del 29 á las 4 de la tarde, y viendo con sorpresa que esperaba Vd. segunda orden para poner en ejecución mis órdenes del 26, y no habiendo dado esa segunda orden, me apresuro á responder.

«El tenor de las disposiciones del 26 no dejaba la liber-

tad de postergar el cumplimiento de ellas, ni se ha dado nueva orden, porque no era necesario, habiéndose previsto en aquella fecha todo lo que ha sucedido, y que ha motivado su resolución. Terminantemente decía que no era necesaria la fuerza de su mando para desalojar al enemigo de Corrientes, y apuntaba otras consideraciones como motivos de esa orden, y es así que el abandono que el enemigo ha hecho de la ciudad bajo el pánico, no era bastante á alterar aquellas instrucciones y por lo mismo no he dado órdenes posteriores.

«Hubiera sido más militar y conforme á las órdenes, mover su campo en el sentido indicado, que tiempo habría para recibir otras órdenes en caso necesario.

«Quiero sin embargo esperar que la misma falta de órdenes posteriores le habrá aconsejado á llenar aquellas de que avisa recibo.

«Por sus despachos anteriores que he recibido regularmente, he visto sus disposiciones sobre policía de la costa por regimientos y escuadrones; pero no me he apresurado á decir nada sobre esta porque encontrándolas buenas como medidas transitorias y de pura correría, quedaban sujetas á la orden del 26.

«Sentí sí, la necesidad de que se hubiese llenado mi órden de entrar á Goya, aunque no haya sido sinó para dar pruebas de moralidad y disciplina; pero me abstuve de repetirlo, después de la orden del 26, porque supuse que llegaría tarde, á pesar de las conveniencias que apuntaba hablando sobre la ocupación de esa ciudad.

«El retardo de su movimiento frustra otros planes que debía Vd. ejecutar en el trayecto que le estaba indicado, y sobre los cuales me proponía ordenar lo conveniente con la noticia de su movimiento. Hoy se hace tarde y tengo que renunciar á las ventajas que debía haber reportado.

«Si lo que no espero, recibe esta todavía en Santa Lucía, despachará al Comandante Aguiar á Goya á nombrar autoridades, y á los fines políticos indicados en la orden respectiva, y que deberá tener en cuenta de que allá no hace falta imprenta, que más útil puede ser en el ejército.

«La escuadra enemiga permanece en las inmediaciones de Corrientes, como le habrá avisado el ministro Berges.

Cerraré ésta reiterando y confirmando en todas sus partes la citada orden del 26.»

Asunción, 1º de Junio de 1865.—(11 1[2 de la noche)

(fir.) López. (1)

(1) Está firmado este despacho con la sola inicial L. y la rúbrica.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

APÉNDICE

FIN DEL TOMO PRIMERO

EJ 3 vols



